

ALBERTO DE LA ROCHA

SUMIDERO

CUANDO UNA LLUVIA TORRENCIAL BORRA LAS HUELLAS
DE UN CRIMEN SOLO QUEDA LUCHAR
CONTRA LOS ELEMENTOS

Lectulandia

Una adolescente desaparece el último sábado de agosto en un pueblo de la Sierra de Madrid, situado junto a la orilla de un embalse. Esa misma noche se desata una fuerte tormenta que anegará toda la zona. Después de una multitudinaria búsqueda, el cuerpo de la muchacha es encontrado flotando en las aguas. La autopsia revelará que lo que parecía un mero accidente, un ahogamiento fortuito, es en realidad una muerte violenta. Pero la tormenta hizo subir el nivel del embalse y borró todas las posibles pruebas.

Un mes después, la investigación de la Policía Judicial está en un callejón sin salida: los culpables no han sido atrapados y los medios de comunicación han perdido el interés en la chica muerta del embalse. Es entonces cuando en el pequeño pueblo se instala un discreto y misterioso hombre. ¿Tendrá algo que ver con la investigación? ¿Será el último cartucho de la policía antes de darse por vencida?

Lectulandia

Alberto de la Rocha Muñoz

Sumidero

ePub r1.0

Titivillus 09.08.2017

Título original: *Sumidero*
Alberto de la Rocha Muñoz, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«La inocencia es inocente no porque rechaza, sino porque acepta; es inocente, no por ser impermeable e invulnerable a todo, sino porque es capaz de aceptarlo todo sin dejar de ser inocente; es inocente porque lo sabe todo por adelantado, y por consiguiente nada debe temer».

W. FAULKNER

I

Esta noche no hay luna llena. Aunque si la hubiera no podría verse, pues está oculta tras el frente de nubes que repta por el cielo y que refleja, duplicándola, la luz del atardecer, una débil claridad púrpura, como carne golpeada. Pero no hay luna llena, ni siquiera al otro lado de estas nubes, de modo que no será su influjo un pretexto para los tres, la tramposa coartada de la que se sirvan. No hay luna llena esta noche: nada se interpone entre ellos y sus actos.

Hoy es el último sábado de agosto, el último sábado del verano. El aire asciende algo fresco del embalse, ahí abajo en el valle, y manifiesta ya la rugosidad propia de la sierra. La pesadumbre por el final del verano se deja sentir en ellos con la cualidad frustrante de la primera juventud, cuando los arranques melancólicos más adolescentes son reprimidos por un aplomo que todavía no está bien armado y tiene algo de pantomima, de aprendizaje de futuras serenidades. Esta tristeza posee profundidad existencial, aunque no sean conscientes de ello, aunque se burlarían salvajemente si alguno de los tres —el que está fuera del coche o los de dentro— llegara a saber expresarlo.

Sin embargo, la muerte del verano no explica del todo este silencio. Es un silencio avergonzado y furioso, saturado de una violencia informe, que tiene como origen la humillación sufrida unas calles más abajo, en la parte alta del pueblo. Aún no han podido elaborar un canal que encauce esta violencia líquida, que se derrama. Por el momento, todo son tentativas fracasadas de antemano:

—Estas tías son unas hijas de puta —ha dicho con torpeza el que fuma, sentado de copiloto, mientras la punta de su cigarrillo traza una raya sobre la fosforescencia anaranjada del salpicadero.

El que ha salido del coche es el idiota. El antiniebla derecho, innecesariamente prendido, siega sus piernas a la altura de la rótula y hace centellear, como atrapado por un rápido obturador de cine, el chorro entrecortado de orina. El resto de su figura está muy velado por la oscuridad, pese a la radiación negra de los faros contra el alquitrán y a la luminosidad turbia que emanan las farolas del pueblo, no muy lejanas. Así, no pueden identificarse los rasgos del idiota: su corpulencia mansa, la envergadura arácnida de sus manos, sus largas piernas zambas, la inalterable expresión perpleja de su cara, la feliz y dulce simpleza. El chorro todavía no se interrumpe, parece avivarse con las sacudidas.

De reojo, el que conduce vigila cómo el copiloto suelta descuidadamente una larva de ceniza en el cenicero. Detesta que lo haga, que no tire la ceniza por la ventanilla abierta o que no aplaste bien las colillas y humeen, esa deliberada incuria. Y sabe que lo hace para joderle, para compensar de alguna extraña forma que no tiene

coche ni sabe aún conducir, que es el más bajo de los tres y que no siempre lo consideran el más guapo. Por eso también el que fuma ha insultado hace un instante a las chicas: está todo el rato compensando. Pero el que conduce no le dirá nada. El que conduce es un cobarde. Y aunque odia casi todas las cosas que hace su amigo (y este lo sabe y por esa razón las continúa haciendo) no le dice nunca nada. Llevan el verano entero así, día tras día.

Propagándose en la noche con una lentitud submarina, las campanas de la torre de la iglesia suenan dos pares de veces, dos cuartos, las diez y media. El valle queda cubierto durante unos segundos por este grave manto metálico. Con obediencia de monaguillo, el idiota reacciona a las campanadas subiéndose la cremallera del pantalón y volviendo su sonrisa estólida hacia los faros del coche, que alumbran la desnudez excesiva y obscena de sus encías, donde brillan unos dientes equinos. Estirando los brazos, hace equilibrios sobre el crepitante balastro de la cuneta y alza la barbilla hacia las nubes que se adensan en el cielo. Cuando entra al coche no se le ocurre otra cosa que comentar:

—Han dicho en la tele que hoy se podrían ver estrellas fugaces. Pues con estos nubarrones va a estar difícil, ¿eh?

Ante la evidencia de que solo a ellos dos les ha afectado la humillación de las chicas (excluido el idiota por su propio peso), al que fuma y al que conduce no les cuesta desoír su comentario. Pero por fin se ha roto el silencio furioso y avergonzado. El que conduce, sin dejar de mirar al frente, dice:

—Tal vez deberíamos irnos.

—No. —Replica de inmediato el que fuma, y afirma su postura apagando el cigarrillo de un manotazo y levantando una nube de ceniza.

El dueño del coche contempla el cenicero repleto y, con inusual valentía, insiste:

—No teníamos que haber venido.

El otro, viendo cuestionado su liderazgo, da un salto sobre el asiento y espeta:

—¿Y por qué hostias no teníamos que haber venido? A ver.

El que conduce, que ya no se va a atrever a decir una palabra más al respecto, se limita a tirar del freno de mano un punto más. Así, indirectamente, remarca que su amigo no sabe conducir.

—¿Por qué no teníamos que haber venido? ¿Me lo puedes decir? Esas dos hijas de puta no son las únicas tías del pueblo. Acuérdate de esta tarde en la piscina. Había... yo qué sé, había por lo menos diez que estaban bien. ¿O no?

Este razonamiento despierta en sus cabezas —también en la del idiota— una serie de imágenes fascinantes, sinuosas chicas en bikini que se doblan ante sus ojos como llamas danzantes: vientres temblando de frío al salir del agua clorada, caderas puntiagudas abultando la piel brillante y bronceada de una cintura, finos tobillos con pulseras, audaces tatuajes en la llanura carnosa de los omoplatos, pechos apuntando su cúspide bajo la tela empapada, los deliciosos hoyuelos del final de la espalda, nucas, ombligos y la inigualable palidez de la cara interna de los muslos. El deseo de

los tres, que a su edad es casi siempre una forma de la frustración, se alía con la humillación sufrida y con el final del verano y se agita en el interior del coche como un inestable líquido explosivo. El que fuma añade argumentos:

—Hoy es sábado. Es temprano. ¡Todavía estamos en verano, joder! Y el pueblo está lleno de tías. —Saca el brazo por la ventanilla y señala las casas. Los tres fijan la mirada como ante un espejismo—. Tías que nos están esperando. ¡Ahí! ¡Hostia!

—Es-pe-rán-do-nos —repite el idiota, obnubilado, fanático.

—Sí, esperándonos, ¿por qué no? Y vamos a bajar.

El que conduce pisa embrague, mete primera y la dirección asistida multiplica la fuerza de sus brazos girando el volante. La maniobra de dar la vuelta en la estrecha carretera es realizada con mucha menor soltura de la que querría, y por un instante le regresa el miedo a que se le cale el motor, la inseguridad de la autoescuela. Pero una vez enfilado el morro hacia el pueblo, el acelerón es aplicado con firmeza y su combinación perfecta con el embrague produce una briosa salida. El turbocompresor lanza un agudo silbido y los antinieblas barren el firme de lado a lado. El aire fresco que entra a borbotones por las ventanillas les revuelve el pelo.

Una amplia curva ciñe el contorno del pueblo y lo separa del terreno inundable que rodea al embalse. Aunque en su veloz marcha no divisan las aguas, se percibe en la piel la ingente masa agazapada, la fuerza gravitatoria de tantas toneladas en reposo. Lo mismo sucede con las cumbres montañosas que definen el valle: su presencia se nota en la oscuridad creciente de la noche. Dentro de este doble campo magnético, el coche se mueve con aparente libertad.

Abandonan la carretera que los sacaría del pueblo y toman una calle acotada por dos hileras de casas pareadas. Como un reflector antiaéreo, las luces de cruce rastrean sin detenerse en los huecos de las ventanas, en su mayoría cerrados por los postigos de metal que en invierno repelerán la nieve. El pavimento lo forman amplios rectángulos de adoquines, que son atravesados cada tanto por bandas de granito. Los anchos neumáticos de perfil bajo generan un tableteo que es absorbido por los amortiguadores con un ruido afelpado y gaseoso. Los haces verdes que las farolas cuelan en el habitáculo imprimen a las sombras de los tres una rotación fantasmal, repetida una y otra vez, que se desliza por la tapicería como un interminable convoy de vagones.

El que fuma va a encender un cigarro con el mechero del coche, aunque tiene el suyo en el bolsillo. Cuando el dispositivo salta con un chasquido, hacen su entrada en la plaza mayor, desierta salvo por un grupo de niños. La resistencia, al rojo vivo, proyecta un viso siniestro en su rostro, sus mejillas se hunden por la ansiosa calada y se llenan de penumbra, como las cuencas de sus ojos. La esfera del reloj del ayuntamiento copia a la luna llena que hoy no saldrá (y que de todos modos no podría verse). Se oye al idiota tararear una canción.

Circulan algunas decenas de metros pegados al muro de piedra del antiguo convento, una enorme manzana que impone su inquietante presencia en el centro del

pueblo. Ninguno se ha dado cuenta de que esta calle lleva sin escapatoria posible hacia la plaza triangular donde están la mayoría de los bares. Lo descubren con bochorno ahora, demasiado tarde. No quieren pasar por delante, pues en las terrazas pueden estar las dos chicas que los han humillado, quienes identificarán el llamativo coche amarillo y los señalarán y difundirán entre el resto de jóvenes del pueblo el ridículo episodio sucedido hace un rato, si no lo han hecho ya.

«Acelera», ordena el que fuma, mordiendo el filtro, y el que conduce obedece, ignorando que reclamarán más atención si cruzan la plaza demasiado rápido. Hunden sus cabezas en los hombros, los cuerpos en los asientos. Se saltan un paso de cebra y giran en la primera bocacalle que aparece.

De repente son conscientes de que van a estar toda la noche escapando de las dos chicas, indignamente, toda la noche moviéndose como nerviosos electrones en torno a un núcleo. Vuelven a bajar las ventanillas y el aire zigzaguea entre sus cuerpos.

Tratan de convencerse de que ellas no han tenido por qué verlos, podían perfectamente no estar en esas terrazas. Y, aun así, ¿qué pasa si los han visto? Fingen la calma que hace un minuto los ha abandonado. Se reafirman sobre nada, sobre un orgullo connatural a su edad, un equilibrio neuroquímico.

Sin embargo, por más que intentan recobrar la euforia, su optimismo choca irremediablemente contra el reloj del ayuntamiento, esa falsa luna llena, que de nuevo surge sin que lo esperen al doblar una esquina. Están otra vez en la plaza mayor. El pueblo es muy pequeño, ¿qué hacen dando vueltas? El que conduce reduce la velocidad y frunce el ceño, como si hubiera errado un itinerario que en realidad no existe. El que fuma se apresura a dar una calada para construir una compostura noble o para dejar que esta se le intuya tras la nube de humo. Pero no sirve de nada: la franqueza del idiota pone las cartas boca arriba:

—Esto... ¿Cómo vamos a encontrar a todas esas chicas de la piscina, Álex?

El aludido saca un codo por la ventanilla y se obstina en fumar, acumulando las náuseas. En un gesto de inequívoca claudicación, el que conduce apaga el motor en una calle angosta y sale del coche dejando la puerta abierta. Las luces se han quedado encendidas.

—¿Eh, Álex? No sabemos dónde pueden estar. —Persevera el idiota.

—¡Cállate, hostia! —exclama Álex, y golpea con el puño las letras japonesas adheridas a la tapa de la guantera—. ¿Quién ha tenido la culpa de que esas tías hayan pasado de nosotros? A ver.

El idiota cabecea atolondrado en el asiento de atrás, como si hubiera encajado un directo a la mandíbula.

—¿Qué es lo que dices, Álex? —masculla.

—Pues eso. Que las tías eran dos y al verte, al ver que éramos tres, se han rajado —explica, con injusto ensañamiento.

—No digas eso, ¿eh, Álex? —suplica desarmado el idiota. Pero en su cabecita se abre paso una elemental lógica aritmética—: Pero en la piscina eran más de tres,

¿cómo íbamos a saber que iban a venir solo dos?

Pillado en su mezquina búsqueda de culpables, Álex le resta importancia con desprecio:

—Mira, déjalo. Da igual, joder.

Y el idiota se siente aliviado por la absolución de su pecado ficticio.

La cita con las chicas no había sido explícita. Ellas solamente habían mencionado que estarían a las diez de la noche en la Casa de Cultura, el antiguo lavadero situado en la parte alta del pueblo. Lo que eso tuviera de invitación les correspondía a ellos sopesarlo. Pero el recuerdo de sus cuerpos en bikini, fulgiendo bajo el último sol de la tarde (del último sábado de agosto), empujó la balanza hacia la más febril expectativa sexual. Habían confiado en que la realidad se ajustase al deseo.

Lo que había ocurrido es que ellas habían sido taimadas, mucho más listas que ellos. Su vaga insinuación de cita les concedía un margen para, llegadas las diez, seguir adelante sin parecer demasiado lanzadas o echarse para atrás acogándose a un malentendido. Y si eran ellos los que no se presentaban, ellas no lo asumirían como un rechazo, ellas solo habían comentado que estarían en la Casa de Cultura a las diez. Tenían todas las de ganar.

No podrá saberse, y es inútil que los tres pierdan el tiempo pensándolo, si las chicas los han descartado antes de que aparecieran, arrepentidas durante las horas posteriores al cierre de la piscina. Aunque lo que sin duda no les conviene es envenenarse con la idea de que todo haya sido un juego desde el principio, una burla, y de que ya en la piscina les estaban tomando el pelo.

En cualquier caso, las chicas han sido crueles en la puerta de la Casa de Cultura: esa risita petulante mientras los observaban de arriba abajo y se hacían las ignorantes, «¿Pero vosotros quiénes sois?». Después les han dado la espalda y han caminado, con su ropa cara y sus pañuelos conjuntados, hacia la cancela de una de las casas más distinguidas del pueblo. Y este es, en el fondo, el elemento esencial de la humillación, que ninguno de los tres admitirá ni siquiera en su fuero interno: la sospecha de que los han rechazado por su aspecto, por su ropa, es decir, por su condición social, que en la piscina quedaba al margen por la homogénea indumentaria de los bañadores. De ahí nace la furia, la encapsulada violencia.

El que conduce da una patada a una piedra, que golpea a otra y resuena en el callejón como una tosca carambola de billar. Los rayos halógenos de los cuatro faros envuelven su espalda por detrás y constatan las hechuras de su cuerpo: delgado y sin embargo ancho, de estatura media, con un aplomo que no proviene de su temperamento sino de la armonía del esqueleto. Pero en sus facciones está impreso un rictus de asco, el secreto tormento por su cobardía, por dejar siempre que la contrariedad se le hinche dentro como los miasmas de una putrefacción. Debajo de las uñas tiene restos negruzcos de grasa de motor. Es rubio y por la nuca le baja una delgada coletilla.

No pueden emborracharse, no pueden entrar a un bar y pedir una copa sin riesgo

de encontrarse con las dos chicas, con su displicente risita o, peor aún, con su engreída mirada que los salta, que no los ve. Tampoco pueden poner música a todo volumen, acelerada música electrónica que se les clave en los tímpanos, no pueden llamar demasiado la atención. Están condenados a la sobriedad y al silencio. Solo les queda rendirse, marcharse del pueblo. Pero ese acto, en el último sábado de agosto, supondría una doble derrota. No pueden irse todavía, no pueden irse sin... El idiota da un grito que corta en seco los pensamientos sombríos de sus amigos:

—¡Allí! ¡Mirar eso! —dice, y estira su largo brazo entre los asientos delanteros.

Álex, sobresaltado, aparta con el codo el antebrazo del idiota y no se molesta en averiguar qué es lo que señala a través del parabrisas.

—No me grites en el oído, joder.

Pero el idiota insiste en su gesto, cambiando de brazo, y ya ha despertado también la curiosidad del que conduce, que vuelve con pasos lentos por el callejón.

—A ver, ¿qué pasa? —pregunta Álex a regañadientes.

—¡Ahí, ahí! —Solamente es capaz de repetirlo, las palabras se forman muy trabajosamente dentro de su cabeza. Tartamudea—: Hay un... Hay un...

—Estás como para descubrir América, la madre que te parió —dice Álex.

—¡Un bañador! —Escupe por fin.

De frente, en una calle perpendicular a la que no se accede por este callejón, hay una casa blanca de dos plantas, con sendos balcones de aluminio anodizado. Del tendedero de arriba cuelgan las dos piezas de un bikini azul celeste con ribetes azul marino. Tanto Álex como el que conduce lo reconocen.

—Ese lo llevaba la rubia que estaba junto a la piscina de los niños, ¿no? —dice el que conduce.

—Sí, la del *piercing* en el ombligo. Estaba muy buena. —Corroborá Álex.

Pero la identificación de la liviana prenda no era lo que el idiota, con insólita clarividencia, quería hacerles notar. La deducción tarda aún unos segundos en cristalizar. Es Álex quien consigue verbalizarla primero:

—¡Eso es! Todas las tías que han estado en la piscina habrán colgado los bañadores para que se sequen. Solamente tenemos que buscarlos y daremos con sus casas.

El que conduce da cabezadas de asentimiento y palmea los hombros del idiota a través de la ventanilla abierta.

—Muy bien, Ricky, muy bien. De aquí al Nobel, un paso. —Le felicita con sarcasmo.

Ricky sonrío, derritiéndose de satisfacción y enseñando sus encías relucientes de saliva.

—¡En marcha! —dice el que conduce, sentándose al volante.

El motor arranca con un depurado ronroneo diésel y el piloto de la marcha atrás vierte sobre los adoquines una cobertura lechosa. Ahora sería el momento ideal de poner música a todo volumen, de que los machacones bajos les amasaran gratamente

las tripas.

Como desconocen el entramado callejero, dan varias vueltas tratando de encontrar la casa del bikini azul. Pasan por delante de un pequeño autoservicio que tiene los precios de los kilos de fruta escritos a mano sobre cartulinas; por delante del estanco, indicado únicamente por un desvaído cartel con la palabra *Tabacos*; por delante de la diminuta sucursal de una caja de ahorros. Aunque no lo advierten, el cielo se ha ido acorazando de nubes gibosas, en cuyo interior no tardarán en generarse estallidos eléctricos.

La insospechada idea de Ricky ha dado sentido a la noche, un objetivo, y ha diseminado por el pueblo un número indeterminado de tesoros por encontrar, escuetas banderas de colores que prometen... da igual qué, un motivo para no darlo todo por perdido: la noche, agosto, el verano.

El que conduce apaga las luces antes de detenerse, de modo que recorren a oscuras los últimos metros hasta situarse bajo el balcón en el que ondea el bikini azul. Justo entonces el campanario da los cuatro cuartos y a continuación suenan once tañidos. Y quizá convocada por ellos, o acaso por el ruido del motor que se corta ahora mismo, la cabeza rubia de la dueña de la prenda se asoma al balcón y mira hacia el horizonte y luego hacia abajo, hacia —casi seguro— el coche amarillo de ellos tres. Después, desaparece dejando una leve marejada en la tela traslúcida de las cortinas.

La han visto Álex y Ricky desde su posición, en el lado derecho del coche, pero no han dicho nada, no han avisado al tercer amigo, como quien teme espantar con el mínimo ruido al ciervo que surge de repente en un calvero.

—Soy un genio —dice al fin Ricky, el idiota, borracho de vanidad y éxito.

—¿Qué pasa? —pregunta el que conduce.

Álex, que sabe que debería ser prudente, se suma sin embargo al triunfalismo:

—Pues pasa, Sebas, que la rubia del *piercing* nos acaba de ver. Y que va a... —Su triunfalismo titubea.

—Y que va a bajar enseguida. —Se tira Ricky al vacío.

—¿Sí? ¿Pero la habéis visto? ¿Y ella? ¿Ella nos ha visto también? —pregunta anonadado Sebas.

Ladeando la cabeza, Álex cobija un pitillo en el cuenco de la mano y lo enciende provocando una larga llama. Después, se encoge de hombros y señala vagamente hacia el asiento de atrás, distanciándose un tanto de la afirmación de Ricky pero sin negarla, de alguna manera expresando un deseo. Porque... ¿quién sabe? Así que los tres, manejando en su interior distintos grados de realismo, observan con intensidad la puerta de entrada de la casa.

Ni siquiera una sola vez se abre el portal. Ni siquiera una sola vez llegan a pensar que es posible lo que aguardan o que depende solamente de la tenacidad con que sean capaces de imaginarlo. No, la puerta permanece cerrada en todo momento, inflexible y hostil a las ilusiones de los muchachos. Transcurren varios minutos silenciosos; se

consume el cigarrillo; Sebas ya está arrancando el motor.

De momento, no contabilizan este episodio como un fracaso. Acaban de empezar un proceso cuyo mecanismo apenas conocen y en el que deben ir profundizando con ensayos y errores. No ha sido un fracaso sino un tanteo. Puede haber ocho, diez, una docena de bikinis colgados, balizando la ubicación de otras tantas chicas. Este era solamente uno.

Alcanzan la parte alta del pueblo, la más alejada del embalse. Sebas se aplica a conducir y son Álex y Ricky los que rastrean en busca de bikinis. A su derecha, el dominio del alumbrado público linda con la noche y no trepa por la falda de la montaña. En mitad de esa oscuridad se enclavan los testigos luminosos de los chalets aislados, rectángulos animados por el gélido parpadeo de los televisores.

—¿Qué pone aquí? —pregunta Álex, tocando con los nudillos las letras japonesas de la guantera.

—Yo qué sé. No sé chino —responde Sebas, agotado y paciente. Han tenido esta conversación varias veces a lo largo del verano—. Las puso el anterior dueño.

—Pero algo significarán.

—Su nombre, supongo, o el de su novia. Yo qué sé.

—Igual significa *polla*, ¿no te parece, Ricky?

Este se ríe, tan entusiasmado como la primera vez.

—O quizá pone «Soy marica y busco marcha». Porque estos japoneses, los cabrones, dicen un huevo de cosas con cuatro rayas. Imagínate que llevas esa frase en tu coche. Yo que tú, la quitaría.

Sebas resopla, exagerando el tedio. Sabe que en este registro absurdo su amigo no es peligroso.

—No se pueden quitar, están pegadas con *superglú*. Si intentas despegarlas te llevas la parte de arriba del plástico.

—Pues qué putada. —Se conduele falsamente Álex, y rasca con la uña una esquina del ideograma.

Han llegado a la parte de atrás de la iglesia. Contra la vasta pared enfoscada, unos chicos juegan a hacer rebotar un balón de fútbol. El haz halógeno barre sus figuras y las inmoviliza un instante, como si estuvieran ante un paredón o ante el muro interior de una cárcel. Aminoran a la altura del patio de unas viviendas, donde hay varios tendederos con ropa colgada, ningún bikini.

—Nada —dictamina Álex, y echa mano de su paquete de tabaco para sobrellevar la decepción.

Lo ahueca y ve que le quedan solamente cuatro cigarrillos, muy pocos si continúa fumando a este ritmo, y no puede entrar en un bar para comprar otro. Maldice mentalmente y simula que le llama la atención una mancha en el parabrisas, mientras vuelve a dejar el paquete. Sebas mete segunda y rodean la iglesia.

El siguiente bikini cuelga en el recodo que forman dos casas, en el lóbrego exterior de una curva de noventa grados. Al principio lo confunden con un

murciélago, pues la tela negra aletea a causa del viento que se arremolina en ese rincón. Después, conforme los faros se aproximan, el efecto óptico se diluye induciéndoles un subidón de adrenalina. Sebas hace la identificación:

—Este creo que lo llevaba esa chica de pelo corto con la que hemos hablado en el bar de la piscina, ¿te acuerdas? Umm, cómo se llamaba, se lo he preguntado.

Frena el coche antes de la curva cerrada, para permitir el giro a los que vengan por la misma calle. Pero no tienen tiempo de hacer memoria sobre el nombre de la chica, porque el ruido del motor se cuele por la ventana abierta y hace salir la cabeza de una mujer de mediana edad. Sebas quita el contacto y en el silencio que se condensa entre las dos casas oyen con claridad que la mujer dice hacia dentro: «Hija, es para ti», y desaparece. Incrédulos, desconfiados de su propia suerte, aguardan paralizados sobre los asientos.

No tarda en asomarse a la ventana una chica guapa de pelo corto. Álex alarga el cuello por la ventanilla y, con desenvoltura, apoya el brazo en el canto de la portezuela. Sebas recuerda ahora el nombre y se lo apunta a su amigo con un susurro: «Clara, se llamaba Clara», y este lo utiliza como si lo conociera desde antes de nacer:

—Qué tal, Clara, guapísima.

La chica emplea varios segundos en reconocerlo y luego, contagiada por su soltura, dice:

—Ah, sois vosotros, hola.

Planta un codo en el alféizar, descansa la mejilla en la palma de una mano y con la otra comprueba distraídamente si el bañador está seco del todo.

—¿Cómo es que estás en casa, hoy sábado? —pregunta Álex, con esa modulación tan suave, hipócrita, que Sebas odia, aunque ahora desea con todas sus fuerzas que haga efecto.

—Llevas razón. Pero es que mi amiga, la que estaba conmigo en la piscina, tiene un cumpleaños familiar y entonces...

—Bueno, pues vente con nosotros y damos una vueltecita. ¡Que se acaba el verano, Clara!

En el brillo de pronto impaciente de los ojos de ella, que reflejan las luces del coche con dos gajos de luna, se aprecia que este comentario impacta de lleno y derriba todo reparo. Aun así, escenifica una prudencia elemental para añadirle valor a su decisión ya tomada:

—No sé, no sé... Es un poco tarde ya.

Álex, con su mejor y más persuasiva sonrisa, exclama:

—¿Tarde, dices? ¡Por favor! ¡La noche acaba de comenzar, Clara!

La chica aparta la mano de la mejilla y pronuncia en tono de concesión:

—Bueeeno. Vaaale. Ahora bajo.

Pellizca la cuerda del tendedero antes de meterse dentro. El bikini, seco desde hace un par de horas, vuelve a aletear como un inquieto pájaro negro.

Ha sido demasiado fácil, lo saben. La situación se ha desarrollado con demasiada

fluidez, apoyada sobre la impostada familiaridad que astutamente ha forzado Álex desde el primer momento. No está todo hecho.

—Qué vamos a hacer con ella, ¿eh, Álex? —pregunta Ricky, que se retuerce los dedos de impaciencia.

—Shhhh. —Lo calla Álex con un imperioso gesto del brazo, un bofetón dado al aire—. No abras el pico, ¿de acuerdo? Ni una palabra. Tú ahí calladito y quieto.

Ricky asiente con sumisión de perro maltratado y recoge sus largas piernas para dejar el mayor espacio posible en el asiento de atrás. Álex no se fía de él, pero no sabe si hay tiempo de cambiarle el sitio antes de que la chica baje, ni tampoco si este movimiento puede interpretarlo ella de manera desfavorable. Los minutos discurren enervantes en medio del silencio y la falta de alcohol.

La puerta de la planta baja se abre y la chica queda encuadrada bajo el dintel. Los antinieblas caen a sus pies y ascienden por su ropa: unos pantalones anchos que desdibujan las caderas, una camiseta ceñida a rayas blancas y negras, y encima una chaqueta vaquera. El bolso es un saco de tela sin forma que cuelga de un cordón que hace las veces de cierre. Su rostro se va iluminando conforme gira hacia el coche y camina. Hay algo raro en él, distinto, una fijeza en la mirada: se ha pintado la raya de los ojos, por eso ha tardado tanto. Es delgada, de andares elásticos, como de bailarina, y expresión alegre. ¿Tendrá los dieciocho?

Llega a la altura del morro del coche, y Álex, influido por el humillante rechazo del inicio de la noche, se imagina lo que ella va viendo y la impresión que puede producirle: primero ve a Sebas, que agarra estúpidamente el volante y dice *hola* con ese temblor cobardón del labio inferior; luego lo ve a él, sonriendo con demasiada complicidad y alzando la mano en un gesto jovial, ridículo; y por último la chica llega a las plazas traseras y a través de la puerta que Ricky ha abierto se encuentra con los infinitos dientes del idiota, que imita a la perfección la sonrisa de un mandril perturbado. Y entonces Álex deduce con rotunda certeza que la chica se va a echar atrás. ¿Cómo demonios se va a montar con ellos en el coche? Y, en efecto, así sucede:

—Anda. Me he dejado el móvil arriba. —Miente ella—. Estoy esperando la llamada de mi amiga. Voy a subir, ¿vale? ¿Por qué no nos vemos luego en los bares?

Desanda el camino de espaldas, como si temiera que fueran a saltar sobre ella. Álex balbucea cualquier cosa:

—Pero... Clara... No tenemos por qué... Podemos...

Ya se ha metido en el portal. Sebas arranca el coche.

—Cierra la puerta, tarado. —Masculla Álex rechinando los dientes. Y cuando Ricky lo hace, Sebas no acierta con los pedales, suelta el embrague demasiado pronto y el motor se cala.

—¡Vamos, Fernando Alonso de los cojones! ¿Dónde te dieron el carné? —dice Álex con una mueca de desprecio.

En el segundo intento, las ruedas chillan contra los adoquines y salen disparados hacia la curva cerrada, que doblan sin tocar milagrosamente ninguna pared.

Ensoberdecidos por la frustración y la rabia, no escuchan las campanadas que se descuelgan de la torre de la iglesia para marcar las once y media. Álex lanza blasfemias e insultos indiscriminados y se descubre demasiado nervioso para encender un cigarrillo, aunque nada desea más que notar en los pulmones el picante humo dando vueltas. Sebas lucha con los pedales y el cambio, que de repente ha olvidado combinar con suavidad, y escoge calles al azar. Mientras tanto, en las retinas de Ricky reverbera todavía, como la forma de una bombilla mirada fijamente, la silueta de la chica a punto de sentarse a su lado, la franja de piel al aire entre el pantalón y la camiseta, el cuerpo desnudo intuido debajo. Se diría que aún no ha registrado el fiasco, o que lo desdeña; se diría que su simpleza lo protege como la más sabia de las inteligencias.

—¡Putas tías de este puto pueblo de mierda! —Profiere Álex, siempre con torpeza.

Sin embargo, la realidad suele prevalecer incluso en las mentes más proclives al autoengaño, neutralizando los excesos de optimismo o, como en este caso, de pesimismo. Y es que el suceso con Clara ha sido, indiscutiblemente, un éxito. Porque no confiaban —salvo acaso Ricky— en que ninguna chica de las que han conocido en la piscina fuera a irse con ellos, fuera a montarse en el coche, y ha estado a punto de ocurrir. Lo que era una fantasía, un impulso ciego que podía estrellarse contra las circunstancias y demostrarse ilusorio, ha resultado ser una posibilidad cierta, a su alcance. Únicamente tienen que hacerlo mejor, no estropearlo.

—Jobar, hemos estado cerca, ¿eh, chicos? —comenta Ricky, de nuevo acertando involuntariamente.

Desde luego que han estado cerca, y la prueba más elocuente ha estado cifrada en un detalle: sus ojos pintados, esa raya negra que se ha molestado en hacerse para ellos. Sienten que Clara todavía los está mirando con esos ojos tan nítidos, de un blancor que eriza la piel.

Pero no es una realidad menos insoslayable el hecho de que no encuentran más bikinis. Recorren por tercera, por cuarta vez las mismas calles y no hay ventana, balcón, terraza o tendedero que no hayan escudriñado. Conocen ya la distribución completa del pueblo, el encaje de unas partes con otras, y no hay más bikinis. Ya no doblan una esquina preguntándose qué hallarán, sino sabiendo que aparecerá el letrero de la mercería o la fachada posterior del ayuntamiento. Además, este monótono deambular ha establecido definitivamente las dimensiones del pueblo, muy pequeñas, y pone de manifiesto que es absurdo que lo recorran en coche y no a pie. Pero ir en coche constituye su estatus, la posición desde la que actúan, no pueden renunciar a él. Al menos tienen suerte y apenas se cruzan con nadie que pueda poner en evidencia su ilógico comportamiento.

—No sé, chicos, la verdad... A lo mejor podemos venir el lunes —dice Álex, dándose por vencido—. El lunes es todavía agosto, treinta y uno, y todavía estarán por aquí casi todas las chicas que veranean.

Sebas detiene el coche en la plaza mayor desierta, junto al muro de piedra del antiguo convento, y dice:

—El lunes no puedo. Trabajo, lo sabéis. Así que como no os traiga en coche otro...

Ante la negativa, Álex recupera su capacidad de exasperación:

—¿Ni siquiera podremos venir a última hora a la piscina?

—No, ya os dije que...

—Pues vaya una mierda de curro.

—Hay mucho trabajo en el taller, es uno de los peores momentos del año, estaré allí todo el puto día. Cuando se acaba el verano todo el mundo trae a arreglar las máquinas cortacésped y las desbrozadoras. Y encima quieren tener listas las motosierras para el otoño.

—Bueno, bueno. No me cuentes tu vida, chaval. —Liquidada Álex la conversación con una sacudida displicente de la mano.

De su cigarrillo se suelta una punta de ceniza que se despliega en la caída y se disemina entre los pliegues de cuero de la palanca de cambios. Sebas lo ha observado como si sucediera a cámara lenta y permanece en silencio.

—A lo mejor nos encontramos a Clara y a su amiga por ahí, ¿eh? —comenta Ricky, pero no le hacen caso.

—Voy a mear —anuncia Álex, y sale del coche, no sin antes dejar la colilla a medio apagar en el cenicero. Cierra la portezuela de un empujón.

El muro del antiguo convento está interrumpido por una doble cancela enrejada. Las dos hojas de barrotes están aseguradas por varias vueltas de una cadena de acero, pero el margen entre ambas es de varios palmos. Por ese resquicio, agachando la cabeza, Álex se cuela y desaparece.

Con una determinación inusitada que le brota del estómago, Sebas empuña el pomo del cambio e introduce la primera velocidad. Su pie derecho acciona el acelerador y en los cilindros se inyecta gasoil pulverizado que se prende al atravesar el aire denso y caliente. Como resultado, el coche se desliza sobre los panzudos adoquines. Ricky y él abandonan la plaza, abandonan a Álex.

El idiota teme no haber entendido algo, algún plan de sus dos amigos, y no dice nada. A Sebas le laten las sienes y un cordón de metal incandescente le sube por la columna vertebral. No sabe adónde va, qué está haciendo, pero sus manos y sus pies se mueven y coordinan como si lo supieran. Un rayo estalla en el interior de una nube baja y alumbra en el cielo una infinita escala de grises.

Entre un macizo de jaramagos, Álex orina largamente con ambas manos en la cintura. La oscuridad es casi absoluta, salvo por un haz que se refleja en el único cristal intacto de una ventana de cuarterones del convento. Clava la vista en ella y la luz lo señala, bendiciéndole. La estatura de Álex no es muy baja, pero sí más que la de sus dos amigos, y lo compensa —aparte de fumando y siendo desagradable e iracundo— ampliando la anchura de sus hombros con una pose de forzudo de circo:

la espalda recta y el pecho hinchado, andino. Sus extremidades se mueven con rapidez, nerviosas y sibilinas. En su rostro todas estas tensiones se resuelven en una mandíbula afilada, unos pómulos tirantes y una película acuosa en los ojos. Cuando termina, se agacha para coger una piedra del suelo y la arroja hacia el cristal, que se hace añicos. Por ese hueco abierto, sus ojos pueden atravesar el edificio en ruinas hasta la calle que hay detrás. Entonces algo llama su atención contra la fachada de una vivienda: una mancha movediza de color verde manzana.

El que conduce percibe que la valentía lo abandona, como un fluido helado escurriéndose por su cuerpo y dejando en su lugar un escalofrío, un temblor, el tacto de piel de serpiente que tiene la cobardía. Han llegado al camino de grava que va a la piscina y se han parado. El idiota se atreve a expresar su incompreensión:

—Pero... pero... Ahora recogeremos a Álex, ¿eh, Sebas?

Aferrado al volante para controlar la tiritera, el que conduce no contesta y luego dice:

—Voy a mear.

Las suelas de goma producen en el suelo un ruido de cascajo.

En contra de su laboriosa imperturbabilidad, el que fuma se gira alarmado en la plaza para cerciorarse de que sus amigos se han marchado, lo han dejado solo. Masculla varios insultos y aprieta los puños, aunque esto último más por frío: en otro alarde compensatorio, no se ha traído ninguna prenda para ponerse sobre la camiseta. Tampoco lleva encima el tabaco, aunque sí el teléfono en el bolsillo, pero de momento no se va a rebajar a usarlo para llamarlos. Sabe que volverán. O, mejor dicho, no va a tolerar que ellos piensen que quedarse solo le provoca algo semejante a la inquietud, al miedo. No, él desprecia por igual tanto que vuelvan como que no vuelvan. Y una honda calada al cigarrillo sería ahora el subrayado ideal de esta actitud. Lástima.

En el pavimento de la plaza mayor los adoquines son sustituidos por gordos cantos rodados, que forman dos grandes círculos concéntricos alrededor de una alta farola con cuatro brazos. Esta iluminación más abarcadora crea una continuidad en el ámbito de la plaza, sin disociaciones entre la claridad y la noche. En el reloj del ayuntamiento las agujas arrinconan al tiempo en un ángulo cada vez más agudo: las doce menos cuarto.

Junto al antiguo convento hay un buzón de correos y dos cabinas telefónicas, separadas por una fuente construida con bloques de granito sin pulir. Da una patada a la puerta de una de ellas y entra. Maquinalmente, mete un dedo en el compartimento de las monedas, pero no hay ninguna. Descuelga el auricular, lo sopesa; pega el oído y no escucha nada; golpea el aparato varias veces y lo deja colgando. Pero antes de salir siente algo, como un calor a través del cristal de la cabina: siente que alguien lo está observando. Se vuelve y ve una figura inmóvil en el centro de la plaza. Es una mujer delgada que tiene metidas las manos en los bolsillos de un pantalón vaquero. Desafiada por su mirada, ella reanuda su camino hacia una de las calles. Él, desde la

pecera vertical de la cabina, ve cómo la mujer evoluciona en el mar de luz diseminado por la farola, hasta que se oculta tras el ayuntamiento. Empuja con el hombro la puerta y sale. En ese momento sus pies son bañados por el chorro de los faros del coche, que penetra en la plaza con el traqueteo muelle y gaseoso de los amortiguadores. Viene directo hacia él y durante una décima de segundo, sin saber por qué, piensa que lo va a atropellar. Frena a dos metros.

El enfado se ha evaporado de su cabeza y súbitamente recuerda lo que ha visto a través del cristal roto del convento. Mete la cabeza por la ventanilla delantera y permite que transcurran unos instantes para que el que conduce piense cualquier cosa, por ejemplo que lo va a golpear por el abandono. Después, ordena:

—Bajaros del coche. Venir conmigo.

El idiota obedece con presteza pero el que conduce se demora en apagar los faros, el motor y en subir las cuatro ventanillas.

—¡Déjalo, hombre! Es aquí mismo.

El que conduce se levanta del asiento y se pone a su lado, adivinando que soportará sin protestar la bofetada o el puñetazo o el empujón que lo tire al suelo. Pero el que fuma echa a andar junto al muro de piedra y los dos lo siguen.

La calle que toman a la izquierda es la que baja hacia la plaza de los bares. La han recorrido solo en una ocasión, antes de que al idiota se le ocurriera la idea de buscar los bikinis. Por esa causa no han visto este, color verde manzana, que está tendido en una barandilla de metal, en la segunda planta de una casita revestida con losas de pizarra.

—No me acuerdo quién llevaba este —declara el idiota.

—Ni yo, pero qué más da —dice el que fuma.

—El caso es que me suena ese verde, pero... —comenta el que conduce.

En el lateral de la casa una frondosa hiedra enmarca el rectángulo de una ventana, que tiene por dentro del cristal una pegatina de un grupo de música. Es la ventana de la persona a la que buscan —a la que han estado buscando toda la noche— y se plantan bajo ella con las cabezas alzadas. Sus sombras brotan de sus pies y se fracturan sobre la superficie irregular de los adoquines.

El que fuma se dobla por la cintura y rastrea el suelo. Coge dos chinas de tamaño inferior a un garbanzo. Tira hacia la ventana una de ellas, que suena contra el cristal. El idiota se ríe guturalmente. Aguardan, pero no sucede nada. Tira la otra, con un poco más de fuerza; si está dentro, tiene que oírlo. Entonces, una voz les llega por detrás y electriza sus nuca:

—¿Qué hacéis?

Los tres se giran simultáneamente y descubren a una chica. Su cara les suena de haberla visto en la piscina, pero no han hablado con ella. Es unos años más joven, tal vez aún no haya cumplido los dieciséis. Y aunque da lo mismo, aunque ya no tiene importancia a estas alturas, la chica es muy guapa. Los mira a los tres con un brillo de reconocimiento en los ojos.

—Ah, es tu casa. —Deduce el que fuma, señalando la ventana.

—Sí. ¿Por qué? —inquire ella. Pero en sus palabras no hay la más mínima agresividad, sino mansedumbre.

—Es que... —Improvisa el que fuma—. Es que íbamos a dar una vuelta en coche y... no sé. ¿Te vienes?

Por el semblante de la chica sobrevuela fugazmente algo, que se extingue o es reprimido.

—¿Para ver las estrellas fugaces? —pregunta ella.

—Pues... claro. Vente, anda.

La chica cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro. Después, sus labios se distienden en una sonrisa que a los tres les duele en el centro del pecho.

—De acuerdo. —Asiente con una mueca tímida que vuelve a corregir.

—Tenemos el coche en la plaza. Venga.

Ya están caminando los cuatro hacia la esquina. Ella va emparejada con el que fuma, y los otros, un metro por detrás.

A ellos les impresiona la delicadeza de las pisadas de la chica junto a las suyas. En el fondo, no confiaban en esto, son conscientes de que no lo merecen, de que es injusto.

Al entrar en el ámbito iluminado de la plaza, el idiota levanta la cara al cielo y dice:

—Pues con estas nubes, las estrellas no...

El codazo en las costillas se lo propina el que conduce, mientras el que fuma le habla a la chica al oído para enterrar las necias palabras del idiota. Con un ademán del brazo la dirige hacia la portezuela trasera y abre para que ella entre; él se cuela detrás y cierra. Las rodillas del idiota, inédito copiloto, tocan en las letras japonesas del salpicadero. Va incomodísimo, pero no dice nada. El que conduce arranca el motor.

—Oye, ¿cómo te llamabas? —pregunta el que fuma.

—Luci. ¿Y vosotros?

—Pues mira, Luci. El que conduce se llama Pedro, este se llama Juan y yo... yo me llamo Eduardo.

Ha ido indicando con las manos a sus amigos. El movimiento final de tocarse el pecho y mentir sobre su propio nombre acaba en la rodilla de ella, quien, inmerecida, injustamente, no la retira.

El que conduce, con suavidad, acelera. Dentro de un minuto sonarán las doce campanadas, medianoche. Las primeras gotas de la tormenta caen en el parabrisas.

II

La adolescencia es un estado de pura contradicción. La adolescencia es desear una cosa y la contraria; la vanidad de ser observada y la vergüenza de que te estén observando; el deseo de dar un beso y, justo después, el de no haberlo dado. La adolescencia es desear ver y a la vez no haber visto. Y por eso Sandra inclina ahora la cabeza hacia delante, para que los mechones rizados de su pelo se cierren ante sus ojos y proyecten en su cara rayas verticales de sombra y luz: quiere ver y no ver el cuerpo del veinteañero que emerge de la piscina por la escalerilla de aluminio y se queda inmóvil un instante, mientras el agua clorada resbala por su piel y lo hace brillar al sol. Emboscada tras su propia melena, Sandra admira la redondez suavemente musculada de los hombros, los brazos largos y fuertes, las protuberancias atléticas del torso, que él contrae con orgullo y algo de exhibicionismo, como si así se sacudiese mejor el agua. Contradictoria, casi hipócrita, Sandra descubre a sus ojos deslizándose hasta el bulto del bañador y a un mismo tiempo siente alivio cuando el veinteañero se gira para emprender la marcha sobre las losas antideslizantes que rodean la piscina. Se ha ruborizado, lo nota, y decide mantener su pelo naranja tapándole la cara, filtrando las acometidas ya tibias del sol de la tarde.

Su amiga Lucía, en cambio, observa al veinteañero más abiertamente, casi con descaro, sabiéndose posible objetivo de su mirada cuando pase delante de ellas camino de su grupo de amigos, que tienen las toallas extendidas no lejos de la entrada al recinto. Sandra percibe la vanidad de su amiga, cómo yergue instantáneamente la espalda para que la mirada del veinteañero la coja en la postura más favorable, más adulta, el volumen de los pechos resaltado por el avance del tórax. Pero a la vez se fija en que Lucía contrae un poco la tripa, la mete hacia dentro, víctima de una total inseguridad sobre su propio cuerpo. Desea que el veinteañero la mire y a la vez siente la vergüenza anticipada de imaginar, y no poder saber, cuál será el efecto provocado, qué pensará. Pero el veinteañero, finalmente, pasa de largo sin orientar hacia ellas sus ojos, quizá ensimismado él también en calcular la imagen que ofrece su cuerpo. No ha reparado siquiera en esas dos niñas de quince años que languidecen sobre sus toallas aún secas y se esfuerzan por parecer muertas de aburrimiento, aunque en realidad se hallen en el centro mismo del huracán de la adolescencia, ese punto de falsa calma rodeado por una espiral de turbulencias.

Por encima de las tres piscinas los sonidos forman una densa maraña en la que se amortiguan unos a otros: los gritos de los niños y los estallidos de los chapuzones, la música de los altavoces del bar y las risas de los que juegan a las cartas, la lluvia a presión de las duchas y el palmoteo de los pies desnudos sobre el suelo mojado... Todo ello crea un soñoliento y uniforme murmullo que se vierte en los oídos

taponados por el agua y masajea las pieles anestesiadas por el sopor de la insolación. Solo los trallazos del fútbolín puntean este bajo continuo. Pero ni siquiera el ruidoso fútbolín llama la atención de Sandra y Lucía, pese a que los cuatro chicos que juegan están justo a sus espaldas, bajo el porche que cubre la terraza del bar. Ellos son simplemente un foco más de la presión que sienten encima, como el grupo de veinteañeros, como las madres jóvenes con bebés, como las parejas de novios que se besan con los cuerpos unidos, como el grupo de chicas de dieciocho años. Todos las señalan, todos aluden a su temblorosa condición de adolescentes, todos las miran o pueden mirarlas, darse cuenta, avergonzarlas. Por eso elaboran tan trabajosamente una pose de tedio, de estar de vuelta, de ser experimentadas. Se mantienen en un constante aturdimiento, como un estupor de droga.

A Sandra le encanta el pelo de su amiga, negro y liso, que brilla al sol como si se hubiera dado en la peluquería unos reflejos azulados muy tenues. Le molesta un poco que ella no lo aprecie, que no sepa lo que es tener un pelo color zanahoria del que se han reído siempre, desde que entró al colegio. También envidia su cuerpo, la delgadez de los tobillos y las rodillas, las piernas largas, los pechos ni muy grandes ni muy pequeños, la armonía del conjunto que no le cuesta nada conservar, que en cierto modo no merece. Y el bikini que lleva hoy, verde manzana, le queda particularmente bien, aunque se queje todo el rato de que los tirantes de la parte de arriba son demasiado anchos, solo para que ella, Sandra, lo desmienta y le diga por enésima vez lo bonito que tiene el cuerpo, la envidia que le da, y Lucía sonríe con satisfacción, su inseguridad apaciguada al menos por unos minutos.

Una pareja de novios está junto al borde de la piscina grande y forcejea para ver quién consigue tirar al otro al agua. Ella es alta y pelirroja; su piel lechosa, inmune al bronceado, parece prolongarse inconsútil por encima de la tela blanca del bikini. Él, más bajo y fornido, logra levantarla en vilo abrazándola por la cintura y la deja caer desde el borde. Quizá incitada por esta escena, Lucía se acuerda de su novio. Mete la mano en el bolso de tela casi vacío, arrugado como una piel muerta, y saca su teléfono móvil de tapas rosas. Hace saltar la mitad superior con un hábil movimiento del pulgar y consulta la pantalla.

—Sandra, tía. El Míguel no me ha contestado al mensaje. Me tiene harta —dice con un mohín de tormento.

—Pero si ya te ha dicho que no iba a venir a la piscina, ¿no? —replica Sandra en su papel de consejera cabal, aunque no haya tenido nunca novio, aunque no la hayan besado todavía.

—No, ha dicho que lo más seguro es que no viniera. Lo más seguro. Y que me conteste al mensaje por lo menos, digo yo. Además, ¿a ti te parece normal que no venga a la piscina el último sábado del verano?

—Estará con Pancho y Rafita, tía.

—Pero yo soy su novia, se supone, ¿o qué?

—Pues...

—Espero que esta noche me lleve a ver las estrellas fugaces. Me lo prometió. —
Refunfuña Lucía, cruzando los brazos sobre el regazo.

Inmersas en el estupor adolescente, Sandra y Lucía no se dan por aludidas cuando les llega por detrás una voz masculina. El fútbol ha parado de sonar. La voz se va distinguiendo con más claridad y se dirige, ya sin duda, a ellas:

—Sí, vosotras. La del bañador verde y el bañador rojo. ¿Estáis sordas?

Hay en esas palabras un deje de guasa, de vacile: es la seguridad que da el respaldo de los amigos. Sandra, ruborizada al instante, ladea la cabeza como acuse de recibo, pero no se vuelve.

—Oye, pelirroja. ¿Tu amiga morena es sorda? ¿O es que es tímida?

Lucía alza la barbilla con un gesto de dignidad, aunque está al borde de la risa nerviosa, de no saber qué hacer.

—¿No queréis jugar entonces? Mira que os íbamos a dejar ganar...

Se escucha el sonido de una moneda colándose por una ranura. Enseguida se reanudan los trallazos de las bolas y los comentarios arrogantes y bromistas.

Si ninguna de las dos se ha girado es porque instintivamente han adivinado la leve burla del chico. Ellos, varios años mayores, querían probar su propia capacidad para ponerlas nerviosas, para hacer que se sonrojaran o contestaran con una frase torpe. Los chicos querían, aunque no se dieran demasiada cuenta y no hubiera maldad, exhibir el poder de su diferencia de edad, de su madurez. Querían, en definitiva, alardear de que ellos ya se han acostado con chicas, ya han probado el sexo. Y saben que ellas lo saben y que se mueren de vergüenza.

Algo vibra dentro del bolso de tela arrugada, una minúscula trepidación.

—Luci —dice Sandra, señalando el epicentro del terremoto.

Pero Lucía ya está sacando el teléfono y haciendo saltar la tapa entre sus dedos. Lee el mensaje en la pantalla iluminada:

—Nada, dice que no viene, y que si no lo había dejado ya claro. ¿Tú te crees? El lunes nos vamos del pueblo, el Míguel y yo nos separamos para no sé cuánto tiempo, y me contesta así. ¡Soy su novia, tía!

—Mándale a la mierda, Luci.

A Sandra no le cae nada bien el Míguel, por mucho que sea el más guapo del grupo. Aunque en este sentimiento hay una pizca de rencor por el tiempo que él le quita de estar con su amiga. Sandra también alberga la melancólica aspiración de que todo vuelva a ser como era antes, el año anterior y el otro y el otro, las dos siempre juntas, sin líos de chicos, compartiéndolo todo.

—Pero es que está enfadado. No sé. A lo mejor sí deberíamos hacerlo, ¿no? —
Duda Lucía.

—Yo... —balbucea Sandra, sus rizos oscilando en el aire, sus mejillas coloradas.

—El Míguel dice que sería bonito para terminar el verano, este verano en que hemos estado juntos. Y es verdad que sería bonito, ¿no, tía? Pero...

Lucía está colapsada por la indecisión, lleva así desde que su novio le hizo la

propuesta y su estado empeora cada vez que él la presiona. No haber venido hoy a la piscina es otra medida de presión. Se acaba el verano, este eterno verano de los quince años —dieciséis, el Míguel—, y tiene que ser ahora o nunca. Pero ella no sabe qué desea, o desea una cosa y su contraria, hacerlo y no hacerlo. En su cabeza colisionan los impulsos y teme quedar en ridículo, tanto si lo hace y es demasiado pronto y todos los del grupo la toman por una cualquiera, como si no lo hace y queda como una niñaata.

—Es que no sé, San, tía. Solo de imaginarlo... O sea, a veces me parece que no es para tanto y otras... Y sé que el Míguel iba a tener cuidado, es un sol, pero el momento ese de... No sé, tía. Quiero que pase ya, hacerlo, quitármelo de encima. ¿Te imaginas haberlo hecho ya?

Pero ninguna de las dos es capaz de imaginarlo. Por eso miran con frecuencia a las chicas que rondan los dieciocho. Buscan en ellas la diferencia, algún rastro del decisivo cambio. Lo buscan en la forma tan distinta que tienen de moverse, en la forma de tocarse entre ellas, de mirar, de soportar las miradas y devolverlas. Estudian la forma en que ahora se ríen y contestan a esos tres chicos que se les han plantado delante. —El deslavazado grandullón, el bajito de hombros anchos y el rubio con coletilla—. Cómo será haberlo hecho ya, tener dieciocho, coquetear y reírse así. La distancia es solo de tres años, pero equivale a un abismo. Lucía y Sandra están todavía más cerca de las niñas de trece años, incluso de las de ocho o diez. Están del lado de acá.

Cabizbaja, aguardando a que su cara empalidezca, Sandra da con un recurso para cambiar de tema:

—Ahora me tomaría un helado. ¿Quieres uno, tía?

—Vale, pero vas tú —dice Lucía.

Y Sandra no intenta negociar como haría otras veces:

—Bueeeeno. ¿Qué helado quieres?

—Un bombón de chocolate blanco, pero solo si tienen de chocolate blanco. Si no, un cornete de fresa o de nata. Pero no quiero vainilla, ¿eh?, ya sabes que la vainilla...

—Te da ganas de devolver. —Le quita la expresión de la boca, entonándola como una salmodia.

—Pues sí, tía lista, que eres una tía lista.

—Y tú una pesada y una asquerosita. Ay, ay, la vainilla me da ganas de devolver. —Le hace burla.

—¡Bicharraca!

—¡Pero bueno! —se indigna Sandra en broma, encantada.

Y las dos ríen con un timbre ligero y cálido.

No lo piensa dos veces, pues se ruborizaría y sería peor, así que coge su monedero, se pone en pie con decisión y arranca a andar. Sin embargo, aunque se sobrepone al rubor, Sandra no puede evitar la conciencia vivísima y desorbitada de su propio cuerpo. Siente la oscilación trémula e incontrolada de su trasero, el cual

adquiere de pronto en su mente una magnitud grotesca. Vigila de reojo que la parte de arriba del bikini continúe haciendo su función zancada tras zancada, aunque cree notar que el aire le da directamente en la piel, como si no tuviera tela por encima, y teme súbitamente que el frescor se la erice y ella no pueda cubrirse con las manos la señal gemela del escalofrío. Pero ya ha conseguido sortear todas las toallas extendidas en la hierba y está cruzando el umbral del bar, aliviada y satisfecha.

El sol se desploma lentamente en el cielo y las sombras se dilatan en la base de los objetos. La línea que proyecta el porche sobrepasa ahora las uñas pintadas de Lucía y la introduce por completo en la sombra. Distraída en advertir este milimétrico avance, no se ha percatado de que ya no se oye el tableteo del fútbolín.

—Eh, morena. ¿Tu amiga te ha dejado sola?

Recibe estas palabras con complacencia, con un cosquilleo en el estómago que, ausente Sandra, tolera que se difunda por sus miembros.

—¡Chica, pero mírame! Te prometo que no soy tan desagradable. O al menos eso dice mi abuela: que la joroba me da un toque de distinción.

Lucía tampoco reprime la risa, que sacude sus hombros y marca en su espalda los bultos móviles de los omoplatos. Se siente liberada de la silenciosa censura que impone Sandra con su presencia, o que se impone ella misma para no disgustarla ni evidenciar su nulo éxito con los chicos. Se remete el pelo por detrás de las orejas y se vuelve.

—¡Aleluya! —dice el chaval, y ella sonrío con una mezcla de timidez y picardía.

Lo primero que ve de él es el tatuaje vegetal que le recorre la pierna desde el tobillo hasta la rodilla. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y se apoya en el fútbolín con indolencia. Su pelo largo está apelonado en rastas y a Lucía le sorprenden sus ojos azules. Ahora se encuentra solo, sus compañeros de partida lo han abandonado.

—¡Anda, tu cara me suena! Ya decía yo que no podía haber tantas chicas guapas en un pueblo tan pequeño. —La piropea de entrada.

Pero Lucía lo encaja con un gesto inédito de leve desdén, como si hubiera dicho una obviedad o algo sin importancia.

—Sí, nos vimos el finde pasado en La Bodeguilla. —Apunta ella con desgana.

—Cierto, cierto. —Finge él recordar. Y añade—: ¿Nos veremos hoy?

—A lo mejor —contesta. Pero su novedosa actitud de adulta flaquea—: Aunque esta noche hay estrellas fugaces.

—¿Estrellas fugaces? —pregunta él, controlando la irónica sonrisa que le salta automáticamente. No quiere avergonzarla—. Dicen que esta noche va a haber tormenta, no creo que se vean demasiadas estrellas. Será mejor estar dentro de un garito.

Lucía está desarmada, no sabe cómo salir de la situación, y le cuesta no clavar la barbilla en el pecho. Por fortuna, ve que Sandra sale del bar con los dos helados y ya viene hacia ella. Se gira rápido para que su amiga no descubra que ha estado

hablando con el chico mayor, y a él no le dirige ni siquiera una frase de despedida o complicidad. Pero tampoco él dice nada, porque simultáneamente, por la puerta del bar que da al porche, salen sus colegas con cuatro vasos de plástico llenos de cerveza.

Mientras Sandra llega hasta la toalla, en la cabeza de Lucía se produce una fulminante reacción química que libera un precipitado, una idea nítida y deslumbrante: no ha habido un gramo de burla en el chaval, ha hablado con ella de tú a tú, como si tuviera su edad, y por lo tanto el coqueteo ha sido sincero. Solo ha bastado que ella se comportara con calma, que sostuviera su mirada, para que la tomara en serio. Y la prueba es que, cuando sus amigos han salido, él ha disimulado para que no le hicieran bromas por estar hablando con una cría. No, no es una cría, y es la primera vez que tiene esta sensación.

Sandra se sienta en la toalla con las piernas cruzadas y le da a su amiga el helado, ambos iguales.

—Pero si a ti no te gustaba el chocolate blanco —dice Lucía.

—Depende del helado, este está rico —contesta Sandra, y muerde el caparazón crocante del bombón, que se astilla sonoramente.

—Bueno... ¿cuánto te ha costado?

—Deja, te invito.

—Muchas gracias, ricachona.

Nada le estropea a Sandra la alegría de estar comiéndose el mismo helado que su querida Luci, ni siquiera el recuerdo del bochorno en el bar, cuando los tres chicos del fútbolín se le han colado. No ha sido capaz de llamarles la atención cuando ellos, después de haber pedido ya sus cervezas, han fingido que la descubrían: «Ah, a lo mejor estabas tú antes», los imbéciles. Una gota de helado se desliza por el palo y le mancha el dedo índice. En un arranque travieso, se lo planta en la nariz a su amiga. Forcejean un rato entre carcajadas, olvidándose de los ojos de los demás.

En la franja más baja del horizonte, donde las montañas descienden para configurar el cauce de río, un cordón de nubes bulbosas avanza minuto a minuto extendiendo un blancor cremoso y denso. El resto del cielo, duro y limpio como una campana de cristal, va reflejando el cambiante tornasol de los últimos rayos de la tarde.

Lucía muerde el palo del helado y propone:

—Ya es hora de que nos demos un baño, digo yo. Y no me vengas con lo de la digestión, que solo nos hemos tomado un heladito de nada.

Sandra se toca el esternón y pone cara de extrañeza, como si ella nunca en la vida hubiera sido prudente. Se relamen una última vez y se ponen de pie. Y es entonces cuando vuelven a notar la presión casi táctil de las miradas. En la pelirroja, esto se traduce en el regreso del rubor y en una acuciante prisa por llegar a la piscina. En cambio la morena, mientras caminan sorteando las toallas, percibe asombrada una variación en su sensibilidad, en la manera en que circula la energía entre su piel y el aire, que tiene su origen en la breve —pero tan distinta— conversación con el chaval

de las rastas. La contradictoria vanidad se ha transformado en un orgullo firme y fundado. Su cuerpo va ingresando en la atmósfera con cada batida de las piernas, los muslos reclamando su espacio, los brazos abriendo la brecha en que el tronco se sumirá un instante después, sus pechos coronando el avance irrevocable, toda su carne moldeada por el viento que ella misma desplaza y por las miradas que la envuelven, por el deseo presentido de los chicos, que es también su propio deseo.

La piscina grande está rodeada por una valla metálica que la separa del terreno de césped. Sobre las entradas que comunican ambas zonas hay unos arcos de tubería que hacen caer incesantemente una cortina de gotas, con el objetivo de que toda persona que entre o salga se vea obligada a ducharse. No obstante, Sandra y Lucía se pegan lo más posible a los laterales del arco y consiguen cruzarlo sin mojarse apenas. Van hasta el extremo en que la profundidad es menor y se sientan en el borde.

—Nada de mojarse, ¿eh? —advierete Sandra, el dedo índice estirado.

—Tranquila, Sandrita.

Con un movimiento gimnástico se descuelgan del borde y van sumergiendo su cuerpo centímetro a centímetro: los muslos, el inicio del vientre, el ombligo... Toda la maniobra va acompañada de grititos y de histriónicos visajes de la cara. Cuando tocan suelo, el nivel les llega por la mitad del tronco. Armándose de valor dan un pequeño salto hacia delante y ya están nadando, sus cuerpos suspendidos en la masa turquesa de la piscina.

Después de recorrer un largo y medio, asediadas por las zambullidas de los niños y por los chicos mayores que compiten con aparatosos estilos, se detienen a mitad de camino entre ambos extremos. La raya ondulante lame la hinchazón de sus clavículas. El sol ya no calienta demasiado y una débil brisa es suficiente para enfriar la piel mojada; casi parece que el agua esté tibia. Entonces, los ojos de Sandra encuentran un hueco entre los niños que corren y durante un instante captan una cara conocida. Pero enseguida se oculta tras varias figuras solapadas.

—¡Ostras, tía! Creo que acabo de ver a Rafita —exclama.

—¿A Rafita? ¿Dónde? ¿Aquí en la piscina? —Se sobresalta Lucía.

—Pues...

—¿Está también el Miguel? —Mira en derredor enloquecida—. ¿Pero dónde están?

—A ver, solo he visto la cara de Rafita, por allí. Pero creo que estaba por fuera de la valla —explica.

La línea recta que antes ha quedado fugazmente libre está ahora interrumpida por los niños, que no paran de cruzar, y por el grupo de los veinteañeros, que se ha puesto de pie.

—¿Dónde? No veo nada.

—Allí, detrás de esas chicas. —Se refiere Sandra a las de dieciocho—. Es como si estuviera hablando con ellas desde la calle.

—¿Hablando con esas?

—Bueno, ha sido un segundo. A lo mejor ni siquiera era él. A lo mejor me lo he imaginado. —Se echa cautelosamente para atrás, arrepentida de su suposición.

El grupo de veinteañeros se quita del medio, pero ya no se ve a nadie en ese lugar de la valla.

—Bah, no me hagas caso —insiste Sandra.

—Sí. A mí qué más me da —dice Lucía con dolida indiferencia. Y después—: Me muero de frío. Me salgo.

—Y yo.

Se dirigen hacia la escalerilla más próxima con desesperante lentitud, brincando impacientemente sobre las puntas de los dedos. Fuera de la piscina, no esperan a que el agua se escurra; ni evitan, al salir del vallado, que la cortina las moje; caminan directas y obcecadas hacia sus toallas. Se envuelven en ellas, se sientan y se abrazan las rodillas. No dicen una palabra durante varios minutos.

El adormecedor zumbido de los gritos, de la música vulgar, de los estallidos líquidos, fluctúa como una niebla a ras de suelo y se mezcla con las penetrantes vaharadas de cloro, con la fatiga por la natación, con las decepciones, con la dulzona tristeza por el final del verano, y segrega una especie de desidia, una predisposición cansada. En ella penetra con insospechada facilidad la voz del chaval del tatuaje:

—Al final no me has dicho tu nombre, morena.

Lucía se vuelve, impredecible, y dice:

—Luci, me llamo Luci.

—Muy bien, Luci. ¿Y tu amiga?

—Ella, Sandra.

—Encantado. Yo soy Samuel.

Samuel está sentado en una silla al borde de la terraza, a un metro de ellas, pero no se levanta para intercambiar dos besos con cada una. Sus amigos están cerca, en una mesa, y tiene que parecer en todo momento que bromea. Sandra no da crédito, no entiende nada, pero no abre la boca.

—¿Queréis? —pregunta él, pero es a Lucía a quien acerca el vaso de plástico—. Es solo cerveza.

Ella tuerce el cuello para negar, pero frena la barbilla a mitad de gesto.

—Si lo prefieres, voy a por una pajita.

—Bueno —contesta Lucía.

Samuel se pone en pie, deja el vaso sobre la silla y va hacia el bar. Al pasar junto a la mesa de sus colegas hace con ambas manos un ademán genérico, impreciso. Sandra busca los ojos de su amiga pero esta la rehúye.

Samuel regresa con dos pajitas, las mete en la bebida, y se sienta. Le alarga el vaso a Lucía. Ella lo coge con su mano delgada y acerca a una de las pajitas sus labios, violáceos por el frío. Bebe, reprimiendo la mueca de desagrado por el amargor. Luego empuja el vaso hacia Sandra, quien sacude la cabeza automáticamente.

—Venga, boba. Es solo cerveza —dice Lucía, pero no logra nada.

Le devuelve el vaso a Samuel y se topa con sus ojos azules, que la observan entre el pelo. Las dos pupilas le producen en el estómago una llamarada de calor —o será la bebida— y tiene que bajar la cabeza. Largo rato se queda mirando su pierna, el intrincado dibujo del tatuaje.

Una a una, las once campanadas van descendiendo desde la torre de la iglesia, sobrevuelan a las dos adolescentes y se propagan sin eco sobre la superficie quieta del embalse, al otro lado de la carretera. La pastosa resonancia metálica choca en las cadenas del columpio y las hace vibrar como gruesas cuerdas de arpa, tensadas por el peso de las chicas y afinadas en una nota precisa. Con los talones y las punteras de sus pies imprimen al asiento un monótono balanceo; los pernios faltos de grasa apenas chirrían más alto que unos grillos.

—Las once —dice Sandra distraídamente, y se cierra sobre el pecho su chaqueta vaquera, todavía desabotonada.

Absorta, Lucía no responde, y se ayuda con la mano izquierda para morderse con más ahínco las uñas de la derecha, presionando el pulgar contra el filo de los dientes.

El parque está ubicado entre el camino de grava que va a la piscina y la carretera de entrada al pueblo. La única iluminación es la que llega desleída de las farolas del camino, que se ve suplementada esporádicamente por las luces rojas de los coches de la carretera, que frenan a esa altura para tomar a poca velocidad los desproporcionados badenes. En el aire se huele el final del verano, ese frescor inédito que toca la nariz y provoca al instante la resignación, un pesar agridulce y conforme.

—En tres o cuatro semanas estaremos metidas en todo el lío de las clases. —Reflexiona Sandra en voz alta—. Ni nos acordaremos del verano. O parecerá que ha sido hace muchos meses, ¿verdad, tía? Siempre pasa lo mismo, nunca me acostumbro. Pero ya tengo ganas de empezar el instituto. Asignaturas nuevas, libros, compañeros nuevos...

—Tú es que eres masoca, San, tía. Y además una aguafiestas. Todavía estamos aquí, todavía es verano, digo yo. —Comenta Lucía, que ha salido de su ensimismamiento.

—Este ha sido un buen verano —continúa Sandra sin hacerle caso—. La piscina nos ha dado mucha vidilla, ¿a que sí? ¿Te acuerdas del primer día, cuando la abrieron? Parece que hace mil años y han pasado solamente dos meses. ¿Te acuerdas del planchazo que se pegó el alcalde al estrenarla? Todavía me río de Rafita imitándole luego. Qué tripazos.

Lucía deja de morderse las uñas y mira a Sandra. A veces, la condición de pueblerina de su amiga le genera un confuso sentimiento compasivo, que ella no sabe analizar. El hecho de que Sandra viva todo el año en el pueblo y por ejemplo valore tanto la nueva piscina induce en Lucía, que ha crecido en Madrid y solo va al pueblo

de vacaciones, una pena levemente amarga.

Un coche con faldones deportivos, pese a superar muy lentamente uno de los badenes, roza en el asfalto produciendo un ruido áspero y desagradable. La luz verdosa de las farolas vierte sobre la tierra del parque las sombras fluctuantes de las chicas, que se dilatan y contraen con el movimiento del columpio. Lucía saca su teléfono y alumbra con la pantalla una culebra inexistente, que se disuelve en el vapor azul.

—Creí que se movía algo —explica.

Pero no guarda el aparato, le da vueltas entre los dedos, abre y cierra la tapa, se toca con él la barbilla; al menos deja un rato sus uñas.

—Y el año pasado, ¿cómo pudimos estar sin piscina? Y el otro, y el otro. — Reanuda Sandra sus proyecciones en el tiempo.

Pero Lucía ya no le va a permitir que siga, la inquietud se está convirtiendo en nerviosismo:

—Oye, tía. Entonces, ¿crees que el de la piscina era Rafita? ¿Sí o no?

Sandra tarda en detener sus melancólicos pensamientos y en situarse en lo que le pregunta.

—¿Rafita? Ah, sí. Pues... no sé, tía. Creo que le he visto, aunque no estoy del todo segura. Pero aunque fuera él, podía simplemente estar pasando, dando un paseo. O a lo mejor iba a jugar al pádel. Podía estar ahí por cualquier razón.

—Pero has dicho que le has visto hablando con las pijas.

—Yo no he visto nada, Luci, tía. Solo su cara. Y como estaba en la parte donde estaban las pijas, pues me he pensado que a lo mejor estaba hablando con ellas a través de la valla. Pero te prometo que no le he visto hablar, eso seguro. Igual estaba solo mirando, yo qué sé.

La pelirroja ha dejado de impulsarse y ha girado el asiento hacia su amiga, a quien no ve satisfecha con la explicación. Prueba otra hipótesis:

—Y podía estar solo, ¿no?

—¿Solo el Rafita? Venga, tía. El Míguel puede estar solo, o conmigo. Pero ni Rafita ni Pancho van a ningún lado solos. Parece que no los conoces.

—Pues eso, podían estar Rafita y Pancho, pero no el Míguel. Lo acabas de decir.

—¡Anda, tía!

Ni la misma Sandra se cree su postura escéptica, pero aun así la remata:

—Y te repito que ni siquiera estoy segura de haber visto la cara de Rafita.

Ahora Lucía se muerde las uñas de la mano izquierda y con la derecha manipula frenéticamente el teléfono. De vez en cuando lo abre con el pulgar y mira la pantalla sin verla.

—¿Pero no le has llamado todavía? —pregunta Sandra.

—Desde ayer. Desde ayer no hablo con él. Pero no voy a ser yo quien le llame. Va listo si espera que llame yo —contesta, soplando un trozo de uña.

—¡Oy! Ya estamos igual que la semana pasada. —Se queja Sandra, aplicando un

poco de humor—. Llamo yo. No, que llame él primero, porque voy a quedar como una tontita si llamo yo. Pero si no me llama, entonces sí que voy a ser tonta... ¡Sois unos petardos los novios! ¡No os aguanto!

A Lucía le hace gracia la imitación burlona de su voz y no puede evitar reírse:

—Qué listilla, la tía.

Además, al oír la palabra *novio* recuerda que en efecto ella y el Míguel, tan guapo, son novios. Irremediablemente se ablanda:

—¿Le llamo entonces?

—O envíale un mensaje por lo menos, tía —dice Sandra cargada de sensatez—. Que el lunes os vais del pueblo.

La morena aplasta entre sus labios una sonrisa emocionada:

—Bueeeeno, un mensaje. Pero solo un mensaje, ¿eh?

Abre el teléfono y los efluvios luminiscentes alumbran una expresión pensativa.

—¿Y qué le escribo, tía?

—A mí qué me cuentas.

—Ya está. Le voy a preguntar si me lleva a ver las estrellas fugaces o qué.

—¿Las estrellas fugaces? Pero si está nublado.

—¡Jobar, tía! ¡Es que no se acierta nunca contigo! Se lo envío y que me conteste, ya está. Lo de las estrellas es lo de menos. Aunque me lo había prometido.

—Vale, vale. Tú sabrás.

El pulgar vuela sobre las teclas del aparato y el mensaje queda escrito en segundos.

—Enviado, hala.

Sandra todavía hace con la cabeza un gesto exagerado de hartazgo.

—Bueno, ¿y qué pasa con ese churri tuyo, el caballero de los besos de oro? —pregunta Lucía con cariñosa guasa.

—Ah, yo qué sé. —Replica Sandra, de pronto ruborizada.

—¿Pero va a venir este otoño?

—Que no lo sé.

—Tiene que venir a darte más besos, tía.

—Eso espero —dice Sandra, incómoda, con el cuello girado para escapar de la mirada de su amiga.

—Juan se llamaba, ¿no?

—Que sí.

—Pues seguro que este otoño viene otra vez al pueblo a hacer senderismo y os reencontráis.

—Bici de montaña.

—Bueno, lo que sea. Pero ya me contarás, ¿eh?

—Que sí.

Cuando se inventó aquella historia, Sandra pensó que no era tan grave, bien podía haber sucedido. Era una pequeña mentira perfectamente verosímil: un chico está un

fin de semana en el pueblo, ella lo conoce y se dan un beso. Sin embargo, ahora se arrepentía un tanto: no estaba segura de que aguantar un verano más las presiones de Lucía para que diera su primer beso hubiera sido peor que aguantar las preguntas que le ha estado haciendo acerca de ese apócrifo Juan y su beso fantasma. Durante un segundo se plantea si desvelarle la mentira, ahora que nota a su amiga tan próxima, pero de reojo ve que se ha puesto seria de nuevo, preocupada por el asunto del Miguel, y no lo hace.

La vibración del teléfono contra su muslo le hace a Lucía dar un brinco y se pone de pie para sacárselo del bolsillo. Lo abre, lee el mensaje para sí y luego en voz alta:

—*Está nublado.*

Y otra vez más, con tono incrédulo:

—*Está nublado.* Solo ha puesto eso en el mensaje, que está nublado. Nada más, tía.

Lucía no sabe indignarse, o no tan rápido, y mientras tanto permanece paralizada mirando la pantalla, que ahora se apaga, sintiendo cómo le nacen en el pecho las ganas de llorar.

—Es un cabrón —interviene Sandra, porque detecta en su amiga esa congoja muda que precede al llanto y cree que el Miguel no la merece. Así que intenta fomentar su ira—: Te está toreando, tía. Mándale a tomar por saco. Ya. ¡Que le den!

Lucía levanta los ojos de la pantalla y, con la frente nublada, los posa en Sandra.

—En serio. Es un imbécil. Con lo que tú eres, tía. El Miguel no sabe lo que se pierde —insiste Sandra.

Por fin, Lucía reacciona:

—Tienes razón, Sandrita. Es un hijo de puta —dice, y escuchar de su propia voz esa expresión tan gruesa la enardece—. ¡Qué se ha creído! ¿Que voy a estar ahí detrás de él como un perrito faldero? ¿Por quién me ha tomado? No sabe quién soy yo. Pues no tengo yo tíos esperando. Se va a enterar.

Sus ademanes indecisos se han ido transformando en aspavientos. En un arrebato vuelve a abrir el teléfono y teclea velozmente un mensaje. Aprieta con saña el botón de enviar.

—Ya está.

La otra tiene un ataque de arrepentimiento y dice:

—¿Cómo que ya está? ¿Qué le has escrito?

—Que se acabó. Que hemos terminado. —Se reafirma Lucía con golpes de barbilla. Se sienta.

En el silencio que sigue, las dos tratan de convencerse de que han hecho bien. Pero todo se vuelve confuso al final del verano. El hecho de que en pocos días se vaya a extinguir la situación de los últimos dos meses le concede a los actos y a las decisiones una extraordinaria ligereza. ¿Qué más da una cosa o la otra? ¿Qué importa? Una fina sombra de desesperación se infiltra en sus ánimos, un descontrol, una ansiedad. Ahora ambas, también Sandra, se muerden las uñas.

En ese estado de ofuscación las campanadas de la iglesia provocan el efecto de un despertar. Se miran como si tardaran en reconocerse y experimentan de repente una especie de prisa, la necesidad de cambiar de lugar.

—Las once y media —dice Lucía.

—Sí, vámonos —contesta Sandra, y se levantan del columpio.

Salen al camino de grava blanca y andan hacia el pueblo. Una ráfaga húmeda proveniente del embalse les produce un escalofrío. Se abrochan las chaquetas.

A pesar de su nueva actitud desentendida, con el paso de los minutos vuelve a imponerse una inevitable expectativa centrada en el teléfono: esperan alguna respuesta por parte del Miguel, un mensaje por el anuncio del abandono. Y como no se produce, su postura de desapego se va erosionando hasta derrumbarse, y son de nuevo dos adolescentes inseguras que no saben qué hacer.

Ahora doblan una esquina y, con la lentitud de las pesadillas, van identificando lo que ven al final de la calle, bajo una teatral farola que lo ilumina: unas figuras cuya instantánea familiaridad las obliga a pararse. Luego van reconociendo uno a uno a Pancho, a Rafita y al Miguel, también al Miguel, y junto a ellos, moviéndose con una obvia coquetería, ven a cuatro de las chicas mayores, las de dieciocho, con sus ropas caras y sus pañuelos conjuntados. Después, esa onírica lentitud se acelera súbitamente y comprenden el significado de lo que están viendo. Al menos están ocultas en una cierta oscuridad protectora, la humillación se atenúa por la ausencia de testigos. Con una amargura infinita Lucía piensa: «Cómo iba a contestarme el Miguel», y lo dice en voz alta, ahogada de lástima hacia sí misma:

—¿Cómo iba a contestarme el Miguel, tía?

Se da la vuelta y sale corriendo, desaparece tras la esquina. Su amiga la sigue con paso rápido.

Aunque clava con fuerza los pies en el suelo y sacude los puños hacia delante, no consigue Lucía romper a llorar, le sale únicamente una tos quejumbrosa que le suena ridícula y aleja aún más la posibilidad de un llanto convincente. Para compensarlo, se suelta con violencia de la mano de su amiga, que la agarra por detrás sin que se le ocurran palabras de consuelo. Pero no por ello la desesperación es menor o ficticia. El sentimiento de traición es muy intenso. Gracias a él vislumbra con limpieza el mecanismo de lo que ha sucedido: sale a la superficie de su conciencia algo que ya sabía y no se había admitido:

—Tenía que haberle dicho que sí. Teníamos que haberlo hecho. ¡Claro! Y como le dije que no, o no le dije que sí desde el principio, pues...

Sandra ha dejado de tironearle del brazo y va cabizbaja detrás de ella. Solo es capaz de murmurar:

—No digas eso, tía. No digas eso.

Han llegado hasta un banco con travesaños de madera y se sientan. En el cielo una densa nube globulada estalla con un rayo y se ilumina con infinitud de grises: unos más brillantes y otros opacos, unos satinados y otros polvorientos, unos casi

negros y otros de un blancor empañado. La contemplación de este fenómeno es la excusa a la que ellas se agarran para no tener que hablar. Dejan que en su interior vaya bajando el nivel de sus respectivas emociones.

Tras escasos minutos, Lucía y Sandra se amoldan otra vez al espíritu adolescente, de pura contradicción, donde todo es importante y a la vez nada lo es, y donde el tiempo pasa tan rápido, sin huella. Lucía se saca un hilo de los bajos del pantalón y Sandra piensa en lo importante que es elegir al compañero de pupitre en el primer día de clase, lo mucho que esa ligera decisión afecta al resto del año, incluso en las calificaciones obtenidas.

—Creo que me voy a casa —dice Lucía, la frente lisa y despejada.

—Sí, yo también. Van a dar las doce.

Se ponen en pie y echan a andar hacia el centro del pueblo, donde viven. Avanzan despacio junto al recinto del antiguo convento, escuchando el eco de sus pasos rebotados en el muro de piedra. Sobrepasan la esquina de la biblioteca y hacen su entrada en la plaza mayor. Frente a ellas, se ve la esfera lívida del reloj del ayuntamiento.

—Samuel ha dicho esta tarde que estaría en La Bodeguilla. —Recuerda Lucía, señalando la puerta del bar.

Ha intentado que la frase suene casual y a un mismo tiempo sugerente.

—Yo no entro —dice Sandra con rotundidad. Esboza un mohín de desagrado al acordarse del tatuaje y del pelo en greñas.

—Ya, tía. Si era broma. —Replica Lucía, mintiendo y a la vez diciendo la verdad, contradictoria y adolescente—. Pero no me negarás que es mono, con esos ojitos azules.

—¿Mono? Mira, me voy a callar el chiste. —Ironiza Sandra.

—¡Ah! —exclama Lucía—. ¡Pero serás mal bicho!

Pasan junto a un coche amarillo con las ventanillas a medio cerrar, aparcado al lado de una cabina telefónica. Se detienen un poco más arriba, en el chaflán redondeado que forma el muro de piedra. Cada una debe coger una calle distinta para llegar a su casa.

—Bueno, tía, hasta mañana. —Se despide Sandra.

—Mañana nos vemos —contesta Lucía. Y sin saber por qué, se acerca y le da un abrazo a su amiga.

Esta lo recibe un poco sorprendida; pero le emociona este gesto de su querida Luci.

—Chao.

—Chao.

Sandra camina hacia su casa con una sonrisa en los labios. Lucía mira a sus pies y ve cómo su sombra se rompe en los adoquines del suelo.

III

Miércoles, 23 de septiembre de 2009

Cuando abandonó la autovía y tomó la carretera que lo iba a llevar hasta el pueblo, no pudo evitar por más tiempo la idea de que había sido condenado a un destierro. ¿Cuántos días pasaría allí? ¿Alguien lo sabía? Y sobre todo, ¿serviría de algo? No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas, y también ignoraba la razón precisa por la que lo castigaban, su culpa. Aunque, por otro lado, debía reconocer con mezquino optimismo que era un alivio alejarse de Madrid, alejarse de Andrea, de la tristeza sin remedio que ninguno se atrevía a cortar de una vez por todas.

La carretera avanzaba por la falda de la montaña y un poco más adelante, recordó, descendía a la parte honda del valle, como si al construirla hubieran dejado que el lento río de alquitrán buscara su cauce. Apagó la radio, que no escuchaba, y bajó la ventanilla, por la que entró un aire más fresco que el de la ciudad, impregnado de un olor a tierra húmeda y porosa, a hojas macerándose. Se preguntó cuándo empezaba el otoño, nunca lo tenía claro. También la otra vez olía intensamente a humedad, el suelo no había conseguido drenar una cantidad de lluvia tan inmensa. Aún faltaban unos días para que se cumplieran cuatro semanas desde aquello.

Encendió los faros. Las tardes se acortaban deprisa. Al doblar una curva cerrada, la montaña se quitó del medio y ante él apareció la extensión cóncava del valle. Pero la imagen duró un segundo, porque el sol anaranjado dio de lleno en el parabrisas y la suciedad que lo cubría le dejó cegado. Accionó el agua a presión y las escobillas barrieron el cristal; después, contempló la vasta panorámica. Tanto las montañas como el valle estaban cubiertos por un denso tapiz boscoso, al que el sol oblicuo daba un aspecto aterciopelado. Este verde homogéneo estaba punteado por edificios aislados y por las manchas dispersas de los árboles de hoja caduca, que comenzaban a elevar su colorido hacia tonalidades maduras. Pero lo que atraía con más fuerza su atención era el embalse que asomaba al fondo. Su superficie inmóvil lucía un reflejo satinado, que parecía absorber la claridad de alrededor, como si el embalse estuviera constituido por una sustancia imantada o fuera un sumidero de luz.

Retiró un instante los ojos de la carretera para buscar su paquete de cigarrillos, primero en el asiento del acompañante y luego en la repisa del salpicadero, donde lo encontró junto con el encendedor. Alargó el brazo para cogerlo pero el cinturón de seguridad, por la inercia de una curva, lo mantuvo pegado al respaldo. Y entonces recordó que no había comprado un cartón de tabaco, lo había olvidado mientras preparaba el equipaje. Mierda, exclamó, dando un golpe en el freno de mano. ¿Habría

estanco? ¿Y tendrían su marca? Mierda.

Este insignificante contratiempo reavivó el fastidio que le provocaba el viaje, su estancia indefinida y probablemente inútil en aquel pueblo. Porque, aun aceptando que este destierro suspendería la amargura de ver languidecer su relación con Andrea, seguía teniendo la incómoda sensación de que estaba siendo utilizado, de que era el peón de una estrategia que él ignoraba y que trascendía la mera obtención de resultados. Es más: no esperaban que obtuviese ningún resultado. Llevó otra vez la mano al volante y decidió no encender el pitillo, más por enfado que por reservar los pocos que le quedaban.

Ahora los robles flanqueaban estrechamente la carretera y parecían ser ellos los que guiaban su dirección, fabricando curvas con el solo empuje de sus troncos contra los guardarraíles. Mientras las hojas de algunos se mantenían todavía verdes, las de otros se tostaban hasta adquirir un delicado color de confitura, de pulpa de melocotón.

Por fin, unas curvas más adelante, pudo verse la silueta del pueblo, encajonado entre la orilla del embalse y el pie de la montaña. Extrañamente, no recordaba esa imagen de la población, las casas arracimadas en torno a la iglesia, y se dijo que era mejor así, pensar que nunca antes había estado en aquel lugar.

Tras cruzar entre dos gasolineras, una a cada lado de la carretera, se distrajo observando a su izquierda la superficie atrayente del embalse. Cuando quiso frenar fue un poco tarde: las ruedas saltaron sobre un alto badén y el parachoques delantero rozó el suelo. Resopló con disgusto, solo faltaba que se le averiase el coche. A velocidad mucho más moderada, superó un segundo badén y giró a la derecha junto a un parque infantil. Se estaba adentrando en el pueblo.

Con la proximidad, la torre de la iglesia incrementaba su dominio sobre el resto de edificios. Su cuerpo, alumbrado, resaltaba por momentos contra el cielo mortecino del atardecer. De una de las caras del campanario colgaba una estrella de cinco puntas, dejada allí desde una navidad anterior.

Le habían dicho por teléfono que la hospedería estaba ubicada al lado de la plaza mayor, pero ¿cómo se llegaba a la plaza mayor? Porque la otra vez habían ido directamente a la orilla del embalse. Recordó con repulsión toda aquella cantidad de fango, los pies resbalando a cada paso, los zapatos que tuvo después que tirar. Sacudió la cabeza para alejar ese pensamiento.

El suelo adoquinado transmitía al volante un molesto traqueteo; era un antídoto contra la tentación de ir rápido por aquellas callejuelas. Durante bastantes metros circuló paralelo a un muro de cuatro metros de altura. Antes de bordear la manzana que delimitaba, entró sin esperarlo en lo que debía de ser la plaza mayor. Frente a él vio un edificio de un cierto empaque, con dos escudos labrados en piedra, un balcón con banderas y encima la esfera iluminada de un reloj. El ayuntamiento. Se fijó en la hora de su llegada: las ocho y cuarto. Detuvo el coche junto a una furgoneta que tenía unos altavoces de megafonía en el techo.

Antes de cerrar la puerta, se cobijó tras ella para encender el cigarrillo. La primera calada, dulce y suave, le removió en el estómago una oleada de calor. Luego empujó el cristal con el codo y pulsó el botón de la llave; los intermitentes parpadearon. Con las manos en los bolsillos del pantalón dio unos pasos sobre los gruesos cantos rodados que pavimentaban la plaza.

Dos niños estaban sentados en una fuente de granito sin pulir. A izquierda y derecha había sendas cabinas telefónicas antiguas, con puertas. Se sacó el cigarrillo de la boca y se acercó a los niños. Hacía rato que lo observaban.

—¿Sabéis dónde queda la hospedería? —les preguntó, dudando de pronto que la palabra fuera la adecuada y que ellos, de unos diez años, la entendiesen.

—¿Cómo? —preguntó a su vez el más despierto, de pelo rubio arremolinado en la coronilla.

—La hospedería... La hospedería Belén —recordó.

—Belén es mi tía. Su hotel está bajando por esa calle. No tiene pérdida, señor —dijo el otro, responsable y adulto ante un desconocido.

—Gracias.

—Adiós, señor —dijo con retintín el rubio, burlándose de la seriedad de su amigo.

Caminó despacio, concediéndose el tiempo de apurar el cigarrillo. No lo acabó del todo, impaciente, y lanzó la colilla al suelo. Mientras la aplastaba contra una piedra abombada, se dio cuenta de que su gesto no era muy adecuado, ya no estaba en la ciudad. La recogió y la tiró a una papelera.

Con la extinción del sol, la temperatura inició un acentuado descenso. Lentas corrientes de aire frío iban propagándose por el callejón en el que se hallaba la hospedería. Su fachada era de dos plantas y se abría al exterior por cuatro vanos: dos ventanas, un balcón y la puerta de entrada. El cartel con las palabras *Hospedería Belén*, en letra bastardilla rosa, equidistaba de los cuatro huecos. Pero había una tercera planta, retranqueada respecto a la fachada principal, cuyo techo estaba abuhardillado. La luz penetraba a ella por un ojo de buey y por una ventana triangular de aluminio blanco, amoldada a la inclinación del tejado. Se paró entre las dos pequeñas coníferas que custodiaban la puerta de entrada y llamó al timbre. La campanilla eléctrica resonó con un eco peculiar, que establecía las dimensiones del interior tallando en el espacio la forma precisa de los pasillos, las habitaciones, los objetos sobre los muebles, la estructura de las mesas, de las camas... La puerta se abrió y bajo el dintel surgió una mujer de complexión ancha. Tenía el pelo negro, corto y liso, y un rostro redondo en el que la amplia sonrisa exhibía una determinación que los ojos matizaban con timidez o prudencia. Vestía pantalones vaqueros, ceñidos a unas caderas rotundas, y una camisa blanca cuyos botones oprimían un busto generoso. Se encaminaba hacia el medio siglo.

—Buenas tardes —dijo él—. Tengo reservada una habitación. Creo que hemos hablado esta mañana por teléfono.

—Sí, sí. Soy Belén. Pase —dijo ella, y se retiró de la puerta.

Como parecía estar invitándolo a su propia casa, más que a un establecimiento público, cruzó junto a ella con cierto envaramiento, la cabeza gacha y las manos inquietas, desocupadas. Tras cerrar la puerta, avanzaron por un corredor que tenía estancias a ambos lados y moría en unas escaleras de subida.

—¿Ha encontrado sin problemas la hospedería? —se interesó la mujer.

—He preguntado a... A su sobrino, en la plaza, y me ha indicado.

Ella entonces se detuvo y volvió la cabeza. En su cara había un rictus de preocupación, casi de alarma.

—¿Mi sobrino está en la plaza? ¿Ahora? No debería estar en la calle a estas horas. Está anocheciendo.

Tardó varios segundos en recobrar la serenidad, obligada por el hecho de encontrarse ante un cliente. Sin embargo no reanudó la marcha, simplemente alargó la mano hacia el tirador de una corredera con vidrios color ámbar.

Se trataba de la recepción de la hospedería, una diminuta habitación con un mostrador de metro y medio de largo. Belén franqueó una portezuela baja y consultó unos papeles al otro lado del mostrador. Él observó entretanto un mapa del valle que estaba enmarcado en la pared. No se oía ningún ruido en todo el edificio, pero sí percibió el olor cítrico de un ambientador discreto.

—Ajá, ajá —asintió ella al cabo de un minuto—. Me dijo que se quedaba varios días, ¿no es así?

—Sí, aún no sé cuántos —respondió, y se controló para no transmitir su pesadumbre.

—Una temporadita, entonces —tanteó ella, vigilándolo de reojo.

—No lo sé. —Se puso en guardia ante las preguntas de la mujer.

—¿Es la primera vez que viene al pueblo?

—Sí, la primera —contestó, quizá con demasiada rapidez.

—Pues le va a gustar la zona. Y ha llegado en una época perfecta, el otoño. Justo el primer día del otoño.

—¿Empieza hoy? ¿No era el veintiuno?

—No, el veintitrés, hoy —replicó Belén con un timbre de extrañeza.

La mujer acabó lo que estuviera haciendo o fingiendo hacer tras el mostrador y apoyó los antebrazos sobre la superficie barnizada.

—Si me da el DNI, voy rellenando el registro con sus datos.

—Claro.

Reconfortado por emplear sus manos al fin en algo, se sacó la cartera del bolsillo y se aplicó a extraer el carné de su estrecho compartimento. La dueña de la hospedería aprovechó esta momentánea distracción para hacer otra pregunta, acaso con la astuta idea de que fuera contestada sin pensar, con la defensa baja:

—¿Ha venido por trabajo?

Él levantó la mirada y la fijó en la mujer durante unos instantes, en silencio.

Después, con un ligero golpe, puso el documento plastificado sobre el mostrador.

—Voy a por mi equipaje mientras —anunció. Y se dio media vuelta.

—Sí, por supuesto. —Oyó que ella decía.

Unos apliques de cristal esmerilado hacían escurrir por las paredes una luz tamizada, sin aristas, que se apagó cuando se encontraba a un paso de la salida. Volvió a encenderla pulsando un interruptor con muelle. Este sistema temporizado sí ponía claramente de manifiesto que estaba en un lugar público y no en una casa particular. Salió a la calle sin cerrar del todo la puerta, juntando la hoja con el marco.

El aire, más frío que diez minutos antes, lo hizo estremecerse y trotó hasta su coche. En la fuente de la plaza ya no estaban los niños, y eso lo tranquilizó. Abrió la cerradura del maletero y sacó de allí su ordenador y la maleta con ruedas. Decidió dejar en la bandeja trasera el abrigo liviano, que Andrea poco menos que le había obligado a comprar. Había sido un arranque de protección que intentaba reproducir una normalidad agotada hacía tiempo.

De regreso en la minúscula recepción, la halló vacía. Pero Belén no tardó en salir por una puerta lateral. Le devolvió el carné y guardó una hoja en una carpeta de tapas azules.

—Tome. He hecho una fotocopia. Ya rellenaré mañana el registro —dijo—. Primo no es un nombre muy frecuente.

Primo permaneció callado mientras metía el documento de nuevo en su cartera. La mujer se giró hacia los cajetines de las habitaciones y se frotó las manos durante unos segundos. De las cinco llaves, solo faltaba una.

—Le voy a dar la buhardilla —se decidió—. Es un poco más cara pero se la dejaré al mismo precio. Total, estamos casi sin gente. Y como se va a quedar usted una temporada, estará más a gusto.

—Gracias.

—Venga. Le llevo algo —afirmó con resolución y salió de detrás del mostrador.

—No es necesario —dijo él, pero no pudo evitar que le arrebatara del hombro el maletín del ordenador.

—Eso sí, es en la segunda planta. Y no hay ascensor.

Cuando llegaron al final del pasillo, emprendieron la subida de las escaleras. Primo no tuvo más remedio que contemplar el bamboleante y enérgico trasero de la dueña de la hospedería.

En el distribuidor de la primera planta, por el que se accedía a cuatro de las cinco habitaciones, depositó su pesada maleta en el suelo para cambiar de mano. Sobre la pared había una foto ampliada de una seta entre un manto de agujas de pino.

—El otro huésped es un chico joven que lleva aquí toda la semana —le informó la mujer cuando afrontaban el siguiente tramo de escaleras—. Trae por los pueblos de la zona una obra de teatro sobre los incendios forestales. Aquí estamos rodeados de bosques. Trabaja para el ministerio, creo.

No tomó Primo estos datos como una alusión indirecta al hecho de que él no le

hubiera contestado antes sobre su profesión.

El rellano de la última planta tenía algo de camarote de barco, con el techo inclinado de vigas de madera y en un lateral el ojo de buey, ya apenas animado por una débil claridad violeta. La mujer le devolvió el maletín con una mano y con la otra le dio la llave unida a una tablilla. Para alivio de Primo, no iba a mostrarle la habitación. Se apresuró a abrir la puerta y, tras echar una ojeada rápida, metió su equipaje y atravesó el umbral. Con los dedos en el pomo, insinuando el movimiento de cerrar, se giró y vio a la mujer inmóvil, dominada por la timidez o la prudencia que había detectado al principio en sus ojos.

—Bienvenido.

Él cabeceó con una mueca amable y esperó a que ella comenzara a bajar. Pero en el segundo escalón, cuando Primo ya empujaba el pomo, la mujer se paró y se volvió con un rostro severo, casi mortificado.

—El ambiente está un poco enrarecido desde el mes pasado, desde lo que le ocurrió a esa chiquilla en el embalse. La gente se ha vuelto recelosa —pronunció con voz descendida.

Primo comprendió que hablaba de ella misma y que le ofrecía, si no una disculpa, sí una explicación por sus preguntas de hacía un rato.

—Ah, sí. Lo vi en los telediarios —comentó en tono neutro.

—Fue horrible —añadió ella. Y luego corrigió—: Es horrible. —Tragó saliva y se recompuso—. Pero le dejo. Acomódese tranquilamente.

—Tiene una bonita casa, Belén —consiguió decir Primo.

Ella desapareció escaleras abajo con una tenue sonrisa en los labios. Cerró la puerta.

Estaba prácticamente a oscuras. Por la ancha ventana triangular entraba un resplandor desleído que le servía para ubicar los objetos, pero no para inspeccionar la habitación. Esquivó su maleta, una silla, y avanzó hacia el bulto de la cama. Con un cansancio invadido de rendición, aflojó las rodillas y cayó sobre el colchón.

Debería llamar a Andrea, se dijo. Pero ella le preguntaría si había cenado o dónde iba a cenar y no había decidido si lo haría, no sabía si tenía hambre. O podía enviarle un mensaje corto a su teléfono.

Debería también deshacer la maleta. Encender la luz, dar una vuelta por la habitación, el baño, y deshacer la maleta.

En cambio, estiró la pierna derecha para sacar del pantalón el paquete de tabaco y se puso un cigarrillo en la boca. No encendió aún la luz.

Caminar por la orilla del embalse le estaba resultando muy incómodo. Las huellas de cientos de pies se habían hundido en el barro tierno y quedaron solidificadas cuando este se secó. No había apenas zonas lisas, intactas, y era inevitable pisar sobre las crestas que el barro había desplazado bajo el peso de los cuerpos. Algunas suelas habían estampado un molde perfecto, en el que podían distinguirse los dibujos de la goma, las partes desgastadas y hasta el número invertido de la talla del calzado. También se veían los surcos de los resbalones, los talones clavados para salvar una caída o las manos para levantarse tras ella, nítidamente perfiladas como si fueran un vestigio prehistórico. En esas huellas estaba plasmada la angustia de aquella desesperada búsqueda.

¿Y él qué buscaba en el embalse?

Había salido de la hospedería casi precipitadamente, descartando desayunar en el pequeño comedor por temor a nuevas preguntas de la dueña. Había optado por una sidrería cercana, con la esperanza de que un local más propiamente nocturno escaseara de clientes a esas horas. Y así fue, únicamente había un hombre mayor que se tambaleaba sobre un taburete delante del —al menos— segundo anís de la mañana. Primo pidió un café con leche y una tostada y se sentó en una mesa de espaldas a la barra, desde donde el camarero no le ahorró miradas curiosas. Era esencial que no lo reconocieran.

Pero al terminar, otra vez en la calle, le asaltó el vértigo que había eludido mientras desayunaba: ¿qué iba a hacer?, ¿cuál era el plan, el procedimiento que debía seguir? Y, un tanto irracionalmente, había pensado en el embalse. Hacia él se encaminó sobre el suelo de adoquines, seducido por su raro influjo. La tarde anterior ya le había parecido que sus aguas atraían y se tragaban la luz de alrededor, como un imán o un sumidero. La noche de la gran tormenta también habían atraído, y se habían tragado, a la pobre chica.

Aquella noche, el nivel del embalse subió mucho con la inmensa descarga de lluvia. El agua empujó sus orillas varios metros e invadió la tierra. Pero, al día siguiente, los responsables de la presa decidieron abrir un aliviadero y el nivel volvió a bajar, con el resultado de que toda la tierra inundada durante unas horas se había convertido en una blanda pista de lodo. En ella habían quedado marcadas las huellas de los que buscaron a la chica durante día y medio, todo el pueblo y aun gente de los alrededores, cientos de personas movidas por el deseo desesperado de encontrarla, desesperado y contradictorio, porque querían encontrarla pero no de la manera en que la encontraron.

Tanto la lámina del agua como el cielo tenían un color de acero pálido, y no era fácil decir si el cielo contagiaba su tonalidad al agua o al revés, cuál era el espejo del otro. Para observar la orilla contraria, se hizo visera con la mano y entornó los

párpados. El bosque descendía casi hasta el agua en muchas franjas, aunque había una extensa pradera justamente frente a él. También aquella orilla y todo el perímetro del embalse estaban hendidos de duras huellas, de infinidad de pies, por ejemplo los suyos. Aquellos zapatos ya no los tenía, los había tirado a la basura nada más llegar a casa, inservibles por el barro. Se apartó la mano de la frente y se aclaró la vista con tres fuertes parpadeos. Decidió volver al pueblo.

Por encima del pantalón empujó el bulto del teléfono y lo sacó del bolsillo. La cobertura era buena, no completa pero suficiente para recibir una llamada. Así que todavía no lo habían llamado, y eran casi las once. Aunque lo cierto es que no estaba seguro de que fueran a hacerlo, de que esa fuera la vía de comunicación: otra cuestión que no habían acordado, como casi todo lo demás: vago, apresurado, sumario. Le resultaba difícil no pensar que les daba igual, que su estancia allí era una pieza secundaria y sin importancia de un engranaje mayor. Y aun aceptando la hipótesis del castigo, de que le habían condenado al destierro, ¿qué tenía que hacer para congraciarse?, ¿qué esperaban que hiciera? Era como si se hubieran olvidado de él.

Aunque se le ocurrió que a lo mejor habían elegido una vía distinta al teléfono: el correo electrónico. Sí, iba a volver a la hospedería a consultar su cuenta. Salió de la accidentada orilla y cogió el camino. Quinientos metros embalse adentro, dos piraguas se deslizaban sobre su superficie con velocidad constante. Los brazos subían y bajaban como impelidos por un cigüeñal.

Después de andar diez minutos llegó al cementerio. Dejando a un lado el helipuerto, atravesó la carretera por uno de los badenes y entró al pueblo siguiendo el camino de grava que venía de la piscina.

Primo continuaba soslayando la falta de un plan con mínimas labores que ocupaban su horizonte inmediato: el desayuno, el paseo junto al embalse, ahora la consulta del correo... Y aún se le ocurrió una más, comprar tabaco. Pero ignoraba si había estanco en el pueblo o si tendría que ir a un bar. Necesitaba preguntar a alguien, lo cual despertaba de nuevo una de sus principales inquietudes: ser reconocido, que alguien lo recordara de la anterior ocasión en que había estado allí, apenas unas horas. Para ponerlo a prueba, al doblar una esquina el azar le colocó delante a una mujer.

—Perdone. —Se obligó a decirle.

La mujer, que cargaba un paquete con ambos brazos, se detuvo y alzó las cejas para mostrarse receptiva.

—¿Hay estanco en el pueblo? —preguntó. Y permaneció mirándola de frente, exhibiendo su rostro, favoreciendo el reconocimiento.

—Sí. Mire. —Giró sobre sí misma y, como no podía señalar con las manos, lo hizo con la barbilla—. Si sigue esta calle recto, llegará a la plaza de la fuente de los cuatro caños. La cruza y veinte metros después llegará a otra especie de plaza alargada, donde hay un autoservicio. Un poco más adelante, está el estanco.

—Muchas gracias —dijo Primo y sonrió, satisfecho de que hubiera estanco y de

no ser reconocido.

En el jardín delantero de una casa pintada de azul, tres viejos Seat blancos descansaban sobre la hierba rala. Sus matrículas de Madrid los clasificaban de mayor a menor antigüedad, indicando que eran los tres sucesivos vehículos de un mismo propietario, obsesionado con un color y una marca. Este cementerio particular de coches casi le distrajo de ver el estanco: un cartel con la palabra *Tabacos*, desvaído por el sol, estaba colgado sobre la puerta de la casa azul. Nada más hacía pensar que allí hubiera una tienda. Retiró una cortina antimoscas y empujó la puerta de hierro del estanco, que al abrirse hizo sonar una campanilla.

Sobre las losetas desgastadas por el roce de los zapatos, Primo se adentró en un establecimiento tan inusual como anticipaba su aspecto exterior. Un mostrador colocado sobre una vitrina y una vieja máquina registradora constituían la única evidencia de una actividad comercial. Por lo demás, parecía el portal de una vivienda reconvertido en almacén. La mitad del espacio lo ocupaban varias filas de estanterías, con guías perforadas para graduar la altura de las baldas, como las de un cuarto trastero o una ferretería. En ellas no había solamente paquetes y cartones de tabaco, también había periódicos, revistas, álbumes de cromos, cuadernos, bolígrafos, juguetes baratos, golosinas, colecciones antiguas de novelas, recambios de maquinillas de afeitar, juegos de vasos, aceiteras... Todo ello estaba cubierto por una capa de polvo cuyo espesor dependía de la demanda del producto: apenas algunas motas sobre las cajetillas de marcas más comunes y una pátina considerable, que apagaba los colores, sobre unas guías de carreteras del siglo anterior. Si algún elemento moderno se libraba de la obsolescencia general, la luz que se colaba por la ventana de cuarterones se encargaba de unificar el tono, una luz que al filtrarse por los cristales polvorientos se volvía vetusta, como de otra época.

Después de esperar varios minutos, Primo regresó a la puerta y sacudió repetidamente la campanilla. «Ya va, ya va», respondió una voz a través de la puerta que conectaba con el resto de la vivienda. Por ella salió un hombre flaco y encorvado, poco menos que un anciano, que debió de superar la edad de jubilación hacía por lo menos una década. Sin mirarlo, arrastró los pies hasta situarse detrás del mostrador-vitrina. «Dígame», dijo, empleando una voz jovial que desmentía su apariencia. Con poca fe, pues durante la espera había buscado en los estantes, Primo le preguntó por su marca de cigarrillos mentolados. El estanquero arrugó toda la cara, haciendo un esfuerzo de memoria o invocando la existencia de lo que le pedía, y murmuró: «Creo que una vez vi esas cajetillas verdes. Quién sabe». Los ojos de Primo lo siguieron hasta que desapareció detrás de las baldas. Pensó que esta podía ser una buena oportunidad para dejar de fumar.

Sin embargo, la animosa voz del anciano echó por tierra su pesimismo: «¿Cuántos paquetes quiere?». Sospechando que llevarían allí demasiado tiempo y estarían secos, respondió: «Uno, solo uno». Las manos huesudas trajeron hasta el mostrador la cajetilla verde y la toquetearon unos segundos con incredulidad, o tal

vez eliminando el polvo. Le dijo un precio bastante más bajo que en Madrid y Primo se sacó un puñado de monedas del bolsillo.

—Usted no es de aquí —afirmó el estancero—. ¿Está de paso?

Y entonces él, más predispuesto que la tarde anterior, hastiado de antemano por el juego de evadir respuestas, comenzó a satisfacer todas las preguntas del jovial anciano.

—Vine ayer. Me quedaré unos días, no sé cuántos. Una semana, veinte días...

—¿Trabajo?

Se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Está parando donde Belén?

—Sí, en la hospedería.

—Pues mire, me alegro. Porque la pobre ha perdido mucha clientela desde lo del mes pasado.

—Ya supongo.

Primo había contado el dinero, pero no lo puso todavía sobre la madera pulida, curada por el tacto de incontables manos.

—Aunque yo pienso que es absurdo que la gente no venga. Seguramente ahora el pueblo es más seguro que antes. O al menos es el último lugar del mundo en el que esa persona volvería a actuar. Mejor dicho: esas personas, porque dicen que fueron dos. ¿Van a volver a hacer lo mismo aquí? No lo creo —razonó el hombre con la mirada desenfocada en el jersey de Primo. Pero el acento se le endureció—: De todos modos, ya estaría bien que cogieran a esos desalmados, digo yo. La gente se quedaría más tranquila y el asunto podría irse olvidando. Pero mientras tanto...

Volcó las monedas ruidosamente sobre el mostrador, como si pusiera una ficha de dominó que le fuera a dar un triunfo seguro. El viejo enfocó sus pupilas escarchadas y abrió el cajón de la máquina registradora, que emitió un agudo campanillazo. Con una mueca de confusión arrugándole de nuevo la cara, contempló las monedas.

—¿Cuánto le he dicho? —preguntó.

Primo tuvo la tentación de aumentar el precio hasta que fuera más justo, pero al final repitió el que le había dado.

—Estas monedas pequeñajas que no valen para nada... —masculló el estancero, mientras se desesperaba intentando coger el cambio con sus dedos artríticos—. Aquí tiene, caramba.

Primo se guardó el paquete de tabaco, al tiempo que el viejo recobraba su curiosidad:

—¿Y a qué se dedica? Si me permite la pregunta.

Él frunció los labios antes de decir:

—He venido a trabajar en un libro.

—¿No será usted uno de esos periodistas? —preguntó el viejo con recelo, y le apuntó con un dedo torcido.

—No, no, en absoluto —respondió, subrayando la negación con un movimiento

del brazo.

—Ah. Es que estuvieron pesadísimos. Todo aquello de *La chica del lago...* Peliculeros. ¡Qué sinvergüenzas! —Después de la indignación, volvió su atención a él—: ¿Pero va a escribir un libro sobre la muchacha?

—No, qué va. —Se quitó de encima, otra vez, lo que parecían acusaciones—. Es un libro sobre... Sobre botánica. Estoy estudiando las especies del valle.

—Eso está muy bien, sí señor. —Sancionó el estanquero—. Pues a ver si se queda una temporadita con nosotros. En esa casa viene bien un hombre, porque ese marido que tiene Belén...

Definitivamente, Primo se dijo que tenía que irse.

—Hasta luego.

—Con Dios, joven. Ya nos veremos. Porque tengo todavía ahí un cartón y medio de esa cosa que fuma usted...

Cuando salió a la calle, la campanilla de la puerta quedó sonando con un eco lejano, como bañado también por la luz que reinaba en aquel lugar.

Por primera vez desde que había llegado, escogió el rumbo de sus pasos con plena orientación, sabiendo exactamente dónde estaba su destino y las calles que debía recorrer para alcanzarlo. En la fuente de los cuatro caños había un caballo sin montura que hundía en el pilón sus belfos. Los tensos músculos de su cuello hacían brillar el oscuro pelaje bajo el sol.

Cruzó la plaza mayor por un lateral, rozando la circunferencia de granito que rodeaba la alta farola central. En la puerta del ayuntamiento un par de personas aguardaban para realizar algún trámite administrativo. El reloj pregonaba la proximidad del mediodía. A través de la luna trasera de su coche vio su abrigo en la bandeja y decidió retirarlo.

Con él bajo el brazo, entró por la puerta de la hospedería. En el cristal ámbar de la minúscula recepción se perfilaba el vaho oscurecido de una silueta. Golpeó con los nudillos y a continuación deslizó la corredera. La dueña le buscó la cara sin manifestar sorpresa.

—Hola, Belén —saludó con un carraspeo—. Perdone, pero no sé si tengo que dejar la llave de mi habitación cada vez que salga.

—Como le venga mejor. Yo suelo estar aquí todo el día, pero por las noches... —insinuó Belén—. Por eso el llavero tiene también esa llave cuadrada, es la de la puerta de entrada. Así que...

—Entendido —dijo Primo con cordialidad.

—Y usted, ¿cuándo prefiere que le haga la habitación?

—La verdad es que me da igual.

—No se la he hecho aún —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—Ah, no se preocupe.

—Se lo decía porque, cuando tengo más gente, suele venir a las once una chica a echarme una mano. Pero como ahora lo hago yo sola, puedo encargarme de su

habitación cuando le vaya mejor a usted.

—Le repito que... En fin.

—Gracias.

Dio un par de zancadas hacia atrás y volvió a correr la hoja hasta que contactó con la jamba.

Ninguno de los dos, bajo la extrema amabilidad, había dejado de advertir un tinte cómico. Se comportaban como si hubieran acordado un pacto de no agresión a raíz de la ligera incomodidad del día pasado. Y Primo, pensando en la mirada franca e inteligente de la dueña, tuvo la certeza de que no le haría más preguntas que pudieran pasar por indiscretas. Tendría que ser él quien le diera información cuando lo creyera oportuno. Ascendió a la tercera planta saltando los escalones de dos en dos.

Con la luz del día su habitación presentaba un aspecto agradable, acogedor diría, si el motivo de su estancia fuera otro. La madera que revestía el techo inclinado había adquirido gracias al barniz un cálido color miel, que en las vetas y en los nudos se doraba. Las patas de los muebles, robustos y sencillos, se hundían en una enorme alfombra granate, en la que unos dibujos esquemáticos representaban distintas especies de árboles. Bajo ella, al caminar, se sentía el callado crujido de la tarima.

No obstante, atajó su moderado entusiasmo pensando que estaba bajo los efectos del encanto directo, en el fondo vulgar, que provocan siempre las buhardillas, y que desaparecería súbitamente la mañana en que se golpease la cabeza al levantarse de la cama, pues esta se hallaba en la parte en que el techo era más bajo.

Colocó su ordenador portátil sobre el escritorio con gavetas, que estaba arrimado a la ventana triangular, y lo encendió. Apartó de su cabeza, con un esfuerzo que le indujo a sacudirla hacia los lados, la idea de que no le hubieran enviado un correo electrónico. ¿Qué haría entonces? No quiso pensarlo aún.

Tocó con el dedo el recuadro táctil y el ordenador buscó las redes que tenía al alcance de su antena. Encontró tres, todas restringidas por un código, y ninguna cuyo nombre hiciera referencia a la hospedería. Por teléfono, cuando reservó la habitación, se había cerciorado de que dispondría de internet inalámbrico, Belén se lo había asegurado. Pero quizá la señal del *router* no llegase hasta la tercera planta. Desenchufó el aparato de la corriente y vio que la carga de la batería era del diez por ciento, no podría estar muchos minutos alejado del enchufe. Salió al descansillo y mientras bajaba la escalera hizo una nueva búsqueda de redes. Perdió una de las tres y sumó otra distinta, también restringida. En el rellano de la segunda planta, luchando con el pulposo tubo de una aspiradora, estaba Belén.

—No consigo conectarme a internet —dijo, mirando por encima de la pantalla—. ¿Sabe si hay algún problema?

—Lo siento —respondió ella, chasqueando la lengua contra el paladar. Indicó la puerta abierta de la habitación que iba a limpiar—. Esta mañana me ha dicho lo mismo este chico. Él tampoco había podido conectarse. Pero ayer sí funcionaba.

—Vaya —comentó él, tratando de disimular su contrariedad.

—Yo es que no entiendo de estas cosas, no sé arreglarlo. Pero mañana viernes regresa mi hija de Madrid, donde estudia, y le echaré un vistazo.

Primo cerró el ordenador. Conforme lo hacía, se dio cuenta de que con ello transmitía su decepción, cosa que hubiera querido evitar.

—Lo siento —repitió ella—. Pero si le corre prisa, en la biblioteca hay internet.

—¿La biblioteca? ¿Dónde está?

—Aquí mismo, en la plaza. Enfrente del ayuntamiento. Verá el cartel.

Aunque no hubiera tenido tanta necesidad de conectarse —pero la tenía—, igualmente habría seguido esa sugerencia para rebajar el disgusto de la mujer.

—Pues sí, voy ahora mismo. Gracias.

Con el ordenador bajo el brazo se precipitó al último tramo de escaleras.

Su exasperación crecía. Cada tropiezo, cada inconveniente, le iban restando margen para eludir el sinsentido de su estancia allí. Lo que lo salvaba del desaliento era la esperanza en que hubiera recibido un correo, en que se hubieran puesto en contacto con él y todo empezara a cobrar sentido.

Con este ánimo ofuscado salió a la plaza, trastabillándose con los cantos rodados. Localizó la biblioteca y fue hacia ella. Era un edificio nuevo de dos plantas, que hacía esquina con la calle que bajaba al hilo del antiguo convento. Junto a su puerta abierta había una bicicleta de montaña apoyada en la pared, sin ningún dispositivo antirrobo. Entró con la cabeza adelantada, decidido.

—Buenos días. —Lo recibió una voz femenina bien modulada.

La única persona a la vista era una mujer mayor, de espaldas, que pulsaba con un solo dedo las teclas de un ordenador anticuado, con monitor de tubo. No podía haber hablado ella.

—Aquí, aquí —insistió la voz, que ahora situó a su derecha.

Pero en ese lado solamente veía las estanterías, de modo que, sin mover los pies del sitio, avanzó el tronco hasta asomarse al pasillo que quedaba entre dos de las estanterías. Al fondo, una mujer lo miraba con una sonrisa divertida, una pizca traviesa.

—Acérquese. —Hizo un movimiento atrayente con la mano.

Y él se coló por el estrecho pasillo entre los libros, que casi lo obligaba a ir de costado. Las instalaciones eran pequeñas y el espacio estaba aprovechado al máximo.

En un rincón junto a la ventana, inmerso en una luz clara y suavemente líquida, había un pupitre verde de colegio, y tras él estaba la bibliotecaria, una mujer de piel soleada y pelo negro liso. Lo observaba de abajo arriba con un destello de curiosidad en los ojos.

—Dígame.

—Quería conectarme a internet —dijo, a la vez impaciente y cansado—. ¿Puedo con mi ordenador?

—Sí, ningún problema. Me tendría que rellenar...

—Es solo un momento. —Se anticipó Primo con gesto suplicante, de fastidio.

La bibliotecaria debió de comprender su urgencia, o quizá quiso ahorrarse una conversación en la que tendría que ejercer un papel antipático, y transigió:

—Puede sentarse en la mesa de los ordenadores, es la única que hay.

—Muchas gracias. —Giró en redondo y desanduvo el angosto pasillo.

Ocupó una silla junto a la mujer mayor y abrió su portátil. El sistema operativo arrancó con un incordiante aviso acústico, el que informaba del inminente agotamiento de la batería. Cortó el sonido para no molestar a la señora, quien no obstante permanecía absorta, su atención monopolizada por el esfuerzo de manejar aquel chisme. Mientras esperaba a poder conectarse, vio con un hormigueo de aprensión cómo un trozo de papel se deslizaba sobre la mesa hasta tocar su antebrazo. Alzó bruscamente la cabeza y sus ojos se quedaron prendidos de la boca de la bibliotecaria, que silabeó despacio, sin hacer ruido: *La clave*. Volvió a mirar el papel, que tenía escrita una ristra de signos alfanuméricos. Luego, ya solo vio la espalda de ella metiéndose entre las estanterías.

Sus yemas volaron sobre las teclas para introducir la clave y sintió un ligero mareo cuando abrió el navegador. Después, el chorro de información llenó la pantalla. Estaba conectado.

Antes de que la batería se acabara y la pantalla se fuese a negro, pasaron dos o tres segundos, cinco a lo sumo. Al principio, Primo se agarró a la brevedad de esos instantes para persuadirse de que no había podido verlo bien. Pero un poco más tarde, cuando cerró los ojos y en la oscuridad de sus párpados reverberaron las letras luminosas, se dio por vencido, no podía engañarse: había tenido tiempo suficiente para comprobar que no le habían escrito ningún correo.

Aturdido, sin despedirse, salió de la biblioteca.

En mitad de la plaza, un balón solitario daba botes contra las piedras; no había nadie cerca. Vino a parar a sus pies.

Desde la carretera que trepaba por la montaña, Primo poseía una panorámica completa del pueblo. Los tejados, según su pendiente y orientación, devolvían la luz del atardecer con distintas temperaturas de color. En cambio el embalse, ahí abajo en el valle, estaba teñido de un violeta unánime, sin brillo, como si el agua se hubiera solidificado en una gelatina ahumada.

No recordaba la posición exacta de la casa de la chica y eligió una al azar. Midió con los ojos su distancia hasta el embalse —un palmo escaso desde su perspectiva alejada— y trató de imaginar el horror, los grados sucesivos de la desgracia, desde la muda inquietud de no recibir respuesta a una voz desde el pasillo y descubrir que la hija no está en su habitación, a la esperanza de que llame desde casa de una amiga para informar de que se quedará allí a dormir. Trató de imaginar el brusco y pavoroso salto entre esa esperanza enturbiada de mal presagio y la confirmación de que ha desaparecido, nadie sabe dónde está, no contesta al teléfono. Y será difícil no pensar luego, cuando se cumple la peor de las posibilidades, que ya se había adivinado al principio, cuando ella no respondió a la llamada desde el pasillo; será difícil no pensar que ya entonces se supo que la hija había desaparecido, y que cuando apareciese lo haría muerta, y que su muerte había sido horrible. Todo esto quedaba comprendido en el escaso palmo que sus ojos abarcaban sin tener apenas que moverse, la línea que iba desde esa casa que él había elegido —pero cualquiera serviría— hasta la orilla del embalse.

Encendió un cigarrillo y tragó con una mueca el primer humo, que le picó en la garganta por estar el tabaco tan seco. Unos cuantos paquetes más de aquel estanco, se dijo, y dejaría de fumar. En la torre de la iglesia las campanas tocaron los cuatro cuartos, las siete. El sonido, escuchado desde un punto alto, tenía mayor fuerza, como si los estratos superiores del aire fueran menos densos, menos resistentes a la penetración de las ondas. Se separó del guardarraíl y comenzó a bajar al pueblo sobre el balastro de la cuneta, que crujió contra la goma de sus suelas.

Abandonó el trazado de la carretera cuando esta empezaba a recortar el pueblo, ajustándose a las fachadas y a las esquinas de las primeras viviendas. Rebasó la Casa de Cultura, habilitada en el antiguo lavadero municipal, y caminó por un sendero entre dos setos altos. Avisado por la atalaya del campanario, no se sorprendió al desembocar ante una de las fachadas de la iglesia, monótonamente enfoscada. Sin ralentizar el paso, contempló la portada de piedra por la que se accedía a la nave principal, que afloraba entre la enorme superficie del enfoscado como una pequeña porción indemne de un cuerpo casi por entero vendado.

Al cruzar por delante del consultorio médico, su puerta se abrió hacia dentro y entonces Primo la vio. Estaba cambiada con respecto a la fotografía, mucho más delgada, y había algo que velaba su expresión. Pero aun así la reconoció. Antes de

pasar de largo, mientras su movimiento de avance iba disminuyendo el ángulo de visión, los ojos de la chica rompieron el velo gaseoso que los protegía y se fijaron en él con una cierta viveza, una atención mortecina. Después, Primo siguió caminando. ¿Cómo se llamaba la chica?

En la esquina siguiente se detuvo y sacó otro cigarrillo, aunque no le apetecía. Lo encendió soplando rápido el humo y se apoyó en la pared: así podría parecer que esperaba a alguien, podría disimular que en realidad observaba. Detrás de la chica salieron del consultorio su madre, que posaba una mano en su hombro, y un médico con barba y bata blanca. Permanecieron un rato hablando. ¿Pero cómo se llamaba la chica?

Por el modo en que el médico se movía, con lentas inclinaciones de cabeza para remarcar las frases, y por la dócil receptividad de la madre, era sencillo concluir que el médico les daba una serie de consejos y ellas prometían cumplirlos. La madre, de vez en cuando, volvía la cara hacia la hija y esta tenía que asentir y pronunciar alguna palabra afirmativa.

Si no hubiera asistido a esta escena delante del consultorio y en presencia de un médico, quizá Primo no habría sabido averiguar la causa del vapor que ablandaba los rasgos de la chica, que los sometía como a una presión desmesurada: eran antidepresivos, ansiolíticos. Su sensibilidad estaba amortiguada por un envoltorio químico, como el plástico con burbujas que acolcha a los objetos frágiles, impidiendo su rotura pero distorsionando su forma. Y la hipótesis de Primo quedó confirmada cuando el médico se despidió cariñosamente de ellas (acarició la mejilla de la chica con un nudillo) y las vio caminar hacia la plaza de la iglesia, de espaldas: el brazo de la madre rodeaba ahora firmemente los dos hombros de la chica, casi sosteniéndola, y las zancadas de esta se producían con un visible trabajo, como si tuvieran que romper a cada instante unas pegajosas y elásticas telas de araña. Las piernas bailaban dentro de unos pantalones demasiado anchos y provocaban una lastimosa impresión. ¿Cómo se llamaba la chica?, se volvió a preguntar. Tendría que mirarlo en su ordenador. Tiró el cigarrillo y se despegó de la pared. Siguió andando hacia la zona baja del pueblo.

Cada cierto tiempo, le venía a la memoria la frase que le habían dicho la tarde anterior por teléfono: *Haga lo que crea oportuno, improvise*. Las palabras se repetían con distintas modulaciones: unas veces con un timbre burlón, otras con un deje indiferente o despectivo, pero siempre dominaba en su cabeza una interpretación netamente desconsiderada, en algún grado ofensiva. *Haga lo que crea oportuno, improvise*. Se lo habían dicho al final de una breve conversación —la brevedad era parte del agravio— que él había propiciado al llamarlos, después de que ellos no lo hubieran hecho y ni siquiera le hubieran enviado un correo electrónico.

Sin embargo, tras el enfado inicial y el abatimiento que lo siguió (caminó sin rumbo hasta que se hizo de noche), en el ánimo de Primo fue naciendo una liberación. Porque el hecho de que no hubiera un plan, un procedimiento que él debiera llevar a cabo, constituía paradójicamente un plan. *Haga lo que crea oportuno,*

improvisé. Exacto, eso iba a hacer. Edificaría una construcción sobre la falta de expectativas. Si no esperaban nada de él, podría actuar, podría salir al fin del bloqueo de estos dos primeros días, dos días perdidos.

Este nuevo estado resolutivo, con el que se sacudía el estupor en que había estado inmerso desde su llegada, le ayudó a tomar una decisión más: volvería este fin de semana a Madrid, con Andrea. En todas sus llamadas ella se lo había preguntado, y él, sintiéndose mal pero no lo suficiente para no mentir, le había contestado que no estaba seguro, que tal vez tendría que hacer cosas el sábado, y el domingo por la mañana, y que no merecería la pena conducir los kilómetros de la ida y la vuelta para unas cuantas horas, para una sola noche juntos. Pero lo tenía claro, cogería ahora mismo el coche.

Pasó la mano por una de las coníferas que había a la entrada de la hospedería y enfiló el pasillo. La puerta abierta de la recepción dejaba escapar un rectángulo de luz y unos ruidos que indicaban la presencia de Belén. La inédita energía con que entró, casi alegría, quedó cortada de súbito al toparse con dos mujeres en lugar de una. El desconcierto lo hizo sentirse autorizado para observar a la desconocida sin cautela, durante varios segundos. Era una joven que rondaría, por debajo, los veinte años. A pesar del pelo largo, que estilizaba su rostro, y del busto menos lleno, la inteligente serenidad de la boca y la mirada despierta remitían sin duda a...

—Le presento a mi hija —dijo Belén, justo cuando él lo deducía—. Gema.

—Encantado.

—Ya le he dicho que hay problemas con internet. Luego se pondrá con ello.

La hija descendió pudorosamente los párpados.

—La verdad es que no hay prisa. He decidido regresar a Madrid este fin de semana. Salgo ahora mismo. Pero volveré el lunes temprano.

—Bien —asintió Belén—. Pero... ¿abandona la habitación?

—Pues pensaba dejar aquí parte de mi equipaje, pero...

—Aunque da lo mismo —le interrumpió ella—. No tengo reservas para el fin de semana. Sus cosas se pueden quedar en la habitación.

Primo frunció la frente.

—Quiero decir —explicó Belén— que no le cobraré las noches del fin de semana aunque deje aquí sus cosas.

—Oh, de acuerdo.

—Y si viniera alguien, le guardaría sus cosas en el almacén.

—Comprendido, claro. Ojalá —se atrevió a desear.

—Eso, ojalá.

Después de los gestos que había hecho al hablar, Belén devolvió las manos al corto mostrador, exactamente igual que su silenciosa hija. Las dos lo miraban con una sutil sonrisa en los labios.

—Entonces subo un momento —dijo antes de girarse y salir.

Cuando afrontaba el primer tramo de escaleras, se dio cuenta de que la hija de

Belén le había despertado una asociación de ideas. Esa calma responsable que había en sus ojos, los de una universitaria que regresa el fin de semana junto a su madre, se unía en su cabeza con el flujo mental iniciado mientras oteaba el pueblo desde la montaña e intentaba imaginar el horror de aquella desaparición en el embalse. Luego, subterráneamente, el flujo mental había continuado con la chica del consultorio médico, su penosa delgadez, sus movimientos amortecidos por los sedantes. Era como si un proceso fatalmente malogrado en el primer caso y suspendido en el segundo fructificara con una alentadora solidez en la hija de Belén, como si en cierto modo fueran la misma chica retratada en momentos distintos.

Al llegar al tercer piso, ante la mirada incompleta del ojo de buey, se paró. Acababa de recordar el nombre de la chica del consultorio. Sandra, se llamaba Sandra. Aunque el nombre que no olvidaba, que no podría nunca olvidar, era el de la chica del embalse.

Lucía.

El vaho empezó a formarse en el cristal después de un cambio de rasante, cuando la carretera descendió hacia la vaguada. La lluvia era intensa y los limpiaparabrisas funcionaban a la máxima velocidad. Orientó hacia arriba el aire de la calefacción y aumentó su fuerza. Las luces de los coches, al atravesar la luna empañada, se agrandaban con un cerco opalescente. Toda esa gente con la que se cruzaba iría a trabajar a Madrid, como cada mañana. Aunque debía de haber amanecido ya, el cielo bajo y encapotado no dejaba pasar más que oscuridad, oscuridad y lluvia.

Las manchas de vapor adelgazaban milímetro a milímetro por el aire caliente y definían formas imprecisas, de ángulos redondeados. Una de ellas, que Primo atisbó de reojo mientras conducía, dibujó en su tránsito a la nada la silueta del brazo de Andrea, el brazo caído de Andrea. Pero cuando pudo fijarse, el cristal estaba limpio, transparente. Por supuesto, esa imagen salía de su cabeza, podría haberse proyectado igualmente sobre las vetas de una superficie de mármol o sobre unos restos irisados de aceite flotando en un charco. Por alguna razón —lo descubriría ahora— se le había quedado grabado el brazo de Andrea en esa postura: asomando por debajo del edredón y cayendo lánguidamente, las falanges de la mano muy cerca del suelo pero sin tocarlo. La imagen había durado apenas unos segundos, el tiempo de abrir y cerrar la puerta del dormitorio, un breve parpadeo de la luz del pasillo. De eso hacía poco más de una hora.

El fin de semana había sido un desastre, un desastre silencioso, sordo. Peor que nunca. Porque la separación de varios días debía haber incentivado el deseo de hacer cosas juntos, y sin embargo no habían hecho nada, habían permanecido tensamente paralizados por miedo a que se notara que hacer algo había dejado de tener sentido mucho tiempo atrás. En cualquier acto habrían percibido tristemente el desajuste, y habrían percibido que el otro también lo percibía. El simple proceso de caminar juntos por la calle hubiera tenido un componente de absurdo. ¿Cómo caminar? ¿Espacio como si pasearan, disfrutando? ¿O rápido como si tuvieran que llegar a algún sitio a una hora concreta, por ejemplo a casa? Pero para qué llegar a casa si allí los aguardaba ese tortuoso no hacer nada, ese elocuente silencio taponado en falso por el televisor.

En la cama los había salvado el recurso del sueño, bastante más eficaz que el televisor, pues cualquier tentativa de contacto bajo las sábanas se habría revelado tan absurda como caminar juntos para ir a cenar o al cine. Y sin embargo aquella mañana, justo antes de que él partiera hacia el pueblo, habían hecho el amor.

El despertador había sonado a las seis y él se había deslizado fuera de la cama sigilosamente, no tanto para no molestarla como para evitar que ella, despierta, se creyera obligada a salir a despedirlo. Cogió su ropa y se metió en el baño, pero después de la ducha se dio cuenta de que le faltaban los calcetines y debía regresar al

dormitorio. Lo hizo de puntillas, con la toalla enrollada en la cintura, y cerró la puerta para que la luz del pasillo no irrumpiera dentro. Cuando tanteaba a ciegas en busca del tirador del armario, la voz de Andrea, lo único que reconocería de ella en los siguientes minutos, sonó clara, acuciante, como si no llevara dormida varias horas: «Ven aquí».

En la oscuridad, mitigada apenas por el resplandor que se escurría bajo la puerta, el tacto cobró una fuerza inusitada y fue la base para la representación que Primo se hizo del cuerpo no vislumbrado de Andrea, donde la boca tenía un tamaño desmesurado, que podría haberlo tragado entero, y donde las piernas se estiraban sin límite y se enrollaban con varias vueltas alrededor de las suyas, y las caderas finísimas se disolvían entre sus manos, y donde el vientre, tembloroso y duro, era una extensa planicie que su lengua hubiera tardado días en cruzar. Primo no recordaba haber hecho nunca el amor a oscuras, o en una oscuridad deliberada. Y había sido extrañamente conmovedor, lo cual era un nuevo absurdo tratándose de ella.

Después se habían separado y el cuerpo de Andrea, sin referencias táctiles, había dejado de existir. Sacó del armario lo que había ido a buscar y caminó hacia la puerta. Y fue al abrirla cuando la luz del pasillo se coló y reptó por el suelo hasta dar con el brazo caído de Andrea, que sobresalía curvo del edredón, abandonado a la gravedad y a la propia tensión de los músculos y las articulaciones. Viéndolo en esa postura, y también cuando lo rememoraba una hora después, no había podido sino pensar en el brazo de un muerto porque copiaba al de algún lienzo famoso del que Primo no iba a acordarse. ¿Pero era esta la razón por la que le obsesionaba esa imagen? Bajó la ventanilla para que el aire entrara y se llevase esa inane cadena de especulaciones.

Pero el mudo bloqueo del fin de semana había tenido algo útil y era que, obligándose a no pensar en su relación, tampoco había pensado en lo que le esperaba el lunes en el pueblo. La zozobra, el vértigo sobre el procedimiento que debía seguir, le asaltó cuando frenó ante el primer badén de la carretera y miró a través de la incesante lluvia hacia el embalse, cuya llanura acribillada por las gotas parecía tener una textura rugosa. Le dio al intermitente derecho, que se reflejó en la placa con el nombre del pueblo, y giró por la primera calle. El cielo, tímidamente, comenzaba a clarear sobre la juntura del horizonte.

No introdujo los brazos en las mangas del abrigo pero se lo echó sobre los hombros para protegerse de la lluvia. Con el maletín del ordenador en una mano corrió hacia la hospedería. Las farolas, todavía encendidas, establecían sobre los cantos mojados una constelación de gajos luminosos. Llamó al timbre y esperó; se calaría entero si tardaban.

El rostro de Belén apareció desencajado. Después, reconoció a Primo y la fatiga que alteraba sus facciones se transformó en un pánico difícilmente contenido.

—Hola —dijo Primo, casi interrogativamente.

No le hubiera extrañado que, como respuesta, lanzara un grito. Pero ella no abrió la boca y empezó a caminar hacia atrás por el pasillo, sus dedos tanteando las dos

paredes, sus ojos desorbitados clavados en él.

—¿Se encuentra bien, Belén?

En ese momento, un hombre voluminoso salió del comedor y se situó detrás de la dueña de la hospedería, quien en su retroceso chocó de espaldas contra la abultada tripa.

—¿Es él? —preguntó el recién surgido.

—Sí, es él —aseguró ella.

El hombre la apartó hacia un lado con su brazo, que terminaba en cinco dedos obesos, y llenó el hueco con determinación, protegiéndola y a la vez cubriendo la vía de escape hacia las escaleras. Entretanto, Primo había avanzado un par de pasos y se había detenido con el ceño liso, demasiado desconcertado para pensar qué ocurría. Sin embargo, al ver al hombre de cuerpo entero, vestido con pantalones y chaqueta color azul marino, algo hizo contacto en su memoria. Y la familiaridad se incrementó al ver cómo le oscilaba el mentón al disponerse a hablar. Primo recordaba aquella inseguridad.

—Belén me ha dicho que... Bueno, ella ha... —Sus carrillos se hinchaban y deshinchaban como si dentro de ellos las palabras dieran vueltas mientras él decidía a cuál dar salida—. Ella ha encontrado en su habitación... Ha encontrado... Espere un momento.

Con impensada agilidad el hombre pivotó sobre la puntera de uno de sus pies, como un bailarín sobre hielo, y se metió en la recepción. El último dato que Primo necesitó para identificarlo fue la porra que colgaba de la parte trasera de su cinturón: era el guardia municipal del pueblo, a quien vio durante su anterior y breve estancia, pero quien obviamente no lo había reconocido. Belén, semioculta tras la jamba de la puerta del comedor, lo seguía mirando, algo más atenuado su pánico.

Cuando regresó de la recepción, Primo subió los ojos a su cara gordezuela.

—¿Es suyo esto? —preguntó el agente sosteniendo algo en la mano.

Pero entonces el temporizador de la luz se agotó y no pudo ver lo que le mostraba. Por la puerta de la calle, que continuaba abierta, la lluvia dejaba filtrar el brío un tanto extemporáneo de las farolas. Primo hubiera retrocedido hasta el interruptor que había junto a la entrada, pero entendió que un movimiento suyo en aquel impresionante contraluz, dada la tensión que flotaba en el ambiente, habría desencadenado el pavor de Belén y el guardia.

Fue ella la que restauró la luz accionando otra llave. Primo pudo ver por fin el objeto que colgaba de la rolliza mano.

Era una pistola. *Su* pistola. Su Star 9 mm reglamentaria.

—¿Es suya? —repitió el municipal con una mayor templanza, afianzado en el papel de la autoridad.

—Sí —respondió Primo, permitiendo que una distensión irónica se propagara por su semblante.

Pero el agente, quizá porque había esperado que lo negara y tenía preparada una

argumentación para obligarle a admitirlo, se quedó descolocado, en silencio.

—¿Y por qué tiene usted una...? —dijo Belén en su lugar, incapaz de pronunciar la palabra, aún atemorizada por aquel objeto que nunca antes habría visto tan de cerca.

Primo bajó la cabeza y con una especie de resignación, avergonzado del efecto que iba a producir, dijo:

—Soy subinspector de la Policía Judicial. Pertenezco al Grupo II de Homicidios de la Brigada Provincial de Madrid. Estoy aquí para continuar con la investigación sobre la muerte de Lucía Moreno. Les pido disculpas por el susto que se han debido de llevar. En especial a usted, Belén.

Lanzado a la confesión, vio oportuno no escatimar evidencias que apoyaran sus palabras, aunque sus interlocutores, que habían pasado del miedo al estupor, parecían haber entrado en un estado de absoluta credulidad. Se sacó del bolsillo la placa y la brindó a sus miradas, mientras siguió dando explicaciones que no le habían sido requeridas:

—Pretendía no llamar la atención, o la menos posible. En un pueblo tan pequeño, conmocionado por la muerte de la chica, no sería adecuado que se supiera de mi presencia. Sería malo seguramente para el pueblo, la gente se inquietaría, se crearían expectativas desorbitadas. Y desde luego sería malo para mi investigación. Necesito moverme con libertad, que no se me conozca. Al menos de momento.

Con un golpe de muñeca hizo que la hoja de piel tapara el metal de la placa y se la volvió a guardar.

—Sencillamente por eso no le dije nada, no le informé de mi labor, Belén. —Dedicó a la mujer un gesto sereno, del que podría deducirse una disculpa—. Pero quizá fue un error, no sé. Lo que sin duda ha sido un error es dejarme aquí mi arma. El viernes, con las prisas...

—Vino una pareja el sábado —lo interrumpió la dueña de la hospedería, tragando saliva—. Habían venido otras veces y me pidieron la buhardilla. Cuando fui a cambiar sus cosas al almacén se cayó al suelo la... la pistola.

Aunque no se lo creyó ni por un instante, Primo apretó los labios y negó con la cabeza.

—No, Belén. Le repito que el error fue mío. No se preocupe.

Reparó en que el municipal continuaba agarrando en alto la pistola, como si la hubiera olvidado, aunque tenía que pesarle, pinzada de la culata con tres dedos. Cauteloso, intentó pensar en alguna prueba más convincente antes de pedirle que se la devolviera. No se fiaba por completo de que la situación no derivara todavía en un incidente peligroso, de una fatalidad inopinada y ridícula. El procedimiento del agente no había sido muy profesional hasta ahora. Le habló a él:

—Nos vimos el uno de septiembre, hace casi un mes. ¿No lo recuerda? Vine de Madrid con el comisario Garray. Fue la mañana en que se recibieron los resultados de la autopsia. Aunque la verdad es que yo no estuve mucho tiempo en el pueblo.

Alguien nos presentó, pero había tanta gente, tantos periodistas y tantas cámaras... Y además iba de uniforme. —Su nombre estaba a punto de salirle: ¿Daniel?, ¿Dámaso? —. ¿No me recuerda, Da... Damián?

Al escucharse nombrar, el municipal sumó fascinación al asombro, como un niño que se hubiera tragado el fácil truco de un prestidigitador. Su tronco se irguió unos grados por el envanecimiento, por el orgullo de que un superior del gremio lo reconociera.

—Sí, sí. Ahora recuerdo —dijo al cabo de unos segundos, probablemente mintiendo.

—¿Me devuelve mi...? —pidió Primo, alargando sin brusquedad el brazo hacia su arma.

—Perdone, perdone.

Cuando al fin tuvo la pistola en su poder, el gatillo lejos de las yemas hipertrofiadas de Damián, soltó aire por una esquina de la boca y se la guardó en uno de los bolsillos del abrigo.

—Pero me gustaría que la situación siguiese así, en la medida de lo posible. Y para ello les pido su ayuda, les pido que esto quede entre nosotros, que no le digan a nadie qué hago aquí. A no ser que lo hayan hecho ya...

Ambos se apresuraron a mover la cabeza con energía.

—Está bien —se congratuló Primo—. No hubiera pasado nada pero es mejor así. Les repito que la razón es sobre todo la comodidad, mi comodidad, eso es todo. Por lo demás, se trata de una investigación oficial, completamente rutinaria.

La luz se fue otra vez y, ahora sí, Primo retrocedió hacia el arranque del pasillo para restablecerla. Allí, cerró la puerta de la calle. La lluvia oblicua había salpicado la primera fila de baldosas.

La impresión iba cediendo poco o poco en la dueña de la hospedería y en el municipal. Este último se rascó la cabeza con ademán pensativo y dijo:

—Quien sí debería saberlo es el alcalde, ¿no cree? Puesto que lo sé yo y lo sabe Belén...

La propuesta le pareció a Primo sensata, una manera de comenzar tan adecuada como otra cualquiera. Como le vio dudar, el municipal insistió:

—Ahora sería un buen momento para ir a hablar con él, le pillaríamos en el ayuntamiento. Todas las mañanas pasa una hora en la alcaldía antes de irse al monte.

—Bien, de acuerdo —concedió Primo—. Déjeme subir esto a mi habitación y estoy con usted.

—Aquí tiene. —La mujer le dio la llave de su habitación. Sin poderlo evitar, su mirada lo rehuía—. Ya está arreglado lo de internet, por si... —añadió.

Primo no contestó y de dos zancadas se plantó ante el primer escalón. Un ángulo de la pistola le golpeó en la cadera. La agarró por fuera del abrigo para que no se bambolease mientras subía.

Su maleta reposaba verticalmente junto a los pies de la cama. El bolsillo delantero

estaba abierto y dentro seguía la funda de su pistola. ¿Se dejó la cremallera descorrida cuando salió apresurado el viernes? Pudo ser, pero aun en ese caso dudaba de que el arma se hubiera liberado de la cincha que la fijaba a su funda. ¿O se habría salido con la funda si Belén tumbó la maleta? Otra opción era que su curiosidad, más que justificada, le indujera a tirar con un dedo del borde del bolsillo abierto y echar una ojeada dentro. En cualquier caso, lo único seguro era que él no debió olvidarse su arma reglamentaria en la habitación. Y de lo que estaba también seguro era de que nadie había venido el fin de semana a la hospedería y la dueña había mentido. Pero no la culpaba.

Apretó la tira de nailon contra el metal satinado, puso el corchete y decidió guardar la pistola en un cajón del armario, debajo de tres pares de pantalones que solo ahora, después de cinco días, sacó de la maleta. La ventana triangular bañaba la habitación en una tiniebla azulada. En el cristal, las gotas corrían hacia abajo trazando largas rayas. Recordó, con un fastidio renovado, que se había vuelto a dejar en casa el tabaco, el cartón que compró el sábado. Tendría que hacer otra visita al estanco del pueblo.

La silueta ventruda del agente municipal, con los brazos en jarras, taponaba el pasillo. Cuando sintió a Primo aproximarse, enderezó la columna y tiró de las puntas de su chaqueta, cuyas hombreras estaban adornadas con unas pretenciosas charreteras. Belén había desaparecido.

—¿Vamos? —dijo Primo al llegar a su lado.

Damián subió y bajó la barbilla y cogió un paraguas que descansaba en el rincón junto a la puerta. Un instante después pisaban las resbaladizas piedras de la calle.

—Métase, métase dentro —le dijo el hombre con imperativa amabilidad.

Y así, arrimados al eje del paraguas, mojándose los hombros con las gotas que escurrían de las varillas, atravesaron la plaza del pueblo. Damián aplastó contra la palma de la mano un ruidoso bostezo.

—Estoy con Belén desde las seis de la mañana. Qué madrugón —explicó—. La pobre no sabía cuándo llegaría usted y ahí hemos estado los dos desde bien temprano, café va, café viene. Tengo el estómago hecho cisco.

—Vaya —comentó Primo con una media sonrisa.

El alzado del ayuntamiento se recortaba sobre la pujante claridad del cielo, que las compactas nubes no podían diferir por más tiempo. Las banderas del balcón, inertes en la ausencia de viento, chorreaban un agua que podría pensarse teñida. En el ancho felpudo de la entrada Primo se quedó solo restregando sus zapatos, mientras Damián se adentraba en el edificio y lo reclamaba con el brazo, como si le reprochaba un exceso de formalidad. En el suelo, el paraguas fue dejando un reguero que acababa en una papelera de rejilla al pie de una puerta con el rótulo *Atención al público*. Alcanzó al municipal más allá del umbral, seguido por los ojos entre curiosos y aburridos de dos administrativas. Superaron una cancela batiente y tomaron las escaleras de subida.

En la antesala de la alcaldía, sentada en una butaca de escay con la cara entre las manos, había una mujer flaca de nariz grande y huesuda. Apenas se inmutó con su llegada.

—Está Perico, ¿no, Petri? —preguntó el municipal.

—Si no ha salido por la ventana... —contestó ella, con más desgana que sarcasmo. Avivó un poco su expresión para mirar a Primo.

Damián golpeó una sola vez en la puerta entornada y la empujó sin esperar respuesta. Primo se detuvo junto a la placa que rezaba *Alcaldía*.

—Pase, pase —le dijo la mujer aquilina.

Pero él no hizo caso. Desde su sitio vio un robusto escritorio de madera clara ocupado por varios montones de papeles y carpetas. A un lado, en una mesa auxiliar, había un ordenador apagado, y en el ángulo entre los dos tableros trabajaba un hombre vestido completamente de verde, jersey y camisa. La espalda del guardia le permitía ver la mitad de una cabeza calva, con el escaso pelo de los parietales rapado a pocas décimas. En la pared de detrás estaban colgados un retrato del rey, un crucifijo y la insignia enmarcada de un partido político socialista.

—Dime, Damián —dijo el alcalde sin levantar la vista de sus papeles.

—Aquí te traigo... —empezó Damián, y volvió el cuello hacia la puerta—. Pero entre, entre, inspector.

Primo dio tres pasos.

—Este señor es el inspector...

—Subinspector —lo corrigió Primo.

—Eso, el subinspector...

—Enríquez.

—Eso, el subinspector Enríquez, que ha venido de Madrid y está en el pueblo investigando lo de la niña Lucía.

El dedo del alcalde, que revisaba línea a línea un documento, se frenó. Cuando elevó los ojos y los enfocó en él, resultó ser más joven de lo que su alopecia sugería, tal vez menor de cuarenta años. Primo no recordó haberlo visto antes.

—Por fin aparece usted —exclamó con voz tenuemente eufórica—. Estaba empezando a pensar que el fax era una broma.

—¿El fax? —preguntó Primo, dominando la extrañeza.

—Siéntese, por favor, y en un minuto acabo esto —lo invitó el alcalde señalando una silla. Y volvió a sus papeles—. Déjanos, Damián. Y cierra la puerta, anda.

El municipal le dio a Primo una animosa palmada en la espalda mientras se sentaba y luego salió. El súbito silencio se colmó con el sonido hueco de la lluvia al estrellarse contra el tejado, que reverberaba por encima del falso techo de esta segunda y última planta.

El alcalde terminó de repasar el documento con un bisbiseo y firmó valiéndose de un bolígrafo barato con el extremo mordido. Lo puso sobre una bandeja de plástico azul y recuperó otro papel de una bandeja inferior. Primo se preguntó si sería el fax

que había mencionado. El alcalde le echó un rápido vistazo.

—Perdone, este Damián es un desastre —dijo, tendiéndole la mano—. Soy Pedro, el alcalde.

—Primo, encantado.

—El fax, sí. Lo recibí a mediados de la semana pasada. Lo firma un tal... —Regresó al papel—. Lo firma el comisario Luis Francisco Garray, de la Comisaría Provincial de Madrid. En él me pide que ayude en la medida de nuestras posibilidades a un policía con categoría de subinspector... Usted, supongo, que se establecerá en nuestro municipio para... Bueno, todo eso. Y, claro, pasaban los días y usted no daba señales de vida.

Forzado por la apelación directa del alcalde y por el carácter oficial que le otorgaba ese sorprendente fax, Primo tuvo que mostrarse firme y calmado, tuvo que hacer pasar por una convicción lo que había sido hasta el momento puro desconcierto, una mera aclimatación al pueblo, siendo indulgente consigo mismo. Pero pensó, bajo la mirada expectante y respetuosa del alcalde, que la manera en que la convicción se afianza es llevándola a cabo, comportándose como si ella estuviera detrás de cada uno de los actos. Por otro lado, no mintió cuando comenzó a decir:

—Estos primeros días he preferido moverme con discreción, situarme sobre el terreno. La investigación del caso se está alargando más de la cuenta. Inexplicablemente, añado yo, porque en apariencia no debería ser tan complicada, dadas sus características y en comparación con sucesos similares. Aunque, claro está, cada caso es distinto.

Respiró y apoyó una mano en el borde de la mesa.

—Y como la investigación ordinaria no ha dado aún resultados, aunque debo decir que en su inicio no se realizó en condiciones óptimas por la enorme presión mediática que hubo y por aquel desbarajuste que usted recordará, pues se ha querido probar otra vía, en la que no es tan importante el número de efectivos como la proximidad, digamos, sin que por ello se hayan abandonado las otras ramas de la investigación, por supuesto.

—Así que en Madrid no se han olvidado del caso, aunque ya no salga por la televisión. No se han olvidado de nosotros. Siguen trabajando —dijo el alcalde con una repentina vulnerabilidad.

—No lo dude. Estamos trabajando sin descanso —replicó Primo.

Primo sabía que las cosas se habían hecho mal, negligentemente, pero la afirmación que acababa de realizar no era una expresión automática y formularia de corporativismo sino un compromiso personal, del que era consciente en el acto, según lo pronunciaba.

—Me alegra oír eso —dijo el alcalde—. No sé qué es peor, si la pesadilla de aquellos días, cuando se buscaba a la chica, o este vacío que ha habido después, esta sensación de abandono, que es como si todo aquello no hubiera pasado en realidad o como si ya a nadie le importara, desde luego no a los periodistas. Pero la chica murió,

sigue muerta, y no se ha cogido todavía a los asesinos.

Las pupilas se le habían ido empequeñeciendo, como ante una luz violenta, y sus facciones se habían ensombrecido con un rencor anonadado.

—¿Sabe lo que no puedo dejar de pensar? —prosiguió—. Que todo tuvo que suceder en un pequeño trozo de calle, en los diecisiete metros, en los diecisiete pasos, porque los he contado, que van desde esta esquina del convento hasta la casa de la chica. Aquí mismo, junto al ayuntamiento. Si se asoma a la ventana lo verá.

Estiró el brazo hacia los cristales salpicados de lluvia.

—En esta esquina se despidió de su amiga y solo tenía que caminar hasta su casa diecisiete pasos. Todo tuvo que suceder en ese espacio tan acotado. ¿Pero qué sucedió? No lo sabemos. Porque lo siguiente es la piragua de aquellos jóvenes chocando con su cuerpo, que flotaba boca abajo en mitad del embalse.

Acompañó el final de la frase con un golpe de sus nudillos en la mesa, un involuntario efectismo.

—Pero perdóneme. Todavía, cuando lo pienso, me viene una tremenda impotencia por...

—Es lógico.

—No, pero no solo por... Es que... —Soltó aire por la nariz—. Aquellos días tuve un ataque fortísimo de lumbago que me obligó a estar en cama, y ni siquiera pude participar en la búsqueda. Mi impotencia fue un poco mayor a causa del inoportuno lumbago. Pero es una tontería. A ver qué pintábamos nosotros allí, estando ustedes y la Guardia Civil y demás. Pero... no sé, algo podía haber hecho yo. No como alcalde, como ciudadano, como vecino de la chica.

—Por eso no me sonaba su cara —razonó Primo—. Cuando estuve aquí el día uno...

—Ah, estuvo.

—Sí. Y recuerdo haber visto al agente municipal, a Damián, pero no a usted. Aunque con aquel jaleo...

El alcalde parpadeó varias veces seguidas, como si saliera de un estado hipnótico, y se apartó la manga para mirar el reloj.

—Uf. Me va a tener que disculpar, pero debo ir a trabajar al monte. —Se pellizcó con dos dedos el jersey verde de forestal—. Aunque no apetece demasiado, ¿verdad?, con esta lluvia. Pero en fin. Lamento no poder dedicarle más tiempo hoy.

—No se preocupe. Además yo voy a estar por aquí, en el pueblo. Tendremos más tiempo.

Ante esta promesa, el alcalde recobró la emoción de unos minutos antes.

—Me alegro de tenerle entre nosotros. Y cuente conmigo para lo que sea. —Recalcó—: Para lo que sea. Aunque la verdad es que me paso casi todo el día en el monte. En estos pueblos pequeños ni siquiera el alcalde está liberado. Como digo yo, la política aquí es igual que trabajar en una ONG, pero no con los pobres de África sino con tus propios vecinos —dijo con una resignación satisfecha—. Pero sepa que

desde ahora mismo están a su plena disposición tanto Damián como la alguacil, Petri. Pídales lo que sea.

—Se lo agradezco, lo tendré en cuenta. Lo que sí me gustaría es poder continuar con la discreción. Si la gente se entera de que hay un policía en el pueblo...

—Por supuesto. Haga lo que tenga que hacer y como lo tenga que hacer. Por cierto, ¿dónde se aloja?

—En la Hospedería Belén.

—Ah, aquí enfrente. Belén es una buena mujer.

Volvió a mirar el reloj y Primo se puso en pie y le extendió la mano:

—No le quito más tiempo, alcalde. Hasta la vista.

—Adiós.

La antesala de la alcaldía estaba vacía. En la pared, montado sobre un cristal, había un cartel que anunciaba las fiestas patronales de seis años atrás. Bajó las escaleras con las manos en los bolsillos. Un coágulo de malhumor se le estaba formando en la cabeza.

En la oficina de la planta baja la alguacil, la tal Petri, estaba sentada en una mesa y charlaba con una de las administrativas. Al verlo, levantó la barbilla como despedida. Primo apartó con una mano la portezuela batiente, que se quedó oscilando con un decreciente chirrido, y salió.

El paraguas del agente municipal no estaba ya en la papelera, pero el reguero de agua seguía en el suelo y brillaba como una nervadura de mercurio, recibiendo la luz del lento amanecer que se colaba por la puerta de la casa consistorial. Allí, se paró bajo el dintel, de cara a la plaza mayor.

El fax del comisario era lo que originaba su malhumor. No entendía nada. No entendía por qué lo había enviado a él al pueblo sin instrucciones concretas, invocando su propio criterio, poco menos que su inspiración: *Improvisé*. No entendía, por tanto, qué se esperaba de él, si es que se esperaba algo. Y ahora no entendía que hubiera remitido al alcalde aquel fax sin comunicárselo. ¿Para qué? ¿Para dejarlo en ridículo como había estado a punto de suceder? No tenía más remedio que pensar que todo era una represalia del comisario por sus roces en el caso, por sus discrepancias, que habían tenido su punto álgido durante la anterior visita de ambos al pueblo, cuando el comisario lo mandó de vuelta a Madrid. Pensó, con una pizca de autocompasión, que no se merecía este destierro.

No percibió el movimiento de alguien en el zaguán hasta que no vio por la esquina del ojo un bulto deteniéndose a su lado. Era el alcalde, quien terminaba de ponerse un abrigo tres cuartos de tejido sintético, color verde también.

—No había vuelto a llover desde entonces —dijo el alcalde al cabo de un minuto—. Me da escalofríos solo de escuchar el ruido de la lluvia. Esta mañana me he dado cuenta de que lo tengo asociado a aquellos días horribles. Imposible olvidarlo.

Primo, en un arranque de complicidad que no reprimió a tiempo, le confesó:

—Pues lo que yo no puedo olvidar es aquel barro pegajoso de la orilla del

embalse. Mis zapatos hundidos en aquel barro.

IV

El calor, cuando está cargado de humedad, puede resultar tan paralizante como el miedo. O tan enajenador como una sustancia inoculada en el organismo, emulsionada con la sangre. A Primo este calor con textura de gasa lo hace sentirse atrapado. Atrapado dentro del desacostumbrado uniforme, la rígida tela plegándose contra su piel, el filo de la camisa cercándole el cuello, la grave pistola tirando de su cadera hacia el suelo. Atrapado entre la barrera de periodistas, que el guardia municipal contiene, y la orilla del embalse, una franja relativamente estrecha, sin salida. Atrapado en la compañía del comisario, a la que lleva sometido desde que han salido de Madrid, los dos en el mismo coche. Y se siente atrapado sobre todo por el barro en que sus zapatos están hundidos, denso y brillante como una pomada. En el aire flota un acre olor a ciénaga. El agua está calmada, silenciosa.

Mientras esperan la llegada del teniente de la Guardia Civil, que es quien ha dirigido la búsqueda de la chica estos dos días, Primo se ha alejado un poco del comisario para liberarse de sus comentarios siempre desconfiados, de menosprecio. Aunque no se atreve a caminar demasiado por temor a resbalar y caer en el fango ante los periodistas. Garray, en cambio, no solamente no parece incómodo por las cámaras (alguna de las cuales seguro que está emitiendo en directo para un programa matinal sensacionalista), sino que se diría que se exhibe ante ellas. Aunque quizá sucede que está más acostumbrado, eso es todo.

El municipal, que ofrece su oronda barriga a los periodistas, alza los brazos cada cierto tiempo para delimitar la línea imaginaria que ellos no deben sobrepasar, aunque es dudoso que vayan a avanzar desde el camino en el que están hasta la embarrada orilla del embalse. Tampoco era necesario, piensa Primo, que él y el comisario metieran los pies en el lodo, pues nada tienen que hacer cerca del agua. Pero Garray ha insistido sin dar explicaciones, otra incomprensible decisión más. Los cientos de pisadas que la búsqueda ha dejado marcadas en el suelo lucen intensamente al sol, sin que el calor las reseque. El agua de la inmersión rezuma todavía y se eleva en sofocantes vaharadas.

A lo largo del camino que viene del pueblo, se ve a personas rondando con las manos en los bolsillos, curiosos que fingen ridículamente pasar por allí y que no esperan otra cosa que ser preguntados ante una cámara, salir en televisión a costa de la chica desaparecida, ya aparecida y muerta. Pero ni siquiera llegan a percatarse de este vínculo, la atracción de la televisión los ofusca con un fanatismo sin objeto. Porque ¿qué hacen allí si la búsqueda terminó el día anterior? Aunque una pregunta similar es la que él no se ha atrevido a formularle al comisario en toda la mañana: ¿por qué tiene que ser allí, y con los pies materialmente hundidos en el barro, donde

han de recibir el resultado de la autopsia? Ni siquiera tendrían que haberse desplazado hasta el pueblo. ¿Para qué?

Se aparta el puño de la camisa y mira el reloj. Aún queda más de media hora para el mediodía, cuando está previsto que se dé a conocer el informe del forense. Antes de eso, llegará el teniente de la Guardia Civil. La medida de estos tiempos la ha establecido Garray, y Primo no es capaz de adivinar con qué finalidad, pero está convencido de que hay alguna.

Ya en el coche, mientras venían, iba calculando la secuencia:

—Los resultados de la autopsia se darán a las doce, ¿no es eso, Enríquez?

Primo, únicamente porque iba conduciendo, se permitió contestar a la pregunta retórica con un simple cabeceo. El comisario exigía un apoyo constante a sus palabras, sin que ello significara que fuera receptivo cuando alguien disentía o siquiera matizaba.

—Perfecto. Y conoceremos los resultados de inmediato. He mandado a Pardo al Anatómico para que nos telefonee en cuanto se sepan. Pero antes me gustaría intercambiar opiniones con el Guardia Civil que ha organizado el dispositivo de búsqueda, el teniente... el teniente...

—Serena —apuntó Primo, que había leído con detenimiento el informe redactado por su compañero Pardo.

—Eso es, el teniente Serena.

—¿Está avisado ya? —preguntó Primo, e inició el adelantamiento de un camión en la autovía.

Notó cómo Garray lo observaba para medir si en su pregunta había un deje de insolencia.

—No, todavía no le he llamado. Pero el cuartel está en Rascafría, ¿no es eso? No se tarda mucho hasta el pueblo. Debo de tener por aquí su número.

Mientras el comisario abría el portafolios que tenía sobre las piernas, Primo torció ligeramente la cabeza para dedicarle una cautelosa mirada, que desviaría hacia el retrovisor lateral si era preciso. Con el cuello doblado hacia abajo, destacaba de manera especial el mechón blanco de su nuca. Era un hirsuto ramillete de canas que asomaba bajo su pelo, completamente negro, y que hacía pensar en la cola de un animal que se hubiera escondido entre sus cabellos. Constituía su rasgo físico más característico. Los comentarios chistosos de sus subordinados solían usarlo como diana. Esa zona decolorada tan concreta producía un curioso contagio, alteraba de algún modo la impresión que se tenía de su piel, que parecía demasiado pálida y enfermiza, e incluso del color de sus ojos, que eran de un azul demasiado claro, como lavado, y que provocaban una indefinible inquietud.

—Teniente Serena, eso es —dijo el comisario golpeando con el dedo en un papel. Luego miró el reloj digital del salpicadero—. Pero todavía esperaré un poco antes de llamarle.

Esta planificación tan cuidadosa de los pasos que había que seguir le resultaba a

Primo inexplicable, sobre todo tratándose de aquella visita excepcional al pueblo, fuera de todo protocolo, casi anómala. ¿Qué iba a hacer el comisario de la investigación allí, en el lugar en el que habían encontrado a la víctima el día anterior? Lo ignoraba por completo. ¿Y qué sentido tenía esperar hasta el último momento para avisar al teniente? Era como si Garray prefiriese que el guardia civil no fuera, antes que permitir que acudiera el primero. ¿Por qué?

—Por lo menos hoy hace sol —comentó el comisario, señalando el cielo a través del parabrisas. A pesar de no abandonar la intocable arrogancia, se podía detectar en sus palabras una cierta modulación animada, una excitación.

—Pero la tormenta que cayó en el valle debió de ser monumental, un diluvio —correspondió Primo, en un esfuerzo por colaborar en el buen ambiente.

—Eso dice Pardo. Llovió tanto que hasta subió el nivel del embalse y tuvieron que abrir las compuertas de la presa. Y ayer también llovía. Cuando volvió por la tarde a la comisaría, Pardo todavía estaba empapado.

—Ya. Hablé con él —corroboró Primo. Aunque se calló los insultos que su compañero dedicó a Garray por exigirle que redactara el informe aquella misma tarde, después de estar toda la mañana en el pueblo, bajo la lluvia.

El subinspector Pardo fue el encargado de acompañar al juez cuando fue hallado el cadáver flotando en el embalse, cuando el caso pasó a manos de la Policía Judicial. En principio, los hechos parecían bastante claros: la fuerte tormenta había sorprendido a la chica en las proximidades del embalse y se había ahogado. Un caso como tantos otros. Sin embargo, había tenido una fuerte repercusión en los medios, que se habían lanzado sobre él con el hambre acumulado tras el inactivo mes de agosto. Una adolescente desaparecida era ideal para empezar bien la temporada. Y el hecho de que la búsqueda se hubiera centrado desde el principio en el embalse les facilitaba una atmósfera sugerente con la que pulsar una efectiva tecla dramática: *la chica del lago, la ahogada del embalse*. Si se la hubiera buscado en un monte o hubiera desaparecido en una época del año repleta de polémicas políticas, su noticia apenas habría ocupado unas líneas en los periódicos, una mención breve en los telediarios.

En el relativo silencio del habitáculo, solo perturbado por el ruido del motor y la rodadura, Primo creyó escuchar unas notas entonadas, una débil melodía gutural, como si el comisario murmurara una canción con la boca cerrada. Decidió aprovechar este insólito buen humor:

—¿Me permite una pregunta, comisario?

—Diga, Enríquez. —Soltó con sequedad, acaso molesto por haber sido interrumpido en su cantinela.

—Con el debido respeto —dijo Primo con tiento—. ¿Por qué me ha elegido a mí y no a Pardo para acompañarle hoy? Al fin y al cabo, él estuvo ayer en el pueblo, sabe de qué va el asunto. Conoce el lugar y a la gente, al teniente Serena por ejemplo. Pero yo no estaba en el caso. Toda la información que yo sé es la que he leído esta

mañana en el informe que redactó él.

Para no recibir de lleno la respuesta áspera —si era áspera— cambió de carril y simuló seguir en el retrovisor alguna maniobra preocupante de los coches que venían detrás.

—¿No se siente cómodo con el uniforme, Enríquez? —preguntó Garray en un inofensivo tono irónico.

—Pues ahora que lo dice... —Primo se acogió a ese mismo tono. Aunque ciertamente le había extrañado que recalcase que debía ir de uniforme, no de paisano.

Sin embargo, el comisario forzó aún más el registro y optó por el sarcasmo. Es decir, no contestó a su pregunta:

—No me vaya a contar ahora, Enríquez, que no le apetece pasarse una mañanita al aire libre, en la sierra, con este día tan bueno que tenemos. No se queje, hay personas que trabajan ocho horas en la mina.

Primo no replicó. Reprimió en su interior el impulso de usar también el sarcasmo, o al menos de insistir en su pregunta. Y entonces afloró en su conciencia la sospecha que le había rondado desde primera hora de la mañana: Garray le había pedido a él que lo acompañara por creerle más dócil que Pardo, más manejable. ¿Lo era? Desde luego no solía reaccionar tan impulsivamente como su compañero, lo cual le había valido a este varias amonestaciones serias por parte del comisario. Pero se lo preguntó otra vez: ¿era más dócil? Bueno, ahora estaba callado, se había tragado sin rechistar el comentario en el fondo despreciativo de Garray. Pardo no lo hubiera hecho.

—Además, a usted le queda mucho mejor el uniforme que a Pardo —añadió el comisario con una risa nasal—. Piense que a lo mejor nos encontramos allí a la prensa, cámaras de televisión y todo. Hay que dar buena imagen, ¿no es eso?

—¿Pero habrá hoy también prensa? ¿Qué van a hacer hoy allí? —preguntó Primo. El comisario, simplemente, se encogió de hombros.

Menos de una hora después, cuando han llegado al pueblo y se han encontrado con los coches de las distintas televisiones y las unidades móviles para las emisiones en directo, Primo ha recordado este encogimiento de hombros. No ha podido dejar de pensar que Garray ya sabía que los periodistas iban a estar allí.

Ahora, estos se han dispersado a lo largo del camino para grabar planos del embalse o de los cráteres de las pisadas en el barro. El guardia municipal los controla a distancia y parece algo sobrepasado por la situación, haciendo aspavientos y resoplando. Un equipo entrevista a una de las personas que llevaba un buen rato merodeando, un hombre bajo en chándal. Desde su posición, Primo no llega a escuchar lo que dicen, pero adivina sin dificultad las tópicas preguntas, las respuestas condicionadas por estas y la palabra «literalmente» introducida por la periodista una y otra vez. Sin embargo, ella le retira de la boca el micrófono en mitad de una frase y hace un gesto al cámara hacia un extremo del camino. Por allí se aproxima un todoterreno blanco y verde de la Guardia Civil.

—Enríquez, aquí llega nuestro hombre, ¿no es eso? —anuncia el comisario.

Primo da unas zancadas para acercarse de nuevo a Garray, con la desagradable sensación de que el zapato se le va a quedar atrapado en el barro.

El coche se abre paso entre el enjambre de periodistas con determinación, como si no prestara cuidado en evitar un atropello o, secretamente, lo buscara. Frena sin contemplaciones con un chirrido de la suspensión de ballesta y de él se bajan dos guardias civiles. Los micrófonos se ciernen sobre ambos pero ellos caminan cabizbajos, ignorándolos, con la naturalidad cansada que revela la habituación de los últimos días. El que conducía se dirige hacia el municipal, a quien saluda con una palmada en el hombro, y el otro, el teniente, se para justo al comienzo del terreno enlodado.

—Teniente Serena. —Lo reclama el comisario levantando el brazo.

Pero el teniente mira con la boca torcida el barrizal y duda. Entonces, un periodista, seguido a trompicones por un cámara, le coloca delante un micrófono y pregunta:

—¿Es cierto que Lucía Moreno había discutido esa tarde con su novio y pudo suicidarse tirándose al lago?

Por primera vez desde que ha descendido del coche, el teniente fija los ojos en un rostro, el del periodista, y sus pobladas cejas grises suben y bajan acentuando su rictus duro. Sin despegar los labios, aparta con un brazo el micrófono y alarga la pierna hacia el barro. Su duda ha sido vencida por la necesidad apremiante de alejarse de los periodistas, de no permanecer en el mismo lugar, como si temiera contaminarse.

Dando pasos cortos y volcando el peso sobre las punteras, camina hacia Garray y Primo con un porte noble y recto, pese al resbaladizo suelo. Si midiera cinco centímetros más, sería de estatura media. Su cuerpo anguloso, de hombros y articulaciones prominentes, le hace parecer más delgado de lo que es. Cuando llega hasta ellos, los saluda con un ademán que engloba a su gorra y luego les estrecha las manos.

—El subinspector Enríquez. —Lo presenta Garray, aunque es la primera ocasión en que los tres se ven.

Serena asiente y entorna los párpados, como si le molestara el sol que refleja el agua o como si se concentrara.

—Discúlpeme si le he interrumpido en alguna labor —dice el comisario con un timbre suave que sorprende a Primo—. Tal vez le tenía que haber llamado con algo más de antelación...

El teniente niega con la mano, no para replicar de alguna forma esas palabras, sino para sugerir que vaya al grano.

—Bien. —Comienza el comisario—. Esta mañana, no dentro de mucho, se va a conocer la autopsia practicada a la chica. Como veo que está aquí la prensa, y dado que se ha organizado un buen revuelo en los medios, acabo de pensar que daré una

especie de comunicado ante las cámaras, confirmando lo que diga la autopsia, que la chica se ahogó. Así se difundirá lo antes posible y se pasará página. Creo que el asunto ha cogido una dimensión exagerada, falsa en cierto modo, ¿no es eso? Pero antes, mientras esperamos la autopsia, me gustaría cambiar unas impresiones con usted, si le parece. Me será útil para esa especie de rueda de prensa que dará.

—Eh... De acuerdo. —Acepta el teniente con escepticismo. Y se mira los zapatos hundidos en el limo, acaso preguntándose también por qué están metidos allí—. Aunque no creo que pueda decirles nada que no conociera ayer su compañero, el subinspector...

—Pardo —interviene Primo.

—Ya, ya —dice el comisario. Y añade con vaguedad—: En realidad me interesa un poco más su valoración, su punto de vista...

Las cejas grises se desplazan hacia arriba sobre la frente del guardia civil y luego, más despacio, vuelven a ajustarse sobre los ojos entrecerrados, como si accionaran el enfoque de las pupilas.

Un hormigueo en la nuca le obliga a Primo a volverse: las cámaras están apuntando hacia ellos, grabándolos. Entre la gente que deambula a lo largo del camino, ve a un par de chicos de unos diez años. Introduce el dedo índice entre la camisa y el cuello y tira hacia fuera, agobiado por el húmedo calor.

—Eso que ha mencionado el periodista, ¿es verdad? —pregunta Garray.

—¿Lo del suicidio?

—No, bueno. Que la chica tuviera novio.

—Parece ser que sí, aunque no sé si novio es la palabra. Un noviete, o lo que sea que tienen las chicas de quince años.

—¿Y discutieron el día en que ella desapareció?

—No. Según la amiga íntima de la chica, ese día ni siquiera se vieron su novio y ella. Pero estaban enfadados. Enfadados como se puede estar a esa edad, imagínese.

—¿Y eso pudo empujarla a ella a...?

—¿Empujarla al suicidio?

—Sí.

—No tengo la menor idea. Los de las hipótesis son ustedes.

—Ya pero...

—Yo les diré lo que sé. Si lo sé.

—Pues dígame qué opina. Porque sabrá cuál es su opinión, ¿no es eso? —dice Garray. Su irritación queda cifrada en una sonrisa hueca que Primo conoce bien.

—No creo que intentara suicidarse —contesta el guardia civil de inmediato, anulando el ataque del comisario no defendiéndose de él—. Cuando se despidió de su amiga aquella noche estaba contenta. Como siempre, en realidad. Era una chica sin problemas, sin antecedentes depresivos, sociable, normal. Nunca se sabe con el suicidio, pero ella no daba el perfil en absoluto.

—Cuénteme cómo fue esa noche, qué hizo con su amiga antes de que se

separaran. —Pide Garray. Y puntualiza, todavía un poco resentido—: Lo que sepa, claro está.

Primo cree atisbar bajo la gorra del teniente que sus ojos destellan con una templanza regocijada, que irá aumentando en la misma medida que el enfado o los malos modos del comisario, en perfecta correlación.

—Todo ese día, este sábado pasado, fue por completo normal para ellas. Hablo de las dos, de su amiga y de ella, porque iban casi siempre juntas. Aquel día no se separaron más que para comer y cenar con sus respectivas familias. Por la mañana no hicieron nada de particular, estuvieron en la calle, sentadas en los bancos de las plazas, comiendo chucherías, jugando a las maquinitas esas de videojuegos. Por la tarde estuvieron en la piscina hasta que cerraron, tomando el sol, bañándose... en fin. Y después de cenar pasearon otro rato, estuvieron charlando en un parque y, en la plaza mayor, se despidieron hasta el día siguiente. Eran más o menos las doce.

—Y en principio volvían a sus casas, a dormir, ¿no es eso?

—Sí. Y la amiga llegó a su casa pero de ella, de Lucía, no sabemos nada más. No llegó a su casa, que está a veinte metros del lugar en que se despidieron. No se citó con su novio, ni fue vista por nadie. Como si desapareciera desde el momento en que su amiga se giró y dejó de verla. No sabemos lo que hizo después.

—No lo saben —dice el comisario con un acento de agudeza— pero el caso es que al día siguiente se pusieron a buscarla en el embalse y centraron su búsqueda solamente allí. ¿Por qué? ¿Lo decidió usted, teniente Serena? Le confieso mi sorpresa. Mi sorpresa y mi admiración, porque en efecto la encontraron en el embalse. ¿Había huellas tuyas que condujeran hasta aquí?

—Bueno, en realidad también se buscó por el monte. Los retenes forestales lo hicieron. Pero es cierto que el grueso de la búsqueda se llevó a cabo en el embalse y los alrededores. ¿Por qué? Una intuición, si quiere. Al parecer, durante todo el día ella había transmitido a la amiga su deseo de contemplar las estrellas fugaces, que iban a poder verse esa noche. Y el sitio al que es costumbre ir en el pueblo para cosas así es el embalse, las proximidades, porque no hay farolas, no hay luz artificial que moleste para ver las estrellas o la luna. Así que nos centramos en el embalse. Pero me pregunta usted si había huellas y le digo rotundamente que no. O sería mejor decir que la chica seguro que dejó huellas, pues la tormenta empezó a medianoche y el suelo se empapó enseguida. Pero al día siguiente, desde el amanecer, todo esto se llenó de gente, vecinos del pueblo y de los alrededores buscándola. Y ya ven cómo ha quedado el terreno.

Su brazo traza un arco que comprende decenas de pisadas, de huellas, centenares.

—Por si fuera poco, cayó una tormenta de mil demonios en todo el valle. El nivel del agua subió y en la mañana del domingo hubo que abrir la presa para que bajara. De modo que la chica pudo dejar huellas en una zona que unas horas después quedó sumergida y luego otra vez al aire, solo para que un montón de gente viniera a plantar sus pies. No se me ocurre un escenario peor. En la tarde del domingo vino nuestro

Grupo de Inspecciones Oculares y fue inútil. Es imposible encontrar ningún rastro que podamos atribuir con seguridad a la chica. Así que no sabemos cómo llegó hasta la orilla del embalse y por dónde entró su cuerpo al agua. A todos los efectos, desapareció en la plaza cuando su amiga se despidió de ella y volvió a aparecer en el lago treinta y seis horas después, ayer a mediodía, cuando esos chavales que la buscaban con una piragua notaron un golpe en el casco, la cabeza de la chica, que flotaba boca abajo, vestida y con su teléfono en el bolsillo.

Garray se pasa la mano por la nuca, afectado también por el calor, y el mechón de pelo blanco culebrea entre sus falanges. Después dice:

—Le felicito, teniente. Apostó a una única carta, el embalse, y le salió bien. Tuvo suerte con su intuición.

Veladamente, el comisario lo acusa de falta de rigor, pese al acierto.

—Pero no entiendo una cosa —dice Primo. Y centra su mirada en el teniente para no amilanarse por la segura reprobación en la cara del comisario—. Las chicas se despidieron a las doce, la misma hora a la que comenzó la tormenta, o aproximadamente.

—Eso es.

—Y aunque empezara a llover diez o veinte minutos más tarde, el cielo estaría ya cubierto de nubes.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo iba a pretender ver las estrellas fugaces, si estaba nublado?

—En efecto, estaba nublado. —Afirma el guardia civil y se encoge de hombros. Se ha detenido en el punto en que arrancarían el terreno de su opinión, a la espera de que alguno de los dos se la demande.

Primo interpreta de soslayo la cara del comisario, donde cree detectar no solo enfado sino sobre todo perplejidad por su iniciativa. Y esto reaviva en el subinspector la humillante sospecha de que su superior lo ha escogido para este asunto por su docilidad, por su sumisión. Enfadado, continúa con su osadía:

—Y aunque no estuviera nublado, ¿cómo iba a ir sola al embalse, si no se separaba nunca de su amiga? Era de noche, y alrededor no hay farolas. Además...

—¡Enríquez! —exclama Garray.

—Dígame, comisario. —Replica Primo, envalentonado.

El guardia civil baja pudorosamente la cabeza, se esconde tras la visera de su gorra para no presenciar esta disputa que no le concierne.

—¿Por qué no... por qué no...? —El comisario está más descolocado que cabreado. Únicamente atina a decir—: ¿Por qué no comprueba si tiene cobertura? A ver si va a llamar Pardo.

—En todo el valle hay buena cobertura. —Le echa un cable el teniente, aún oculto tras su gorra.

Si la reprimenda no va más allá, piensa Primo, es porque Garray no olvida en ningún momento que las cámaras de televisión los están apuntando con sus objetivos.

Esto lo tranquiliza, y también el apoyo que acaba de demostrarle el guardia civil.

—¿Fue sola la chica al embalse? —inquire el comisario, retomando la batuta de la conversación.

—No lo sabemos —contesta el teniente, alzando despacio la cabeza.

—Su opinión, le estoy pidiendo su opinión.

—No tenemos ningún dato que diga lo contrario, aparte del asombro que nos cause.

—¿El asombro? —pregunta Garray, cansado de la prudencia del guardia civil.

—Quiero decir que no fue con la amiga, ni con el novio, ni con un familiar. Y en su teléfono móvil, cuyos datos hemos podido recuperar pese al agua, no quedó rastro de que hiciera o recibiera ninguna llamada o mensaje después de despedirse de su amiga. La compañía telefónica lo corrobora. Así que lo único a favor de que no fuera ella sola es, por decirlo así, lo raro que nos parece, nuestro asombro. Sin embargo, aquí sí me atrevería a aceptar que la riña con el noviete influyera en su comportamiento. Es decir, no la empujó a suicidarse pero sí, por ejemplo, a darse un paseo sola por la orilla del embalse. No sé, para pensar o para darle tiempo a él, al novio, a que la llamara, cosa que llevaba esperando todo el día, según la amiga.

—¿Y qué cree que le sucedió?

—Ah. —Se rinde el guardia civil, respirando hondo por la nariz—. Sobre esto no tengo opinión, o sería tan válida como cualquier otra que cuadre con lo que conocemos. No lo sé y en el fondo da igual. Le sorprendió la tormenta, que fue fortísima. Se desorientó o tuvo miedo, y luego cualquier cosa: se torció un tobillo o resbaló en una peña de la orilla o... En fin. El agua se la llevó, se puso nerviosa y no fue capaz de nadar con la ropa. Algo así.

Como si el suceso hubiera tenido lugar en ese punto, el teniente mira hacia la zona de agua más próxima y sus cejas grises se elevan considerablemente y tiran de los párpados, permitiendo ver en sus ojos una temblorosa amargura. Su mandíbula se contrae, marcando los músculos bajo las orejas, y él se frota las manos.

—Me fío de su instinto, teniente Serena. Con la búsqueda en el embalse ya demostró que sus intuiciones son certeras.

Ahora que le favorece, Garray convierte en un elogio de apariencia sincera lo que un poco antes ha sido una crítica indirecta.

—Entonces —prosigue el comisario—, cuando me dirija a la prensa me gustaría que usted, teniente...

El sonido de un teléfono móvil, que imita el campanillazo de un aparato del siglo anterior, interrumpe la conversación cuando esta empezaba a girar sobre sí misma. Garray ha medido a la perfección los tiempos. Primo saca el aparato del bolsillo de su pantalón y, mirando la pantalla, confirma:

—Es Pardo.

Instintivamente, da dos pasos hacia atrás sobre el barro, como si la llamada fuera personal.

—¿Sí, Pardo?

—¡Sorpresa, Primito! —Comienza el subinspector con un agresivo tono.

—¿Ya está la autopsia?

—¡Y vaya si está! Relaja, cariño, porque si no te va a doler.

Primo, que conoce esta disposición de su compañero, siente un brusco vértigo, acosado por el calor, las miradas, las cámaras.

—Nada de ahogamiento. Muerte por traumatismo en la base del cráneo. El pelo lo cubría y por eso no se captó a simple vista. Pero esto no es lo peor.

Para no desvelar su pasmo antes de tiempo, Primo se vuelve de espaldas y se aleja un poco más.

—Agárrate. Se han encontrado en su vagina restos de semen. Los marcadores enzimáticos indican que pertenecen a dos personas. Pero respecto a si la chica fue forzada no hay un resultado concluyente. Hay sangre de ella y pequeñas laceraciones, pero quizá se deba a que era virgen. Aunque cuesta creer que consintiera, ¿no?

—¿El golpe en la cabeza fue antes o después?

—Después, después, no jodas. Y es casi seguro que se vistió ella, aún viva, y no que la vistieran tras el golpe. Vestir un cadáver es difícilísimo y no hay ni una leve dislocación. Lo hizo ella.

—¿Con qué fue el golpe?

—Uf, complicado. Los de Trazas Instrumentales no han sacado demasiado en limpio. Desde luego, no la golpearon con nada agudo o con relieve. Fue algo duro pero plano o levemente curvado, la piel no está rasgada. Una piedra grande o algo así, pero los de Trazas no se mojan: la pudieron golpear o pudo golpearse al caer. En cualquier caso, cuando entró en el agua ya estaba muerta.

—¿Pudieron drogarla?

—Nada en su sangre, ni alcohol ni ninguna otra sustancia.

—¿Indicios de violencia, de forcejeo?

—No. No hay moratones, no hay arañazos, y debajo de sus uñas no han encontrado restos de piel o pelos. Aunque las tenía muy cortas, se las mordía.

El mutismo de ambos es cubierto por el corazón de Primo latiendo en sus oídos, ensordecedor y mareante.

—Joder, Pardo. —Reacciona por fin, bajando la voz—. Esto es una bomba.

—Te he avisado, Primito.

—Y aquí hay un montón de periodistas. El comisario tiene pensado dar una rueda de prensa. Te lo paso para que...

—Ni de coña. —Le corta—. No voy a hablar con él, se me puede escapar cualquier cosa. Ayer, después de estar toda la mañana empapado en ese pueblo de mierda, me obligó a hacer horas extra para redactar el informe. Y hoy me manda al Anatómico para que le dé el recado, como si fuera su secretaria. No sé qué está tramando, el cabrón. El primer comisario con una rata incorporada en la cabeza. ¿O es al revés: la primera rata con un comisario en los cojones? Siempre me lío.

Invéntate lo que sea, dile que se me ha acabado la batería. De hecho...

La comunicación se interrumpe.

Durante varios segundos, quince, veinte, Primo mantiene el teléfono en su oreja. La sensación de estar atrapado dentro del uniforme, del barro, dentro del espacio entre los periodistas y el agua, crece hasta convertirse en malestar, en tibia repugnancia ante la idea de hacer lo que no le queda más remedio que hacer. Su futuro inmediato está atrapado en la succión del lodo, en esta pomada marrón que luce al sol con un brillo de intestinos. Ya no es la chica desaparecida; ni la chica aparecida y muerta; sino la chica violada y quizá asesinada.

Se retira el teléfono y se lo guarda en el bolsillo. Al instante, Garray lo llama:

—Estaba la autopsia, ¿no es eso, Enríquez?

Gira sobre sus pies engrasados y vuelve junto al comisario y el guardia civil dando resbalones.

Va explicando los datos y contestando a las preguntas anonadadas de los dos con una rara serenidad, casi pereza, como si su conciencia discurriera paralela a este estado pero sin infectarse, lo cual le posibilita ir atendiendo fríamente a la crecida del estupor en las caras de ambos. Las densas cejas del teniente se disparan hacia los extremos de su frente, desarbolando la protección que le prestaban a sus ojos, en los que asoma un algo frágil, conmovido, que se resuelve en su boca en una mueca crispada de dolor. En Garray, el choque primero deriva enseguida en una suerte de enfado indiscriminado, que pliega su ceño y ahonda las arrugas en torno a sus comisuras, un odio infantil por la confabulación de las circunstancias en su contra, ajeno a la piedad hacia la chica.

En el momento en que no sabe responder a varias cuestiones, Primo sale de su aturdimiento. El silencio se ha condensado entre los tres como un elemento más dentro del triángulo. Levanta la vista hacia las montañas que nacen del valle. Su cubierta boscosa, en la lejanía, parece tener un tacto aterciopelado, de espesa y suave alfombra. Entonces, se le ocurre el movimiento lógico que correspondería ahora, y no se lo calla:

—Pero si no ha sido un accidente, si han participado en su muerte dos personas, deberíamos requerir la intervención de la Brigada de Homicidios, comisario.

Este lo mira como a un agente más de la confabulación y con indisimulado desprecio dice:

—¡Cierre la maldita boca, Enríquez! Tenemos otros problemas más apremiantes, con todas estas cámaras aquí.

Primo mira a los periodistas, que sin duda han tenido que percatarse de que algo ha sucedido. Mira al teniente de la Guardia Civil, plantado allí con un aire de desamparo. Mira el barro en que están metidos sin ninguna necesidad. Y súbitamente comprende la jugada que el comisario había planeado, el tanto que se había querido apuntar ante la prensa, de cuya presencia no solo estaba informado sino de la que seguramente era artífice, él los ha convocado, al igual que ha hecho venir al teniente

para que lo respaldara en su hipótesis del accidente y sobre todo para que lo respaldara físicamente, su uniforme verde dando credibilidad y peso a la imagen de la rueda de prensa, capturada por las cámaras, emitida en directo, con otro uniforme al lado, el de Primo, que el comisario insistió que llevara puesto, los tres metidos en el barro, como si poco menos hubieran hallado allí mismo alguna pista que él, Garray, ha sabido interpretar magistralmente y que cierra el caso de la pobre chica ahogada en el embalse. Pues bien, nada de ahogada: violada en dos ocasiones y luego quizá asesinada. El caso está abierto, recién abierto, acaba de comenzar.

Primo siente el reflujo de la humillación por haber sido manipulado y decide no callar, desmentir su docilidad aunque sea tarde. Insiste:

—Aquí va a ser muy difícil encontrar pruebas. Tiene que intervenir la Brigada de Homicidios, comisario. Y cuanto antes.

Garray, sin mover los pies, adelanta los hombros y le acerca la cara a escasos centímetros de la suya. Primo se fija en sus ojos, de un azul demasiado claro, y en cómo se oscurecen de pronto:

—Váyase. Váyase de aquí, Enríquez. ¡Fuera!

—¿Cómo? —balbucea él.

—Que se vuelva a Madrid, he dicho.

—¿Pero... y usted? ¿Cómo va a volver usted?

—Olvídese de mí y quítese de mi vista. ¡Fuera!

La cara de Garray permanece inmóvil, tan cerca, y ha de ser Primo quien se aleje, primero dando unos pasos hacia atrás y después caminando sobre el pesado terreno embarrado.

Como un sonámbulo, llega al camino y los periodistas le abren un hueco para que pase. No le hacen preguntas, quizá han adivinado que él ya no pinta nada allí. Gira la cabeza antes de que unos matorrales le tapen la perspectiva y ve cómo el comisario, cogiendo del codo al teniente Serena, se aproxima a las cámaras para hablar.

Mientras anda hacia el pueblo, donde ha aparcado el coche, la grava del camino se va incrustando en el barro y sus zapatos ganan peso poco a poco.

Dentro de un minuto, los niños que rondaban por la orilla lo adelantarán corriendo y llevarán hasta el pueblo la funesta noticia, que se difundirá en ondas concéntricas como una piedra arrojada al agua.

V

Martes, 29 de septiembre de 2009

Cogió el frasco de *after-shave* y se lo puso a la altura de los ojos, incrédulo, como haría con un objeto caído del cielo o salido de la chistera de un mago. Observó la etiqueta y miró al trasluz el líquido, de un color azul antártico. No lo destapó para olerlo, el efluvio que desprendía era suficiente para reconocerlo: una de esas fragancias pasadas de moda que se transmiten de padres a hijos, como el pelo rubio o una enfermedad genética. El día anterior no se había fijado en el frasco, pero probablemente ya se hallaba en el estante del baño. Sin embargo tenía la seguridad de que no estaba la semana pasada, cuando se instaló en la buhardilla, porque recordaba haber abierto el armario de espejo que había encima del lavabo y, al descubrirlo vacío, preguntarse si colocar en él sus objetos de aseo, gesto que indicaría una permanencia prolongada a la que le costaba resignarse.

Pero ahora ese *after-shave* estaba ahí, irrefutable. Con él todavía en la mano, torció la cabeza hacia la habitación y al ver su maleta se le precipitaron las deducciones como una fila de fichas de dominó. En efecto, alguien había ocupado la buhardilla el fin de semana y se había olvidado aquel frasco; por lo tanto Belén no había mentido respecto al hallazgo de su pistola; y aunque esto no probaba que no hubiera hurgado en su equipaje, sí le ayudaba a Primo en su voluntad de creer a la mujer. Puso otra vez la loción en el estante y cerró la portezuela del pequeño armario. En el espejo sorprendió su imagen oliéndose los dedos con aprensión. Se lavó las manos.

Su ordenador encendido se encontraba sobre el escritorio con gavetas. Movié el ratón para interrumpir el protector de pantalla y cerró los archivos con los que había estado repasando desde la tarde anterior la investigación fallida del caso. La instrucción había sido realizada por el inspector De Gregorio, aunque guiado paso a paso por el comisario Garray, siguiendo una línea que podía calificarse, con benevolencia, de errática. Su finalidad no parecía ser únicamente la resolución, sino un equilibrio entre esta y otro propósito desconocido, del que Primo empezaba a hacerse una idea gracias a la esclarecedora conversación telefónica que había tenido aquella mañana con Pardo. Pero sacudió la cabeza para postergar estas reflexiones y apagó el ordenador. Llegaba cinco minutos tarde a su cita en el ayuntamiento.

La lluvia del día anterior había acabado definitivamente con el calor. El sol fatigado de finales de septiembre ya no tenía brío para restablecer la temperatura anterior al aguacero. El otoño se había presentado en pocas horas, menos de una

semana después del dictamen del calendario. No obstante, pensó que no merecía la pena abrocharse el abrigo para un camino tan corto. Sin embargo, cuando penetró en la plaza y no vio a nadie en la puerta del ayuntamiento, calculó incongruentemente que sí podría fumarse un cigarrillo. Lanzó el primer humo hacia arriba, como si le agobiase alrededor. El cielo, en la mitad de la tarde, iba adquiriendo una tonalidad más honda, no tan brillante. Se detuvo bajo el balcón con banderas. Del interior del edificio emanaba una corriente cálida, no de la calefacción todavía, sino de la memoria del verano en los gruesos muros de piedra. Se puso a observar la fachada de la biblioteca, al otro lado de la plaza.

No llevaba ni tres caladas cuando alguien dijo a su espalda:

—Ya va, ya va. Las luces.

Se giró, pero solamente vio la puerta de *Atención al público* moviéndose, forzada por el compás del sistema hidráulico. El vidrio esmerilado de la parte superior se apagó y el zaguán cobró entonces un aspecto ligeramente desolador, como el del escaparate de una tienda tras el cierre. El panorama se animó con la aparición de la alguacil, que hacía sonar un manojito de llaves y hablaba en alto para sí misma:

—La alarma y la puerta.

Vino hacia la salida, sin mirar a Primo, pero se paró en el camino e hinchó pensativa los carrillos. Su nariz aguileña, entre las dos bolsas de aire, quedaba momentáneamente disminuida. Aunque era muy flaca y llevaba una ropa estrecha, no se apreciaba con nitidez el contorno de su cuerpo, pues sus huesos puntiagudos —caderas, clavículas, omoplatos— impedían que la tela se ciñera a la piel, sosteniendo alrededor una especie de carpa. Podía tener desde cuarenta años hasta cincuenta y cinco. El pelo lacio y sin lustre no aportaba ninguna información concluyente al respecto. Soltó el aire:

—Sí, lo he desenchufado —confirmó, y le dio un revoleo a las llaves.

En un panel numérico que había junto al tablón de anuncios pulsó una serie de dígitos y se escuchó un pitido. Primo retrocedió para dejar libre la salida. Se dijo que la ocasión de pronunciar un saludo había ya pasado.

La alguacil empujó una hoja de la pesada puerta y, mientras aseguraba los pasadores, le dedicó una mirada rápida.

—¿Fuma usted? No debería —comentó.

Le dio la espalda para juntar la otra hoja y concluyó el cierre del ayuntamiento echando la llave.

—Listo. ¿Nos vamos?

—Vamos —respondió Primo, contagiado del ritmo de la alguacil.

Pusieron rumbo a la parte alta del pueblo.

No tenía que haber encendido el cigarrillo, pero ahora no se atrevía a tirar la colilla en cualquier lugar por si le llamaba la atención la enérgica mujer, una de las fuerzas vivas del municipio, quien le provocaba una intimidación de colegial.

—Cómo ha refrescado —comentó cuando pasaban al lado de la fuente de los

cuatro caños.

—Claro. Esto es la sierra. Qué se cree. —Saltó ella, asombrada de su ingenuidad, regodeándose ante la prueba fehaciente de lo poco que vale la gente de ciudad.

En la entrada a la plaza de la iglesia vio una papelera. Apagó el pitillo contra el rascador y lo tiró. Alcanzó a la alguacil, que no lo había esperado, cuando esta subía los peldaños de granito de una casa que hacía esquina: un lateral daba al consultorio médico y el otro a la fachada de la iglesia.

—Así que ella vive aquí —dijo Primo, casi para sí, sorprendido de que justo en ese sitio se hubiera cruzado con la chica la semana pasada.

No recibió respuesta.

Al timbre, un tintineo agudo y otro grave, le siguió el ruido de las patas de una silla arrastrada contra el suelo. Después no se oyeron las pisadas de la persona que abrió. La madre de Sandra apareció en el hueco con expresión sobresaltada. Una de sus manos agarraba el canto de la puerta, como si se reservara la posibilidad de volver a cerrar.

—Buenas tardes, Mari Paz. ¿Cómo va todo? —saludó la alguacil, con una dulzura que no había empleado con Primo, ni de lejos.

—Tirandillo, Petri —contestó Mari Paz haciendo una mueca.

—¿Podemos pasar?

—Pues... claro.

Soltó la puerta y retrocedió. La mano, ya libre, buscó a la otra y se aferró a ella sobre el regazo. Tras la alguacil entró Primo al recibidor con la cabeza gacha, respetuoso y cohibido. En un movimiento calculado, Petri fue a empujar la puerta para quitarse de entre los dos y favorecer la presentación.

—Este es el señor Enríquez, Mari Paz —dijo. Y a Primo—: La madre de Sandra.

—Encantado —replicó él, y le alargó el brazo.

Pero la mujer se apresuró a decir:

—Petri, lo he estado pensando, y no sé si es una buena idea.

Y no le estrechó la mano, como si hacerlo le comprometiera a algo. El sobresalto persistía en sus ojos, levísimamente desorbitados. Primo devolvió el brazo a su costado.

—¿Por qué? —preguntó Petri, la dulzura matizada por un eco de contrariedad.

—Es que... Se va a alterar mucho, no le va a venir bien. Lleva unos días más tranquila, está recuperando un poquito de peso, y ha estado hablando con la psicóloga de seguir las clases del instituto, aunque sea desde casa al principio, y luego ya veremos. Le hace mucha ilusión, Petri. Ya sabes que es una niña a la que le ha gustado siempre estudiar.

—Sandra es una buenísima estudiante, Mari Paz.

—Claro. Y recordar otra vez todo aquello puede ponerla nerviosa, puede volver atrás. Y entonces la idea del instituto, que la tiene tan ilusionada, se fastidiaría. ¿No crees, Petri?

La pregunta final de la mujer no era retórica. La fragilidad de su mirada buscaba amparo en la figura dominante de la alguacil, quien parecía ejercer una autoridad notable. A Primo no dejó esto de admirarle, tratándose de una mujer de anatomía tan poco poderosa, y se preguntó si produciría ese mismo efecto en todas las personas. Con él, desde luego, había sucedido.

—Mira, Mari Paz. Estás adelantando acontecimientos, pienso yo —dijo Petri, poniendo en práctica su ascendiente—. Estás dando por sentado que a tu hija le va a venir mal recordar todo aquello, que va a retroceder en su mejora, pero no tiene por qué ser así. Claro que le va a resultar duro, pero puede ser positivo que ella sienta que está ayudando, que está siendo útil para resolver... todo aquello. Míralo por ese lado. Los chicos son más fuertes de lo que pensamos. Además, tu hija es inteligente, lo soportará.

—Hablar con aquellos policías al principio no le sentó nada bien. Eso te lo aseguro —argumentó la madre, y miró a Primo, quizá extendiendo hasta él su prejuicio.

La alguacil aprovechó esta discontinuidad en la atención de la madre para acercarse a ella con un gesto disimulado y pasarle un brazo por los hombros. Durante el siguiente minuto Primo presenció cómo Petri, sin brusquedad pero sin la más mínima interrupción, fue girando el tronco de la mujer y orientándolo hacia la boca del pasillo hasta lograr que comenzara a avanzar hacia el interior de la casa.

—Ya sabemos lo horribles que fueron aquellos días, Mari Paz. —Pronunciaba su nombre como un ensalmo, con la persuasión de un hipnotizador—. Pero ten en cuenta que entonces la cosa estaba muy reciente. Ahora ha pasado ya un tiempo, tu hija está mejor, tú misma lo has dicho. Y por otro lado debo decir que Primo, el señor Enríquez, es distinto a los otros policías.

Mientras seguía lentamente a las dos mujeres por el pasillo, Primo no pudo reprimir una sonrisa ante el talento embaucador de la alguacil, de quien un rato antes hubiera dicho que no estaba de su parte, incluso que sentía animadversión hacia él.

Aunque la vivienda tenía por fuera un aspecto rotundamente serrano, con la sólida fachada de piedra, la cubierta de teja rústica y las contraventanas metálicas para la nieve, por dentro no era muy distinta a un piso de la capital —paredes enyesadas, techos bajos y suelo de parqué—, o mejor dicho un dúplex, pues ahora sobrepasaban las escaleras de subida a una segunda planta. El silencio de su interior sí era diferente, en él no se percibía el ruido grave y sordo de una ciudad, sino la quietud cóncava del valle, cayendo desde arriba y envolviendo los muros y el tejado.

Llegaron a la cocina. Por la ventana entraba una luz amarilla que al tocar los muebles de madera barnizada se tornaba de un ámbar suave, como miel diluida. En un extremo de la encimera había un televisor pequeño apagado y, sobre una mesa central, una taza de porcelana con su plato. Por el borde salía el hilo blanco de una bolsita de infusión. Volvió a poner el oído en la conversación de las mujeres:

—Eso sí que no, Petri, de ninguna manera —decía la madre con una firmeza que

era traicionada por toda su fisonomía—. Yo tengo que estar con ella. Si no, se va a poner más nerviosa todavía. No diré nada, te lo prometo, pero tengo que...

—A ver, Mari Paz, escúchame —dijo la alguacil. La suya era la paciencia del que se sabe ganador de antemano—. Tú comprendes que tenemos que dejar a este hombre hacer su trabajo, ¿verdad?

—Ya pero...

—No va a pasar nada, créeme.

El brazo alrededor del hombro movió a la mujer hasta colocarla de espaldas a la puerta de la cocina, de espaldas a Primo. Entonces la otra mano de Petri sufrió como unos espasmos, tres sacudidas que Primo entendió que iban dirigidas a él: le apremiaban a que se fuera. Reaccionó cuando se produjeron una segunda vez. Con mímica, le preguntó a la alguacil si debía subir a la planta de arriba. Ella lo miró una décima de segundo y asintió milimétricamente. Sobre las punteras de sus pies, retrocedió hasta el pasillo mientras las mujeres continuaban hablando:

—Pero te quedas un rato y te tomas un poleo —dijo la madre.

—Venga, me tomo un poleo contigo, Mari Paz, cómo no —aceptó Petri, la única concesión que hizo.

Pero Primo estaba subiendo ya los primeros peldaños de la escalera.

La segunda planta era tan anodina como la primera, aunque la pintura color salmón de las paredes le insuflaba algo de calidez. En el pecho le rondaba un inconcreto escrúpulo, un reparo ante su papel de intruso. No sabía si la chica estaba avisada de su visita, y su temor a asustarla le hacía desear que el parqué crujiera para anticipar su presencia. Pero confió en el criterio de la alguacil, que había creído adecuado que subiera solo.

La primera estancia a la que se asomó era una sala de estar, en la que había una mesa camilla cubierta por faldones y un mueble mural con una veintena de libros y varias figuritas decorativas. Continuó. En la pared había una foto ampliada de Sandra vestida de primera comunión; sus manos enguantadas sostenían un librito con tapas de nácar. Más adelante había dos puertas enfrentadas, ambas abiertas, pues vertían al pasillo su contenido de luz. ¿A cuál se asomaría primero?

Se asomó a la de la izquierda y se equivocó. A su espalda, una voz sosegada, sin alarma, dijo: «Hola». A duras penas dominó el impulso de dar un respingo. Cuando se volvió, los ojos enormes, inmóviles, narcotizados de Sandra lo miraban. «Hola», dijo él, y absurdamente agitó la mano.

Estuvieron así varios segundos: él parado en el pasillo, preguntándose qué hacer ahora, y ella dentro de la habitación, sentada en una silla de oficina junto a un escritorio, los brazos lacios sobre el regazo. Si estaba aterrada, estupefacta o al menos inquieta por la aparición de un desconocido, no se le notaba.

—¿Eres el policía? —dijo ella al fin.

—Sí —contestó Primo.

—Ah —murmuró, y se quedó otra vez callada.

Así que no tenía que explicarle nada, estaba al tanto de la finalidad de su visita y, era de suponer, conforme.

—¿Quieres que hablemos aquí, en tu habitación? —preguntó él.

—¿No es un buen sitio? —preguntó Sandra a su vez, de pronto nerviosa.

—Sí, sí, es perfecto —la tranquilizó—. Donde estés más cómoda.

—Ah.

Consideró que estas palabras eran una invitación y franqueó el umbral. Como si hubiera atravesado una membrana invisible, le asaltó a la nariz un turbión de olores incisivos, que le humedecieron al instante los lagrimales: una mezcla de colonias infantiles y perfume de mujer, golosinas y lápiz recién afilado, leche corporal, chicle de clorofila y suavizante. Parpadeó y se aplastó la nariz con un nudillo.

—¿Le traigo una silla? —preguntó Sandra, de nuevo angustiada por todo lo que se saliese de lo que ella parecía haber previsto.

—No, no te preocupes, me arreglo aquí —dijo Primo. Y después de quitarse el abrigo se sentó sobre la cama.

La cama, cubierta por un edredón rosa desgastado por los lavados, formaba una ele con el escritorio, de modo que Primo tenía a la chica a su derecha. En la pared de enfrente estaba la ventana, que se abría a una región del cielo distinta a poniente, de modo que el atardecer tendría allí una repercusión indirecta, colores reflejados, sin énfasis.

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Primo.

—Ah. —Respiró con un perceptible alivio.

Primo pensó que ella buscaba elementos para confiar en él, y se dijo que debía esperar aún un poco más, lo que hiciera falta, hasta que ella estuviera lista.

—Vaya nombre, Primo. Había un escritor que se llamaba así, que estuvo en un campo de concentración. Lo dimos en clase.

—¿Sí? No lo conozco.

Le agradaba que le tratara de usted, los chicos de su edad ya no solían hacerlo, y rechazó mentalmente proponerle el tuteo. Sandra era inteligente y esa falsa cercanía produciría el efecto contrario.

—¿Ha venido de Madrid?

—No. Hoy no, quiero decir. Llevo unos días en el pueblo.

Aprovechó este intercambio para observarla. No estaba extraordinariamente delgada, escuálida, pero si se la comparaba con las fotografías de los días de la búsqueda, que Primo tenía en su ordenador, no podía dejar de conmoverse por cuánto peso había perdido. Los vaqueros que vestía debían de ser nuevos y se ajustaban a su silueta, pero la chaqueta que cubría su busto daba la impresión de haberse deshinchado, formando pliegues que se escurrían hacia abajo como una lava estática. Su cabellera pelirroja rizada, que a Primo le pareció hermosa, encuadraba con una llamarada su pálido rostro, en el que reverberaba una lentitud, la pátina fijadora de la

química, los ansiolíticos. Vio cómo una de sus manos levantaba el vuelo desde su regazo y se cerraba en el aire.

—Anda, ya me acuerdo. —Lanzó ella una exclamación débil—. Claro. Le vi hace unos días, me acuerdo de su cara.

—Sí, nos cruzamos aquí, frente al consultorio médico.

—Sí, sí, me acuerdo. Tengo buena memoria.

Su boca consiguió vencer la pesantez que la anestesiaba y milagrosamente sonrió. Era el momento:

—Antes de nada, Sandra, quiero decirte que esta conversación no tiene por qué ser hoy. Puede ser mañana o pasado. No hay ninguna prisa, no nos estamos jugando nada. Di lo que te apetezca, aquello que recuerdes, y si no te acuerdas hoy de algo y te acuerdas mañana, pues mañana me lo dices. No te importe contradecirte o decir cosas que parezcan estúpidas. Voy a ser paciente contigo. —Marcó una pausa—. Pero también quiero que lo seas conmigo, porque seguro que te voy a preguntar por cuestiones que ya te preguntaron antes, varias veces. ¿De acuerdo?

Esta apelación a su responsabilidad hizo efecto en la buena chica que era Sandra, la tomó como si fuera un reto del profesor de su asignatura favorita. Se retrepó en el asiento y juntó las rodillas, formal y expectante:

—De acuerdo.

—Y si necesitas que paremos, tomarte un tiempo, no hay ningún problema. Paramos un rato o incluso lo dejamos para otro día. A mí no me va a importar. ¿Eh?

Ahora ella emitió un ruido afirmativo por la nariz.

—Bien. —Primo se deslizó hacia delante sobre el edredón y otro remolino de olores le saturó el olfato. Cerró unos segundos los ojos para sobreponerse y luego comenzó—: Lo primero es una duda que tengo, quizá insignificante, un poco tonta. La noche aquella en que llovió tantísimo, ¿cuándo rompió a llover exactamente?

—Ah. No lo sé —dijo ella, la lenta zozobra retornando a su rostro—. Yo no llevo nunca reloj, miro el móvil. Pero aquella noche no...

—No te estoy pidiendo la hora exacta, perdóname —cortó Primo su reacción, procurando apaciguarla pero sin hacer que se sintiera torpe—. Me refiero a si os llovió a Lucía y a ti cuando estabais juntas o si la lluvia arrancó después de separaros, estando tú en tu casa.

—Ah, vale —suspiró—. Pues... Creo que empezó a llover cuando estaba ya en mi casa.

—¿Mucho tiempo después de llegar?

—No, mucho no, porque me fui enseguida a acostar y ya llovía.

—Entonces estaba nublado cuando os separasteis. Aunque a lo mejor no te fijaste, siendo de noche.

—Sí, sí estaba nublado. En realidad creo que estuvo nublado desde antes de cenar. Lo recuerdo porque Luci llevaba todo el día empeñada en ver las estrellas fugaces y yo le decía...

—A eso iba, a las estrellas fugaces —apuntó Primo.

Sandra entonces se detuvo, como quien apoya la mano en una simple piedra que a continuación se mueve y resulta ser el caparazón de un animal.

—Pero sigue, por favor. ¿Qué le decías sobre las estrellas fugaces?

—Pues... eso, que estaba nublado y no se podrían ver.

—¿Y ella insistía en verlas cuando os separasteis?

Sandra bajó la cabeza y los rizos naranjas se descolgaron por su frente como un telón. Primo apretó:

—¿Crees que después de separaros ella pudo ir a verlas por su cuenta?

Los rizos temblaron, pero no fue un gesto inequívoco de negación. Él continuó:

—No sé, pudo acercarse ella sola al embalse y...

Los ojos de la chica, de un castaño vetado de negro, emergieron entre el pelo y difundieron por su cara una crispación dolorosa, aunque asordada por los sedantes, al igual que todas sus emociones. Fue liberando las palabras con delicadeza, como si fueran pompas de jabón, temiendo que se rompieran:

—Es que Luci no quería ver las estrellas.

—¿A no? Pero me has dicho...

—No. Luci lo que quería es que le llevase a verlas el Miguel. —Se corrigió—: Miguel.

—Su novio.

—Claro. Y por eso daba igual que estuviera nublado. Yo lo sabía, pero insistía en que no se verían las estrellas, solo para hacerla de rabiar.

—Entiendo, entiendo. Entonces no crees que fuera sola.

—¿Cómo iba a ir sola? Le daría miedo, igual que a mí. Esa zona está oscurísima. Yo no iría ni acompañada. Ni loca.

Las manos de Sandra habían abandonado la protección de su regazo. Una descansaba sobre la rodilla y la otra no paraba de moverse: apartaba el pelo de la nariz, jugaba con la cremallera de la chaqueta, se agarraba a la silla. Actuaba como válvula de escape del nerviosismo. Primo aguardó a que esa presión interna decreciera —la mano se posó en el muslo y los dedos dejaron de tamborilear— y formuló la siguiente pregunta:

—¿Miguel y ella estaban enfadados?

—Un poco.

—¿Estaban... peleados? —Probó a sugerir una connotación de agresividad.

—¿Peleados? No, no, ellos...

—¿Qué?

—Que el Miguel no fue, él no sería capaz de... —Las dos manos estaban ahora en el aire, suspendidas, aleteando.

—Yo no he dicho que... —Intentó Primo explicar, sintiéndose ligeramente hipócrita.

—No, no, no —repitió Sandra, ofuscada—. Además no sé por qué dice eso. Ya se

sabe que el Míguel no fue. Le acusaron al principio pero no fue. Y tampoco ese chico de la piscina, Samuel. Tampoco fue él. Está comprobado, ¿no? Ustedes... Ustedes...

—Tienes razón, Sandra. Sabemos que ellos no fueron, a pesar de que aparecieron tanto en la prensa al principio, en la televisión. Fue un error. Los dos tenían coartada, estaban en otro lado, con testigos. Tienes razón.

No quiso aclarar lo que realmente había dicho, no quiso que se cerrara ese camino. No obstante, la chica, demostrando que había hecho una rápida recapitulación, dijo:

—Perdone.

—No te preocupes.

Contra la almohada, sentado también en la cama, había un gigantesco perro de peluche. La felpa con que estaba confeccionado había perdido la viveza de los colores, ya fuera por el tiempo que el muñeco había pasado con Sandra o por el tiempo que había estado al sol hasta que alguien lo ganó para ella en una tómbola. Se preguntó cómo podían convivir este elemento de una inocencia paradigmática —aún se abrazaría a él por las noches, quizá ahora más que nunca— y la abrupta madurez necesaria para afrontar la muerte violenta de una amiga íntima; se preguntó en qué punto intermedio de ese salto andaría extraviada Sandra; cómo ayudarla a alcanzar el otro lado. Tuvo ganas de fumar, de escamotear esta desolación tras el ritual del tabaco. Miró por la ventana.

—¿Lucía y tú os veíais en Madrid? —preguntó al cabo de un par de minutos.

—No, nunca nos vimos en Madrid. Aunque hacía años que lo hablábamos: coger yo el autobús hasta allí y pasar el día en el parque de atracciones. Pero no lo hice. Nunca.

—Os veíais solo aquí, en verano.

—En verano y en Semana Santa. Y algunos puentes.

—¿Y hablabais por teléfono cuando ella no estaba en el pueblo?

—Claro.

—¿Con frecuencia?

—Pues... depende. Cuando se acababa el verano y ella se iba, nos llamábamos más. Hablábamos de lo que había pasado en el verano. Pero luego, como a cada una le pasaban cosas nuevas, en el colegio, en otros sitios, cosas que no compartíamos, pues...

—Comprendo.

—Pero después llegaba otra vez el verano y...

—Claro. ¿Y ella te hablaba de sus amigos de Madrid?

—Sí.

—¿Te habló por ejemplo de algún... novio que tuviera? Antes de Miguel, por supuesto.

—No, no. Miguel era su primer novio.

—O alguien a quien conociera.

—No.

—Por internet tal vez.

—No. O al menos no me lo contó.

—¿Entonces pudo conocer a alguien y no contártelo?

—En realidad... no. Me lo contaba todo.

—Ya.

Ahora era Primo el que se rascaba un brazo, se tiraba del lóbulo de la oreja, aplastaba con el dedo un hilo suelto del edredón. Intentaba que ella no detectara su desorientación, la falta de una dirección clara, una hipótesis hacia la que guiar el diálogo.

—Y esos días de finales de agosto, ¿hablasteis con alguien nuevo, que no conocierais?

—No.

—O durante todo el verano.

—Tam...

—Espera. Piénsalo, Sandra. No hay prisa. Alguien a quien encontrarais por la calle y que os dirigiera unas cuantas palabras. O que se os acercó simplemente. No sé. Alguien con una actitud rara.

—Es que... —Sandra oscilaba sobre la silla giratoria—. Es que me gustaría decirle que sí, pero... no. Y tengo buena memoria, pero siempre he tenido cuidado con los desconocidos...

—¿Y ella? ¿Y Lucía?

—¿Ella?

—Sí, ella. ¿Cómo era con los desconocidos?

—Era... normal, no sé. De ninguna manera. ¿Lo dice por Samuel, porque Lucía habló con él en la piscina?

—No sé... —titubeó Primo, acorralado por la pregunta de la chica—. No, porque Samuel era del pueblo, ¿no?

—Sí. Y también sus amigos que estaban en la piscina.

—Bah. —Se le escapó a Primo. Y se puso en pie y caminó hasta la ventana.

Las tejas inclinadas de las casas capturaban la luz del atardecer y luego la liberaban en una infinita gradación terrosa, como piezas incandescentes de barro cociéndose en un horno. Justo por encima de los tejados, pero medio kilómetro más atrás, el embalse aparecía cubierto de una película rosácea, un arco iris oleaginoso que cambiaba por el flojo viento rizando el agua. Y aún más allá estaba la montaña tapizada por el verde de los árboles. Estas tres franjas, que sus ojos enfocaban sucesivamente, le causaron a Primo un repentino tedio: esas tejas siempre ordenadas, esa agua muerta, esos bosques inaccesibles, creciendo para nadie, para nada. Y él en mitad de todo esto, perdiendo el tiempo.

Vino a rescatarlo de este raptó depresivo la voz de Sandra, que le llegó por la espalda y se coló en su oído:

—Pero Luci estaba rara ese día, desde por la tarde en la piscina, o antes, desde el día anterior más o menos, desde que no veía al Miguel, y no es que estuvieran enfadados, o peleados como dice usted, no, solo es que no se hablaban, ella esperaba que la llamase o le enviase un mensaje, pero no lo hacía, así que estaba rara, como haciendo tonterías, no sé, en la piscina por ejemplo, hablando con ese chico mayor, con Samuel, no entiendo por qué se puso a hablar con él, le conocíamos de vista, de verle por el pueblo, pero era mayor, además con ese pelo y ese tatuaje, ella decía que era guapo, guapo no, mono, la muy tonta, por la noche incluso propuso que entráramos al bar en el que estaba él, pero yo le dije que ni hablar y ella dijo que era una broma, pero yo sé que no lo era, que habríamos entrado si yo hubiera dicho que sí, y luego qué, qué hubiera hecho ella, porque Samuel ni la hubiera mirado si estaba con sus amigos, era mayor, pues así estaba Luci, rara, como loca, la muy estúpida.

Sin girarse, sin intimidarla con su atención directa, Primo preguntó:

—¿Por qué crees que estaba así?

—Por el Miguel, que estaba tonteando con las chicas mayores, en realidad no muy mayores, las chicas que tenían un año o dos más que él, yo lo sabía porque una noche que volvía a mi casa, después de despedirme de Luci, vi al Miguel debajo del arco de la iglesia con una de esas chicas, muy juntos, no sé, igual no se besaban pero a lo mejor ya se habían besado, pero no se lo dije a Luci para no disgustarla, estaba loca por el Miguel, y el día ese de la tormenta, por la tarde en la piscina, vi al Miguel y a sus dos amigos por fuera de la valla, hablando con esas chicas, y se me escapó, o bueno, dije que había visto a Rafita, que va siempre con el Miguel, y luego lo intenté negar, pero Luci no me creyó, y por la noche los vimos a los tres, al Miguel y a Rafita y a Pancho con esas chicas mayores, y Luci se puso a llorar.

—El Miguel le fue infiel —concluyó Primo, contagiado por la pronunciación adolescente. Se dio cuenta de que a él también le favorecía estar de espaldas.

—Luci era... —musitó Sandra. La vergüenza hacía vibrar su garganta—: Ella todavía no... Ella no lo había hecho. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí —afirmó solamente. Pero pensó: *Sí, Sandra, lo sé, he leído el informe de la autopsia, los minuciosos datos, he visto fotografías, la carne azul abrasada por el fognazo del flash*—. ¿Por qué lo dices?

Sandra no respondió. Su acento pasó a sonar como en otra clave musical, tocando otras escalas:

—Tiene que ser difícil ser guapa, la gente piensa que lo difícil es ser fea, yo lo pensaba, se meten contigo, te insultan, se pasa mal, sí, pero al final te dejan tranquila, pero si eres guapa no te dejan nunca en paz, los chicos o tú misma, siempre pensando, con esa presión encima, no sé, si eres fea no puedes hacer nada, pero si eres guapa tienes que decidir qué hacer, y eso es un lío, creo yo, Lucía era guapa, superguapa, y el Miguel quería hacerlo antes de que se acabara el verano, pero ella no sabía, no sabía qué decidir, y pasaron los días, el verano se acababa, y el Miguel se fue con esas chicas mayores, porque ellas sí lo... bueno, por algo tienen dos o tres años más

que nosotras, más que yo, ahora...

—¿Por eso estaba Luci rara?

—Sí, por eso, porque se equivocó, bueno, yo no creo que se equivocara, creo que hizo bien, el Míguel era un imbécil, pero ella pensó que se había equivocado, por eso se volvió un poco loca, hablando con el Samuel ese, no sé.

El golpe de unos nudillos en la puerta obligó a Primo a volverse.

—Perdón —dijo la madre de Sandra, parada bajo el dintel.

Si no hubiera visto antes esos ojos levemente desorbitados, como impresionados sin pausa, habría podido deducir que la mujer se sorprendía de la imagen que se encontraba en la habitación de su hija.

—¿Todo bien? —preguntó ella, encogiéndose tímidamente de hombros.

Con un ademán pausado, Primo asintió.

—¿Y tú, cariño?

—Bien, mamá.

—¿Seguro?

—Que sí —contestó Sandra.

Pero la madre fue hacia ella y le puso una mano en la frente, como si le midiera la fiebre.

—¡Ay, mamá! —protestó la chica, retirando para atrás la cabeza. Bruscamente caía desde el estatus de adulta al de niña de nuevo.

La comprobación, acaso el simple tacto, dejó satisfecha a la madre. Sin preguntar, encendió un flexo que había sobre el escritorio y regresó a la puerta.

—¿Le traigo algo? ¿Una infusión? —le ofreció a Primo.

—No, muchas gracias. Ya casi hemos acabado.

—Vale. Petri se ha ido hace un rato. Me ha dicho que le diga que si quiere algo, ya sabe cómo encontrarla.

—De acuerdo.

Salió de la habitación. No se oyeron sus pasos por el pasillo ni por las escaleras.

Después de unos segundos de silencio se restableció el ambiente confidencial y calmo, pese a la luz tenue que evidenciaba la oscuridad previa, pese a estar los dos ahora cara a cara, viéndose, él de pie, presintiendo en la nuca el atardecer, y ella sentada, mirándolo con sus ojos enormes, las manos aprisionadas bajo las piernas.

—¿Tú qué crees que pasó aquella noche, Sandra? —dijo Primo.

—No sé lo que pasó. En realidad no lo entiendo. Sé lo que pasó pero no soy capaz de juntar eso con Luci, como si no le hubiera pasado a ella. No sé si me explico.

—Creo que sí.

—O sea, que solo puedo imaginarlo si pienso en... no sé, en alguien extraño, como de película de miedo. Alguien que vino y que le hizo eso a Luci, como me lo podía haber hecho a mí o a cualquiera. Como un accidente o un rayo que cae.

—¿Un rayo?

—Sí, bueno, no sé —masculló Sandra, dudando de si le habría parecido ridículo.

—No, está bien. Entiendo lo que quieres decir.

—Ah.

Las pupilas narcotizadas de Sandra, a la vez atentísimas y ausentes, le resultaban casi insufribles cuando ninguno de los dos hablaba.

—Bueno. No se me ocurre nada más que preguntarte.

—Vale.

—Quiero agradecerte este tiempo que me has dedicado. Has sido muy fuerte, Sandra.

—No crea —dijo ella, con una insólita tristeza que emanaba de su rostro—. Lo que pasa es que no puedo llorar, por las pastillas que me dan. Aunque he tenido ganas todo el rato. Pero no me sale, me duele mucho aquí pero no lloro, así que tengo que pensar en otra cosa.

La mano con la que se había tocado la garganta agarró luego la punta de un rizo y estiró.

—Sí me gustaría pedirte una cosa. Y es que no hablastes con nadie de mí, que no dijese que soy policía. Estoy en el pueblo de incógnito, digamos, porque así puedo trabajar mejor.

—Anda, como los detectives de las películas —exclamó, divertida.

—Más o menos.

—Guay, cuente conmigo. ¿Y la pipa?

—¿Qué pipa?

—No sé, la de los detectives. Usted fumaría con ella y deduciría un montón de cosas.

—Ya —rio Primo.

La chica le acababa de tomar el pelo.

—Ya sabes que si recuerdas algo, lo que sea, no dejes de decírmelo. Ahora le daré a tu madre mi número de teléfono.

—Vale.

Cogió su abrigo de la cama. No supo cómo debía despedirse, no supo si acercarse a ella y darle dos besos, o tocarle el hombro, o...

Como había hecho al encontrarse con ella, absurdamente, agitó la mano.

—Adiós.

Cuando caminaba por el pasillo, respiró hondo varias veces y percibió la conmovedora mezcla de olores que había notado al entrar en la habitación. Pensó que se le había quedado impregnada en la ropa, que se iba con él.

Se metió en la boca el último pedazo de la tosta que le habían servido gratis con la consumición y bebió un sorbo largo de su cerveza negra. Calculó que si tomaba una cerveza más, acompañada por otra de aquellas generosas tapas, ya podría darse por

cenado, no tendría que buscar en el pueblo un sitio donde hacerlo. Afiló la punta del cigarrillo contra el borde del cenicero y se lo llevó a los labios.

La penumbra color madera de La Bodeguilla era agradable. Mientras devolvía el humo en círculo, giró sobre el taburete en el que estaba sentado junto a la barra. Al lado de la ventana tintada que daba a la plaza, dos veinteañeros jugaban a los dardos entre bromas y amagos de trampas. Al otro extremo de la barra, de pie, una pareja de mujeres charlaba ante sendas copas de vino. Alrededor de una de las mesas del centro estaban sentadas tres chicas jóvenes, dudosamente mayores de edad, que compartían confidencias y risas escandalizadas ante unos té fríos. Todo ello era observado, con orgullo de capitán de barco, por el camarero, que permanecía con los brazos cruzados detrás de la barra.

Por un momento, Primo se imaginó una vida tranquila en un pueblo así: la sabia resignación de ser feliz con las pequeñas cosas, acomodarse a las opciones que están al alcance y no empeñarse en la insatisfacción, disfrutar con el liviano transcurrir del tiempo, en aquel bar sin ir más lejos, tomarse una cerveza todas las tardes después del trabajo, charlar con los amigos, envejecer... Era consciente de que el alcohol lo volvía demasiado optimista y le ocultaba los inconvenientes de las sociedades pequeñas y cerradas. Porque también podía imaginarse sin dificultad la asfixia de aquellas tres chicas del té frío, por ejemplo, que no tendrían muchos años más que... Pensó de nuevo en Sandra, en la conversación de hacía un rato en su casa.

«Como un rayo que cae», había dicho. Para ella, lo que le había ocurrido a su amiga Lucía había sido como un rayo, algo absolutamente externo, arbitrario y fulminante, que le podía haber ocurrido a cualquiera. Pero Primo tuvo que pensar, con culpable desagrado, que hay circunstancias que favorecen que a uno le caiga un rayo, circunstancias que en cierto modo lo atraen con una conductividad propicia. Y apuró este pensamiento —que lo hacía sentirse envilecido, que lo manchaba— asociándolo con el único dato nuevo que había obtenido de la conversación: la inestabilidad de Lucía aquella noche, causada por el desengaño con su novio. Esa pulsión histérica, descontrolada, bien pudo elevar la conductividad, atraer al rayo. Dio otro trago a la cerveza y torció la boca por el amargor.

Pero no había sido un rayo. Habían sido dos hombres. Y los hombres dejan marcas, rastros, siempre. ¿Los había borrado todos la lluvia y la crecida del embalse? ¿O habían quedado confundidos entre las huellas de las personas que formaron parte de la búsqueda? No se resignaba a creerlo, no se lo permitía. Alguien tuvo que verlos, cruzarse con ellos. Pero nadie lo recordaba. Y esta era otra consecuencia de la torrencial lluvia, acaso la peor: en un primer momento la lluvia hizo creer que Lucía se había ahogado, era lo más lógico. Fue una tapadera natural. Nadie intentó recordar si había visto a personas extrañas. ¿Para qué, si la chica se había ahogado? Cuando la autopsia desveló, después de dos días de obsesión general, lo que había sucedido de verdad, ¿cómo regresar al estado inicial y, desde él, tratar de recordar? Imposible. Así que la lluvia había borrado huellas no solo en el terreno, también en las cabezas de la

gente.

Primo no contaba nada más que con esto: un rayo que cae, la ligera histeria de la víctima y dos hombres a los que nadie vio, que únicamente la autopsia situaba aquella noche en el pueblo, o ni siquiera: en el cuerpo de Lucía. ¿Qué podía hacer él con estos elementos? ¿Qué esperaban que hiciera? Volvió a girarse hacia la barra, hacia la hilera de botellas de licor. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y desenfocó los ojos sobre los círculos húmedos que su vaso había ido engarzando sobre la superficie de madera.

Desde luego, el comisario no esperaba que hiciera nada. La llamada telefónica de Pardo esa mañana eliminaba todas sus dudas, a la vez que esclarecía el desconcertante proceder de Garray desde el principio del caso. Con su habitual crudeza, su compañero le había dicho: «El cabrón, el cabeza-marmota, ha estado actuando todo el tiempo de cara a la galería, pero no para salir en los periódicos y en esos programas de mierda de la televisión, sino para hacerse propaganda, un medio de promoción que iba dirigido a algún mandamás de Interior, del ministerio, como lo oyes, Primito, me enteré ayer, será hijoputa, érase una vez un comisario a una marmota pegado, pues resulta que Garray lleva un tiempo pendiente de un ascenso, o no exactamente un ascenso sino un nombramiento en Interior, no me preguntes en qué cargo porque no tengo ni idea, no sé si es un cargo técnico o político o si es una plaza de cura castrense, pero al parecer no es el único que opta al puesto, así que lleva semanas moviendo el culo como una *vedette* para que se le vea bien y se pongan cachondos los del ministerio, ahora entenderás el espectáculo que montó con la autopsia de la chica, quiso que se enterara todo el mundo y parte del extranjero de que él en persona dejaba zanjado el caso de la chica del embalse, un golpe de efecto que esperaba que lo llevase levitando hasta ese cargo como un dios hindú, pues mira por dónde se pegó un hostiazo del copón, le salió el tiro por la culata, jaja, aún me acuerdo de la carita de susto con la que salió por la televisión al lado de aquel teniente de la Guardia Civil, parecía que acababa de ver a Jesucristo encestando un triple desde medio campo, antológico, y ahora no sé cómo estará el asunto, el tipo que me ha contado todo esto, que está en la Comisaría General de Información, solo sabe lo que te he contado, referido a unas semanas atrás, pero me da en la nariz que el puesto está todavía libre y Garray opta a él, ¿por qué te ha mandado a ti allí, si no?, yo creo que aún le veremos hacer malabarismos y piruetas delante de las cámaras, como un mono de feria, al tiempo, hazme caso».

A la luz de esta explicación, cobraba sentido el comportamiento del comisario durante la mañana del uno de septiembre, cuando se hizo acompañar por Primo hasta el pueblo y planificó esa especie de coreografía de agentes uniformados —Policía y Guardia Civil— para que sirviera de fondo a su triunfal estocada maestra. Aunque la realidad, esa aguafiestas, terminó desbaratándolo.

Pero incluso después del cambio en la naturaleza del caso —de ahogamiento a doble violación y homicidio—, Garray continuó dirigiendo la investigación de

manera más que cuestionable, quizá con el ánimo de enterrar su estrepitoso fiasco bajo una fenomenal cantidad de ruido. Primo había pensado en más de una ocasión que les dio a la prensa y al público exactamente lo que querían: dos sucesivos sospechosos, primero Miguel y luego Samuel, que satisfacían sus instintos de espectáculo y revancha. Hubiera sido suficiente con comprobar las coartadas de los dos pobres chicos, sólidas e impecables, y acabar con esa vía, pero en cambio no se le ahorró a ninguno varias entradas a la comisaría con las manos esposadas, bajo los insultos de la gente que se agolpaba a las puertas y los objetivos de decenas de cámaras, que difundieron sus imágenes durante días, hasta que dejaron de hacerlo sin dar explicaciones o mencionando brevemente, con inmensa desproporción, que ambos chicos eran por completo inocentes.

En lo que no coincidía con Pardo era en la idea de que el comisario lo había enviado al pueblo para preparar otro golpe de efecto. Tal vez su compañero ignoraba que no le había dado instrucciones concretas, que no hablaban por teléfono, que no contaba con él, en definitiva. A lo mejor Primo sí formaba parte del plan de Garray para su nombramiento, pero no porque lo fuera a utilizar en alguna futura maniobra más o menos espectacular, sino todo lo contrario. Se inclinaba a creer que su destierro en el pueblo suponía un compromiso entre aparentar que seguían volcados en el caso —un subinspector trabajando de incógnito sobre el terreno— y, por otro lado, dejar que pasase el tiempo sin más fiascos, a sabiendas de que los periodistas permanecerían callados si no surgían novedades. La prueba de que Garray quería adormecer el asunto era que en ningún momento había requerido la intervención de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, consejo que Primo le dio aquella mañana del uno de septiembre y que le valió que lo mandara de vuelta a Madrid. Acaso también por eso lo había elegido a él para ser enviado al pueblo, ya fuera como venganza por su osadía o como medio para mantenerlo alejado, poco importaba.

Devolvió a la barra el vaso vacío, por cuyas paredes se deslizaba un ribete de espuma tostada, y miró su reloj de muñeca: las once de la noche, hora perfecta. Otra cerveza y otra tosta de queso brie con pasas, se dijo, y regresaría a su habitación para acostarse. Dispuesto a llamar al camarero, alzó la cabeza blandamente, como si sus vértebras estuvieran unidas por gelatina. Barrió con sus ojos encandilados la fila de botellas de colores, la caja registradora, la pirámide de vasos de tubo, y su atención quedó prendida de una boca violácea, teñida por el vino tinto. Sus reflejos lentificados por la cerveza no actuaron a tiempo y aún observaba esa boca cuando esta silabeó despacio: *Hola*. ¿Era para él ese mensaje? Abrió el campo de visión y enclavó esos labios amoratados dentro de un rostro de mujer, una de las que hablaba antes al otro extremo de la barra, de piel soleada y pelo negro liso. ¿Lo miraba a él? Tenía que ser así, porque la mujer, ahora sola, cogió su copa de vino y se encaminó hacia Primo.

Aparte de Belén, de la alguacil Petri y de la madre de Sandra, no conocía a ninguna otra mujer en el pueblo. ¿De quién podía tratarse? Pero el caso es que sus

rasgos le despertaron un eco de familiaridad, aunque tal vez se debiera al efecto que suelen provocar las formas hermosas, que al ser contempladas por primera vez ya nos resultan conocidas. La conclusión de que la mujer era guapa terminó por aturdir a Primo. Y ella ya estaba a su lado.

—Hola. —Volvieron a silabear sus labios tintados.

—Hola —replicó él, y recordó de súbito que esos mismos labios ya se habían movido para él. ¿Pero dónde?

—¿Encontraste en internet lo que querías? Debía de ser algo muy bueno o muy malo, porque te marchaste a toda prisa, sin decir nada.

Estas palabras agudizaron su desconcierto. Tenía que estarle confundiendo con otra persona. Aun así, el progreso atropellado de su memoria iba respaldando la impresión de que se conocían.

—Perdona. Creí que... —dijo ella—. Nos vimos la semana pasada, ahí enfrente, en...

—¡En la biblioteca! —exclamó Primo.

—Exacto. Buena memoria. —Acotó ella con una pizca de sorna, cobrándose el apuro en el que la había puesto.

—Perdona.

—Es igual.

—No. También por lo del otro día. Es cierto que me largué sin decir nada, sin dar las gracias siquiera. Lo había olvidado. Pero es que estaba un poco alterado.

—Eso me pareció —comentó ella, llevándose el borde de la copa a los labios, que elevaron su tono hasta el púrpura.

Primo se concienció de que debía atajar el diálogo, mostrarse frío, descortés incluso, no permitir la más mínima aproximación que hiciese peligrar el secretismo de su labor en el pueblo.

—Me llamo Primo —dijo sin embargo, y le echó la culpa a las dos pintas de cerveza que gobernaban sus actos.

—Yolanda —dijo ella.

Y se quedó quieta, templada, desviando hacia Primo la inercia que exigía, tras el intercambio de nombres, el de besos en la mejilla.

Lo hizo, bajándose del taburete. Comprobó que su equilibrio era mucho más sólido de lo que hubiera deseado para confesarse en manos del alcohol, enajenado, irresponsable de sus decisiones. Yolanda, al rozar su cara, murmuró junto a su oído: «Encantada».

Pero ya estaba, la cercanía física había concluido. Él se hallaba de nuevo sobre el taburete y ella a más de un metro de distancia y sobre el suelo, un nivel distinto, irreconciliable. Ahora contestaría a sus preguntas secamente y el peligro habría pasado.

—No eres del pueblo, ¿verdad?

—No.

—Pero llevas unos días.

—Sí.

—¿Es la primera vez?

—Sí.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces todavía no te ha aburrido. Apuesto a que te parecerá un lugar agradable, un pueblecito idílico entre montañas. ¿Me equivoco?

—Pues... —Sonrió, entre atónito y desarmado—. Lo cierto es que he pensado hace un rato algo así. Este bar, por ejemplo. Tiene un ambiente... agradable, como dices.

—¿Verdad? Agradable es poco —dijo Yolanda con ironía—. Y es de lo mejorcito. Pero si miro a esta gente tan estupenda y sé que ese engaña a su mujer con una chica que también conozco y...

—¿Quién? ¿Ese rubio?

—No ese concreto, es un ejemplo. Quiero decir que aquí se sabe absolutamente todo de cualquier persona, lo cual rompe bastante el encanto, créeme. Y no es necesario irse a esas cuestiones morbosas. Aquí sabes que fulanita lleva años intentando tener hijos y no lo consigue y está amargada. O sabes que menganito bebe más de la cuenta o está enganchado a las tragaperras. Todo esto termina distorsionando el día a día, envenenando la convivencia con tus vecinos. —Juntó las palmas de las manos, como si rezara—. Un poco de misterio, por el amor de Dios. Bendito anonimato de las ciudades. Salir a la calle y que nadie te conozca.

—Qué melodramática. Pero, oye, solo tienes que irte a vivir a una ciudad.

—No es tan fácil, no es tan fácil. Y tú, ¿qué haces aquí? ¿Vacaciones?

—No.

—Trabajo entonces.

—Se puede decir.

—¿En qué trabajas?

—Trabajo en un...

No lo digas, se dijo Primo, ella es bibliotecaria, es la persona menos indicada, se dará cuenta, invéntate otra cosa, cualquier otra cosa.

—Trabajo en un libro.

Mierda.

—¿Un libro? ¡Anda! ¿De qué?

—Pues...

—¿No será una novela?

—Pues... sí.

—¡Mira tú! Así que eres escritor. Tranquilo, que no te voy a preguntar de qué va tu novela.

—Te lo agradezco —dijo Primo, con rotunda sinceridad.

—Primo y escritor. Entonces conocerás a Primo Levi.

Igual que la cerveza le hacía contestar sus preguntas de la peor manera posible, sucumbiendo fatalmente a la atracción por el abismo, ahora le proporcionó la lucidez necesaria para recordar un momento de la conversación con Sandra y asociarlo a esta. Aunque el resultado fue nefasto.

—¿El que estuvo en un campo de concentración nazi? —preguntó Primo, creyéndose moderadamente genial.

—Claro.

—Pues entonces... no.

—¿No te gusta?

—No, no lo conozco.

—¿Lo conoces o no lo conoces?

—No.

—¿Eh?

—O sea, que no lo he leído.

—Ah.

Nefasto.

Ella, para disimular el pasmo o la contrariedad o la risa, tomó su copa de la barra y la liquidó con un golpe de cabeza. Su pelo negro liso quedó oscilando, las puntas tocando el dulce arco entre los hombros y el cuello. Por fortuna, él no tenía más cerveza, y ya no pediría otra.

Ostensiblemente, Primo miró a la amiga de Yolanda, que había vuelto del baño y los observaba de reojo, con curiosidad. La conversación tenía que acabar aquí. Pero entonces Yolanda enlazó una mirada seria entre su copa vacía y el rostro de Primo y dijo:

—Lo que sucedió aquí el mes pasado, en el embalse, sí que da para una novela.

—No lo creo. —Se sorprendió Primo diciendo—. Demasiado vulgar.

—¿Vulgar?

—Sí, no sé. Una niña violada y asesinada. No sé si tiene mucho de literario.

—Ah. Bueno... Tú lo sabrás mejor que yo —dijo Yolanda, cortada.

Aunque no pretendía que fuera una señal, o no tan brusca, Primo cogió de la barra su mechero y su paquete de tabaco. Ella irguió la espalda, dándose por enterada, y frunció sus labios morados.

—Bueno, encantada.

—Igualmente.

Primo contempló de espaldas su figura alejándose, que no había podido valorar cuando se le había acercado. Su ropa oscura y ceñida, tanto el jersey como el pantalón, acentuaban una delgadez que no obstante se mantenía llena, denotando ejercicio. Lo cual podía deducirse también de su forma elástica de caminar, suavemente sinuosa, como si sus pies pisaran sobre un firme acolchado.

Resignado a que le volviera el hambre antes de haberse dormido, pagó al

camarero sus dos cervezas y salió.

En la plaza había un completo silencio. Instintivamente sintió miedo, pero al segundo se calmó. Ese silencio sería sospechoso, temible en la ciudad, pero no allí. Se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia la hospedería.

Solo ahora se acordó de Andrea.

Había colocado la almohada a los pies de la cama, la había doblado para apoyar la cabeza y contemplaba abstraído la ventana triangular de la buhardilla. La claridad del mediodía chocaba blandamente contra el techo inclinado e iba perdiendo intensidad sobre las tablas barnizadas, como una ola en la suave pendiente arenosa de una playa.

¿Hasta cuándo?, se preguntó, ¿hasta cuándo iba a estar así, no sabiendo qué hacer y sin que nadie se lo reprochara? La investigación había entrado en una vía muerta. Primo había perdido el optimismo —la ingenuidad— que días antes lo impulsaba al menos a salir de la habitación y pasear junto al embalse o por las calles, esperando que se le ocurriera algo, cualquier cosa. Pero no servía de nada, ya no podía engañarse por más tiempo. Estaba en el lugar en el que habían sucedido los hechos, sí, pero los rastros se habían borrado y nadie recordaba ningún detalle significativo, sus memorias habían sido arrasadas también por la tormenta. ¿Qué iba a hacer fuera que no pudiera hacer allí tumbado en la cama?

Debería llamar al comisario y plantearle con franqueza la situación: su estancia allí resultaba inútil, no estaba haciendo nada, no *podía* hacer nada. Pero si no llamaba a Garray era por varias razones, aunque no lograba confesarse cuál de ellas prevalecía. Cínicamente, no llamaba porque sería de estúpidos fastidiarse aquel plan: estaba como de vacaciones, sin que nadie lo controlara, cobrando su sueldo por pasar unos días en ese agradable pueblecito de la sierra. Pragmáticamente, no llamaba porque estaba convencido de que no haría cambiar de idea al comisario, el cual insistiría en que permaneciese allí e hiciera lo que creyera oportuno, que improvisase, y ahora quizá añadiría algún comentario ofensivo. Cobardemente, no llamaba por si su petición era satisfecha y tenía que regresar a casa, junto a Andrea, con quien no había vuelto a hablar desde que se separaron el lunes. Pero también había una razón más noble: de algún modo había contraído un compromiso con Lucía y, desde ayer, también con Sandra, y no podía quebrantarlo hasta que agotara todas las posibilidades. La cuestión era que tal vez se habían agotado ya.

Precedido por el zumbido de la vibración, su teléfono empezó a sonar sobre el escritorio. Pensó primero en el comisario, que le llamaba para acabar con su situación, luego pensó en Andrea, lo cual le produjo un fugaz ahogo de pánico. Respiró con energía, encogió las rodillas sobre el pecho y estiró las piernas para impulsarse y ponerse en pie. En la pantalla iluminada del teléfono había un número que desconocía.

—Sí, dígame.

—¿Es usted el policía... Enrique? —preguntó una voz femenina, como asustada, que Primo recordó pero no reconoció aún.

—Enríquez es mi apellido, sí —corrigió, dejando margen para que pareciera que no lo hacía—. Dígame.

—Pues... Soy la madre de Sandra.

Le vino de inmediato a la cabeza la imagen de sus ojos levemente desorbitados, impresionados sin pausa.

—Ah, Mari Paz, buenos días.

—Buenos días. ¿Le pillo... ocupado, tal vez?

—No, no, en absoluto. Cuénteme.

—Pues... le llamaba porque mi hija me ha dicho que le llame. Quiere hablar con usted.

—Muy bien. Estaré encantado de charlar con Sandra. Siempre es un placer hablar con una chica tan inteligente.

Primo se anticipaba a las posibles reticencias de la madre empleando el método que había aprendido de la alguacil Petri: elogiar a la hija.

—¿Cuándo le parece mejor? Ahora mismo, si quiere. ¿O más tarde?

—Cuando usted tenga tiempo.

—Ahora, pues —resolvió Primo.

—Vale.

—Entonces, en diez minutos estoy en su casa.

Cortó la comunicación y, ligeramente deslumbrado, parpadeando, miró a través de los cristales de la ventana. La punta de la torre de la iglesia se quedaba a muy poca distancia del vientre de las nubes, abombadas y grises. Fue hasta el cuarto de baño con las piernas algo entumecidas.

Mientras bajaba despacio los escalones de la hospedería, un mecanismo automático, que solía dispararse en todas las investigaciones, le reclamó prudencia, no cegarse con las expectativas. Aunque, bien pensado, en estas circunstancias ese reflejo era innecesario, cómico. No creía que Sandra pudiera aportar nada interesante a lo que le había contado el día anterior, también estéril de hecho.

El cielo tan bajo, entenebrecido, ejercía una opresión casi física que inducía a hundir la cabeza entre los hombros y apresurar el paso. Se abrochó la cremallera de su abrigo de entretiempo y se instó a recordar luego que tenía que acercarse al estanco para comprar tabaco, dos de esas cajetillas reseca de sus cigarrillos mentolados.

Al pasar junto al grueso poste de la farola, el eco de unas pisadas a su espalda rebotó en el metal y llegó a sus oídos. Sin detenerse, giró la cabeza y vio a la bibliotecaria Yolanda trotando hacia él. Hasta que ella no dijo «Primo», no se dio por aludido. Paró.

Como todas las malas experiencias, su mente había enterrado el recuerdo de la conversación de la noche anterior, que ahora le retornó íntegro junto con una agria carga de remordimiento. Su torpeza había sido insuperable. Para incrementar su mortificación, no pudo evitar fijarse en su pelo recogido, que resaltaba nítidamente la armonía de sus rasgos.

—Hola —dijo ella al alcanzarlo.

—Hola, Yolanda. Qué tal —correspondió Primo, tratando de enmendar su torpeza en el bar.

—Uf, llevo toda la mañana junto a la ventana por si te veía cruzar la plaza —explicó Yolanda.

—Oh —musitó él. Y se temió lo peor: una conversación entre una amante de la literatura y el primer escritor al que conocía en persona. Maldita cerveza negra.

Pero la cara de ella, que le abrumaba desde tan cerca, fue recorrida por un pulso sombrío. Sus labios, lívidos en comparación con la noche anterior, se movieron muy lenta, precavidamente, como si hubiera estado sopesando una y otra vez lo que le iba a decir:

—Va a sonar un poco raro pero... me gustaría hablar contigo, si tienes un rato.

Primo dominó como pudo la corriente de perplejidad que amenazó con arrugar su frente.

—Claro, cómo no.

—¿Cuándo? —exigió ella.

—Pues...

—Cierro la biblioteca a la una y media, ¿te viene bien?

Primo consultó el reloj, las doce y media.

—Creo que sí. Tengo que hacer ahora una cosa, pero seguramente acabaré antes. De todos modos...

—Bueno, si a la una y media no estás aquí, entenderé que se ha alargado esa cosa y nos vemos en otro momento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Estupendo —dijo Yolanda liberando una sonrisa—. Hasta luego.

—Hasta luego.

Ella se dio la vuelta y caminó con prisa hacia la biblioteca. Primo se obligó a no contemplarla de espaldas como la noche anterior, ya no contaba con la eximente del alcohol. Reanudó su marcha y se concentró en no especular con la conversación que acababa de concertar, a todas luces inapropiada.

Entró en la plaza de la iglesia, rebasó la esquina del consultorio médico y subió de dos en dos los escalones de granito que lo auparon hasta la casa de Sandra. Llamó al timbre y se desabrochó el abrigo. Tardaban en responder a su llamada pero no se inquietó, pues escuchaba dentro el ajetreo de una persona.

Por fin se abrió la puerta y Mari Paz apareció poniéndose encima un grueso forro polar.

—Vaya, qué rápido —dijo ella con una sonrisa—. Pase, señor Enrique.

Él le devolvió la sonrisa y entró. Esta vez fue ella quien le ofreció la mano. Primo siempre temía apretar demasiado cuando le estrechaba la mano a las mujeres.

—Le agradezco que me haya llamado.

—Cosa de mi hija —comentó la mujer alegremente.

La puerta seguía abierta y ella terminó de ponerse el forro polar y se subió la

cremallera.

—Yo tengo que salir a comprar unas cosillas para la comida, pero usted pase. Mi hija le espera en la cocina, ya sabe dónde está.

—Perfecto.

Le complació la actitud confiada de la madre, opuesta a la del día anterior, no solo porque le ahorraba la labor de convencerla, sino también porque significaba que Sandra había encajado bien la conversación sobre su amiga muerta.

—Si le apetece una infusión, dígale a mi hija que se la prepare, ¿eh?

De un perchero que había en el recibidor la mujer cogió una bolsa de tela estampada con flores. Luego, salió.

—Gracias —dijo Primo antes de que se cerrara la puerta.

Liberado de un obstáculo con el que contaba, avanzó por el interior de la casa notando un hormigueo de alivio en la planta de los pies. Las sucesivas estancias que daban al pasillo descargaban en él la luminosidad fosca de la calle, una neblina sin fuerza que no conseguía alcanzar los rincones. Sobrepasó la escalera de subida y penetró decidido en la cocina.

—Hola. —Le recibió la voz animosa de la chica.

—Hola, Sandra.

—¿Tampoco se ha traído su pipa hoy?

Él chasqueó dos dedos y dijo:

—Sabía que se me olvidaba algo.

Sandra estaba sentada a la mesa de la cocina y descansaba las manos sobre los azulejos esmaltados que cubrían el tablero. Delante tenía un vaso vacío, empañado por restos de cacao, y un plato de postre en el que se podían contar tres moldes de papel rizado, de los que recubren las magdalenas. Su hermoso pelo rojo, que brillaba al trasluz de la ventana, caía sobre los hombros de una sudadera que tenía una mora bordada en hilo de colores; no le quedaba demasiado holgada. La satisfacción por el éxito de su broma reverberó un rato en la comisura de sus labios.

Primo se sentó en una silla, frente a ella, y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Soy todo oídos.

Sandra se puso seria y tardó en arrancar:

—Después de estar hablando ayer, después de que usted se fuera, me quedé pensando en todo lo que habíamos hablado. En concreto, usted me había insistido mucho en si vimos a alguien extraño o nuevo aquellos días. Hice un esfuerzo, pero no me acordé de nada. Pero esta mañana me ha venido a la cabeza una cosa, sin pensarlo, cuando me estaba vistiendo. A veces pasa, te obsesionas en recordar algo, un nombre o una palabra, y no te sale, y luego te olvidas y clin, se te aparece de golpe. Pues eso, que me he acordado de que aquel día había tres chicos raros en la piscina. Bueno, no eran raros, eran normales, pero de fuera del pueblo.

—¿Seguro que eran tres y no dos?

—Tres, segurísimo.

—¿Y hablasteis con ellos? ¿Os hablaron?

—No, estaban en la otra punta de la piscina, ni se acercaron.

—Ajá. Y luego los visteis en el pueblo, por la tarde o por la noche. —Se anticipó Primo.

—Pues... no.

—Ah. Los visteis solo en la piscina y no hablasteis con ellos.

—Eso es —contestó Sandra, y su mano derecha, nerviosa, se puso a jugar con las migas del plato.

Para ocultar su decepción, Primo abismó la mirada y asintió varias veces con la cabeza, como si repasara mentalmente los puntos de un razonamiento. Pero no engañó a la chica:

—Igual es una tontería, no sé.

—No, está bien, Sandra. Cualquier cosa puede ser importante. ¿Es frecuente que venga a la piscina gente de fuera?

—No mucho. Es decir, al principio del verano vinieron personas de fuera, de los pueblos de alrededor sin piscina, porque nuestra piscina era nueva este año. Pero a esas alturas era raro.

—Ya.

Del bolsillo de su camisa Primo sacó un lápiz corto de punta roma y una libreta minúscula. Pasó las hojas hasta hallar una en blanco.

—¿Qué edad tenían esos tres chicos?

—Algunos años más que nosotras. Dieciocho o diecinueve. Por ahí.

—¿Cómo eran físicamente? Uno por uno.

—No me voy a acordar uno por uno.

—O lo que recuerdes.

—Pues recuerdo a uno muy alto, muy grandote, así como desgarrado. Y de los otros dos... solo recuerdo que uno tenía una de esas coletillas feas.

—Pelo largo.

—No, no pelo largo. Pelo corto en toda la cabeza pero por detrás como un mechón, una trenza finita. Ah, y era rubio.

—¿Y recuerdas algo del tercero?

—Umm... No, lo siento.

—Bueno —dijo Primo repasando lo que había anotado—. Estaban solos, entonces.

—Sí.

—Con vosotras no, pero ¿hablaron con alguien?

—Me parece que sí.

—¿Con quién?

—Me parece que estuvieron hablando con las chicas mayores. O por lo menos estaban muy cerca de ellas, por la misma parte de la piscina.

—¿Las chicas mayores? ¿Las mismas con las que Miguel y sus amigos

estuvieron... tonteando?

—Sí, más o menos. Ese grupo, las de dieciocho.

—Vale, vale, vale.

Los dedos de Sandra recorrían las llagas entre los azulejos. Sus rizos pelirrojos, con la inclinación de la cabeza, habían ido cerrándose poco a poco sobre el óvalo de la cara. Así, su voz salió más grave, gutural:

—Aunque... cómo iban a ser ellos, digo yo.

—¿Por qué no? —preguntó Primo para que hablara, no porque no estuviera de acuerdo con ella.

—No sé. A veces pienso en... en quienes le hicieron eso a Luci, y siento miedo. No puedo salir sola a la calle, y es por ese miedo. Siempre me acompaña mi madre o mi padre. Y sé que es absurdo, cómo iban a hacerlo de nuevo aquí, de día, pero no puedo evitar ese miedo. En cambio, si pienso en esos tres chicos de la piscina no siento ese miedo.

—Comprendo.

Su barbilla había tirado de su cara hacia arriba, había empujado su pelo otra vez hacia atrás y sus ojos lo miraban con una película acuosa muy débil, que sería barrida por el siguiente pestañeo.

—¿Algo más, Sandra?

—Creo que no, Primo —contestó ella, con un humor sutil y reconfortante.

—Entonces me voy a ir —dijo Primo, guardándose la libreta y el lápiz—. Pero insisto, llámame para cualquier cosa, cualquier detalle que recuerdes, aunque te parezca insignificante.

—Muy bien.

Apoyó las palmas en el canto de la mesa y se levantó de la silla.

—Oye, me dijo tu madre que a lo mejor seguías las clases del instituto desde casa.

—Sí, quizá empiece la semana que viene, eso espero. —Se le despertó un brillo en el rostro—. Una amiga me traería los apuntes. Y con los apuntes y los libros digo yo que no puede ser muy difícil.

—Seguro que no.

—Y de aquí a un tiempo, quién sabe, podría ir a clase.

—Sería buenísimo. ¿Tienes pensado qué estudiar después, qué te gustaría ser?

—Umm... policía.

—¿Ah, sí? —preguntó Primo asombrado.

Como respuesta, la chica dejó que una sonrisa traviesa cruzara su cara de oreja a oreja.

—¡Eh! —exclamó Primo—. No sé si sabes que es delito burlarse de la autoridad.

Ella reía bajito, con una mano delante de la boca.

—Medicina quizá —contestó cuando se calmó.

Primo asintió, manteniendo aún el rictus indignado, y caminó hacia la puerta.

—Me marchó.

Desde el pasillo, escuchó cómo Sandra recogía el vaso y el plato de la mesa, los ponía en la pila y abría el grifo.

Mientras descendía de uno en uno los peldaños de granito se abrochó la cremallera. Miró la hora; tenía tiempo de sobra para ir al estanco antes de su cita con la bibliotecaria.

La información que le había dado Sandra carecía de interés: tres chicos de fuera del pueblo que habían estado esa tarde en la piscina, como decenas a lo largo del verano, y no era seguro que hubieran visto siquiera a Lucía. Nada los situaba unas horas después cerca del embalse o en el casco del pueblo. Y, aunque así fuera, ¿cuántas personas habría como ellos, cenando en alguna terraza o tomando copas en los bares? Desde ese punto de vista, resultaban muchísimo más sospechosos el novio de Lucía y el chico de la piscina, Samuel, y eran inocentes. Además, debía reconocer que, como la propia Sandra, no conseguía ver a esos tres chicos, ni a nadie menor de veinte años, como autores de la doble violación y el homicidio.

Con ritmo de paseo, llegó a la casa azul en la que se encontraba el estanco. Retiró con una mano los flecos de la cortina antimoscas y empujó la puerta metálica. El acogedor sonido de la campanilla sirvió de fondo a su avance sobre las desgastadas losetas del suelo. El día nublado atravesaba costosamente los vetustos cristales de la ventana y empastaba en el interior una oscuridad en la que apenas se presentían los volúmenes. Un destello apagado situaba la vitrina del mostrador en el espacio. Encima, Primo distinguió una silueta humanoide.

—Hola, joven —le saludó una voz vivaracha.

—Buenos días —respondió Primo, abriendo mucho los párpados para que sus ojos se acostumbraran a aquel racionamiento de la luz.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el anciano, que comenzaba a aflorar entre la espesura de grises.

Le pidió dos cajetillas de su marca.

—No, de esos no tengo.

—La semana pasada le quedaban varias.

—¿De verdad? Entonces sí que tengo —rectificó el estanquero—. Déjeme ver.

Su figura encorvada abandonó su puesto bajo la proyección de la ventana y se sumió en la zona lúgubre de las estanterías con un siseo arrastrado de sus pies. Desde allí, fue pronunciando un soliloquio con las distintas marcas de tabaco.

—¡Eureka! —profirió—. Tenía usted razón, joven. Dos me ha dicho, ¿verdad?

—Sí, dos.

A su vuelta, puso sobre el mostrador una de ellas y estudió la otra con curiosidad, por todas sus caras.

—Caramba. Estos son unos pitillos bien elegantes. Distinguidos, sí señor. ¿Cuánto le cobré la última vez?

Primo sumó el precio que le costaban en Madrid con los céntimos de menos que pagó la semana anterior y le entregó un billete.

—Ya me acuerdo de usted, joven —dijo el estanquero mientras le iba dando una a una las monedas del cambio—. Estaba en el pueblo trabajando en algo. Déjeme pensar. Algo especial... ¡Ya está! Una película, estaba usted haciendo una película.

—No exactamente. —Agradeció estar amparado por la sombra—. Es un documental.

—¡Eso, eso, un documental! ¿Pero sobre qué trataba?

—Sobre... Sobre el paso de los pueblos bárbaros por toda esta zona del valle.

—Cierto. Muy bonito tema.

—Bah. —Soltó Primo con humildad.

—Pues mucho ánimo, ¿eh, joven?

—Gracias, hará falta. Pase un buen día.

—Igualmente.

En la calle, las nubes habían bajado aún más y habían empezado a destilar una humedad finísima, un vapor frío que iba impregnando muy lentamente la ropa y hacía sudar a las piedras, volviéndolas resbaladizas.

Aunque le cabían los dos paquetes en un bolsillo del abrigo, prefirió llevarlos en la mano, a la vista, para que sirvieran de aviso subliminal a la bibliotecaria sobre la brevedad de la cita: no podía andar mucho tiempo de acá para allá con el incordio de las cajetillas en la mano. Además, con suerte, el tabaco cogería algo de la humedad que saturaba el aire.

Al rodear por detrás el ayuntamiento y entrar en la plaza, la vio. Todavía no era la una y media pero ella estaba ya allí, en la puerta de la biblioteca, esperándolo. Lo saludó moviendo el brazo, gesto que Primo copió con menos énfasis, y se arrancó a andar hacia él, hacia un encuentro en mitad de la plaza. Llevaba un vestido recto y sencillo sobre unos zapatos planos y una cazadora oscura que ella misma se cerraba a la altura del cuello con la mano. Las líneas simplificadas por el pelo recogido hacían destacar su sonrisa. En ese momento, Primo supo que no iba a ser capaz de mantener ante ella la idiota tapadera del escritor. Pero enseguida sabría que no iba a hacer falta.

—Me alegro de que hayas podido venir. Gracias —dijo ella cuando confluyeron en la farola.

—No importa —dijo él, sintiéndose ahora absurdo con las cajetillas en la mano.

—Podemos pasear un poco, si no empieza a llover.

—Bien.

Permitieron que la gravedad decidiera por ellos y se encaminaron hacia la calle en cuesta que discurría junto al muro de piedra del convento.

Como no era Primo quien debía hablar, no se sintió incómodo por el prolongado silencio que los acompañó durante los primeros doscientos o trescientos metros. Fue el preámbulo adecuado a la afirmación que hizo después la bibliotecaria:

—Sé quién eres.

Aunque había entendido perfectamente, no pudo menos que preguntar:

—¿Cómo?

—Que sé que eres policía.

Torció la cabeza hacia ella, que miraba el suelo con la mandíbula tensa, pero no se resolvió a detenerse. En el fondo, le aliviaba no tener que continuar con la ridícula mentira. Siguieron caminando, el silencio de nuevo instalado entre ellos.

—Te vi hace un mes, el día en que se supo que la niña no se había ahogado, que no había sido un accidente. —Inició Yolanda su explicación—. Fue un poco más arriba, en la plaza donde están los bares y el kiosco de prensa. No sé, me fijé en ti, cosa nada rara porque ibas de uniforme. Pero además me fijé en que parecías enfadado, completamente absorto. Estuviste a punto de chocarte contra una farola. Me hizo gracia. Sin embargo, créeme si te digo que la semana pasada, cuando entraste en la biblioteca con tu ordenador debajo del brazo, no te reconocí. Ni siquiera estoy segura de que me sonase tu cara.

Primo se cambió de mano las cajetillas de tabaco, abrió el automático de un bolsillo y se las guardó.

—Pero ayer sí me sonó tu cara en el bar, desde que entraste. Me sonó pero no te reconocí. Y me despistó que dijeras que era la primera vez que estabas en el pueblo. Me puse a pensar dónde te podía haber visto fuera de aquí. Quizá en Madrid, pero no voy mucho. O en algún viaje, pero hace tiempo que no viajo y me sonabas de una fecha reciente. Y entonces me dijiste lo de escritor y yo te pregunté por Primo Levi y te liaste. Que si sí, que si no, en fin, muy raro. O no eras escritor y te estabas haciendo el interesante, o estabas loco... Bueno, quiero decir... —se interrumpió ella, temiendo haberse excedido.

—Sí, sí, un loco de remate —dijo Primo abiertamente.

—Pues sí —rio más relajada—. Tampoco ayudaba tu aparición de la semana pasada en la biblioteca, perdona.

—Y fue entonces, al pensar que era un loco, cuando me asociaste al uniforme de policía, ¿no? Tiene lógica —comentó Primo con ironía.

—Más o menos, más o menos. En realidad fue un poco después, por la noche, en la cama. No sé cómo, zas, recordé a aquel policía serio que casi se traga la farola y eras tú, el falso escritor del bar. Y claro, me dije, ¿qué estará haciendo en el pueblo? Y supuse que... bueno... No tengo derecho a preguntártelo —se cortó.

—Sí, supusiste bien. Estoy aquí para seguir con la investigación sobre la muerte de Lucía Moreno.

Entonces, Yolanda se quedó parada. Primo lo hizo dos metros más adelante. Ella había metido las manos en los bolsillos de su cazadora y lo miraba con ojos ligeramente entrecerrados, intensos.

—¿Sí? —dijo ella, apretando los labios—. Vale. Porque en ese caso tengo una cosa que decirte. Aunque no sé si será útil, a lo mejor no tiene importancia. Por eso quería hablar contigo en realidad. No era para demostrarte que soy muy lista y que te había descubierto.

—Dime, dime —pidió Primo con súbita ansia.

—Pero vamos a subir por aquí.

Yolanda dio tres pasos hacia él, lo cogió suavemente del codo y lo orientó hacia la plaza triangular de los bares. Habían llegado a ese lugar siguiendo la carretera que bordeaba el pueblo y subía hacia la montaña. La apretada coleta oscura de la bibliotecaria tembló cerca de la cara de Primo y empujó hasta su nariz un tenue perfume fresco, frutal.

—Lo recordé hace unos días, tal vez más de una semana. Pero no sabía a quién decírselo. Y no me parecía lo suficientemente importante como para llamar a la Policía, aunque he estado a punto de acercarme al cuartelillo de Rascafría. Bueno, pero tú estás ahora aquí y te lo cuento. Fue la noche en que ocurrió todo, la gran tormenta y la desaparición de la chica. Después de cenar decidí no salir, pese a que era viernes, y me puse a mirar unas cosas en el ordenador, en internet, tonterías. Pero me quise guardar unos archivos en mi *pendrive* y no lo encontré. Me lo había dejado esa mañana en la biblioteca. Era tarde pero me apeteció pasear.

—¿Qué hora era, aproximadamente?

—Entre las once y las doce, no puedo precisar más.

—No llovía, entonces.

—No, empezó después.

—Continúa.

—Pues fui a la biblioteca y cogí mi *pendrive*. Y al salir vi que había alguien dentro de esta cabina.

Ya fuera coincidencia o una medición exacta del ritmo del paseo, el caso es que justo acababan de entrar nuevamente a la plaza mayor, ahora por arriba, y Yolanda apuntaba a una de las dos cabinas telefónicas que flanqueaban la fuente de granito. Se detuvieron al lado.

—No presté mucha atención al principio, aunque recuerdo que me extrañó que alguien usara todavía los teléfonos públicos, habiendo móviles. Pero un poco después oí unos golpes y volví a mirar. El chico que estaba dentro...

—¿Era un chico? —La interrumpió Primo, los nervios de punta.

—Sí.

—Vale, vale. Perdona, sigue.

—El chico se puso a dar golpes con el teléfono... O sea, con el auricular en el teléfono. No sé, seis, siete golpes, y luego lo dejó colgando. Yo me quedé mirándolo. Entonces él se giró y me vio. Pero no le dije nada, no me atreví, ahora los chicos contestan de cualquier manera. En realidad creo que me dio miedo, sencillamente.

—Te dio miedo —subrayó Primo, y se acordó de lo que había dicho Sandra.

—Sí, no sé. Percibí mucha violencia en esos golpes, y también en la forma en que me miró. Así que seguí caminando y volví a mi casa. Ya está.

—De acuerdo. Pero antes de los golpes, ¿él estaba hablando por teléfono?

—Supongo.

Aunque Primo sabía que un mes después no habría huellas, que estarían

sepultadas por otras o confundidas —al igual que todas en este caso—, no pudo reprimir el impulso de entrar en la cabina y observar el aparato, como si fuera el primero que veía. Después descolgó el auricular y le dedicó idéntica atención.

—¿Con qué mano cogía el auricular? —preguntó él.

—A ver... —meditó Yolanda, cerrando los ojos—. Creo que con esa, con la derecha. Sí, seguro.

—Algo le enfadó de la llamada. Le colgaron o quizá no se lo cogían. Y se puso a dar golpes, rabioso —conjeturó Primo, y salió de la cabina.

—¿Crees que es importante? ¿Crees que ese chico podía ser...?

—No lo sé, no lo sé. Pero en esta esquina de aquí —señaló Primo el chaflán redondeado del convento, a escasos metros— Lucía se despidió de su amiga y nadie la volvió a ver. Es justo aquí donde se pierde su pista. Más o menos a esa hora.

Impresionada, la bibliotecaria tuvo un escalofrío y se estrujó la piel de la cazadora sobre el pecho. Primo bajó la cremallera de su abrigo para poder sacar del bolsillo de su camisa la libreta y el pequeño lápiz.

—¿Cómo era el chico? —prosiguió—. ¿Alto, corpulento?

—No, no muy alto. Un poco más bajo que tú, ahora que te he visto dentro.

—¿Pelo largo, pelo corto?

—Corto.

—¿Moreno, rubio?

—Ay —dijo ella, con un principio de agobio—. Había poca luz, y además lo vi a través del cristal. No creo que fuera rubio. Castaño o moreno o incluso pelirrojo. No sé, más bien oscuro, pero no sé decirte.

—De acuerdo. ¿Recuerdas algo de su ropa?

—Me temo que no. No llevaría nada raro, nada llamativo.

—¿Había alguien más en la plaza o en los alrededores?

—No. Me parece que ni siquiera salió nadie de La Bodeguilla en ese rato, en ese minuto o menos.

—¿Cruzaste la plaza hacia arriba?, ¿vives por allí?

—Sí. Vivo encima de la tienda de Betty.

—No verías a las chicas... —insinuó Primo, con un pudoroso tacto.

El rostro de Yolanda se contrajo:

—No. Y conozco bastante bien a Sandra, viene a menudo a la biblioteca. La habría saludado.

—Ya.

Imperceptiblemente, las gotas de humedad habían engrosado su calibre y ya se notaban en la piel como agua pulverizada, como la racha que lanza una ola al estrellarse contra la escollera. Primo se tocó el pelo y se mojó la mano. El de Yolanda, ceñido y liso por la coleta, brillaba como si estuviera fijado con gomina. Cerró la libreta.

—Parece que no, pero al final va calando —comentó ella, deseosa de espantar los

pensamientos que las últimas frases habían invocado.

Él forzó una breve sonrisa. Estaba afectado también por la conversación, aunque en otro sentido. Miró el borde de su vestido, pensó que se estaría empapando; luego subió por su cazadora hasta la mano que se cerraba sobre la prenda, los nudillos blanquecinos por la presión o el frío; y después vio sus labios y los recordó cárdenos, como estaban la noche anterior por la tintura del vino.

—Gracias por todo esto que me has contado, Yolanda.

—No, gracias a ti. Me quedo mucho más tranquila que antes, cuando pensaba que a lo mejor era algo crucial para la investigación y que por mi culpa...

—Y respecto a lo otro, respecto a... En fin, a que me hayas reconocido, te pido que...

—Tu secreto estará a salvo conmigo. —Se adelantó ella con falsa grandilocuencia.

—La verdad es que tuve ese temor los primeros días, la semana pasada. Iba por la calle y pensaba que todo el mundo me iba a reconocer e iba a descubrir lo que estaba haciendo aquí. Pero ya se me había pasado. Aunque ahora...

—Por eso no te preocupes. Yo es que soy buena observadora.

La imagen de ellos dos frente a frente, mojándose cada vez más, sintió Primo que se alargaba demasiado y decidió zanjarla.

—Nos estamos empapando. Me vuelvo a la hospedería —dijo, e inició el movimiento de girarse.

—Ah, estás donde Belén —comentó ella, queriendo prolongar el diálogo.

Pero él estimó que haber amagado su retirada cubría un posible pecado de descortesía y se despidió:

—Hasta la vista.

—Adiós —dijo la bibliotecaria, inmóvil sobre las piedras mojadas del suelo.

Primo metió las manos en los bolsillos de su abrigo y atravesó la plaza con zancadas rápidas.

La puerta de la hospedería estaba abierta pero se demoró restregando a conciencia las suelas contra el felpudo. Al alcanzar la altura de la recepción asomó la cabeza. Un hombre a quien no conocía estaba detrás del mostrador.

—Hola —dijo este con tono seco. Y, como Primo tardaba en reaccionar, añadió —: ¿Quiere una habitación?

—No, no. Ya estoy alojado aquí.

—Ah. ¿La llave?

—No, la tengo, la tengo.

—¿Entonces? —preguntó el hombre con una sacudida de los hombros, una especie de desplante.

—Nada. Subo.

Se quitó de la puerta y continuó hacia el fondo del pasillo.

Solo cuando subía los primeros peldaños de la escalera se le ocurrió que debía de

ser el marido de Belén. ¿Quién le había hablado de él? Belén no había sido pero no recordaba quién, aunque sí recordaba que el comentario había sido negativo.

En el rellano de la última planta, ante la mirada opaca del ojo de buey, tuvo que quedarse quieto, con la llave colgando de sus dedos, porque un poderoso impulso lógico fundía en su mente las dos informaciones que había conocido hoy, la de Sandra y la de Yolanda. Por separado eran poco relevantes —muy poco la de Sandra—, y no les habría dado crédito si hubiera sabido de ellas con varios días de diferencia. Pero juntas se reforzaban, se apoyaban la una en la otra y formaban una construcción de un peso mayor que la suma de ambas. Incluso tuvo la impresión de que una llenaba los huecos de la otra: el hecho de que la descripción que la bibliotecaria había realizado del chico iracundo de la cabina no concordara con ninguno de los dos chicos que Sandra había descrito podía significar que se trataba del tercero. A la vez, la violencia que Sandra no había percibido en los tres chicos de la piscina estaba en el testimonio de Yolanda, en esos golpes sin sentido contra el teléfono, en su miedo. Ahora era capaz, él, Primo, de ver en esos tres chicos de menos de veinte años a los potenciales autores de la doble violación y el homicidio, aunque al final no lo fueran, daba igual. Era importante ser capaz de imaginarlo.

Y había otra conclusión, que despejaba un enorme campo en el que poder trabajar: si esos tres chicos estuvieron hablando en la piscina con las chicas mayores, entonces todo se había jugado ahí, en el pueblo, entre un grupo no muy grande de adolescentes y jóvenes, los que aquel día estuvieron en la piscina y después rondando por las calles del pueblo. Por lo tanto Sandra se había equivocado en algo: no había sido un rayo, no había sido algo absolutamente externo y arbitrario, no. Y él, Primo, se encontraba en el sitio adecuado, donde debía estar, en el pueblo.

Introdujo la llave en la cerradura, pero otra vez se quedó paralizado. ¿Quiénes eran esas chicas mayores, en concreto? ¿Veraneantes solamente, como Lucía? ¿Cómo hablar con ellas? Y acaso porque acababa de ver a su padre, se acordó de Gema, la hija de Belén. Tenía esa misma edad y podría hablar con ella fácilmente, bien porque viniera el próximo fin de semana, dentro de dos días, o porque Belén le proporcionara su teléfono. Sí, Gema debía de recordar a aquellos tres chicos.

Terminó de abrir la puerta y tiró las cajetillas sobre la cama. Aunque la luz no había variado su tonalidad ofuscada, Primo sintió que el día daba un rotundo giro.

Por fin tenía algo por donde empezar.

Miraba el trazo simple de su cuerpo desnudo, boca abajo en el colchón, y no se decidía a hacer nada. Deseaba fumar uno de sus cigarrillos, pero el paquete estaba sobre la estantería, lejos de la cama, tendría que levantarse, y no quería exponerse a los ojos de ella ni a una nueva burla sobre que fumara tabaco mentolado, como «una mecanógrafa soltera con antecedentes de tuberculosis». Deseaba también marcharse; o mejor: no estar ya allí, no afrontar la incómoda perspectiva de vestirse, intercambiar unas palabras azaradas y despedirse. Y deseaba también, más que nada, abarcar con la mano su cadera, tirar enérgicamente para voltear su cuerpo y, por segunda vez, follar. Pero esto era lo que más trabajo le costaría, consumida ya la brusca ansia inicial. En esta indecisión se hallaba Primo, sin hacer nada, dudando entre deseos excluyentes que sin embargo convivían.

Por el hueco estrecho de la puerta se coló el gato. Su pelaje pardo se comprimió al pasar entre la hoja y el marco y luego volvió a expandirse. Su cola erguida se frotaba contra los cantos de los libros que se iba encontrando apilados sobre el suelo en su camino hacia la cama. Se detuvo por el lado de ella, a la altura del brazo que Yolanda descolgaba por el borde. La áspera lengua lamió audiblemente la mano suelta. Aunque Primo no pudo verlo desde su ángulo, supo que ella tabaleó con los dedos en el aire gracias al bulto de los músculos del antebrazo accionando los tendones, movimiento que se transmitió brazo arriba hasta provocar el débil juego del omoplato bajo la piel. Así que ella no estaba dormida ni lo fingía, y ahora bisbiseó alguna palabra ininteligible para atraer al gato que se marchaba, sus patas remilgadas posándose sin peso en el suelo. Se escuchó, remoto y acogedor, el chasquido de un tronco quemándose en la estufa de la planta de abajo.

La luz de la media tarde entraba por la ventana que Primo tenía sobre su cabeza y alumbraba el interior con una consistencia cruda, que no teñía los colores ni creaba zonas de sombra. Bajo esta claridad sin velos, el cuerpo de Yolanda se presentaba con una franqueza que lo beneficiaba, o que al menos no hacía echar en falta una luz tamizada, más infiel. El pelo negro se desgajaba en dos sobre la nuca y allí arrancaba el cordón nudoso de la espina dorsal, que iba dejando a cada lado unas franjas idénticas. Pero la simetría fallaba hacia el final: en el costado derecho, junto a la cadera, una línea rosada y brillante deprimía la piel, la ceñía como si fuera un fino cable tenso. Esta cicatriz rodeaba el tronco y terminaba en el vientre, no muy lejos del ombligo. Había podido verla hacía unos minutos y volvió a preguntarse por su causa. Del límite de la cintura nacía el volumen lleno de los glúteos, que confirmaba junto con las torneadas piernas ese aire deportivo, de ejercicio frecuente, que había sabido leer en su forma de caminar la noche del bar. Ahora lo asoció con la bicicleta de montaña que había visto en la entrada de su casa hacía un rato.

El gato había ido a enroscarse sobre un viejo sillón desfondado. En la mesita

redonda situada junto al reposabrazos descansaban un grueso tomo de pastas azules y el pie de una lámpara modernista de alabastro. De ese rincón partía la estantería que forraba toda la pared de libros, incluido el rectángulo entre la puerta y el techo. Apoyados en los lomos encuadernados, había numerosos objetos dispares: una calabaza para tomar mate, un termómetro digital, un soldadito de plomo, una fotografía de Yolanda acompañada por un hombre con barba, un paquete de pañuelos de papel, un cargador de teléfono, una pequeña maceta de barro usada para guardar bolígrafos y lápices, una postal de un cuadro expresionista, las dos mitades de un elefante de cerámica roto, un cenicero de cristal con un una sola colilla y, al lado, la inalcanzable cajetilla de Primo. Como una crecida de fiebre, aumentaron sus ganas de encender un cigarrillo (y de marcharse, y de follar).

La cabeza de Yolanda rebulló sobre la almohada y con una respiración más vigorosa se volvió hacia la ventana, hacia Primo. El pelo negro se cerraba sobre sus ojos y él no podía saber si lo estaba mirando. Los mechones se espaciaban sin embargo sobre la mandíbula y permitían que los labios afloraran. Había deseado besar esos labios desde el principio, desde antes incluso de encontrarse hoy. Lo había deseado al decidir, engañándose, que tenía que ir a verla.

A primera hora de la mañana, antes de bajar a desayunar, había telefoneado a la comisaría. Sin denotar prisa para no llamar la atención de Garray, pero recalcando que lo necesitaba cuanto antes, había encargado que se solicitara a la compañía telefónica el listado de las llamadas realizadas y recibidas en las dos cabinas públicas de la plaza durante la noche del veintinueve al treinta de agosto, entre las diez y las dos de la madrugada. Con ese dilatado arco temporal, ampliado a las dos cabinas, cubría un posible error de memoria de la bibliotecaria. Nada más colgar, encendió su ordenador, se conectó a la red inalámbrica de la hospedería y abrió su cuenta de correo electrónico. Activó el aviso acústico de mensaje recibido y subió al máximo el volumen de los altavoces. Aunque sabía que era pronto, se afeitó con la puerta del baño abierta, pendiente de escuchar si recibía el correo con la información solicitada.

Bajó a desayunar al comedor y allí estuvo conversando con otro cliente de la hospedería, un ingeniero que había venido a realizar una prueba de carga en la presa y que se marcharía esa misma tarde. Después de terminar, mientras subía a la buhardilla, se encontró a Belén en el distribuidor de la primera planta, parada con el carro de limpieza delante de la habitación del ingeniero. A raíz del episodio de la pistola, la dueña de la hospedería había adoptado una actitud muy respetuosa, aunque con un fondo cohibido, tal vez avergonzado. Interrumpió su labor para saludarlo y permaneció expectante con un plumero en la mano.

Para amortiguar el efecto de lo que tenía que preguntarle, Primo se inventó antes otro tema:

—Ayer se cumplió una semana de mi estancia aquí, así que, si le parece, podría prepararme la factura de este tiempo. Lo liquidamos y nos quitamos eso de encima.

—Como usted quiera, señor Enríquez. A mí no me importa si me lo paga todo al

final.

—Lo prefiero así —mintió él.

—Ningún problema —dijo ella—. Le preparo la factura enseguida.

—No me urge en absoluto. Como si me la da mañana o pasado. —Hizo el amago de seguir subiendo, pero con un pie en el primer escalón se giró—. Ah, casi lo olvido. ¿Vendrá su hija al pueblo este fin de semana?

—Sí, mañana viernes —contestó de inmediato. Y luego se atrevió a preguntar—: ¿Por qué?

—Me gustaría charlar un poco con ella, hacerle unas preguntas. Nada importante.

—Claro, claro. Para lo que quiera.

—Pero no le diga nada antes, ¿de acuerdo? No quiero que se asuste sin necesidad, insisto en que no tiene importancia.

—No se preocupe. De todos modos, ella no sabe que usted es...

—Mejor entonces. Hasta luego.

En la buhardilla, subió la pantalla del ordenador y actualizó la página del navegador: ningún mensaje todavía. Se descalzó, dobló la almohada por la mitad y se tumbó sobre la cama deshecha, dispuesto a esperar el aviso de los altavoces.

Esperó durante toda la mañana y el mensaje no llegó. Adoptó todas las posturas posibles sobre la cama, la silla y la alfombra. Intentó repasar los archivos de la instrucción del caso, por si las dos pistas que había conocido el día anterior percutían algún resorte dormido, pero no tuvo la paciencia suficiente. Pensó en fumar, pese a que tenía por norma no hacerlo antes de la hora de comer, pero lo descartó. Como si fuera una historia ajena, estudió el hecho de que Andrea y él no hubieran hablado desde el lunes, cuando él se marchó. Quiso penetrar en su propia motivación para no llamarla y no supo entenderlo, no había sucedido nada pero él no podía llamar. El último rato pasado juntos, haciendo el amor a oscuras, había tomado en su memoria una textura de sueño, de delirio. Algo se había jugado en ello y no acertaba a descubrir qué.

También había pensado durante todas esas horas en el paseo del día anterior con la bibliotecaria. Había repasado las frases significativas del diálogo y, con una hipocresía que rozaba la esquizofrenia, se había censurado la rememoración de datos que no tuvieran que ver estrictamente con el caso: el preciso dibujo de su mentón con el pelo recogido, el corto vuelo de su falda cada vez más ralentizado por el lastre de la lluvia, su intento final de seguir hablando más allá del tema de la cabina...

Recibió el mensaje después de comer. El tintineo electrónico quebró sin dificultad el sopor en que Primo había caído por la digestión. Se incorporó en la cama como si hubiera oído una sirena antiaérea y saltó hacia el escritorio. Abrió el mensaje con un golpe del dedo y descargó el documento adjunto. Cuando le echó un rápido vistazo de arriba abajo, volvió a pensar en la bibliotecaria Yolanda, y en esta ocasión estaba justificado. Ella se había extrañado de que alguien usase hoy en día un teléfono público y tenía razón: nadie había hablado desde las dos cabinas durante ese periodo

de cuatro horas, ni llamadas recibidas ni llamadas enviadas, nada. El oficial que remitía el mensaje, ante el nulo resultado de la consulta, añadía que la conexión más cercana a dicho periodo había tenido lugar por la tarde, a las diecinueve treinta y cuatro, una llamada de cuarenta y siete segundos a un número de información telefónica. Y ni siquiera había sido desde la cabina que Yolanda había indicado, sino desde la otra. Apagó el ordenador, se sentó en la cama y prendió un cigarrillo.

En principio, no dudó del testimonio de la bibliotecaria. Tampoco creía probable que se hubiera equivocado de día, ya que lo había fijado con exactitud gracias a la tormenta. Así pues, ese chico se lio a dar golpes al teléfono sin una llamada precedente que los provocara. ¿Cambiana algo las cosas? No, la violencia seguía ahí, incluso más elocuente, al generarse por una causa interna: había entrado en la cabina sin intención de llamar y se había liado a dar golpes, casi un acto de vandalismo. Que no existiera la llamada complicaba la identificación del chico, pero el hecho, acaecido tan cerca de donde Lucía había desaparecido, seguía siendo relevante. Abrió una de las hojas de la ventana para que saliera el humo.

Se dijo que, si le contaba a la bibliotecaria el resultado de su consulta, a lo mejor ella era capaz de interpretar el comportamiento del chico. A veces basta un cambio en la información sobre la naturaleza de un suceso para que sus detalles cobren otro significado. Era razonable ir a hablar de nuevo con ella, ¿no? En cualquier caso, había estado bastante inquieta por no saber a quién contar ese episodio y ahora estaría pendiente de si había servido para algo. Informarla al respecto la dejaría más tranquila. No era un procedimiento muy ortodoxo pero... la investigación no estaba siendo precisamente ortodoxa.

El horario de la biblioteca era de mañana, así que no encontraría a Yolanda allí. A última hora de la tarde quizá iría a La Bodeguilla, pero faltaba demasiado tiempo y no era seguro. Podía preguntar a Petri cómo dar con ella, su número de teléfono o dónde vivía, pero no le apetecía involucrar a la alguacil en esto. Y de pronto recordó que él ya sabía dónde vivía Yolanda, ella misma se lo había dicho el día anterior de pasada, acaso intencionadamente: justo encima de la tienda de Betty. Primo llevaba lo suficiente en el pueblo para saber que eso quedaba en la plaza alargada del estanco. Se palmeó las rodillas y se levantó de la cama impetuosamente, tanto que se golpeó en la cabeza con una de las vigas del techo. Estuvo un minuto revolcándose en la cama con las manos sobre la zona dolorida.

El día estaba encapotado, pero hoy las nubes eran altas y no soltaban agua, solo servían para difundir homogéneamente una luz sobria. Miró su coche al pasar y calculó que llevaba parado más de tres días, desde el lunes por la mañana, algo insólito cuando estaba en Madrid.

Por la puerta del ayuntamiento salía en ese instante el orondo policía local, que remaba acompasadamente con los brazos para tirar de su voluminosa tripa.

—¿Todo bien, inspector? —le preguntó, bajando confidencialmente la voz en la última palabra.

—Todo bien.

—Ya sabe que para cualquier cosa...

—Gracias, Damián.

—Bueno, voy a ver si le echo un vistazo a una farola que se ha estropeado.

Abrió una furgoneta con el escudo municipal sobre la puerta, arrancó el motor, que lanzó por el escape una nube negra de humo diésel, y se marchó plaza abajo. Primo consultó la hora en el reloj del ayuntamiento: las cuatro y diez.

Tienda Mixta Betty, ponía con pintura granate sobre la fachada blanca del comercio. La vivienda ocupaba las dos plantas siguientes. En la primera había una terraza de lado a lado, a la que daban dos ventanas con cerramiento doble para el invierno. Encima, como si fuera un mirador construido sobre el tejado, había un tercer volumen con otras dos ventanas más pequeñas que partían a ras de las tejas. Una escalera exterior, adosada al lateral izquierdo del edificio, conducía hasta la puerta de aluminio de la vivienda. Al pie de ella, junto a la cancela baja que cortaba el acceso, estaba el timbre. Puso el dedo sobre el interruptor y apretó.

No escuchó el ruido del timbre. El extremo del circuito que había activado estaba demasiado lejos o sonaba demasiado bajo o no funcionaba. Con alivio y disgusto a la vez, pensó que la bibliotecaria no estaba en casa. Después, se abrió la puerta al final de la escalera.

—Hombre. Tenemos visita —dijo Yolanda, sacando medio cuerpo por el hueco. A sus pies asomó la cabeza leonina de un gato.

—Hola —saludó Primo. Y movió el brazo con ligerísima burla, sorprendido por la actitud irónica que le brotaba ante la bibliotecaria.

—Llegas justo a tiempo para el té. Sube. Está abierto.

Primo empujó la cancela pero esta no cedió.

—Tiene un pestillito por dentro... —explicó ella, haciendo con el brazo el movimiento de descorrerlo—. Espera.

La vio bajar la escalera con su elástico caminar. La presencia del gato en su campo de visión le sugirió un paralelismo, pero enseguida lo rechazó por cursi. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados y un jersey azul de cuello alto. Llevaba el pelo suelto y, cuando se detuvo al pie de la escalera, los mechones oscilando en el aire desprendieron aquel olor fresco, cítrico.

—Hola —dijo ella con gracia, también jugando a la tenue burla, y le ofreció la mejilla adelantando el tronco por encima de la cancela.

Se dieron dos besos y luego ella abrió el pestillo, cerrándolo cuando él cruzó.

Ascendieron codo con codo la escalera, que bajo sus pesos vibraba con una estridencia grave. Arriba, Yolanda le cedió el paso. Cerró la puerta de aluminio, que en realidad era una contrapuerta para aislar la casa en el invierno, y a continuación una de madera que rozaba en el suelo, deformada por los cambios de temperatura. En el corto pasillo de entrada había una bicicleta de montaña con restos de barro en las ruedas. Primo colgó su abrigo en un perchero de pared.

—Te gusta el té, ¿no? —preguntó Yolanda, haciendo un quiebro con el hombro para invitarlo a que la siguiera.

—Sí, claro —contestó, yendo tras ella.

—Vale. Porque estaba preparándolo de verdad, no era un farol para hacerme la interesante. El de los faroles eres tú, señor escritor.

Primo sonrió mientras atravesaban el distribuidor, del cual partían la escalera y todas las puertas de esa planta. Por una de ellas se escapaba una corriente cálida y el agradable olor de la leña. Entraron en la cocina.

—No es que tome mucho, la verdad —explicó Yolanda, manejando una lata de té y una tetera de hierro colado—. Pero ayer cogí algo de frío en la garganta con la humedad, con aquella lluvia tan fina. ¿Tú no?

—Creo que no.

—Qué suerte. Pues sí, y me he acordado de esta tetera que me regaló un amigo y que aún no había estrenado. Y estaba tan lanzada que también he hecho fuego, el primero de la temporada.

Los muebles de la cocina, incluida una mesa cuadrada de robustas patas, eran de madera sin barnizar. Las paredes estaban alicatadas con azulejos verde oscuro, antiguos pero no anticuados, y el suelo, con baldosas color ladrillo. Por la ventana de doble hoja se veía el campanario de la iglesia y, detrás, la vegetación espesa de la ladera de la montaña.

Desde cierta altura, Yolanda vertió el agua caliente en la tetera, a la que había añadido dos cucharadas más de té, y lo colocó todo sobre una bandeja.

—El azúcar, la miel, la leche... —enumeró señalando con el dedo—. Creo que no falta nada. Vamos al salón.

Primo la precedió al salir de la cocina y en el distribuidor escogió la puerta por la que fluía la tibia emanación del fuego.

El salón daba a la fachada principal y recibía la luz de una ventana grande y de la puerta con cristales traslúcidos de la terraza. El mobiliario estaba compuesto por un tresillo de formas abombadas, una mesa baja, una más alta y estrecha con un equipo de música, una silla de patas curvas y, en el rincón opuesto al tresillo, la estufa de metal negro, por cuyo vidrio ahumado se apreciaba la danza lenta de las llamas, asfixiadas por la restricción de oxígeno del tiro. Cuando Primo se volvió para ver qué hacía su anfitriona, descubrió que aquella pared estaba cubierta por centenares de libros. Soltó una risa.

—Definitivamente, no debí decir escritor.

—Muy espabilado no estuviste, no —dijo ella, llevando la bandeja hacia la mesa baja.

—Pintor, tal vez.

—A lo mejor te hubiera pillado también...

—Tornero fresador, entonces. Oye, se agradece el fuego.

—¿Verdad?

En el tresillo, Primo dejó un espacio de casi una persona entre él y la bibliotecaria. A sus preguntas sobre cómo quería el té fue contestando al azar, alternativamente, y se encontró ante una taza de té con leche y miel.

Empezó a hablar tras el primer sorbo, con los ojos fijos en el fuego que ardía sosegadamente en la estufa:

—He pensado que quizá te interesaría saberlo, ya que fuiste tú quien me puso en la pista —dijo como introducción—. Esta mañana he pedido el listado de las llamadas que se hicieron la noche de la tormenta desde las dos cabinas de la plaza. Y el resultado es cero, ninguna llamada, ni entrante ni saliente. Así que el chico que viste no habló por teléfono con nadie.

—Vaya, pues te prometo que yo lo vi. Aunque hablando no, claro —se justificó ella.

—Ya, ya. No lo estoy poniendo en duda, Yolanda. Te lo digo por si ese dato cambia algo las cosas, por si te hace verlas de otro modo. El chico entró en la cabina y en un momento dado se lio a dar golpes, sin más. No hubo una conversación previa que le pusiera así de furioso. ¿No te parece un comportamiento aún más extraño?

—Sí, ¿no? A ver. —Entrecerró los ojos para concentrarse—. ¿Por qué entró entonces en la cabina?

—¿Para desvalijarla? —propuso Primo.

—Aunque no lo vi bien, no tenía pinta de eso. Además, los golpes no parecían tener un objetivo concreto, eran de rabia. No creo que sea tan sencillo abrir una cabina.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Podía estar borracho? ¿Tú qué crees?

—Uf, mucho me pides, pero... Hombre, borracho de caerse no estaba. Quiero decir que sus movimientos, al golpear el teléfono y al girarse hacia mí, no eran muy descontrolados, no se tambaleaba. Pero podía estar bastante bebido. O drogado.

—Ya.

Primo dio otro sorbo al brebaje dulzón y cogió una pasta de mantequilla cubierta por cristales de azúcar. Yolanda siguió la divagación:

—Supongo que alguna de esas drogas de diseño puede generar tal agresividad. Aunque no sé yo si circulan mucho por el pueblo.

—Circulan por todos los lados.

—Sí, bueno. Pero aquí no hay discotecas ni lugares así, lugares propicios para esas drogas.

—Te entiendo. ¡Eh! —exclamó Primo.

Entre sus tobillos apareció de improviso la cabeza parda del gato. Había salido de debajo del tresillo y se frotaba contra su pierna.

—Suele esconderse ahí cuando hay gente —explicó Yolanda, sin disimular un eco divertido—. Pero le has gustado, porque apenas ha tardado en dejarse ver.

—Vaya.

—Entonces, no te ha sido muy útil mi información —afirmó ella, tal vez con la

esperanza de que lo desmintiera.

—Bueno, me sirve para saber que esa noche, cerca de donde Lucía desapareció, había un chico un tanto nervioso, fuera de sí, capaz de no sabemos qué. Pero si no le podemos identificar por la llamada que hizo, o que no hizo, ni tampoco por algún rasgo que recuerdes...

—No, lo siento.

—... pues entonces ese camino se corta ahí. No puedo pasarme a preguntar por él por los bares que había abiertos aquella noche.

—A lo mejor alguno se acuerda de un chico en ese estado.

—Muy difícil. Y en cualquier caso esa pesquisa comprometería mi anonimato aquí, ¿entiendes? Si me decido a actuar a cara descubierta, digamos, tengo que estar más seguro. Ten en cuenta que la investigación lleva un mes en marcha. Y la primera semana ya se interrogó a un montón de gente, sin ningún resultado. Yo no estoy ahora aquí para esa clase de labor rutinaria —dijo en un arranque de franqueza.

—Ajá, ajá —asintió la bibliotecaria, algo impresionada. Pero alejó rápido este tono para insistir—: O sea, que no te ha servido de nada, reconócelo.

Primo la miró de frente, sus ojos titilantes por la fiebre o el reflejo del fuego, y se sintió tentado de continuar con la franqueza, de hacerla cómplice de su investigación, un paso nada ortodoxo que además no tendría vuelta atrás, aunque... ¿no había dado ya ese paso, al venir a su casa para hablarle del asunto de las cabinas?

—La investigación estaba completamente parada. Y yo estaba perdido. No sabes en qué medida, Yolanda. Hasta ayer —dijo Primo observándose las manos—. Ayer por la mañana me llamó Sandra, la amiga de Lucía, porque se había acordado de tres chicos que estuvieron aquella tarde en la piscina, como ellas, tres chicos de fuera del pueblo. Pero no le hice caso. O debo decir que lo juzgué irrelevante. Pero luego me contaste tú lo de ese chico de la cabina y... También era una información irrelevante, si se hubiera dado sola. Pero me pareció, me parece, aunque puedo estar equivocado, que las dos juntas tienen algo de sentido. Sandra solo me pudo describir a dos de ellos, y esas dos descripciones no coinciden con la que tú me hiciste del chico de la cabina, lo cual sería un dato en contra, ¿no? Sin embargo, no sé por qué, igual he enloquecido en estos días perdidos... Sin embargo, tengo la impresión de que, justamente porque no coinciden, sí coinciden. Es decir, que el chico al que tú viste en la cabina es el que Sandra no supo describir, por ser demasiado anodino, por no tener un rasgo peculiar, distintivo... En fin, que sí, que sí me ha servido de algo lo que me dijiste, aunque solo sea para desquiciarme. Yo qué sé.

Resopló y bajó la cabeza. Ya estaba arrepentido de haberle contado todo eso a la bibliotecaria.

A continuación hubo un prolongado silencio. En él se podía distinguir, se palpaba, la corriente emocional de cada uno: el pudor de él por lo que acababa de contar, que era casi una revelación de secretos a alguien ajeno a la investigación; el apuro de ella al percibir ese pudor, pero también su orgullo por haber sido objeto de esa muestra de

confianza; y se palpaba —pero había sido así desde el día anterior o incluso desde la noche del bar— el deseo del uno por el otro, ese enrarecimiento del aire que los separaba.

Alertado por el silencio, el gato volvió a salir de debajo del tresillo para ver qué sucedía. Primo, que buscaba cualquier pretexto para romper su inmovilidad, se puso a acariciarle el pelo de la cabeza. La bibliotecaria decidió también dejar atrás la última parte de la conversación:

—Nunca me habían gustado los gatos. Yo era más de perros. En la teoría, quiero decir, porque tampoco tuve nunca un perro, ni siquiera de niña. Pero hace tres veranos una panda de chicos y chicas, entre los que estaba Sandra y supongo que también Lucía Moreno, adoptaron a un gatito que andaba por ahí suelto, hijo de alguna gata del pueblo. Los dueños de los gatos, cuando paren, se deshacen de las crías, ya puedes imaginarte cómo, o mejor no te lo imagines. Sin embargo las gatas aprenden de un año para otro y cuando vuelven a parir procuran hacerlo en algún sitio escondido, distinto al anterior, para tener a salvo a las crías. No lo suelen conseguir, pero este gatito se libró, quizá gracias a los chicos, y ellos lo tuvieron de mascota todo el verano. Era gracioso ver cómo los seguía a cualquier parte, como uno más. Todos le daban de comer y se puso hermosísimo. Pero acabó el verano y ningún chico se lo quiso llevar, o sus padres no quisieron. Sandra intentó convencer a los suyos pero no lo consiguió. Y la pobre vino llorando a mi casa una noche, con el gato en brazos, y... En fin, que aquí está el susodicho elemento. ¿Verdad que sí, Marcel? —El gato lamió con su rasposa lengua la mano de su dueña—. Voy a meter otro tronco.

Yolanda se levantó del tresillo y ese movimiento repercutió en el otro extremo: Primo se hundió aún más en la blanda espuma. Junto a la estufa había un cesto de mimbre con rajadas de encina y escogió una. Abrió la portezuela mediante un gancho, las llamas se avivaron instantáneamente y metió dentro la leña. Una vez cerrada, la combustión retornó a su ritmo mortecino y eficiente.

—¿Te importa si fumo? —preguntó Primo, sacando del bolsillo de su camisa el paquete de tabaco.

—Puedes fumar. Pero aquí no hay cenicero. Tengo uno arriba. Vamos, y así te enseñe mi guarida —propuso Yolanda.

Él emergió del agujero que su propio peso había formado en el tresillo y siguió a la bibliotecaria hasta el distribuidor. Allí, ante la escalera, Yolanda lo cogió de la muñeca con dos dedos, como si temiera hacerle daño o eludiera un contacto mayor y más significativo, y lo llevó hacia la planta de arriba.

Pero llegados arriba, aún no le soltó la muñeca, y al cruzar la puerta de la única estancia, el angosto hueco los obligó a juntar sus cuerpos y se quedaron como atrapados entre las jambas, mirándose los labios, notando esa fuerte imantación de las bocas, hasta que Yolanda reaccionó, soltó su muñeca y se metió en la habitación.

Primo disimuló dando unos pasos y observando el interior. Se correspondía con el

tercer volumen construido sobre el tejado de la segunda planta, una especie de mirador o amplio palomar. Ella fue a sentarse en la cama que allí había, pero en el último momento, percatándose de que sería demasiado alusivo, torció hacia un viejo sillón situado junto a la ventana. Primo fingió no darse cuenta y encendió el cigarrillo.

—Tienes ahí el cenicero, sobre la estantería —dijo ella desde el sillón.

Primo lo localizó y se acodó en la balda de la estantería, de pie.

—Esta es tu guarida.

—Sí, aquí paso muchas horas, leyendo.

El suelo era de moqueta verde. Sobre él reposaban la cama, una cómoda de madera lacada, una silla, el viejo sillón y una mesita que había a su lado, con un grueso libro de pastas azules y una lámpara de alabastro. Toda la pared en la que él se apoyaba estaba forrada de libros. La luz que entraba por la ventana era mineral, inverniza.

—Oye, ¿a qué huele ese tabaco? —dijo la bibliotecaria alzando la punta de la nariz.

Con una valentía de la que otra vez se arrepintió, Primo no hizo más que coger su paquete de tabaco y mostrárselo desde esa distancia, insinuando con ese ademán que se acercara para verlo. Y ella lo hizo. Se puso de pie y vino junto a él.

—Déjame ver —pidió, cogiendo la cajetilla—. Cigarrillos mentolados, válgame Dios. Este es el tabaco que fumaría una mecanógrafa soltera con antecedentes de tuberculosis en la familia.

Primo no rio la frase, su atención entera estaba prendida de la boca de Yolanda, a dos palmos de distancia. Y cuando ella dejó la cajetilla junto al cenicero le sucedió lo mismo, no pudo no mirar la boca de él. El deseo se precipitaba cuesta abajo, el beso era inevitable. Pero Primo aún daría alguna calada más.

Primo formuló la pregunta con una delicadeza casi supersticiosa:

—¿Y cómo era el tercer chico? No el alto desgarbado, ni el rubio con la coetilla, sino el otro. ¿Cómo era?

Los ojos brillantes de Gema, ya más mareados que ebrios, abandonaron el rostro de él y vagaron por el comedor de la hospedería. Pero no buscaban nada en concreto, parecían más bien querer escapar de la ansiedad que dominaba en su interior. La palidez de sus mejillas, que hasta ahora se había alternado con súbitos sonrojos, se asentó en ellas y Primo temió que fuera a sufrir un desmayo.

—Es que no... Es que... —balbuceó ella con voz débil y discontinua.

—Tranquila —dijo Primo, y decidió concederle un tiempo.

Le producía una incómoda piedad ver así a la hija de Belén. La inteligente serenidad que le había llamado la atención en ella cuando la conoció era ahora traicionada por los efectos del alcohol. Pero tenía que hacerle hoy esas preguntas, no podía dejar pasar una jornada más, había perdido ya demasiado tiempo. Lo había perdido desde que se instaló en el pueblo y también aquel mismo día, esperando con impaciencia a que Gema regresara de Madrid para pasar el fin de semana con su madre. Había llegado a última hora de la tarde. Ahora, en la calle, debía estar anocheciendo.

El café que le había pedido a Belén antes de sentarse a hablar con su hija se había quedado frío. Miró el fondo de la taza con una ligera repugnancia y después bebió hasta apurarla, como quien toma un medicamento en el que no se tiene demasiada fe. Había dormido muy pocas horas y la fatiga presionaba sus globos oculares y volvía imprecisos sus movimientos finos. Le apeteció levantarse y dar unas zancadas energéticas por el comedor, pero podía poner a Gema aún más nerviosa y que la conversación se alargara. Volvió hacia ella la cabeza y, aunque su palidez persistía, carraspeó como aviso de que iba a hablar:

—Entonces, Gema...

Pero ella se colocó una mano delante de la boca, empujó ruidosamente con los talones su silla hacia atrás y salió corriendo del comedor. Primo vació sus pulmones con un suspiro cansado y ahora sí se puso en pie.

Caminó entre las mesas intentando reunir algo de paciencia, o al menos la fuerza suficiente para elaborar su simulacro. Le preocupaba que la chica confundiera su disposición seria, endurecida además por la fatiga, con una postura reprobatoria acerca de que hubiera bebido. Pero concluyó que era inevitable, ella carecía en su estado de los reflejos necesarios para sobreponerse al susto de oír a Primo decir que era policía y quería hacerle unas preguntas sobre el caso de la muerte de Lucía Moreno.

Había detectado su ebriedad al primer golpe de vista, en el pasillo de la

hospedería, cuando Gema había avanzado hacia él y hacia su madre arrastrando la pequeña maleta con ruedas; la había detectado en el modo en que la sorpresa ante aquella extraña bienvenida se propagaba por sus ojos especialmente brillantes, el recelo abriéndose camino entre la hilaridad. Primo comprendió que para celebrar el final de la semana universitaria había estado tomando unas cervezas con sus compañeros de clase, lo más normal del mundo. Y a él no le pareció mal, al contrario, envidió esa alegría de la vida universitaria, pero no podía transmitirle su complicidad. Estaba investigando un homicidio, debía permanecer serio, incluso dar miedo, para que sus preguntas obtuvieran la mejor respuesta posible.

Cuando el recelo se fijó en sus ojos líquidos, Gema había soltado la maleta y se había detenido frente a ellos dos, quienes daban la impresión de cortarles el paso. «¿Ha ocurrido algo, mamá?», había preguntado. Y Belén, torpemente, no había contestado, no había desmentido su alarma: «Te acuerdas del señor Enríquez, ¿verdad, hija?». «Sí», había afirmado la chica con la respiración acelerada. Primo decidió intervenir: «No ha ocurrido nada, Gema. No te preocupes. Solo quiero hacerte unas preguntas. Soy... Bueno, soy policía y llevo unos días investigando la muerte de Lucía». Ahí fue cuando Gema se había asustado y la distensión plácida del alcohol se había transformado en malestar, en indisposición física.

Ya en el comedor, las sucesivas cuestiones por las que Primo le había ido preguntando habían provocado en ella accesos de palidez y sonrojo, temblor en las cuerdas vocales al hablar, confusiones de palabras y nombres, un estado que podía hacer pensar que había bebido más de lo que realmente había bebido, tres o cuatro cervezas, no más, Primo estaba seguro. Su malestar había ido aumentando hasta ahora, hasta que había tenido que abandonar corriendo el comedor. Primo valoró si salir a la calle a fumar mientras la chica se reponía, pero lo descartó. No obstante, ella no tardó en regresar.

—Discúlpeme —dijo mientras se sentaba cabizbaja en la silla.

—No te preocupes.

La observó mientras iba hacia la mesa. Sus mejillas habían recuperado algo de color, quizá porque se había lavado la cara a manotadas: el pelo de las sienes estaba un poco húmedo, adherido a la piel. Un tenue olor a dentífrico y sus ojos congestionados revelaban que había vomitado. Primo se sintió culpable por ello pero también aliviado, ahora estaría más calmada. Se sentó y no abrió la boca, esperó a que ella lo hiciera:

—No recuerdo nada de ese tercer chico. Sé que estaba en la piscina porque eran tres, eso sí lo recuerdo, y porque usted me ha preguntado por él. Pero si usted me llega a decir que eran dos, a lo mejor yo no le hubiera corregido.

—Ya. Eso es que no llamó tu atención.

—Sí, seguramente. Por ejemplo recuerdo al chico alto por eso, porque era muy alto y parecía un poco...

—¿Un poco?

—No sé. Como... No retrasado, pero como... bobo. Aunque quizá lo digo por su aspecto, así tan grande. Pero no hablaba nada, solo se reía todo el rato de lo que decían los otros dos. Se reía con la boca abierta, como un... bobo. Es que lo parecía.

—Entendido.

—Y recuerdo al otro chico por esa coletilla que llevaba. Nunca me han gustado. Pero además, como iba en bañador, sin camiseta, resaltaba más sobre la espalda desnuda. Era un poco desagradable, daba una sensación de...

—¿De qué?

—De... Pero no solo él, sino los tres. Daban una sensación como... chungu.

—Chungu.

—Sí, ay, no sé. Como de chicos de barrio, no sé si me entiende.

—¿Humildes?

—No. O no solo. Es otra cosa. El típico tío chulo del colegio y del insti. El primero que se compra una moto y el primero que se emborracha. El que empieza a faltar a las clases y fuma y se ríe de los empollones. El que abandona antes los estudios y se tiene que poner a trabajar. Pero no me refiero a hacer esas cosas, sino a presumir de ellas, hacerte el chulo. Creerse el más listo cuando eres el más tonto.

—Lo has definido bien.

—A lo mejor no eran los tres así, pero me daban esa sensación.

—¿Y se comportaron de esa manera en la piscina, con esa... arrogancia?

—Umm... Creo que sí. Aunque los chicos en general suelen comportarse así en la piscina. Todos son un poco chulitos. Tal vez ellos un poco más.

—Me has dicho antes que no hablaron con vosotras. ¿Qué hicieron entonces?

—No. Le he dicho que yo no hablé con ellos. Yo. Pero quizá sí habló alguna de mis amigas. No lo recuerdo. Pero sería muy poco en cualquier caso. Alguna frase, algún comentario.

—¿Qué hacían ellos entonces?

—Nada. Es decir, estar en la piscina. Bañarse, dar vueltas, entrar en el bar. Mirar a las chicas, sobre todo mirar a las chicas. Pero como cualquier chico. Son todos parecidos.

—¿De dónde podían ser?

—Ni idea.

—¿Pero tú qué opinas? ¿De Madrid? ¿De algún pueblo cercano? ¿Estaban de vacaciones por la zona?

—No lo sé, de verdad. No les había visto en mi vida y no les he vuelto a...

Bruscamente, Gema se llevó otra vez la mano a la boca, tan rápido que produjo un sonido hueco al hacer vacío contra los labios. Sus ojos enrojecidos se abrieron en un gesto histriónico. Primo se preguntó si iba a vomitar de nuevo y si le iba a dar tiempo de llegar al baño. Sin embargo, lo que se escapó entre los dedos crispados de la chica fue una exclamación, un nombre:

—¡Clara!

—¿Clara? ¿Quién es Clara?

—¡Clara habló con ellos!

—¿Quién es Clara?

—Pero no en la piscina sino frente a su casa. Por la noche. Bueno, y en la piscina también.

—¡Por la noche! —Casi gritó Primo.

—Lo había olvidado por completo. Me lo contó a la mañana siguiente. Pero como enseguida nos enteramos de que esa chica había desaparecido...

—¡Pero quién es Clara!

Reclamada por las voces, Belén entró en el comedor y se quedó mirándolos sin saber qué decir. Ellos también la miraron en silencio, como si no la reconocieran. Pero la inercia de la conversación seguía empujando y Primo volvió a ella, sin importarle la presencia de la dueña de la hospedería.

—Dime quién es Clara, por favor.

—Es una... —Sus ojos, que habían recuperado su abertura normal, se desorbitaron otra vez—. ¡Clara está aquí! Venía este fin de semana. Lo ponía en su *Facebook*. ¡Clara está en el pueblo!

El ardor del café en el estómago vacío, el vértigo de la cafeína recorriendo a presión sus venas, la falta de sueño, cortaron el nervio que lo mantenía pegado a su asiento, como el tirante de una catapulta, y se puso de pie desplazando la silla hacia atrás y dando un topetazo a la mesa. Los ojos de madre e hija confluyeron en él, esperando algo, temiéndolo. Sus manos temblaban ampliamente en el extremo de sus brazos. Si se movía sin parar, tal vez no lo notarían.

—Vamos a ir a ver a Clara —dijo, exhortó Primo—. Ahora.

Belén, pese al miedo por su hija, no atinó a oponerse al plan. Dudaba ante la indeterminada autoridad de Primo, ignoraba si estaba obligada a seguir sus órdenes. Lo único que hizo fue proponer:

—Yo voy también.

—No —dijo Primo de inmediato.

Y en una iniciativa insólita, rodeó la mesa ante la que Gema seguía sentada, fue hacia la mujer y le posó una mano en el hombro.

—Es mejor que venga su hija sola. Volveré con ella lo antes posible. No se preocupe.

Ella arrugó la boca para borrar un rictus de desamparo y bajó la barbilla. Primo retiró la mano de su hombro; quizá no había llegado a sentir su pulso trémulo.

—¿Estás lista, Gema? —preguntó Primo torciendo a medias la cabeza, sin girarse.

—Sí.

Para concederles una breve intimidad, no aguardó en el comedor y salió al pasillo. Recuperó su abrigo de la minúscula recepción y se cercioró de que el tabaco estaba en el bolsillo. La maleta con ruedas seguía de pie cerca de la puerta, su asa

telescópica extendida, dibujando una estampa de provisionalidad indefinida.

Gema se le unió al cabo de un minuto. Llevaba puesta una chaqueta beis de lana gruesa, cerrada hasta el cuello. Primo pensó que se la habría abotonado su madre y ella no habría protestado. Seguía estando pálida pero su mandíbula contraída indicaba determinación, una tranquilizadora entereza, lo cual quedó ratificado justo después porque fue ella quien dijo «Vamos» y avanzó hacia la puerta. En efecto, era Gema la que debía guiarlo hasta la casa de esa Clara.

Había anochecido. Solamente un vaho de claridad por el oeste era lo que restaba del día, aunque se podría confundir con la radiación desperdiciada de una gran ciudad. Las farolas aún frías no alumbraban con toda su intensidad y proyectaban en el suelo las sombras grisáceas de ellos dos, unas siluetas inciertas que se escurrían por los adoquines como láminas de un metal licuado, maleable.

Cruzaron en diagonal la plaza mayor. Gema iba adelantada, escogiendo el itinerario, y a Primo su papel dependiente, subordinado a una chica de diecinueve años, no le resultaba impropio, ni punzaba su orgullo. Decidió darle a ella una tregua —y casi más a sí mismo— y no preguntarle nada: quién era Clara, dónde vivía, qué le había contado exactamente de esos chicos. Subían en silencio hacia la parte alta del pueblo.

Ella se detuvo en el recodo de una calle estrecha, donde se juntaban en ángulo recto las fachadas de dos casas. Señaló con la mano una de las puertas, pero antes de decir nada se escuchó el pitido de un teléfono. Primo acababa de recibir un mensaje. «Un segundo», dijo, mientras se sacaba el aparato del bolsillo. Era un mensaje de Andrea. Lo abrió: *Es que no vas a venir este fin de semana?* Mierda, lo había olvidado. Era viernes, ya de noche, y todavía no le había dicho si volvería a Madrid a pasar el fin de semana. No lo iba a hacer —no podía, no quería— pero ahora estaba demasiado alterado para contestar a su mensaje. Cerró los ojos, que le escocían como si tuviera arena bajo los párpados, y trató de memorizar la obligación de contestar luego, en cuanto pudiera. No lo debía olvidar por nada del mundo. Después, silenció el teléfono.

Mirando a Gema, dijo: «¿Aquí vive ella? Entonces llama». Mientras esperaban la respuesta al ruido del timbre, Primo se situó un paso por delante, recuperó el mando.

La lente de la mirilla se iluminó como la pupila de un gato y a continuación se apagó. Al saberse contemplados, fabricaron una mueca cordial, inocente. La puerta se abrió y una mujer de mediana edad llenó el hueco.

—¿Sí? —preguntó, amedrentada por la oscuridad del recodo de las calles. Pero luego reconoció a la hija de Belén—: Ah, Gema, hola.

—Hola —contestó esta, sin añadir nada.

—¿Podría hablar con su hija, señora? —intervino Primo. Le costaba calibrar con cuántas explicaciones debía justificar su presencia.

—¿Mi hija? ¿Por qué?

En ese momento alguien abrió del todo la puerta. El marido, con gesto torvo, se

asomó por un lado.

—¿Qué pasa, Domi?

—Pues... no lo sé.

Primo soltó aire por la nariz y prefirió no quedarse corto: el metal de su placa de policía lanzó un débil destello desde la palma de su mano. La dejó ahí un rato, como aval de sus palabras.

—Soy el subinspector Enríquez. Estoy investigando la muerte de Lucía Moreno. Me gustaría hablar con su hija Clara. ¿Está en casa?

—¿Tiene que ser ahora? —dijo el padre con una rebeldía automática.

Pero Primo no contestó.

—Voy a llamarla —dijo la madre, y desapareció.

—Muchas gracias.

Lentamente, se guardó la placa. Le dio una pereza abismal tener que aguantar la mirada del hombre y ladeó el tronco hacia Gema. Ella lo miró con la cabeza gacha y, por un instante, su boca fue sobrevolada por una sonrisa, pensó Primo que de satisfacción, de un raro orgullo.

—Hola, Gema.

—Hola, Clara.

Una chica de pelo corto y rasgos muy definidos, como en miniatura, había surgido entre la puerta y el hombre ceñudo. Había escuchado ya la palabra *policía* de labios de su madre y su efecto resonaba en su expresión de congoja. Gema tuvo la idea de terciar para poner las cosas más fáciles a todos:

—No te preocupes, Clara. Y usted tampoco... padre de Clara —improvisó. Y apuntó a Primo—: Lleva varios días en el pueblo, donde mi madre.

La mención de la dueña de la hospedería funcionó como un salvoconducto. Clara se relajó un poco y la dureza de su padre perdió veracidad, fue diluyéndose en la impostura de mantenerla. Primo miró al hombre y este retrocedió por el pasillo, haciendo ver que no claudicaba, solo transigía.

—Gracias —musitó Primo sin destinatario concreto.

En el callejón mal iluminado se quedaron los tres: Clara junto al zócalo de su casa, Primo sobre la acera y Gema detrás, en la calzada. La puerta iba a permanecer en todo momento abierta.

Como si fuera un mareo, Primo sintió el deseo de fumar pero lo reprimió. Un segundo después recordó que estaban en la calle y experimentó una euforia rauda, de adicto. Les dio la espalda a las chicas, no quería que vieran el temblor de la llama buscando la punta del cigarrillo. Cuando expulsó el humo, creyó apreciar que estaba adensado por el vapor de la respiración.

—Me gustaría que volvieras, Clara, a aquella tarde de agosto. Las horas anteriores a la gran tormenta.

—¿El día que desapareció... Lucía? —preguntó la chica, nerviosa, apocada.

—Sí. Pero olvídate de Lucía, olvídate de su desaparición. Como si no tuviera

nada que ver, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Bien. Gema me ha dicho que esa tarde estuviste en la piscina.

—Sí. Como casi todas las tardes del verano. La piscina era nueva este año.

—Y allí estuviste hablando con tres chicos de fuera del pueblo, ¿no es cierto?

—... Sí —contestó Gema, sin aliento, al descubrir la relación entre esos chicos que conoció y la muerte de Lucía.

—Pues cuéntame, por favor, todo lo que recuerdes de aquella conversación, de ellos.

—Pero luego les vi por la noche.

—Lo sé, lo sé —dijo Primo, refrenando la excitación de Clara y su propia impaciencia—. Luego me cuentas lo de la noche. Ahora, la piscina.

—Vale, vale —asintió ella, y miró a Gema, quien esbozó una calmada sonrisa solidaria—. Yo estaba en el bar de la piscina con Ruth... Ruth es mi mejor amiga. Estábamos tomando algo, no sé, un refresco o un helado. Es que... a Ruth le gustaba el camarero del bar, Alberto, y nos pasábamos allí casi toda la tarde. El caso es que, en un momento dado, entraron estos tres chicos... No, espere, a lo mejor ellos estaban ya allí y entramos nosotras...

—No tiene importancia. Sigue.

—Ah. Pues... no sé, se pusieron a hablar con nosotras aprovechando que Alberto atendía a otros clientes. Aunque en realidad creo que solo habló uno de ellos. Sí, los otros dos estuvieron callados.

—¿Quién habló? ¿Cómo era?

—Se llamaba...

—¿Sabes su nombre? ¿El de los tres, quizá? —exclamó Primo, y se le enredaron las manos en el abrigo al sacar la libreta y el lápiz.

—El que hablaba se llamaba Álex.

—¿Y cómo era?

—Era... no sé, normal. Era el más bajo. Tenía el pelo corto, moreno o así. No me acuerdo de nada más. Ah, fumaba. De los otros sí me acuerdo más.

—Espera, espera. —Apuntó: *Álex, hablador, baja estatura. También: Pelo moreno corto, fumador*—. ¿Los otros?

—Uno era muy alto, con las piernas y los brazos muy largos. Las piernas como torcidas. Y con cara de tonto. Quiero decir...

—Entendido. ¿Su nombre?

Cara de tonto, piernas torcidas.

—Umm... No, el suyo no lo sé. Porque el que hablaba...

—Álex.

—Sí, Álex no dijo su nombre. Pero sí me acuerdo del otro: Sebastián. Me acuerdo porque el que hablaba parecía que le llamaba así para fastidiarle. Y le fastidiaba, se notaba. Unas veces le llamaba Sebas y otras Sebastián, para fastidiarle. Era rubio,

Sebastián digo. Era rubio y tenía una trencita por detrás. ¿Sabe cómo le digo?

—Sí, sí.

Sebastián, Sebas, sometido a Álex, el líder.

—¿Los reconocerías si los volvieras a ver, Clara?

—Creo que sí. Pero no les he vuelto a ver.

—Vale. ¿De qué hablasteis?

—De nada en especial.

—¿No lo recuerdas?

—No es que no lo recuerde, es que... hablamos de tonterías. Del pueblo, de si había marcha por la noche, buenos bares.

—¿Intentaban ligar con vosotras?

—Supongo. Pero iban listos si pensaban ligar así.

—¿Por qué?

—Porque, en fin, solo hablaba ese, Álex, y los otros dos estaban callados. Bueno, el alto se reía. Pero no quiero decir que me cayeran mal.

—¿Te cayeron bien entonces?

Clara paró. Cruzó los brazos sobre el tronco, tenía frío. Se le pasó por la mente que la pregunta del policía implicaba una especie de acusación. Pero no se desdijo:

—Sí, no me cayeron mal. Eran divertidos, no sé. El que hablaba hacía chistes, no iba de chulito como otros tíos que intentan ligar. O iba de chulito pero se reía de sí mismo.

—Ajá. ¿Dijeron de dónde eran?

—No.

—¿Y tú qué crees?

—No lo sé.

—¿De un pueblo cercano? ¿De Madrid?

—No lo sé.

—Ya.

Primo tiró al suelo la colilla, consumida hasta el filtro, y comprobó que no se sentía mejor. Seguía estando muy cansado, con una percepción como alucinada de los estímulos —la luz pobre de la calle, que sin embargo le hacía daño; el roce enervante de la ropa contra la piel; un regusto agrio en el paladar, el café—, pero ya no contaba con la esperanza de que fumar un cigarrillo lo ayudaría.

Reparó en que Clara se frotaba los antebrazos con las palmas de las manos.

—Ve dentro a por algo de abrigo, Clara.

—Sí, me estoy quedando helada —dijo ella, y se alejó por el pasillo de su casa.

La torre de la iglesia tocó los cuatro cuartos y una a una fueron sonando las campanadas. Ellos, Gema y Primo, no pudieron dejar de contarlas: las diez de la noche. Este eco, que perduró en la calle estrecha, de algún modo los aislaba, subrayaba su compañerismo fortuito, su intimidad. Él se escoró un poco hacia ella, que permanecía con los pies juntos y las manos en los bolsillos de su chaqueta de

lana, e hizo el esfuerzo de decir:

—¿Estás bien, Gema? ¿No tienes frío?

—Estoy bien.

Tal vez si su intimidad hubiera durado un par de minutos más, Primo habría logrado transmitirle su agradecimiento, su disgusto por haberle estropeado la noche del viernes, su complicidad respecto a que hubiera bebido... Pero Clara salía ya a la calle, doblándose los puños de un jersey demasiado amplio, prestado. Tampoco ella cerró la puerta, como si esa vía la conectara con sus preocupados padres y sirviera para tranquilizarlos. Elevó despacio sus ojos para recibir una nueva pregunta.

—Ahora sí, cuéntame qué sucedió por la noche —le pidió Primo.

—Vale. —Respiró por la nariz y soltó el aire por una fina rendija entre los labios—. Ruth tenía un cumpleaños familiar, de un tío creo. Así que aunque era sábado, el último sábado del verano, yo estaba a esas horas en casa, esperando que ella me llamara para irnos a tomar algo.

—¿Qué hora era, más o menos?

—Más o menos... las once, once y pico.

—No llovía, entonces.

—No, aún no.

—Continúa.

—Yo estaba en mi habitación, aburrida, chateando con unas compañeras del insti, y entró mi madre para decirme que había unos chicos en la calle que me llamaban. Fui a la cocina, porque la ventana de la cocina es la que da a la calle, y me asomé.

—Espera. ¿Qué ventana?

—Esa.

El brazo extendido de Clara arrojó una lanza invisible hacia el segundo piso de la casa. En la ventana, que tenía instalado un tendedero, estaba acodado su padre, vigilando la escena con una mueca exagerada de enfado, en el fondo graciosa. Ella enmudeció, pero Primo no permitió que el diálogo desfalleciera.

—Te asomaste y qué pasó.

—Eh... sí. Había un coche aparcado justo aquí, donde estamos nosotros, un coche amarillo. Por la ventanilla delantera de este lado...

—¿Cómo estaba el coche situado, en qué dirección?

—El morro hacia allá.

—Sigue.

Escribió: *Un coche!!! Amarillo.*

—Por esa ventanilla se asomó un chico.

—¿Cuál de ellos?

—El que hablaba y fumaba.

—Álex.

—Sí, aunque tardé en reconocerle. No había mucha luz. Bueno, como ahora. Y además yo no conocía a nadie que tuviera un coche así. Me costó recordar que era el

chico de la piscina. Y era raro que hubieran venido en coche, porque el pueblo es pequeño, todo el mundo va andando a todos los sitios.

—¿Estaban los tres? ¿Lo pudiste ver desde ese ángulo?

—Sí estaban los tres, pero lo vi luego, cuando bajé.

—Ah.

—Entonces Álex me dijo que si me iba con ellos a dar una vuelta en coche. Primero le dije que no, le dije que estaba esperando que me llamara Ruth, que estaba de cumpleaños. Pero él insistió.

—¿Qué te dijo?

—Que... Que se acababa el verano, que hacía buena noche... Algo así. Sonreía, era divertido. Y le dije que sí.

—Que te ibas a dar una vuelta en coche con ellos. —Enunció Primo.

—No... O sea... —Clara tuvo que admitir—: Supongo que sí, una vuelta corta y enseguida ir a los bares a tomar algo y allí esperar a Ruth.

—Y bajaste.

—Me vestí, me pinté un poco y bajé, sí.

—¿Y?

Ensimismada, Clara jugó con las mangas dobladas del jersey. Su barbilla vibró, como si fuera a echarse a llorar, y luego dijo:

—Me dieron miedo.

—Miedo —repitió Primo con voluptuosidad, con una embriaguez que le recorrió el cuerpo como un pulso eléctrico.

¡Miedo, miedo, miedo!

—Sí, me dieron miedo. Les vi metidos en el coche, mirándome con cara rara, no sé cómo decirlo. Me dio mucho miedo el alto, que estaba sentado en la parte de atrás. Sonreía como un subnormal, enseñando los dientes, unos dientes enormes, un montón de dientes. Entonces dije que me había olvidado el móvil en casa, que subía a por él y que ya nos veríamos después en los bares. Álex intentó convencerme, me dijo... no sé qué, cualquier cosa, pero yo me metí otra vez en casa. Y al asomarme por la ventana de la cocina, vi que se habían ido. Luego, cuando fui con Ruth a los bares, ellos no estaban allí, pero su coche pasó un par de veces por la carretera. Estaban dando vueltas.

Se quedó callada y con los ojos vagos, desenfocados. Parecía satisfecha y avergonzada a un mismo tiempo, como si hubiera confesado una culpa.

Aunque sabía que era un efectismo gratuito, Primo dijo:

—Hiciste bien, Clara. Hiciste muy bien.

Y ella, respaldada por esa aprobación, se animó a preguntar:

—¿Fueron ellos los que...?

—No lo sabemos. No lo sabemos.

Un chasquido por encima de sus cabezas les recordó que el padre de Clara los estaba observando. Pero ninguno levantó la vista.

—Entonces, si Álex estaba de copiloto y el alto en la parte de atrás, ¿conducía el tercero, Sebastián? —preguntó Primo.

—Eso es, el rubio conducía.

Conductor, ¿dueño del coche?

—Clara, ¿podrías identificarme el coche?

—¿Cómo? ¿La matrícula?

—No. Simplemente el modelo, o la marca al menos. Y si tenía algo peculiar, unas ruedas llamativas, un alerón, los cristales tintados...

—No me fijé en nada de eso.

—¿Y el modelo? ¿Serías capaz de reconocerlo si te lo enseño?

—A lo mejor. No lo sé.

—Sería importante —dijo Primo, cerrando su libreta—. Pero se ha hecho un poco tarde. Es suficiente por hoy.

Prácticamente al unísono, los tres realizaron una aspiración amplia y soltaron el aliento por la boca, que se hizo visible en la atmósfera fresca. De esta forma aflojaban la tensión que habían sufrido, cada uno por razones distintas. El silencio que cundió, solo quebrantado por el zumbido de un avión volando a diez kilómetros de altura, también resultaba balsámico, reconfortante.

El párpado derecho de Primo se contraía con pequeños espasmos. Estaba tan agotado, que la perspectiva de despedirse, aun sucintamente, se le presentaba costosísima. Pero no podía no hacerlo. Ahora bien, lo que descartó sin miramientos, aunque cometiera una imprudencia, fue trasladarles a Clara y a sus padres la advertencia de que mantuvieran en secreto su labor, su condición de policía. Quizá lo sobrentenderían.

—Te doy las gracias, Clara, por tu tiempo. Y disculpa que haya sido a estas horas —pronunció con esfuerzo.

—Vale —contestó ella tan solo, y dio un paso hacia atrás.

Primo giró la cabeza aproximadamente hacia la ventana de la cocina y movió hacia allá el brazo. No esperó una respuesta.

—¿Vamos? —Se dirigió a Gema.

—Sí.

—Buenas noches.

La puerta de la casa se cerró al fin y ellos dos, con las manos en los bolsillos, dejaron atrás aquel recodo lúgubre de calles. Sus pisadas sobre los abombados adoquines rebotaron en las fachadas y crearon una cadencia inhóspita.

—Creo que me vendrá bien dar un paseo. Tomar el aire. Estoy cansado —dijo Primo, cediendo a la confianza con la chica. Pero se acordó de lo que le había prometido a su madre—: Ah, pero antes tengo que acompañarte a la hospedería.

—Bah. Si es por eso no se preocupe —dijo Gema—. Puedo ir sola. No me perderé, descuide.

—¿Sí? ¿Seguro?

—Sí. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Gema. Gracias.

Ella dobló la esquina de una caja de ahorros y Primo siguió recto hacia la plaza de la iglesia. Aunque tuvo un fugaz arrebató, se controló para no fumar hoy ni un solo cigarrillo más.

A los pocos minutos, llegó a su destino. Arqueó el brazo por encima de la cancela y descorrió el pestillo. Desplazándose sobre las puntas de los pies, consiguió que la escalera no se agitase ruidosamente. Una vez arriba, golpeó con los nudillos en la contrapuerta de aluminio. La fatiga, súbita, pasmosamente, se había transmutado en deseo.

Se oyó un sonido sibilante cuando abrieron la puerta de dentro y Primo hizo lo propio con la de fuera. Yolanda, sonriente, con la respiración suspendida, lo miraba:

—Hola.

No contestó y pasó a su lado sin tocarla. Mientras ella cerraba las puertas, él atravesó el distribuidor hacia la sala de estar, donde el fuego crepitaba adormecido en la estufa. Allí la aguardó de pie. Yolanda no tardó en reunirse con él.

Primo quiso besarla antes, pero sus propias manos se le adelantaron sacándole el jersey y la camiseta por la cabeza, todo junto. Le sorprendió que no llevara sujetador, ver sus pechos antes de esperarlo, que ella no dijera nada. Después, curioso y arrepentido, observó la cicatriz que recorría su vientre hasta el costado. El trazo de piel herida reflejaba la luz naranja del fuego.

Primo tenía apoyado el portátil sobre sus piernas y la pantalla mostraba una fotografía de un Seat León amarillo. Un Seat León de la primera generación, la fabricada entre los años noventa y nueve y dos mil cinco. Cada vez que se activaba el protector de pantalla, pulsaba una tecla para que volviera a aparecer la foto del coche.

Clara, por la mañana, lo había identificado con certeza, sin dudar: «¡Este, este! Pero en amarillo. Mi primo tiene uno igual. ¡Seguro!». Además, la chica había añadido un detalle que lo distinguía de manera particular: «Ah, y antes he recordado que en... ¿cómo se llama?, la guantera, eso es, que en la guantera había una pegatina con letras chinas o japonesas, una pegatina como en relieve. Lo vi cuando pasé al lado, antes de arrepentirme y darme la vuelta. Recuerdo que pensé que era una horrerada». Un Seat León de la primera generación, color amarillo *ovni*, con unas letras chinas o japonesas sobre la guantera. Ahora solo había que encontrarlo.

Sin embargo, a la sensación eufórica del hallazgo se superponía una reticencia, la sospecha automática ante la simplicidad del caso. ¿Cómo podía ser tan sencillo? Aquella noche, tres chicos habían circulado por el pueblo en un vehículo de color chillón —cuando todo el mundo solía ir caminando a todos los sitios— y nadie, hasta ahora, los había relacionado con la desaparición de la chica. ¿Por qué? ¿Tan fuerte y arrasadora había sido la impresión provocada por la tormenta? Este recelo instintivo se tornaba en vergüenza si Primo pensaba que quizá la culpa había sido de ellos, de la Policía, por el modo nefasto en que habían realizado la investigación, desde el primer momento.

Varios pares de ojos, tal vez varias decenas, tuvieron que ver ese coche amarillo. ¿Pero cómo dar con ellos, cómo hacerles recordar? ¿Y qué recordarían? Al fin y al cabo, el dato de las letras orientales serviría para distinguirlo teniéndolo delante, pero no para iniciar su búsqueda en las bases de datos. Para esto sería imprescindible la matrícula, y nadie que viera el vehículo aquella noche, aunque se fijase con cierto detenimiento, recordaría la matrícula después de un mes y pico. Esos ojos no serían útiles, aunque Primo diera con ellos. Pero había otra clase de ojos, con mejor memoria. Las cámaras.

Pese a ser un procedimiento ordinario, casi maquinal, en el inicio de la investigación no se habían revisado las grabaciones de las cámaras de la zona. Pero como Garray —y la prensa— se había empeñado irracionalmente en colocar el foco sobre el novio de la chica y sobre el chaval de la piscina, ese trámite elemental se había pasado por alto.

Cerró la pantalla del ordenador y lo retiró a un lado de la cama. El pequeño ventilador de la refrigeración le había calentado la rodilla izquierda. Cogió el teléfono del escritorio y marcó el número del policía municipal.

—Dígame.

—¿Damián?

—Sí.

—Soy el subinspector Enríquez.

—Ah, hola. ¿Cómo va la cosa?

—Bien, bien. Oiga, necesitaría cierta información.

—Lo que sea. Dígame.

—Querría saber si hay cámaras en el pueblo.

—¿Cámaras?

—Sí, de seguridad, de circuito cerrado. Que graben imágenes que luego puedan recuperarse.

—Ya entiendo. Déjeme pensar.

Durante los segundos que se prolongó el silencio, oyó que el municipal estaba en mitad de un gran bullicio: gritos de niños, conversaciones, bocinas de coches. Sin lugar a dudas no se encontraba en el pueblo. Primo recordó que era sábado y no estaría trabajando.

—En la iglesia —dijo Damián.

—¿Dentro o fuera?

—Dentro, por los robos. Años atrás entraron a robar varias veces en un corto periodo y pusieron un sistema de seguridad. Aunque ahora que lo pienso igual no es una cámara, sino un detector de movimiento de la alarma, nada más. Sí, debe de ser eso. Cada tres por dos está saltando la alarma y tengo que ir con la escalera para desconectarla de la luz. Un sistema bastante chapucero.

—De todos modos no me sirve. Tendría que ser una cámara que grabase en el exterior, la calle.

—Ya. Pues...

—¿En alguno de los bares con terraza?

—Lo dudo mucho. Quién va a robar en esos bares. —Hizo una pausa—. Tiene que haber cámaras de esas en la presa, en las instalaciones del Canal. Como tratan el agua que luego beben millones de madrileños, tienen muy vigilada la zona. Para que ningún loco intente envenenar el agua, supongo. Pero tampoco le servirán esas cámaras, ¿no?

—No, demasiado lejos.

—¿Qué está buscando en concreto, inspector? Si me permite la pregunta.

—Busco a tres chicos que rondaban aquella noche el pueblo en un Seat León amarillo. Y por la tarde estuvieron en la piscina.

—¿De dónde eran?

—No lo sé. Usted qué opina, Damián.

—¿Yo?

—Tres chicos jóvenes, dieciocho o veinte años, que estuvieron por la tarde en la piscina y luego dando una vuelta en coche por el pueblo. ¿De dónde podían ser? ¿Podrían haber venido ex profeso de Madrid?

—Umm... No lo creo. Una pareja adulta, o con niños, podría haber venido desde Madrid a pasar el día. Pero tres chicos jóvenes... Yo diría que tuvieron que venir de algún pueblo de la zona. Tenían coche.

—Eso he pensado yo —exclamó Primo, complacido por la coincidencia de opiniones—. De un pueblo que no tenga piscina. Por eso vinieron a la de aquí.

—Claro, claro —dijo Damián con tono abstraído. Y de pronto—: En el cajero. En el cajero tiene que haber una cámara de seguridad.

—¿Qué cajero?

—El que está en la plaza de la fuente de los cuatro caños.

—Ah, sí —dijo Primo sin demasiado entusiasmo.

Porque si los chicos no entraron al cajero, y era muy probable que no lo hicieran, no habría imágenes tuyas. Y, en todo caso, la cámara no habría registrado la matrícula del coche.

—Llame a Perico, el alcalde —sugirió Damián—. Su cuñado trabaja para la caja de ahorros y lleva los cajeros de todo el valle. Seguro que él le puede conseguir más fácilmente las grabaciones de la cámara.

—De acuerdo, lo voy a hacer.

—¿Algo más, inspector?

—No, Damián. Muchas gracias.

—Bueno. Pues yo voy a seguir cargando bolsas. He venido a Madrid con la mujer para hacer compras y me tiene de *sherpa*. Estoy un poquito harto. Ahora acabamos de entrar a una tienda de lencería, no le digo más.

El ruido al otro extremo se cortó y Primo notó un pitido en el oído, el órgano ajustándose de nuevo al silencio.

Aunque no albergaba muchas esperanzas respecto al cajero, le gustaba la idea de obtener las grabaciones a través del alcalde y no mediante un requerimiento oficial que pasase por la comisaría. Ahora más que nunca, le interesaba no llamar la atención del comisario.

Marcó el número del alcalde.

—¿Sí?

—Buenos días, Pedro. Soy el subinspector Enríquez.

—Hombre. Qué hay. No me diga que está trabajando hoy sábado.

—Sí.

—Ya somos dos. ¿Y está en el pueblo?

—Claro.

—Pues véngase al ayuntamiento y me cuenta lo que sea. Yo estoy aquí liado con papeles. ¿Le parece?

—Tardo cinco minutos.

—Perfecto.

Por la ventana triangular de la buhardilla se veía un cielo limpio, de un azul terso y acerado. Sin la protección de las nubes, la noche había sido fría, había caído la

primera helada del otoño. Si seguían descendiendo las temperaturas, su abrigo de entretiempo empezaría a ser insuficiente. Se lo puso y salió de la habitación.

Al cruzar por delante del comedor, vio a la hija de Belén colocando tazas de desayuno sobre el carro con ruedas. Adoptando una pose deliberadamente cómica, asomó el tronco por la puerta.

—Hola, Gema. ¿Cómo te va? —dijo en tono jovial, distendido.

—Bien —respondió ella con una sonrisa, poniéndose un poco colorada.

A Primo le alegró este tímido alborozo. Lo consideró una señal de reconciliación con la chica.

—Voy fuera.

—Vale.

Aunque entró cabizbajo en la plaza mayor, percibió al instante que su aparición causó un efecto, una especie de electrificación en el ambiente. Pensó que lo observaban. Mientras buscaba a alguien con los ojos, captó un cuchicheo reprimido y una quietud poco natural. Por fin encontró el origen de estas perturbadoras ondas: en la esquina de la biblioteca, dos mujeres inmóviles miraban al suelo en una actitud obvia de disimulo. Primo también disimuló y aceleró el paso hacia el ayuntamiento. Penetró en el zaguán del edificio.

En la sala de *Atención al público* no había nadie, los ordenadores estaban cubiertos con fundas, y él la atravesó para llegar a la escalera. Arriba, la puerta de la alcaldía estaba abierta.

—Entre, entre —le dijo el alcalde desde detrás de su ancho escritorio.

Primo hizo caso a la invitación y luego al gesto que lo inducía a sentarse.

—Ya ve, así paso la tarde del sábado —dijo el alcalde, abarcando las docenas de documentos que cubrían su mesa—. El secretario me dejó ayer un montón de papeles por mirar.

Pese a que eran palabras de queja, la expresión del hombre estaba lejos de transmitir fastidio. Bajo la prematura calva, su rostro se perfilaba con pliegues mansos y apacibles. Sin embargo, Primo no dudó que cuando hubiera que ser enérgico, él lo sería sin titubear. Antes de hablar, el alcalde entrelazó los dedos sobre una carpeta con el escudo del municipio.

—Le he hecho venir... Bueno, para que me cuente lo que sea y charlar un rato, por supuesto. Pero también porque quería avisarle de algo. Me lo ha dicho mi mujer durante la comida. Parece ser que le han descubierto, señor Enríquez. Han descubierto que es usted policía. Se ha corrido la voz por todo el pueblo, no sé cómo.

Primo arqueó las cejas con resignación y dijo:

—Lo sé. Acabo de darme cuenta ahora mismo, mientras cruzaba la plaza para venir aquí.

—En estos pueblos pequeños las noticias corren como la pólvora. Y más si se refieren a la chica muerta. ¿Sabe cómo ha podido suceder?

—Creo que sí. Error mío.

Le vino a la memoria la imagen del padre de Clara vigilándolos desde la ventana, la noche anterior. Solo habían transcurrido unas pocas horas.

—¿Y supondrá un problema?

—Bueno, hubiera sido mejor continuar como estábamos, desde luego. Pero antes o después esto iba a ocurrir. Habrá que adaptarse. Qué remedio.

—Como comprenderá, la gente está inquieta. Le he dicho a mi mujer que lo niegue, que diga que no sabe nada. A ella le preguntan más, lógicamente. Y yo haré lo mismo.

—Ya no importa demasiado. Pero gracias.

El alcalde retiró las manos de la mesa y se echó hacia atrás. El mecanismo amortiguador del respaldo emitió un chirrido.

—Por lo demás, ¿cómo va su trabajo? ¿Avanza?

—Pues... lo cierto es que estoy buscando a tres chicos. Estuvieron aquella tarde en la piscina y por la noche en las calles, dando vueltas en un Seat León amarillo.

—Sospechosos —tradujo el alcalde.

—Más o menos, más o menos.

Aunque sabía que no podía esconder sus verdaderas expectativas a la aguda atención del alcalde, prefirió mostrarse prudente. Continuó:

—He estado hablando con Damián hace un momento. Quería preguntarle si en el pueblo hay cámaras de seguridad que pudieran haber grabado a esos chicos o a su coche. ¿Las hay?

—A ver... —El alcalde se rascó la cabeza y entornó los párpados—. Ni siquiera aquí en el ayuntamiento tenemos. Nos basta con la alarma. Quizá en alguno de los chalets más aislados, los que están en la montaña. Algunos son casi mansiones.

—No creo que esas cámaras me sirvieran.

—No, claro.

—¿En el cajero automático? —Tuvo que decir Primo.

—¡Ah! Por supuesto. Precisamente el hermano de mi mujer es el encargado de...

—Eso me ha dicho Damián, que usted podría ayudarme a conseguir la grabación de la cámara del cajero durante ese día, el veintinueve de agosto. Por si lo utilizó alguno de esos tres chicos.

—Ningún problema. Es más... —Rescató su teléfono móvil de entre los papeles y miró la hora—. Umm, mi cuñado a estas horas se está echando la siesta. Es sagrada. Pero dentro de un poco le llamo y se lo pido. Delo por hecho. El veintinueve de agosto, cuando desapareció Lucía, muy bien. Más cosas.

—Eso es todo —dijo Primo, satisfecho de que el trámite hubiera resultado tan fácil.

—Muy bien. Le reitero que cuenta con toda mi ayuda. También con la de Damián y Petri, aunque me consta que ya le han sido útiles.

—Sí, gracias.

—En cuanto mi cuñado tenga las grabaciones, se lo haré saber.

A Primo se le fueron los ojos a la pared de enfrente, de donde colgaban una fotografía del rey, un crucifijo y un emblema socialista. Esta vez, la combinación de elementos le pareció más una paradoja que una contradicción. Quizá sucedía que se estaba acostumbrando a las peculiaridades de un pueblo. O quizá era que el alcalde, sencillamente, le caía bien. Se puso en pie y le alargó la mano por encima del escritorio.

—Hasta la vista.

—Oiga, Enríquez.

Primo se giró cuando ya caminaba hacia la puerta del despacho. Al alcalde le costó elegir las palabras adecuadas, el tono:

—Como le he dicho antes... En fin, en estos pueblos pequeños se termina sabiendo todo lo que sucede en ellos. Todo. Y antes de lo que uno pueda pensar. Téngalo en cuenta.

—De acuerdo —dijo Primo y asintió, pero no había comprendido el mensaje.

Meditando sobre estas palabras, cuya relevancia quedaba acreditada por el rostro serio del alcalde, bajó las escaleras del ayuntamiento y atravesó la sala de administración. Las banderas del balcón eran sacudidas por el viento y producían un sonido de aplausos de manos enguantadas.

Cuando, en mitad de la plaza, un matrimonio maduro desvió absurdamente la mirada a su paso, Primo comprendió la advertencia del alcalde: no solo se había difundido la noticia de que era policía, sino también su aventura con la bibliotecaria. Tenía que ser eso. Alguien lo habría visto entrar o salir de su casa. Un malhumor rabioso le ascendió del estómago y le hizo apretar los puños y los dientes. Mierda, masculló en voz baja, puta mierda.

Las ganas de marcharse, de abandonar el pueblo, crecieron como un arrebató de ira. Hubiera cogido en ese instante su coche, que estaba aparcado en el callejón de la hospedería, pero no tenía encima las llaves. Si había dudado de la utilidad de buscar por su cuenta el Seat León amarillo, ahora estaba decidido a hacerlo.

Hacía casi una semana que había dejado el coche, el lunes al regresar de Madrid, y no recordaba dónde había puesto las llaves. Buscó en las gavetas del escritorio, en la mesilla, en el cuarto de baño, y las encontró finalmente en un bolsillo del maletín del ordenador. Se guardó el mechero, el paquete de tabaco, un mapa del valle y se encaminó hacia la puerta de la buhardilla. Pero allí se paró: tal vez debía coger una cosa más. Volvió a entrar.

Del fondo de un cajón del armario, bajo tres pares de pantalones, sacó su pistola reglamentaria, la Star 9 mm semiautomática. La contempló en la palma de la mano, notando la atracción que ejercía la tierra sobre sus más de seiscientos gramos de masa, y decidió llevarla consigo. Aunque extraño, era un modo de optimismo pensar que podía llegar a necesitarla. La metió en el bolsillo del abrigo.

Al dar el contacto, el motor de arranque giró ahogadamente varios segundos, hasta que pisó el acelerador y el coche se puso en marcha. Manióbró para salir a la

plaza mayor y circuló rápido por las calles, quizá demasiado rápido, pero sentía un placer vengativo en escuchar el tableteo elástico de las ruedas sobre los adoquines. Salió a la carretera por la plaza triangular de los bares y rodeó el pueblo sobre el silencioso asfalto. El embalse, a su derecha, atrapaba la claridad malva del cielo como si fuera un imán, un sumidero de luz.

El teléfono sonó cuando recorría un tramo acotado por los guardarraíles y la vegetación cobriza del otoño. Comprobó en la pantalla que era Andrea quien llamaba. Mierda. Aunque el teléfono dejó de sonar medio minuto después, frenó el coche en cuanto pudo, tomando el camino de entrada a las instalaciones de la presa. Quitó el contacto, respiró hondo y marcó el número de su novia.

—Andrea.

—Sí.

—¿Qué tal?

—Bueno.

—¿Bien el trabajo?

—Ya sabes.

—No te contesté al mensaje ayer.

—No, no lo hiciste.

—Lo olvidé, perdona. Ayer tuve un día muy largo. Acabé de noche. Recibí el mensaje cuando estaba a punto de hablar con alguien y luego lo olvidé.

—Sigues allí, entonces. En el pueblo.

—Sí, claro. Dónde voy a estar. La investigación está empezando a dar resultados. Me pillas en el coche, yendo a unos pueblos de alrededor. Ahora no puedo coger ni un día libre. Hoy quizá trabaje hasta la noche también.

—Así que la investigación da resultados, ¿eh? Pues yo no he visto nada en los periódicos. Ni en la tele.

—Ya. De eso se trata, ¿no? De que los periodistas no estén en medio y podamos trabajar tranquilos.

—Pero hace un mes cada movimiento vuestro salía en todos lados.

—Lo sé. A mí me lo vas a decir. Pero ya te conté el rollo aquel del comisario. De todos modos, ¿qué pasa, Andrea? ¿Crees que te estoy mintiendo? ¿Que estoy aquí de vacaciones?

—Ah, no lo sé. Yo solo digo que...

—Oye, no te estoy mintiendo.

—¿No?

—Claro que no.

Ella hizo una pausa antes de decir:

—Entonces contéstame a una pregunta. Sin mentir, ya sabes. ¿Estás con alguien?

Los primeros segundos de silencio, en los que Primo hubiera podido mentir con cierta verosimilitud, pasaron demasiado rápido. Se quedó paralizado por el asombro ante el astuto giro que Andrea había dado y por la brusca tristeza que le provocaba

adivinar el hilo de pensamientos que la habían llevado hasta ahí, hasta esa dolorosa sospecha. Después de esos instantes, recuperada su capacidad de reacción, tuvo la inteligencia de no mentir. Habría resultado humillante para ella, el indudable engaño, un insulto. El silencio que vino luego no le pertenecía ya a Primo, quien definitivamente no contestaría a la pregunta —estaba contestada—, sino a Andrea, le tocaba a ella romperlo, y tenía derecho a hacerlo como quisiera. Durante más de un minuto lo alargó. Su voz sonó calmada, desconcertante:

—Quizá esta pueda ser la manera, ¿no? La manera de terminar, digo. Que exista algo que podamos utilizar los dos para romper. Yo para odiarte. Y tú para sentirte mal pero sabiendo por qué. Ya lo había pensado, pero no había sido capaz de hacerlo. Pero tú lo has conseguido, te felicito.

—¿Qué dices, Andrea, por Dios?

—En serio. No podíamos seguir así indefinidamente, amargándonos los dos. Pero es que no había razones para terminar. Pues bien, ya hay una razón. Va a ser más fácil ahora.

Esta frialdad, este casi cinismo, anestesió el impacto de las palabras en Primo. Su remordimiento quedó suspendido, a la espera, desconfiado de que fuera a librarse de la parte que le tocaba asumir.

Y en efecto el remordimiento vino justo después, neto e insoportable, cuando Andrea no supo seguir manteniendo ese impasible desapego:

—Aunque podría olvidarlo si aún no habéis... ¿Os habéis acostado ya, Primo?

—Andrea.

—Dímelo, por favor. Solo eso.

—Andrea.

—Es verdad, es verdad. Tienes razón. No tengo derecho a...

El llanto brotó incontenible al otro lado del teléfono. Andrea lloraba y Primo no recordaba cuándo la había escuchado antes llorar. Cada gemido le hacía daño en el centro del pecho, como un calambre muscular o una contractura.

—Por favor, Andrea, por favor.

—Sí, sí. Ya paro.

Pero un flojo aullido, que la mano sobre el micrófono solamente lograba asordinar, se reanudaba con una persistencia desesperada. A Primo se le nubló la vista de lágrimas.

—Hablamos... Ha... Hablamos otro día —dijo ella entre hipidos.

—Sí, Andrea —contestó él, pero la comunicación se había cortado ya.

Dejó el teléfono sobre el asiento del copiloto y arrancó el motor, convencido de que podía continuar la marcha; quitó también el freno de mano y metió primera. Después, volvió a apagar el motor.

Fumó dos cigarrillos sin moverse del volante.

Cuando una espuma rosácea creció en el horizonte, anunciando el atardecer no muy lejano, consiguió obligarse a seguir. Tenía que visitar todos los pueblos que

podiera. Pueblos pequeños, sin piscina. Accionó el contacto.

Se habían besado con furia al encontrarse. Mientras subían a trompicones las escaleras, desnudándose, el deseo se había dejado sentir como una inercia que tendía a juntar sus cuerpos, una gravitación. En esos primeros momentos, el deseo prevalecía. Pero había algo más, otra fuerza ejerciéndose sobre ellos que se oponía al deseo. En Primo, estas reticencias las motivaba el llanto de Andrea por teléfono, que no conseguía que parara de sonar en su cabeza. Pero ignoraba qué había detrás de las reticencias de Yolanda.

El rastro de prendas por el suelo acababa al pie de la cama, en el dormitorio repleto de libros que ella llamaba su guarida. La luz de la lámpara de alabastro alumbraba el sillón de lectura vacío y propagaba por el resto de la habitación una claridad nocturna y acogedora, como la que reclama un niño para conjurar el miedo antes de dormir.

Ya no se besaban. Permanecían de rodillas sobre la cama, frente a frente, sin tocarse. Aunque jadeaban de ansia, aunque temblaban ante la perspectiva de abalanzarse el uno sobre el otro y al instante comenzar a follar, el equilibrio de fuerzas estaba ahora igualado, el deseo y las reticencias se anulaban entre sí y no permitían que sus cuerpos se juntaran ni tampoco que salieran repelidos como imanes.

Pero el paso del tiempo sirvió para resolver la pugna. Sin un indicio previo, Yolanda se dejó caer hacia un lado sobre el colchón, roto el invisible lazo del deseo, y Primo se quedó oscilando sobre sus rodillas. Las reticencias habían vencido. Sus respiraciones, poco a poco, se fueron calmando. El temblor se atenuó hasta desaparecer.

Asumiendo la responsabilidad del fracaso, fue Yolanda la que habló primero, tras varios minutos de rehuirse las miradas:

—¿Recuerdas la otra noche en La Bodeguilla? No sé por qué, sin conocerte, ya te hablé de lo aburrido que es vivir en un pueblo. No es el paraíso que puede parecer desde fuera, si se pasan unas horas o unos pocos días. No sé por qué lo hice, supongo que ya me gustabas y anticipaba las consecuencias —dijo con una leve ensoñación en la voz—. Odio esta falta absoluta de anonimato. Saberlo todo de todos, desde lo más vulgar a lo más íntimo. Lo odio.

—Así que es eso —comentó Primo, deduciendo que la bibliotecaria acababa de contarle lo que había detrás de sus reticencias, lo que había vencido al deseo.

—Claro que es eso. No me digas que no te has dado cuenta, que no sabes que todo el pueblo está enterado de lo nuestro. Y, por supuesto, también se han enterado de que eres policía.

—Me he percatado de esto último en cuanto he puesto un pie en la calle esta mañana. Lo otro, lo nuestro, me lo ha dicho el alcalde.

—¡Que te lo ha dicho el alcalde! —exclamó Yolanda, la indignación adoptando un giro cómico—. ¿Y va a anunciarlo en un bando municipal o algo así? Es el colmo. ¡Qué pueblo de cotorras!

—Bueno, he tardado en comprender lo que me quería decir. Lo ha insinuado con bastante delicadeza.

—¡Oh, con delicadeza! ¡Qué diplomático!

Primo se había recostado también en la cama y observaba a Yolanda desde el extremo contrario. Ahora que ella verbalizaba sus reticencias, el deseo se había transformado en una corriente subterránea, un disimulo, al que él sin embargo no renunciaba. Habrá ocasión, se dijo, mientras ella no se cubra, mientras no sienta que su desnudez es inadecuada, ofensiva para alguno de los dos. Él, por su parte, no lo hacía, no cubría la evidencia de su propio deseo.

—Cuando llegué a este pueblo a mí también me pareció un lugar idílico —dijo ella después del silencio.

—¿Hace cuánto de eso?

—¿Me está usted interrogando, señor policía? —soltó Yolanda con agresividad, todavía irritada por lo del alcalde. Pero rectificó—: Perdona. Ocho años, vine hace ocho años.

El gato entró en la habitación y sorteó el reguero de prendas tiradas. Sus ojos marcaban en la penumbra dos inquietantes balizas ámbar. Siguió ella:

—Supongo que es idílico si uno viene con un proyecto vital más o menos ortodoxo y se va cumpliendo. Pero si no funciona, si descarrila por lo que sea, un pueblo así es el peor lugar para estar. Las ciudades son más tolerantes con el extravío, aceptan mejor la falta de rumbo. No sé, hay más sitios a los que ir, en los que evadirte, personas como tú. Pero si aquí intentas evadirte, al día siguiente te van a señalar por la calle, van a cuchichear a tu paso, el camarero del bar te va a mirar con una sonrisilla cómplice, insultante, asquerosa. Y como te descuides, te conviertes poco menos que en una...

La bibliotecaria se calló y chocó la palma contra su cadera, como si se reprendiera. Pero no tardó en retomar la palabra.

—Quiero decir que esto ya lo he vivido. Ya sé lo que es ir por la calle y que te miren las señoras. Saber que están al tanto de con quién te acostaste la noche anterior, a qué hora exacta, y que piensan que eres la culpable de romper un matrimonio. Como si no fuéramos todos mayores de edad, responsables de lo que hacemos. Y no quiero eso otra vez, lo siento. Quizá les esté dando la razón, quizá hayan ganado ellos. Quizá.

Su disposición había pasado en pocos minutos del enfado a una mansedumbre cansada, que parecía contagiarse a su cuerpo. Sus hombros se habían contraído y sus pechos presentaban una languidez triste, refractaria al deseo. Cumpliendo el pronóstico de Primo, ella agarró ahora un cojín y se cubrió el vientre.

—No quiero eso otra vez. No lo quiero —repitió, ensimismada.

Aunque ella acaso esperaba oírlo, Primo no le dijo que esta situación no podía durar mucho más, que él no permanecería en el pueblo indefinidamente, y que luego, tal vez, si los dos... No, no dijo nada, aceptó las razones de Yolanda. También él comenzaba a sentir que la desnudez era embarazosa, incongruente, y se incorporó en la cama.

—Me voy, entonces —musitó.

—Sí —replicó ella con entonación neutra, sin alivio, sin decepción.

Antes de ponerse en pie, localizó con los ojos su ropa y la separó mentalmente de la de Yolanda. Quería tardar el menor tiempo posible en cogerla. Así lo hizo, demorándose tan solo en desenredar el sujetador de ella de la manga de su jersey. Esquivó al gato, que se le cruzó ante la puerta, y salió de la habitación. Bajó descalzo las escaleras y se vistió rápido junto a la estufa encendida, donde habían quedado sus zapatos sin desatar.

En la calle, con la primera calada al pitillo, intentó extraer algo de humor a sus circunstancias: pensó que no todo el mundo rompe con dos mujeres el mismo día, pocos son los elegidos. Después, el ánimo se le ensombreció por completo, pues recordó que su inspección de la tarde por algunos pueblos sin piscina había sido infructuosa. No había encontrado ni un solo León amarillo.

Volvió a poner el segundo disco en la bandeja del lector y la empujó hasta que se deslizó entera dentro del portátil. De los cuatro discos que le había dado el alcalde a primera hora de la mañana, con doce horas de grabación de la cámara del cajero, solo aquel contenía algo que a Primo le había resultado interesante, aunque por razones dudosas. Buscó el minuto setenta y cuatro y pinchó el icono de reproducción. El cubículo acristalado del cajero llenó la pantalla con sus rectas ligeramente curvadas por la lente gran angular. La iluminación era todavía la del exterior (diecisiete y catorce de la tarde), así que la persona que estaba a punto de entrar fue anunciada antes por su sombra. Después, la puerta se abrió y Yolanda avanzó hacia el cajero. Por segunda vez, contempló esas imágenes carentes de sonido.

Ella ha quedado de perfil e introduce su código en el teclado numérico. Viste unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta gris de tirantes anchos. La baja resolución de la cámara difuminaba sus rasgos, pero Primo era capaz de reconocer su espalda arqueada de deportista, y el volumen exacto de sus pechos pequeños bajo la camiseta, y el modo en que se remetía el pelo tras la oreja para que no le rozase la mejilla. Reconocía estos rasgos, percibía aún la pulsión del deseo, pero a un mismo tiempo no podía negar la sensación de equilibrio que disfrutaba desde la noche anterior, un equilibrio que se parecía a la indiferencia. Aunque sabía que si no se hubiera acostado con la bibliotecaria, si se hubiera resistido a la atracción, ahora no estaría en equilibrio, sería víctima de otra clase de deseo, más sordo y frustrante. Cuando ella retiró los billetes de la ranura y se giró para salir, Primo pausó la imagen.

Había estado toda la mañana y durante el principio de la tarde visionando la grabación de aquel veintinueve de agosto, desde la una del mediodía a la una de la noche, ya día treinta. Pese a que la mayor parte del tiempo se veía el cajero vacío, no había podido retirar su atención ni un instante, para no perderse la fugaz aparición de alguna persona, acertada por la velocidad triple del reproductor. Tenía una bruma sedosa delante de los ojos y la amenaza de un dolor de cabeza. Se levantó del escritorio con gavetas y se tumbó en la cama, cerrando los párpados.

Aparte de Yolanda, siete personas más habían utilizado el cajero en ese periodo: dos mujeres de mediana edad, un hombre grueso con pelo largo, la dependienta de la mercería, un chico joven con un mono verde de la compañía eléctrica y, por la noche, una pareja de novios, quienes después de sacar dinero estuvieron besándose durante un cuarto de hora. En el resto de la grabación solamente había quedado registrado el progreso de la luz a lo largo de esas doce horas, desde la reverberación blanca del mediodía colándose por los cristales, pasando por el nacimiento y el declive de la prolongada tarde, hasta el súbito encendido de la iluminación interior, que proporcionaba a las últimas cuatro horas una ambientación homogénea.

A tientas, alargó la mano hacia el escritorio para coger la cajetilla de tabaco, pero

no dio con ella y tuvo que incorporarse de nuevo. Entre parpadeos, vio a Yolanda congelada en el ordenador y fue asaltado por una ocurrencia. Aumentó la imagen sobre su rostro cuatro, ocho, dieciséis veces, hasta que sus ojos ocuparon íntegramente la pantalla. Aunque la baja resolución esfuminaba considerablemente el resultado, Primo tuvo la impresión de que esas borrosas pupilas miraban en dirección a la cámara, un vistazo casual antes de abandonar el cajero. Se dijo que ese fragmento de vídeo, esa mirada infinitesimal entre doce horas de grabación, era en efecto lo único interesante que había encontrado, pero no solo para él, sino también en relación al caso: esos ojos, unas pocas horas más tarde, caerían sobre el chico iracundo de la cabina telefónica, sobre Álex, uno de los tres ocupantes del coche amarillo que Primo estaba buscando. Pero ¿qué podía extraer ahora de esos ojos?

Dieron tres golpes en la puerta de la buhardilla y, con una absurda turbación, se apresuró a bajar la pantalla del portátil. «Voy», dijo en alto. Caminó descalzo sobre la alfombra y abrió. La hija de Belén le sonreía tímida desde el descansillo.

—Hola, Gema.

—Hola.

—Dime.

—Están echando en la televisión una cosa que puede interesarle. A lo mejor quiere verlo.

—Oh, vale. Un segundo y bajo contigo —dijo Primo para retener a la chica, que ya se volvía. Ella se detuvo ante el primer escalón de bajada.

Recuperó sus zapatos, cada uno en una punta de la habitación, y se los puso rápidamente. Cogió la llave unida a la tablilla de madera y cerró la puerta. Juntos, emprendieron el descenso de las dos plantas de la hospedería.

Gema permanecía callada, pero Primo no detectó resentimiento en ese mutismo.

—Pensaba que estarías ya de regreso en Madrid —dijo él—. ¿Cuándo coges el autobús?

—Luego, a las ocho.

—Ajá. ¿Qué estudias, Gema?

—Ingeniería Industrial.

—¿La superior?

—Sí.

—Uf —resopló con admiración—. ¿Y cómo lo llevas?

—Es dura, pero estudiando...

—¿En qué curso estás?

—En segundo, con una asignatura de primero.

—Entonces ya lo tienes dominado.

—Bueno...

Habían llegado al pasillo de la planta baja. Gema entró primera al comedor y luego se paró, señalando el televisor encendido en una esquina. Su madre estaba delante del aparato, a horcajadas en una silla puesta del revés, los brazos cruzados

sobre el respaldo.

—Llevan apenas cinco minutos. He pensado que tendría interés en verlo — explicó Belén sin quitar los ojos de la imagen.

Primo se quedó de pie a su lado.

En la pantalla, un plano abierto situaba a tres personas en la sala de estar de un piso, dos sentadas en un tresillo tapizado en naranja y la otra enfrente, en un sillón del mismo color. El cambio a un plano más corto encuadró a esta última, la entrevistadora, una mujer rubia de cuarenta y tantos años que ahora fruncía teatralmente el ceño para formular una pregunta. Cuando terminó, el realizador la mantuvo unos segundos en pantalla, mientras ella sacaba hacia fuera los labios en un rictus de circunstancias, que pretendía transmitir consternación, solidaridad y astucia periodística, todo a la vez. El contraplano retrató a la pareja entrevistada, un matrimonio relativamente joven. Entre los dos sostenían una fotografía enmarcada de Lucía Moreno. En ella la chica esbozaba una sonrisa sorprendida por encima de su hombro, como si el fotógrafo la hubiera llamado mientras estaba de espaldas y hubiera disparado cuando se giró. Esta alegría espontánea, de una frescura que resaltaba la enorme belleza del rostro, produjo en Primo una desazón repentina, casi un principio de náusea, porque en su memoria se solapaba como una transparencia sobre otra fotografía de la chica, bien distinta, con la piel azulada y exangüe, abrasada por el *flash* del forense y por el ambiente frigorífico del depósito.

—¿Le importaría quitar el sonido, Belén? —pidió Primo, controlando el malestar.

—No, claro. Para lo que están diciendo los pobres... —contestó ella. Cogió el mando a distancia y dejó el comedor en silencio.

Las imágenes, privadas de su correlato de palabras, pasaron a transmitir más información, o una información más sincera, más veraz, pensó Primo. Así, la expresión de los padres de la chica suponía un genuino testimonio de su dolor, digno de la mayor compasión, sin la adulteración de los argumentos que la periodista introducía calculadamente y que manoseaban su tragedia. Resultaba penoso ver con qué dificultad conseguía la madre articular las frases, sin romper a llorar a cada segundo, o leer en el gesto del padre la entereza enloquecida que se imponía para mantener un punto de solidez entre los dos. Y todo ello era presidido desoladoramente por la fotografía alegre de su hija muerta.

Pero la ausencia de sonido también sacaba a relucir la franqueza de la otra parte. Se apreciaba no tanto en la pose de la entrevistadora, que interpretaba sin flaquear su papel de periodista sensible y justiciera, sino más bien en la forma en que estaba elaborada la realización: primeros planos de la fotografía de la chica o de las manos cogidas de los padres; panorámicas del salón de la casa y su decoración corriente, que introducían un demagógico enfoque social; y la descarada atención que se prestaba a la entrevistadora cada vez que hacía un mohín condolido o se estiraba sobre el sillón para poner una mano sobre la rodilla de la mujer. No habían dejado de emplear ni un solo recurso sensacionalista.

El bolsillo de Primo empezó a emitir zumbidos, escandalosos en el agudo silencio, y después sonó la señal de llamada de su teléfono.

—Sí.

—¿Primito?

—Hola, Pardo.

—Busca ahora mismo un televisor.

—Tengo uno delante.

—Ah, lo estás viendo. ¿Te has fijado en la boquita que pone la hija de puta? Eso debería considerarse publicidad encubierta, como las cajas de cereales en las teleseries. No te extrañe que en las letras del final salga un agradecimiento a su cirujano. Y mira ahora, qué cara de pena. Cabrones.

—Sí, es un poquito repugnante.

—En cualquier momento les va a preguntar eso de: *¿Creen ustedes en la justicia?* O mejor: *¿Qué les dirían a los asesinos de su hija si estuvieran delante del televisor?*

—Yo he quitado el volumen.

—Has sido más listo que yo.

Primo hizo un gesto con la mano a Belén y a Gema, que inevitablemente estaban pendientes de la conversación, y salió despacio al pasillo.

—¿Y por qué sacan esto ahora, Pardo? —preguntó Primo, con más incompreensión que enfado.

—Quién sabe. Se habían olvidado del tema hace mucho. Pero bueno, hoy sale esta entrevista y ya tienen toda la semana material para varios programas, telediarios incluidos. Mañana seguro que salen un montón de psicólogos con gafitas de colores explicando cómo deben de sentirse los padres.

Aunque la idea le pareció disparatada, pues lo relacionaba a él mismo con esa entrevista emitida en una cadena nacional, Primo quiso consultarla con Pardo, quien a lo sumo se reiría de él:

—Oye, Pardo. Igual no tiene nada que ver con esto de la televisión, pero... Aquí, en el pueblo, me han descubierto. Todo el mundo sabe que soy policía.

—¿Desde cuándo?

—Me di cuenta ayer.

—Pues no te extrañe. Alguno de los periodistas que estuvo hace un mes allí pudo dejarle su número a algún vecino, por si había novedades. Ahora se han enterado de que estás en el pueblo, de que algo se sigue moviendo, y se han sacado de la manga esta entrevista, aunque solo sea para estar hablando de ello una semana, como te digo.

—Hizo una pausa, como si hubiera olvidado algo fundamental, y preguntó—: Pero... ¿acaso tienes algo?

—Creo que sí.

—¿Sólido?

—Sí.

—Uuuuh. ¡Muy bien!

—A lo mejor me equivoco. O a lo mejor os tengo que pedir ayuda en unos días, no lo sé. Pero de momento prefiero que el comisario no meta las narices. Es capaz de montar un circo de tres pistas y joderlo todo. No le digas nada, ¿vale?

—La duda ofende, compañero. Antes que contarle nada a Garray, me hago lesbiana. Oye, pero adelántame algo. ¿Es alguien del pueblo? No puede ser.

—No.

—¿Es de fuera?

—Que no te adelanto nada, digo.

—Vale, vale. Haces bien. Porque si esta periodista de la boca recauchutada me invita a cenar, le voy a contar todo lo que me pida. Si hace falta, hasta le confieso que yo maté a Kennedy. Así funciona el periodismo de investigación.

—Adiós, Pardo.

—Chao, Primito.

Guardó el teléfono y retrocedió unos metros en el pasillo. Asomado a la puerta del comedor, se despidió de madre e hija:

—Gracias por avisarme. Vuelvo a mi habitación.

Lo último que vio en el televisor fue el rostro de Lucía, sonriente, contento, tristísimo.

Cuando llegaba al descansillo de la primera planta, escuchó el ruido de una puerta abriéndose. De una de las habitaciones salía una mujer joven con una voluminosa cartera colgada del hombro. Como estaban a oscuras, Primo accionó el temporizador de la luz.

—Buenas tardes —dijo.

Pero ella no respondió y bajó la cabeza. Su rojo pelo rizado sombreaba una piel muy clara, con pecas. Primo siguió subiendo.

Bajo la mirada impasible del ojo de buey, que destilaba una luz dura y azul, se sacó la llave tirando de la tablilla de madera. A la vez, notó contra el muslo la vibración del teléfono, lo llamaban de nuevo. Pensó en Pardo, al que se le habría ocurrido otro chiste sobre la entrevistadora de la televisión. Abrió la puerta y descolgó:

—Qué pasa.

—Enríquez.

—Comisario.

Instintivamente, irguió la columna y retrasó los hombros, como si se cuadrara. Un segundo después se reprochó tal reacción y cerró la puerta sin evitar un sonoro golpe contra el marco. Para afianzar su actitud, recordó que el comisario no lo había llamado ni una sola vez desde que estaba en el pueblo, esta era la primera.

—¿Ha visto la televisión, Enríquez?

—No —mintió—. ¿Por qué?

—Aggg. Estos periodistas otra vez. Están poniendo una entrevista con los padres de la chica. La madre llorando y el padre reclamando la pena de muerte. Lo de

siempre, ya sabe. Carroñeros.

—¿Carroñeros los periodistas, comisario? —Se atrevió Primo a decir—. Al principio del caso usted no se llevaba nada mal con ellos. Improvisaba ruedas de prensa...

—¿Qué está diciendo, Enríquez? ¿Le he pedido su opinión? No se la he pedido, que yo recuerde, ¿no es eso? —dijo el comisario, molesto por la interrupción.

—Dios sabe que no —contestó Primo.

—Deje a Dios en paz y escúcheme. Le llamo porque, viendo a esta pobre gente en la televisión, he decidido darle otro rumbo al caso.

—¿Rumbo? —preguntó Primo con toda la ironía de la que fue capaz.

—Sí. Ahora mismo voy a pedir al juez que solicite la colaboración de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

Primo lanzó la llave contra la cama y dio un puñetazo a una viga inclinada de la buhardilla.

—¿Qué? ¿La Brigada de Homicidios? ¿Y por qué ahora y no hace un mes, cuando yo lo sugerí? ¿Me lo puede explicar?

—Porque esto ya es insostenible, Enríquez —contestó el comisario, sensible en un primer momento a la justificada ira de su subordinado.

—¿El qué es insostenible? ¿Que el caso siga sin resolverse? ¿Y hace un mes no era insostenible? ¿Es que la madre de la niña no lloraba hace un mes?

—¡Basta, Enríquez! —exclamó Garray, rearmada su autoridad—. Le repito que no le he llamado para que me dé su opinión. No le estoy haciendo una consulta, le estoy dando una orden. Mañana, en cuanto aparezcan por allí los de la Brigada de Homicidios, póngase a su servicio. Recíbalos, colabore con ellos, deles cualquier información que necesiten. Ya sabemos que a veces pueden ser un poco arrogantes, pero guárdese su orgullo para mejor ocasión. No hay tiempo que perder.

—¿Pero por qué precisamente ahora?

Primo lanzaba su ataque hacia la posible causa de este cambio: los rumores que Pardo le había comentado sobre un nombramiento ministerial. No esperaba que Garray lo admitiese, ni mucho menos, pero era suficiente con que se le pasase por la cabeza la idea de que él pudiera estar al tanto.

—¡Óigame, Enríquez! —farfulló el comisario, soplando sobre el micrófono del teléfono y produciendo un desagradable ruido—. Lo que me pide el cuerpo ahora mismo es retirarle del caso. ¡A tomar por el culo! Y mañana usted y yo hablaríamos en mi despacho muy clarito. Solo tendríamos que ver en qué comisaría se iba a tirar los próximos meses tomándoles las huellas dactilares a las putas de las redadas. ¿Entiende? Pero no puedo, da la casualidad de que no puedo, porque usted mañana tiene que estar allí para colaborar con esos gilipollas de la Brigada de Homicidios. En realidad es mejor: aguanta unos días a esos perdonavidas de los cojones y me viene a Madrid suave, relajado, ¿no es eso? Mire qué bien.

Los exabruptos del comisario dejaron en la línea una larga resonancia. Primo

decidió que era inútil seguir protestando.

—¿Sigue ahí, Enríquez? —preguntó Garray medio minuto después.

—En cuerpo y alma, comisario.

—Muuuuuy bien. Pues ya lo sabe, mañana esté pendiente. Le llamaran ellos directamente o le llamaré yo. ¿De acuerdo?

—Ajá.

—Entonces... adiós.

Cuando la pantalla del teléfono indicó que la llamada había acabado, lo lanzó también contra la cama, pero botó mal en el colchón y cayó al suelo. No solo no lo recogió, sino que se reprimió para no darle una patada.

Las conjeturas se le aglutinaron en la cabeza, interrumpidas por trallazos de furia, y encendió un cigarrillo para ordenarlas, para que fueran pasando una a una por el pequeño cilindro junto con el humo. Se obligó a sentarse en la silla.

¿Había sido sincero Garray? ¿La entrevista televisiva había motivado su resolución? Si así era, ¿a qué venía la prisa por reclamar hoy mismo, domingo, a la Brigada de Homicidios? Después de un mes de investigación, poco importaban unas horas más o menos. La ocurrencia podía haber sido espontánea e impetuosa, pero no era muy lógico que su puesta en práctica también lo fuera. A no ser que Garray pretendiera anticiparse a las consecuencias mediáticas de la entrevista y cubrirse las espaldas demostrando que la investigación que dirigía seguía viva, con cambios, aunque estos fueran en el fondo vanos. Si en los programas de los días siguientes algún periodista se interesaba por la investigación quedaría claro que, aunque infructuosa, no estaba parada: la Brigada de Homicidios y Desaparecidos acababa de empezar a colaborar con la Policía Judicial. Esto impresionaría sin duda a los medios, los deslumbraría en su absoluta ignorancia.

Pero Garray no solía obrar por reacciones improvisadas. Bien al contrario, calculaba meticulosamente todos los pasos que daba y sus repercusiones, aunque luego se equivocara, como en su maniobra del uno de septiembre (pero quién hubiera osado imaginar que la autopsia daría ese resultado). Primo se inclinaba a pensar que el comisario tenía información cierta de algún movimiento de la prensa, quizá para mañana mismo, y únicamente había utilizado la excusa de la entrevista para él, Primo, para que creyera en su verosimilitud. ¿Pero solo para él? Porque también debía de tener en cuenta ese nebuloso nombramiento en el Ministerio de Interior. Quizá la excusa de la entrevista iba dirigida más hacia ellos, fueran quienes fueran.

De cualquier modo, había un hecho que no admitía conjeturas: Garray, en su llamada, no le había preguntado en ningún momento si había encontrado alguna pista durante las casi dos semanas que llevaba en el pueblo. Esto demostraba que no lo había enviado allí para obtener resultados en la investigación. Aunque, si le hubiera preguntado por su trabajo en esas dos semanas, Primo habría mentido, habría negado cualquier avance, y este suceso que no había tenido lugar, esta mentira al comisario, lo enardecía como si hubiera sucedido, lo llenaba ahora de una sorda euforia. Porque

sí tenía una pista firme y Garray ni lo sospechaba. Porque sabía quiénes habían causado la muerte de la chica y no debía más que encontrarlos. Solo que ahora tenía el tiempo contado: mañana irrumpiría la Brigada de Homicidios y estaría obligado a compartir con ellos sus logros.

Ahogó el ascua del cigarrillo aplastándolo contra el cenicero y se puso en pie. En el baño, cogió un paracetamol del bolsillo de su neceser. Quería atajar el difuso dolor de cabeza que le había generado el vídeo del cajero. Se llevó a la boca el comprimido y lo tragó con un sorbo de agua, que bebió directamente del grifo. Levantó la pantalla del ordenador, hizo desaparecer la imagen congelada de Yolanda y lo apagó, olvidando dentro el disco. Cogió su abrigo, la pistola, el plano de la comarca y las llaves del coche. Antes de salir a la calle, ya le había dado varias caladas a un nuevo cigarrillo.

Guardó la pistola en la guantera y desplegó sobre el volante el plano. Con un punto rojo había señalado los pueblos que no tenían piscina municipal, de los cuales estaban tachados aquellos que había visitado el día anterior, los más cercanos a la autovía nacional. Por lo tanto, hoy debía ir hacia el lado contrario, adentrarse en la Sierra de Guadarrama. Dejó el plano abierto sobre el asiento del copiloto y arrancó el motor. Mientras circulaba sobre el molesto pavimento, se dijo que estaba harto de aquellos bonitos adoquines, prefería mil veces el negro y horrible asfalto.

Durante la búsqueda del día anterior, sus esperanzas de éxito habían fluctuado entre el desaliento y la confianza supersticiosa en el azar. ¿Qué probabilidad existía de que el León amarillo estuviese en alguno de esos pueblos y a la vista, no en un garaje por ejemplo? ¿O de que el chico de la coletilla, Sebas, no lo hubiera vendido hace un mes, acto más que razonable? ¿Qué probabilidad existía de que el chico se hubiera ido de fin de semana y Primo hubiera pasado delante de su casa sin saberlo, junto al hueco de la acera que su coche ocuparía durante toda la semana? Y daba por sentado que su razonamiento inicial era correcto, pero ese coche podía perfectamente estar perdido entre las miles de calles de Madrid o en alguno de sus grandes pueblos periféricos o en Valencia o Huelva.

Hoy, sin embargo, no había margen para la duda, para perderse en esas cábalas. Hoy sus acciones estaban sometidas a una cuenta atrás que acotaba su horizonte. No le quedaba otra opción que seguir buscando por los pueblos ese coche amarillo, hasta que mañana tuviera que rendirse con la llegada de los agentes de la Brigada de Homicidios. Hoy no tenía elección, y no poder elegir supone siempre, a pesar de todo, un alivio.

En sentido contrario, una fila ininterrumpida de coches iba camino de la autovía, de Madrid: residentes de fin de semana en la sierra que volvían el domingo por la tarde a sus domicilios, condenados al atasco en las carreteras de entrada y circunvalación, mientras sonaban en sus radios las retransmisiones chillonas de los partidos de fútbol. En su carril, Primo no tenía a nadie por delante y solo un coche verde por detrás, algo alejado. Aunque el atardecer estaba iniciándose solamente,

encendió las luces de cruce para que lo vieran los que realizaban fútiles adelantamientos en la larga cola.

¿Cuándo comenzó a sospechar del coche verde? Cuando lo descubrió de nuevo en su retrovisor, a la misma prudente distancia, después de haber parado durante más de cinco minutos a echar gasolina. Era el mismo modelo y su matrícula tenía igualmente dos sietes, lo único que recordaba de los vistazos rápidos de antes. Frunció el ceño y aumentó la velocidad, superando el límite de la carretera en diez kilómetros por hora. El coche verde se alejó un poco al principio, pero recuperó terreno enseguida y mantuvo su misma velocidad ilegal. Cuando hizo el experimento inverso, bajando a setenta, la distancia entre medias permaneció constante. Entonces pisó el freno, redujo dos marchas y tomó la salida que surgía a la derecha, una raqueta que permitía girar noventa grados para luego, tras un *stop*, atravesar la carretera y coger un desvío perpendicular. Paró el coche ante la línea del *stop* pintada en el suelo y atendió al retrovisor. Su detención prolongada no tenía por qué extrañar a su hipotético perseguidor, pues la fila de coches que pasaba delante hacía imposible de momento arrancar y coger el desvío.

Con satisfacción y alarma vio que el coche verde se metía también en la raqueta e inevitablemente se ponía detrás de él, más cerca de lo que había estado nunca. En el espejo no consiguió ver la cara de quien conducía, se tapaba los ojos con el parasol y la boca con la mano izquierda, el codo apoyado en la portezuela. Intentó pensar rápido. Si bajaba ahora del coche, su perseguidor tendría tiempo de dar marcha atrás y tomar el desvío que había en ese lado de la carretera. No, necesitaba bloquearlo de algún modo. Miró hacia un extremo de la fila incesante de coches y vio un hueco de unas decenas de metros, que en pocos segundos llegaría hasta su posición. Visualizó la maniobra: tendría que ejecutarla con mucha agilidad.

Cuando pasó el coche que daba inicio al hueco, Primo aceleró a fondo y soltó embrague. Torció el volante hacia la izquierda y la rueda interior, a la que el diferencial dio prioridad, chilló contra el asfalto. Salió raudo a la carretera momentáneamente vacía, recorrió una treintena de metros y volvió a meterse en la raqueta, colocándose detrás del coche verde, que ya no tenía escapatoria porque la fila de coches se había reanudado tras el hueco.

Avanzó hacia él y tocó con el morro muy levemente su parachoques trasero, como intimidación, como amenaza. Alargó el brazo hacia la guantera y cogió la pistola. Con ella pegada al costado, ocultándola a los coches, salió y caminó hasta la puerta del conductor. Apretó los dientes y se asomó por la ventanilla. Su tensión se aflojó súbitamente cuando reconoció el pelo rojo, la piel pálida, las pecas: era la mujer joven con la que se había topado en la hospedería hacía media hora, la que no había respondido a su saludo. Se guardó la pistola en la espalda, entre la cintura y el pantalón, y sacó su placa del bolsillo. Con el metal, golpeó varias veces en el cristal, indicando que lo bajara. Ella así lo hizo.

—Apague el motor, señorita —le pidió Primo.

Ella giró la llave del contacto pero dejó las manos sobre el volante, como si no se resignara a irse en cualquier momento, cuando ella y solo ella lo decidiera. A Primo le hizo gracia esta actitud de resistencia, de insumisión, pues era más voluntariosa que real: le temblaba visiblemente el labio inferior. Calculó que tendría menos de veinticinco años, recién salida de la universidad. Sobre el asiento del copiloto estaba abierta la bolsa negra que le había visto en la hospedería. Dentro había una cámara de fotos digital y una de vídeo no muy grande, a medio camino entre una doméstica y una profesional. No obstante, no hubiera precisado este dato para saber a qué se dedicaba.

—¿Para qué medio trabaja? —le preguntó con entonación paciente.

—No tengo por qué contestarle —habló ella, entre la insolencia y el miedo.

—Me da igual la empresa. ¿Periódico o televisión?

—Televisión.

—Ya. ¿Y le han mandado que me siga o ha sido idea suya?

—Yo no le seguía.

—No, estaba dando un paseo por la sierra.

—¿Y usted por qué ha chocado su coche contra el mío?

—¿Chocado? No sea absurda, señorita. Repito: ¿lo de seguirme ha sido idea suya? ¿Se le ha ocurrido cuando nos hemos cruzado en el hotel?

—Yo no...

—Usted no me seguía, ya. Bueno, pues no la quiero volver a ver, ¿de acuerdo?

—Estamos en un país libre —replicó, admitiendo implícitamente que sí lo había seguido.

—Sí. Un país en el que es delito interferir en una investigación oficial de la Policía. Ahora mismo debería detenerla —dijo Primo, marcándose un farol, inseguro de si tendría efecto en la periodista—. Dígame al menos una cosa, ¿hay más compañeros suyos en la zona?

—No lo sé.

Primo golpeó con la palma el techo del coche, produciendo un ruido más fuerte del que pretendía. Ella se asustó.

—Le juro que no lo sé —insistió, quitando las manos del volante y dejándolas caer—. Pero si no vienen hoy, vendrán mañana. Después de la entrevista de esta tarde...

Además de sincera, la respuesta era lógica. Primo no hubiera necesitado formularla para llegar a esa conclusión.

—De acuerdo —dijo él, ablandando la voz—. Ahora váyase por donde ha venido. Y no quiero verla otra vez.

—Es usted un fascista. —Soltó ella.

—Sí, y de los peores. Ande, arranque el motor.

Ella apretó los labios, pensando quizá que salía victoriosa con su insulto, y giró la llave del contacto. Pero antes se había quedado una marcha metida y el coche dio un

tirón y se caló. Primo no hizo ningún comentario, se limitó a permanecer de pie junto a la ventanilla. Esperó hasta que se abrió otro hueco en la fila de vehículos que volvía a Madrid y la joven periodista pudo incorporarse. La siguió con la mirada hasta perderla de vista.

Una ráfaga de viento le lanzó contra el cuerpo un puñado de hojas amarillas. Se estremeció. Hacía frío, y aún no era de noche.

Llevaba dos horas examinando coches, decenas y decenas de coches; dos horas recorriendo las calles a velocidad moderada para revisar ambas aceras; dos horas asomándose a garajes abiertos, a naves, a patios, a pequeños talleres mecánicos. Y había encontrado dos Seat León. El primero era del mismo modelo que buscaba, pero en color gris. Se había agachado junto a él para desatarse y volverse a atar un zapato y había comprobado que en el hueco de una rueda la pintura era también gris, no la habían pintado encima de la amarilla. Lo confirmó raspando discretamente con el diente de una llave. El otro León sí era amarillo, pero de la segunda generación. No obstante, por si Clara se había equivocado de modelo, se cercioró a través de la ventanilla de que en la guantera no había letras chinas o japonesas ni restos de pegamento.

Ahora estaba en el tercer pueblo de la tarde, mirando a través de un seto de arizónicas el jardín de un chalet de planta baja. La puerta de la cochera adosada permanecía subida y dentro se distinguía el brillo débil de una berlina alemana oscura, que reflejaba la luz ya muy pobre del anochecer. En el centro del jardín había una piscina de tamaño medio. En el agua sucia flotaban islotes de hojas secas.

Imaginó que tan solo un mes antes aquella piscina estaría alterada a diario por los gritos y las zambullidas de varios niños, los hijos de los dueños del chalet y sus amigos que no tuvieran piscina, todos los días del largo verano, hasta cansarse quizá. ¿Hasta cansarse? ¿Cansarse de una piscina? Primo interrumpió la respiración. Sí, aquellos niños hipotéticos seguro que se cansaron de su piscina particular y pidieron a sus padres que los llevaran a la municipal de alguno de los pueblos grandes. Se mordió un nudillo: después de un verano entero, los tres chicos del coche amarillo también pudieron cansarse de la piscina municipal de su pueblo. Es decir, que podían vivir en un pueblo grande y hacia el final del verano se aburririeron de su piscina municipal y decidieron coger el coche para ir a otra, para ver a otras chicas. Sí, Primo quizá se estaba equivocando al buscar el coche amarillo solamente en pueblos pequeños sin piscina.

Tan absorto estaba en la deducción de su error, que no vio que salía una mujer del chalet y descubría su cabeza en un hueco del seto. Solo cuando ella dijo: «¡Eh, usted!», Primo reparó en la figura con los brazos en jarras. No se le ocurrió nada que decir y se apartó del seto, echando a andar hacia su coche con una infantil sensación de culpabilidad. Sacó el teléfono y marcó el número del policía local.

—Voy a acabar aprendiéndome su número, inspector —dijo el policía nada más descolgar.

—Hola, Damián.

—¿Trabaja también hoy? ¿Y a estas horas? Su trabajo no está pagado.

—Sí, bueno... Oiga.

—Dígame.

—¿Recuerda lo que hablamos ayer, que estaba buscando a tres chicos que estuvieron aquel día en la piscina?

—Perfectamente.

—Y le expliqué que esos chicos pertenecían a un pueblo pequeño, sin piscina, y que por eso acudieron a la suya.

—Sí.

—Pues a lo mejor no fue así. Ellos podían pertenecer a un pueblo grande y, cansados de ir durante dos meses a su piscina, decidieron ir a otra el último fin de semana del verano. ¿Lo cree posible?

—Claro. En el valle hay bastante trasiego de unos pueblos a otros. En coche pero también en bici de montaña, por ejemplo. Los chavales hacen rutas por senderos para ir a un pueblo vecino. Y en las fiestas también. Los adolescentes que pasan aquí el verano se recorren las fiestas de todos los pueblos del valle. No hay fin de semana que no estén de juerga.

—Ajá. Es que prácticamente he estado en todos los pueblos pequeños y no he dado con el coche que busco. Y no estoy seguro de que lo vaya a encontrar cerca, a lo mejor está en Madrid, o en La Coruña, pero creo que me equivoco restringiendo mi búsqueda.

Primo reflexionaba en alto, repetía sus argumentos mentales para que el municipal los refrendara. Y, dada la situación en la que se hallaba, consideró el mero silencio de su interlocutor como un sólido refrendo.

—Entonces, Damián, ¿a qué pueblo grande debería ir primero?

—Hombre, el más grande de la comarca es Rascafría.

—He pasado por él hace un rato.

—Pues sí. Allí hay piscina municipal y además tienen bastante cerca las Presillas, que es una zona recreativa en la que el río está apresado y permite el baño. En Rascafría vive una tercera parte de los habitantes del valle.

—Más habitantes, más coches —infirió Primo—. A Rascafría, pues.

—Oiga, inspector. Si necesita ayuda...

—Gracias, Damián.

Había llegado hasta el coche y se metió en él con prisa, el aire de la calle se hacía cada vez más incómodo. Sacó el paquete de tabaco y, ahuecándolo con la mano, comprobó que le quedaba un solo cigarro. Aunque llevaba toda la tarde fumando, le seguía apeteciendo; aunque le apetecía, reservó el pitillo para más tarde. Sublimó la ansiedad acelerando a fondo después de arrancar. Eran las nueve de la noche.

Tomó la dirección de la carretera por la que había venido; el tráfico hacia Madrid apenas había menguado. Condujo más de un kilómetro con las luces apagadas. Cuando llegó a una curva cerrada y perdió la guía de los pilotos rojos de delante, se percató de su olvido. Los faros, al encenderse, abrieron en la oscuridad dos túneles de luz blanca.

Los faros rastreaban en la oscuridad sin pausa, embebidos, obsesionados. Primo torcía el volante apenas unos grados y los haces de luz se desplazaban ampliamente, rotaban con el movimiento del morro del coche. Y allí donde se posaban hacían nacer los objetos, los creaban de la nada para justo después abandonarlos a ella. Pero en los márgenes de la luz, donde los faros no alcanzaban, la realidad era más dudosa, controvertible.

Tocado de lleno por el haz, Primo pudo ver a la orilla de la carretera el cartel del pueblo, *Rascafría*, que brilló un segundo como un hilo incandescente antes de fundirse. Después comenzaron a discurrir a ambos lados, como si el coche estuviera inmóvil, dos filas discontinuas de edificios bajos. Primero, a la derecha, un taller mecánico con varios camiones y grúas estacionados delante. A la izquierda, casas unifamiliares plantadas en el centro de un jardín. Lo siguiente a la derecha, una gasolinera, cuya cubierta albergaba debajo un ámbito iluminado, de realidad constante: surtidores de gasolina, una moto, dos motoristas, un enorme rollo de papel continuo. En ese mismo lado, una ferretería para jardín con dos carteles luminosos en su fachada: uno verde de máquinas cortacésped y otro naranja de motosierras. Más allá, a la derecha, el cuartel de la Guardia Civil: un simple bloque de tres pisos apenas protegido por una valla pequeña, con una placa del Ministerio del Interior y el mástil de una bandera, la cual quedaba fuera del alcance de los faros, incierta, quizá inexistente. Luego, los edificios se sucedían y en sus bajos iban surgiendo los escaparates y los letreros de los diversos negocios: la farmacia, bares, cafeterías, un ultramarinos, restaurantes, carnicerías, una caja de ahorros. Cada cierto tiempo, se cruzaba con otro conductor. Ambos pares de faros se enfrentaban, un coche iluminaba al otro, lo atestiguaba, y después se alejaban, dejando la estela roja de los pilotos traseros.

En las proximidades de la plaza, la calle estaba delimitada por jardineras de geranios fabricadas en grandes troncos. Con la velocidad, los troncos parecían extraños animales nocturnos que corrían espantados al paso del coche, a punto de meterse debajo de las ruedas. A la derecha, rociado de luz por las farolas de la plaza, había un quiosco de música; y enfrente estaba el ayuntamiento, uno de cuyos muros, pintado de verde, constituía la pared del frontón municipal. Tomó una curva ascendente, los faros barrieron varias casas bajas y después vio delante la torre de la iglesia, cuya realidad estaba garantizada por varios reflectores que la bañaban desde abajo. Más allá, no quedaban muchas viviendas. El pueblo se acababa. Y entonces al doblar una esquina, como si el deseo de Primo, su frustración de tantos días, su ansiedad, alimentaran de energía los faros del coche y estos la segregaran hacia el

exterior, las luces fijaron en la oscuridad las formas de un Seat León, primera generación, color amarillo. Frenó en seco.

El ronroneo tranquilo del motor establecía el contrapunto de su corazón acelerado, que le latía en la boca del estómago, haciendo palanca contra el borde del esternón. Vale, vale, puede ser otro coche, pensó, dijo en alto para calmarse. Miró por el retrovisor y no venía nadie, la calle tenía muy poco tráfico. Apagó las luces con un miedo abstracto, sin tener la certidumbre de que el León no fuera a desaparecer, a disolverse. A su derecha, bajo un anchuroso castaño de hojas ocres, había un aparcamiento. Manióbró rápido, con precisión, y apagó el motor. Antes de hacer cálculos, de sopesar lo que era o no sensato, se obligó a abrir la puerta y a salir. De dos zancadas llegó hasta él. Se asomó a través de la ventanilla del copiloto pero el habitáculo estaba demasiado oscuro. Sacó su teléfono y accionó el led de la cámara de fotos. El vidrio repelió la luz hasta que dio con el ángulo adecuado. Dentro, sobre la tapa del salpicadero, había un adhesivo en relieve con letras japonesas.

No guardó el teléfono. Rodeó el León hasta situarse junto al maletero y, sin mirar, disparó una foto a la matrícula. Un segundo después su teléfono estaba en el bolsillo y él volvía a su coche. No había nadie en la calle. Entró y buscó ansiosamente su paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo, el último cigarrillo.

Mientras hacía acopio de nicotina, de la relajación ilusoria que el tabaco le proporcionaba, se preguntó qué debía hacer. Lo correcto, desde luego, era llamar a Madrid y pedir refuerzos, pero no estaba dispuesto a hacerlo por nada del mundo. Lo más cabal era ir a la hospedería a descansar unas horas y regresar al amanecer, pues no parecía muy probable que movieran el vehículo un domingo por la noche (y de todos modos tenía su matrícula). Sin embargo, volver al pueblo conllevaba dos riesgos: primero, que la Brigada de Homicidios se presentase muy temprano y él se viese obligado a brindarles un triunfo injusto; y segundo, que el pueblo se llenase de periodistas durante la noche y le resultara imposible que alguno no lo siguiera hasta Rascafría y estorbase fatalmente su actuación.

No iba a moverse de allí, no iba a quitarle ojo a aquel coche amarillo. Porque, además, sentía la necesidad de notar el palpable paso de las horas de aquella noche, la necesidad de expiar con este pequeño sacrificio la vergonzante dilación en el caso, la nefasta manera en que se había llevado a cabo desde que el cadáver de Lucía Moreno había aparecido flotando en las aguas del embalse, más de un mes atrás. No, no se iba a mover de allí.

Respiró hondo y, despacio, concienzudamente, apagó el cigarrillo en el cenicero. No se lo había fumado del todo.

La copa del castaño, cuyas ramas voladizas cubrían por entero su coche, no solo lo protegía de la delatora luz de las farolas, sino que iba confeccionándole poco a poco un camuflaje, dejando caer sobre el parabrisas livianas hojas secas que lo ocultaban

de las miradas de fuera. No obstante, el tránsito de personas era prácticamente nulo en aquella parte del pueblo dominada por la iglesia, y sería aún menor con el avance de la noche.

Quiso pensar que el castaño también lo protegía del frío, al menos de la acción más inmediata del relente. El termómetro digital del salpicadero marcaba siete grados en el exterior y el cielo estaba raso, desguarnecido de nubes: la temperatura seguiría bajando hasta poco antes del amanecer. Pero había descartado encender el motor para conectar la calefacción, aunque solo fuera un rato: el ruido lo señalaría en el silencio. A la vuelta de su breve escapada a un bar cercano, donde había comprado un bocadillo y un paquete de tabaco, había sacado del maletero una manta de viaje y se había enrollado las piernas en ella. Tenía abrochado hasta arriba su abrigo ligero.

Entre dos hojas palmeadas de castaño, como a través de una mirilla, vigilaba la silueta metalizada del Seat León. Volvió a contemplar juguetonamente la idea de deshinchar una o dos de sus ruedas para impedir que su conductor se le escapara en un momento de desatención o somnolencia. Primo la había descartado desde el principio: el ruido silbante de la válvula sería todavía más escandaloso que el del motor encendido. Además, estaba seguro de no sucumbir al sueño.

Sobre el asiento del copiloto estaban su teléfono, la pistola, el bocadillo sin empezar y el paquete de tabaco no mentolado, con su precinto. Sabía que le vendría bien comer, pero su estómago estaba inerte, anestesiado, como si su organismo se preparara para un trance crítico y hubiera suprimido temporalmente esa función. En cambio, sí tenía ganas de fumar, pero no aquellos cigarrillos que le habían vendido en el bar.

En una capa superficial de su conciencia, lo incordiaba el pensamiento sobre lo que haría cuando tuviera delante al conductor del coche amarillo, pero conseguía reprimirlo con cierto esfuerzo. En una capa más soterrada, percibía vagamente la necesidad de pensar en Andrea y también en Yolanda, pero la situación excepcional en la que estaba sumido lo eximía de tener que hacerlo.

Consultó el reloj. Faltaba un minuto para la medianoche, para que terminara este día.

Cuando un chico de pelo rapado y pantalones azules de trabajo se acercó al Seat León, Primo no estaba dormido, y sin embargo no reaccionó a tiempo. Sacó los puños de los bolsillos de la cazadora y se desenrolló la manta de las piernas mientras veía cómo el chico pulsaba el mando a distancia, los intermitentes parpadeaban y se metía en el coche con la agilidad de los actos cotidianos, mecanizados. No pudo por tanto interceptarlo antes de que arrancara el motor. Estaba abocado a perseguirlo.

Esperó a que desapareciera y a que pasara a su lado y puso en marcha su coche. De un manotazo conectó los limpiaparabrisas, que barrieron las hojas secas de la luna, y apretó el acelerador. Más tarde pensaría que en su lenta reacción no solo habían influido sus reflejos anquilosados por la inmovilidad y el frío, sino también una especie de interés morboso, impropio de un policía, por descifrar en el rostro de ese chico alguna traza dejada por el acto de violar y asesinar a una niña de quince años. No la había encontrado. Parecía un chico completamente normal, incapaz de una monstruosidad semejante.

Cuando entró por arriba a la plaza del ayuntamiento, vio a través del quiosco de música que el León salía de ella por abajo. Iba bastante rápido, conocía a la perfección la anchura de las calles, cuánto podía pegarse a los troncos-jardinera sin tocarlos. Primo en cambio sufría un denso torpor en sus reflejos y temía a cada instante que alguien saltase a la calzada y él pudiera atropellarlo. En un paso de cebra, tuvo que frenar para que cruzara una mujer a la que el León no había respetado. Tamborileó en el volante mientras esperaba. Vamos, vamos, vamos, murmuró. En el cielo progresaba una gradación infinita entre el naranja y el azul, producida por un sol recién salido que sin embargo era invisible desde el valle, escondido tras la montaña. No pudo evitar que las ruedas chirriaran brevemente contra los adoquines al acelerar con brío. Los objetos del asiento del copiloto se deslizaron hacia atrás sobre la tapicería.

Al localizar de nuevo el León, veinte metros por delante, decidió mantener esa distancia, que aumentaría si salían del pueblo. Esto parecía bastante probable, pues estaban ya en las afueras, sobrepasando el cuartel de la Guardia Civil. El lugar de trabajo del chico está en otra localidad, pensó Primo, y se abrochó el cinturón de seguridad. Pero, sin dar antes el intermitente, el coche giró a la izquierda justo en la ferretería para jardín, antes de la gasolinera. Inquieto por haberlo perdido otra vez de vista, aumentó la velocidad y dobló la misma esquina.

El León estaba aparcando en un lateral del comercio, bajo los letreros luminosos de motosierras y máquinas cortacésped. Ahora, dijo Primo en alto. Giró el volante con la palma de la mano y se detuvo lentamente detrás del León, cruzado, atajando una posible huida. Se desabrochó el cinturón.

A través del cristal fijó los ojos en la portezuela amarilla, esperando con la

respiración suspendida a que se abriera. Con la mano derecha, a ciegas, tanteaba el asiento contiguo en busca de su pistola. Dio con la fría culata al mismo tiempo que la portezuela del León se abría y la pierna izquierda del chico se plantaba en el suelo. Sobre el bolsillo del pantalón, a mitad de muslo, había una palabra bordada en hilo naranja: la misma marca de motosierras del cartel: trabajaba en la ferretería. Todavía esperó a que saliera del todo, accionara el mando, mirara un segundo hacia el coche de Primo —que no le extrañó ahí parado, pues estaba en la misma explanada de la gasolinera— y echara a andar. Solo entonces, Primo agarró el tirador de la puerta y bajó.

—Perdona —le dijo al chico por la espalda, con voz elevada y firme, que no podía no oír.

Este dejó de andar y se volvió.

—¿Qué?

Primo tuvo que hacer un esfuerzo para no escudriñar otra vez sus rasgos, para no intentar leer, para no buscar. Su expresión, incluso antes de adivinar lo que iba a suceder, transmitía un curioso retraimiento, un temple acobardado que moldeaba la tensión de sus labios.

—¿Es tuyo este coche? —preguntó Primo, sin señalarlo, sin moverse.

—Sí —contestó el chico primero, maquinalmente. Luego empezó a adivinar—: O sea, no. No es mío. Me lo ha dejado un amigo.

Primo se complació en observar cómo la cobardía de sus labios se borraba, para inmediatamente después aflorar más intensa y trepar por sus mejillas, sus pómulos e inundar las cuencas de sus ojos. Vengativo, sin piedad, Primo torció muy ligeramente el tronco y dejó que el chico encontrara la pistola en el extremo de su brazo, apuntando al suelo. Continuó en silencio unos segundos más, asistiendo al temblor empavorecido que sacudió el cuerpo del chico y que, por si tenía alguna duda, probaba su culpabilidad.

—Te has cortado el pelo, Sebastián. No llevas esa coletilla rubia que tenías este verano. De todos modos, ya ves que no te ha servido de nada.

La contracción de su cara llegó al paroxismo y sus hombros avanzaron violentamente. Primo, previendo un ataque, dio un salto hacia atrás y alzó el brazo con la pistola, sin apuntarlo, el pulgar en el resorte del seguro. La cintura del chico se dobló y, con un gemido, arrojó al suelo una bocanada de vómito. Siguió un rato dando arcadas, escupiendo, salpicándose de bilis los zapatos. Primo bajó el arma.

La gasolinera estaba desierta, no había rastro de ningún empleado; casi con seguridad, nadie había visto la escena. Una furgoneta salía del pueblo por la carretera e incrementaba la velocidad. Caminando hacia atrás, vigilando a Sebastián de continuo, fue hacia el maletero del coche, lo abrió y de un compartimento lateral sacó unas esposas. El tintineo metálico sirvió de reclamo para que el chico se incorporara. Su cara estaba blanca y desfigurada, como si una descarga eléctrica hubiera alterado todos sus músculos expresivos. Pero en sus ojos creyó distinguir una luz calmada, un

sosiego, no solamente debido a la liberación del vómito. Primo se preguntó cuántas veces habría anticipado este momento, temiéndolo, deseándolo.

—Tengo que avisar a mi jefe —dijo con la garganta pastosa.

—No vas a avisar a nadie —replicó Primo, y cerró de un golpe el maletero—. Dame tu teléfono.

Sebastián alargó la mano hasta el bolsillo del muslo y extrajo su móvil.

—Ahora, tíralo a mis pies.

Obedeció. El aparato, después del impacto, se arrastró medio metro boca abajo, la pantalla arañándose contra el suelo. Primo lo recogió, lo apagó y se lo guardó en un bolsillo.

—Abre la puerta trasera de mi coche y quédate ahí, sin meterte, mirando hacia ese depósito blanco.

El chico se movió despacio, a impulsos temblorosos e inseguros, como si sus extremidades se resistieran a las órdenes tímidamente, también con cobardía. Ocupó de pie el ángulo entre la puerta abierta y el coche. Primo se acercó a él por la espalda y, manteniendo la pistola empuñada contra la cadera, le colocó la mano izquierda sobre la cabeza y presionó para que se sentara en el borde del asiento, las piernas y medio tronco fuera del coche. Le tiró las esposas en el regazo.

—Ciérratelas sobre una de las muñecas, pasa el extremo por debajo del agarrador de la puerta y átate la otra muñeca.

Sebastián tardó unos segundos en procesar las instrucciones, aturdido por la realidad tangible y simbólica de aquel objeto metálico. Luego hizo lo que le había mandado, de modo que quedó con las manos esposadas entre sí y a la vez sujetas a la puerta del coche. Primo comprobó con un tirón la firmeza del dispositivo y ciñó más las argollas a ambas muñecas apretando un punto el mecanismo de carraca.

—Mete las piernas —dijo por último. Y después cerró la puerta.

Echó una ojeada nuevamente en derredor. Al otro lado de la calle había un hombre subido a una escalera podando un ciprés. Un todoterreno con las luces encendidas sobrepasó la gasolinera, la ferretería y continuó hacia delante. Del casco del pueblo llegaba el ruido repetitivo de un martillo hidráulico.

Introdujo la cabeza por su puerta, que permanecía abierta desde que se había apeado del coche, y cogió su paquete de tabaco y el mechero. No miró al chico. Oyó la respiración agitada brotando de su mutismo crispado y expectante. Notó el olor agrio de su aliento tras el vómito. Cerró la puerta con el codo.

Al insuflarse en sus pulmones, el humo de aquel tabaco diferente le produjo un mareo instantáneo. Fue el elemento que purgó la extraordinaria presión de las últimas horas. La vista se le nubló, una oleada de calor le recorrió la cara y se tuvo que apoyar en la aleta del coche para no tambalearse. Juntó los párpados y se frotó la nuca con la mano helada. El peso de la pistola dentro de la cazadora se le hizo tan sensible que parecía palpitar contra su estómago.

Cuando percibió el frío seco de la mañana envolviéndole el cuerpo, consideró que

se había repuesto del mareo. Tiró el cigarrillo impulsándolo con la uña. La brasa dibujó en el aire una espiral descendente.

Ahora que había atrapado al primer chico, toda su energía, que había volcado íntegra en lograrlo, retornaba a él y le demandaba el siguiente objetivo. Pero ocurría que, más allá de este punto, no había planeado nada. O, mejor dicho, sabía lo que quería hacer pero había aplazado su decisión hasta que pudiera evaluar las condiciones en que tendría que llevarla a cabo. Y mirando a aquel chico, esposado en el interior de su coche, comprendió que no podía hacerlo solo, que necesitaba ayuda. ¿Pero a quién pedírsela? Porque proceder como estaba estipulado, es decir, avisar a la comisaría, era lo último que iba a hacer.

En varias ocasiones, el día anterior sin ir más lejos, el policía municipal se había ofrecido incondicionalmente a ayudarlo. Pero recordó la forma torpe en que había manejado la situación de su pistola, cuando Belén la encontró, y no le pareció el más adecuado para una operación delicada, pese a su buena voluntad. ¿El alcalde? Seguro que gestionaría mejor los imprevistos, pero necesitaba a alguien que pudiese manejar un arma. Dio unos pasos hacia delante y se asomó a la carretera. Allí, le vino a la mente una de las pocas personas que lo había tratado respetuosamente desde el inicio del caso. Y no podía tenerlo más cerca.

Aunque podía ir andando, no era buena idea dejar al chico dentro del coche, a pocos metros de su lugar de trabajo; alguien podía salir, verlo y complicar las cosas. Así que volvió a montar, arrancó el motor y pisó embrague. La voz de Sebastián lo interrumpió en el gesto de engranar la marcha atrás.

—¿Qué me va a pasar? —preguntó, el temblor de su cuerpo contagiado a sus cuerdas vocales.

Primo soltó la palanca de cambios, pero no dijo nada.

—Le juro que yo no...

—Cállate.

—La chica se...

—¡Cállate, he dicho! —gritó Primo, dando un golpe en el volante—. A mí no tienes que contarme nada.

Con parsimonia, Primo revisó los espejos y manejó la palanca de cambios, primero para avanzar hacia atrás y después para abandonar la explanada de la gasolinera trazando un círculo. Se incorporó a la carretera pavimentada con adoquines. El traqueteo entre elástico y gaseoso se prolongó a lo largo de unas decenas de metros, hasta que estacionó en una callejuela perpendicular, pegado a la valla baja del cuartel de la Guardia Civil. Sin decir una palabra, salió del coche y cerró con llave.

Cabizbajo, impelido a la audacia no por su fuerza de voluntad sino por la fatiga, Primo penetró en el recinto del cuartel a través de la entrada de vehículos. Por encima de su cabeza, la bandera flameaba soplada por el viento, que también sacudía las hojas amarillas de una hilera de lilos. Franqueó el portalón abierto y se dirigió a una

ventanilla, tras la que se hallaba un joven guardia civil de uniforme.

—Buenos días —saludó Primo.

—Buenos días. Dígame.

—Estoy buscando al teniente Serena.

—Pues le acabo de ver entrando al almacén —le informó el guardia civil, sacando el brazo para apuntar a una puerta—. Pero no está aún de servicio. ¿Para qué le necesitaba?

Primo se rascó el mentón, donde empezaba a brotarle la áspera barba, y observó la puerta durante unos segundos, los suficientes para que esta se abriera y por ella saliera la figura angulosa del teniente Serena. Vestía unos pantalones vaqueros y un abultado forro polar granate. Cuando vio a Primo, sus pobladas cejas se encaramaron a lo alto de la frente, denotando el reconocimiento.

—Gracias —le dijo Primo al guardia civil joven y se encaminó hacia Serena.

Fueron a encontrarse en el centro del zaguán. Primo le alargó la mano, que el otro estrechó con una sonrisa amistosa.

—¿Me recuerda, teniente Serena?

—Cómo no, subinspector...

—Enríquez.

—Eso es, Enríquez. Al final, se libró de salir en todos los telediarios. Tuvo suerte, después de todo.

—Sí, bueno.

—¿Qué hace por aquí?

—Lo cierto es que llevo dos semanas por la zona.

—Ah. ¿Sigue en el caso de la chica?

—Sí. De hecho... —Se acercó al guardia civil y bajó la voz—. Necesito su ayuda, teniente.

—Mi turno no comienza hasta las diez. Faltan casi dos horas.

—Mejor, mejor. Pero le necesito ahora mismo.

En lugar de arquearse por la incomprensión, las cejas grises fueron descendiendo despacio sobre los ojos de Serena hasta acentuar una mirada sagaz.

—Explíquese. Me temo que no le entiendo —dijo con tono suave—. Parece cansado.

Por encima de su hombro, Primo se cercioró de que la ventanilla había quedado vacía, de que no los miraba nadie, y permitió que la fatiga se convirtiera ahora en franqueza, prescindiendo de los rodeos.

—Afuera, en mi coche, tengo a uno de los responsables de la muerte de la chica. Son dos más, y pretendo que el detenido me lleve hasta ellos. Pero estoy solo y necesito a alguien. Y he pensado en usted, teniente.

—Pero... pero... —balbuceó el guardia civil, noqueado por el estupor—. Pero... ¿por qué no avisa a su comisario?

—¿Mi comisario? Usted conoció a Garray. Pudo darse cuenta de cómo es. Temo

que lleve a cabo otra de sus maniobras mediáticas y...

Dar explicaciones aumentaba su agotamiento. Lo invadió el desánimo, quizá se había equivocado reclamando la ayuda del guardia civil.

—No sé, teniente. Si no le parece buena idea, concédame unas horas, no diga nada a nadie hasta dentro de un buen rato. La prensa está merodeando. Intentaré hacerlo yo solo. Aunque... ¿podría prestarme dos pares de esposas?

Las palabras de Primo, que traslucían una cierta incoherencia, un principio de desvarío, tuvieron en Serena el efecto de una argumentación sólida, paradójicamente. Su rostro compuso un gesto de aplomo y sus labios dijeron:

—Espéreme fuera, ¿de acuerdo? No tardaré.

Primo asintió como agradecimiento y lo vio desaparecer tras una puerta del fondo del zaguán.

En el patio, se acercó a uno de los lilos atacados por el otoño y contempló una de sus hojas entre los dedos. Las orugas habían cortado dos semicírculos perfectos junto a los bordes y le habían dado la forma de una extraña pieza de *puzzle*. La vibración de su teléfono lo sacó de este ensimismamiento al que el cansancio lo había empujado. En la pantalla iluminada vio un número largo, generado por una centralita. Reconoció parte de la ristra de dígitos: era el número de la comisaría. Habían pasado unos minutos de las ocho y supuso que Garray, recién llegado, lo llamaba para coordinar la cuestión de la Brigada de Homicidios. Sacudió la cabeza, como si espantara un mal recuerdo o un escalofrío, y silenció el teléfono sin remordimiento.

No oyó al teniente aproximándose por un lateral. Se percató de su presencia atraído por las franjas fosforescentes de unas zapatillas de correr. Se volvió. Una de las cejas grises apuntó hacia la entrada de vehículos y abandonaron por ella el recinto del cuartel. Cerca de su oreja, Serena le informó:

—No puedo llevar pistola, sin estar de servicio.

—Lo supongo, lo supongo. No se preocupe. Tengo la mía —dijo Primo, tocándose por fuera el bolsillo de la cazadora.

—Sí he conseguido las esposas. Aunque me puedo meter en un buen lío —dijo Serena, tocándose a su vez el forro polar, que emitió un ahogado sonido de hierros.

Primo no le dio las gracias, creyendo innecesaria toda retórica ante el juicioso teniente, y lo guio hasta su coche.

Aunque justo después comprendería que era previsible, Primo no supo anticipar la reacción de Serena al ver al chico esposado a través de la ventanilla. El guardia civil lo agarró fuerte de la manga hasta pararlo y lo hizo retroceder unos pasos en la callejuela. Su rostro esbozaba tal estupefacción, que fracasó en varios intentos antes de conseguir hablar:

—No puede ser, no puede ser. ¡Sebas! ¡Es Sebastián! Conozco a su padre, conozco a toda su familia... ¡No puede ser él! ¿Está seguro, subinspector? ¿Está completamente seguro de que Sebastián está involucrado en esto? —Y sin esperar respuesta, sabiendo que sería positiva, se lamentó—: ¡Cielo Santo!

Más para darle un tiempo que para convencerlo, Primo le puso una mano en el hombro y dijo:

—Créame, teniente. No tengo la menor duda. No la tenía antes y menos ahora. Él no lo ha desmentido, poco menos que se ha acusado. Comprendo su sorpresa, pero no hay ningún error.

Durante más de un minuto, Serena permaneció callado, con la boca torcida. En su frente se pudo seguir la tortuosa lucha interna, la anonadada toma de conciencia respecto al impactante hecho: uno de los responsables de la muerte de Lucía Moreno era un conocido suyo, al que había tenido a diario a unas decenas de metros, a quien quizá había visto crecer desde que era un niño. El proceso acabó cuando su fisonomía se distendió y en sus pupilas quedó depositado un residuo endurecido, un destello implacable y desolado. A partir de ese instante, el guardia civil no iba a preguntar más, antepondría la confianza en Primo a su colosal estupefacción. Se dejó conducir otra vez hasta el vehículo.

En el silencio que siguió a la entrada de Primo y Serena en el habitáculo, se hizo audible un castañeteo, tal vez el de los dientes del chico entrechocados por su mandíbula temblorosa o bien el de los eslabones de las esposas agitadas por el temblor de sus manos. Sebastián había visto al teniente por el cristal y ahora esperaba, con la cabeza rendida, que comenzara a increparlo, que le pidiera explicaciones desde la autoridad de ser amigo de sus padres, más temible en primera instancia que la de su profesión y su rango. Pero Serena no dijo nada, mantuvo los labios apretados y la barbilla cerca del pecho. La situación era muy indeseable también para él.

—Escúchame, Sebastián —empezó Primo, buscando los ojos del chico en el rectángulo del retrovisor—. Nos vas a llevar al lugar en el que estén tus dos amigos.

Primo no le había expuesto antes su propósito para que el chico no reuniera fuerzas y argumentos para negarse. Ahora, ante la imponente presencia de Serena, le sería más complicado elaborar una posición de resistencia. Desplegó los detalles que conocía de sus amigos para inculcarle la idea de que su detención era inevitable:

—El más bajo de tus amigos, el que fuma, se llama Álex. Pero el otro, el alto, ¿cómo se llama?

En el espejo solo divisaba su coronilla rasurada.

—¡Mírame! —exclamó Primo—. ¿Cómo se llama el otro? ¡Mírame!

Por fin los ojos del chico, velados por la vergüenza y el miedo, se asomaron al reflejo del retrovisor.

—Ricky... O sea, Ricardo.

—Ricardo, bien. Pues nos vas a llevar hasta Álex y Ricardo. ¿Trabajan? ¿Estudian? ¿Dónde están ahora mismo?

—No.

—¿No qué?

—Que no trabajan ni... Estarán en sus casas, supongo.

—¿Aquí, en Rascafría?

—Sí. Bueno, la casa de la madre de Álex está en la carretera del Paular, saliendo.

—Entonces iremos antes a por Ricardo. ¿Dónde vive?

—Al lado del ambulatorio.

Uno de los brazos del guardia civil se elevó e indicó la calle principal del pueblo. Dijo:

—Sé dónde es. Está a dos minutos.

Primo arrancó el motor y dio marcha atrás hasta que las cuatro ruedas estuvieron sobre los adoquines. La velocidad, el desplazamiento de las casas ante su vista, le proporcionó una inmediata embriaguez. De pronto no se sentía cansado.

El sol bajo proyectaba sobre los adoquines la sombra fluctuante del vehículo, que rotaba alrededor de él con cada cambio de dirección, como un sudario negro que la carrocería arrastrara por el suelo. En las aceras del pueblo había cierta actividad: gente entrando y saliendo de bares, el cartero empujando su carrito amarillo, furgonetas comerciales descargando frente a negocios pequeños, grupos de mujeres en chándal caminando rápido. Esta cotidianidad era captada desde el interior del coche a través de un filtro distanciador, de irrealidad, que los mantenía ajenos a ella, inmersos en una atmósfera incompatible.

Flanqueados por las jardineras hechas con troncos, se introdujeron en el núcleo del pueblo. Pero enseguida lo dejaron a la derecha y se alejaron por una calle que discurría paralela a un torrente, en cuyo fondo culebreaba un exiguo curso de agua entre rocas de granito. El teniente iba señalando el itinerario con un leve movimiento de su dedo índice —izquierda, derecha, recto—, que parecía administrar bendiciones a lo largo del recorrido. Cruzaron por una pasarela al otro lado del torrente y junto al ambulatorio, bajo un letrero blanco con la palabra *Urgencias* en rojo, Serena mandó parar. Su dedo se quedó estirado apuntando a una casa enfoscada de una sola planta.

—Es ahí.

—Sí —corroboró Sebastián sin que nadie le preguntara.

Una valla blanca, con su cancela de entrada abierta, protegía el seto ralo y descuidado del estrecho jardín de la fachada. Una acacia sacaba sus ramas por encima del seto. Había esparcido por la acera y la calzada una alfombra delgada de hojas color membrillo. Las dos ventanas a la vista tenían sus persianas bajadas, a un palmo del alféizar. Los postigos de metal para la nieve lucían una pintura verde descascarillada, con rodales de óxido.

—¿Conoce a la familia, teniente? —quiso saber Primo.

—El padre trabaja en el monte. Casi seguro que no está ahora en casa. La madre sí estará, no trabaja. En cuanto al hijo, lo sabrá mejor Sebas... Sebastián.

—¿Tú qué dices? —inquirió Primo al chico, reclamando sus ojos en el retrovisor.

—Hace semanas que no le veo —explicó Sebastián con la mirada huida—. Pero supongo que estará en casa. ¿Qué va a hacer fuera a estas horas?

—Bien. Le diré lo que vamos a hacer, teniente. Llamaré yo al timbre y usted se

quedará a un lado, escondido. Si nos abre la madre o el padre, si oye alguna de sus voces, usted se asomará despacio para que le vean y confíen. Si me abre el chico, diré su nombre para que usted me oiga y no le daré tiempo de reaccionar, le inmovilizaré como pueda y esperaré a que usted entre con las esposas. ¿Le parece bien? ¿Se le ocurre algo mejor?

Primo no preguntaba al guardia civil para que le diera la razón, ni por cortesía, sino porque en verdad dudaba de su propio criterio para ponderar la situación. Después de la noche en vela, las cosas le producían una impresión tenuemente desorbitada.

—No, no. Está bien —convino Serena, todavía bajo el impacto sufrido hacía unos minutos.

—¿Listo, entonces?

—Cuando quiera, subinspector.

Simultáneamente, abrieron sus respectivas portezuelas e ingresaron en el aire frío de la mañana, que tenía la calidad seca e inclemente de la sierra. El policía conmutó el cierre centralizado, que dejaba aislado al primer detenido, y el guardia civil sacó de su forro polar uno de los pares de esposas, cuyo ruido acalló apretándolo contra la palma de la mano. El primero, dado que su papel era el más oficial (sin serlo del todo), avanzaba dos pasos por delante.

Traspararon la cancela blanca de la casa. A la izquierda, en un rincón del estrecho jardín, había una caseta de perro toscamente construida con ladrillo visto. La cadena suelta, enrollada en el suelo, y un montón de hojas otoñales en el interior indicaban que el perro había muerto tiempo atrás y no había sido reemplazado. Cuando Primo se plantó ante la puerta de la casa, Serena, sigiloso sobre sus zapatillas de correr, lo sobrepasó hasta situarse junto al paño de fachada que había a continuación. Después de obtener con un guiño la anuencia del guardia civil, Primo pulsó el interruptor de la pared. El áspero sonido de chicharra se dilató en un eco de varios segundos. Después, todo transcurrió con una extraordinaria fluidez, cada hecho sirviendo de detonante del siguiente, como si ellos no intervinieran.

No hubo preámbulo, ningún indicio que anunciara que la puerta iba a ser abierta. Sin más, se abrió. Ante Primo, haciendo visajes de miope, surgió una mujer en bata de unos cincuenta años, con una mano en alto rechazando la claridad de la calle y la otra agarrando una magdalena parcialmente ensopada en café con leche.

—¿Qué pasa? —dijo ella, con la vocalización deformada por la mueca de deslumbramiento de los labios.

El guardia civil ya había salido a la vista —aunque la mujer no debía de ver demasiado— y dijo:

—Herminia. Soy Federico. ¿Podemos pasar?

—¿Federico? ¿Qué Federico?

Primo no mostró su placa, no se presentó. Por el hueco entre la jamba y el codo levantado de la mujer, simplemente se coló, agachando la cabeza, y se adentró unas

zancadas en el pasillo. Empuñó la pistola, sin preocuparse de cubrirla a los ojos enceguecidos de la mujer.

—Oiga —protestó ella, girando sobre sí misma.

—Su hijo Ricardo. Dígame dónde está su hijo Ricardo —dijo Primo, acuciante, para no dejarle pensar.

—¿Qué? —replicó aturullada.

—¿Dónde está su hijo? —pronunció él, sílaba a sílaba.

—Su hijo, Herminia —insistió Serena.

—¿Mi hijo? Durmiendo, en su habitación. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Con la punta de la pistola, Primo fue abriendo puertas. La primera daba a una oscura estancia que olía a polvo y a humedad, cuyo lateral estaba forrado por un mueble mural pasado de moda con un televisor de pantalla abombada. Al otro lado del pasillo, había una sala de estar con una mesa camilla de faldones grisáceos y un hule transparente encima; en la pared, varias tablas de aglomerado exhibían una colección de chapas de refrescos. En un barrido con su pistola, Primo vio al fondo la cocina, algo más iluminada que el resto; en el centro había una mesa de formica blanca y sobre ella un vaso de cristal humeante lleno de café con leche. Fue consciente ahora de que el frío en el interior de la casa no era mucho menor que en la calle. Disgregó un segundo su atención para oír a su espalda la voz de Serena dando explicaciones a la mujer, apaciguándola, siseando para que bajara el tono.

La siguiente habitación a la que se asomó fue su dormitorio, con una cama de matrimonio deshecha, un armario empotrado y una cómoda, en la que reposaban un joyero de marquetería imitada, una foto de bodas y otra de un niño corpulento vestido de primera comunión. Ya solo quedaba una puerta, cerrada del todo. Primo bajó el picaporte con la mano izquierda y rasgó con el cañón las primeras capas de oscuridad.

La luz menguada del pasillo, como gastada por un uso excesivo, se escurrió por el suelo de la habitación hasta colmar las dimensiones de un trapecio. La persiana echada filtraba los agujones del sol, que se hincaban en un gran bulto central y establecían su relieve montañoso. Era la cama, ocupada por una persona. Mientras aguardaba a que sus ojos se aclimataran, sus oídos percibieron dos sonidos: una respiración honda y pausada, en el extremo opuesto a la consciencia, y un débil chirrido regular, como de un grillo, que no supo identificar. Tranquilizado por el evidente sueño de Ricardo, rodeó la cama y alcanzó la ventana pisando prendas de ropa. Deslizó los dedos por la cuerda de la persiana hasta agarrarla lo más arriba que pudo y a continuación tiró fuerte. La persiana, con los topes rotos, no solamente subió entera sino que fue tragada por el cajetín. A la luz violenta que irrumpió por la ventana, Primo captó tres cosas: el brillo acerado de las esposas del teniente, quien había llegado ya a la puerta de la habitación y permanecía en guardia, con ellas colgando de una mano; el monótono giro de una rueda dentro de una jaula, propulsada por las patas de un hámster, que producía el chirrido que antes no había

identificado; y captó también, bajo esta luz reveladora, la inmovilidad absoluta del bulto que respiraba pesadamente bajo las mantas, desapercibido de la irrupción en su cuarto del policía y del hiriente sol, narcotizado por el sueño, completamente ignorante. Primo intercambió una mirada de extrañeza con Serena, no exenta de un humor remoto, y después alargó el brazo hacia el borde de las mantas y las descorrió enérgicamente hacia atrás, lanzándolas al suelo. Sobre el desnudo colchón, en posición fetal, quedó al descubierto el enorme cuerpo en pijama de Ricardo, que no cabría estirado en aquella cama de adolescente y que por fin acusaba la injerencia con un lento rebullir de brazos y piernas.

—Creo que será mejor esposarle ahora, teniente —indicó Primo al guardia civil.

Este asintió. Plantó un pie dentro del dormitorio y otro encima del colchón, en el espacio entre las pantorrillas y el culo del chico. Desde esa postura pudo manipular con facilidad el cuerpo aletargado: le sacó un brazo de debajo de la almohada, lo dobló hacia la espalda y a él le juntó el otro, que estaba aprisionado entre los muslos. Cerró hábilmente las esposas alrededor de las muñecas y se retiró de nuevo hacia la puerta, dando otra cabezada de asentimiento dedicada a Primo. El chico, ahora, empezó a parpadear con la cara contraída. Primo decidió esperar un poco. Mientras, se preguntó cómo habría conseguido Serena que la madre no estuviera cerca, protestando, llorando, dando gritos.

El regreso progresivo de Ricardo a la vigilia provocó en él una serie de forcejeos contra la traba de las esposas, de pataleos sobre la sábana arrugada, de convulsiones que a partir de un momento se acompañaron de un gemido semiarticulado. Los ojos miraban las piernas de Primo pero no ascendían de ahí. Así que él se agachó para que le viera la cara.

—Ricardo. Ricardo. ¡Eh! Escucha.

El chico tardó en enfocarlo.

—Escúchame, Ricardo.

—Sí —dijo él, transformando el gruñido en un monosílabo.

—Soy policía, ¿entiendes?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Sabes qué estoy haciendo aquí? ¿Sabes por qué te he puesto unas esposas?

—Sí —repitió él, aunque su rostro, donde destacaban unos dientes de caballo, no transmitía inteligencia alguna.

—Dime, ¿por qué?

—Porque le hicimos aquello a la chica —respondió con entonación de colegial.

Primo vio de reojo que Serena echaba los hombros hacia delante y agudizaba su atención, vivamente interesado.

—Vale —cortó el policía—. Ahora te vas a venir con nosotros.

—Sí.

Tras esta breve conversación, la resistencia animal de Ricardo, que habría hecho muy difícil manejarlo, se convirtió en una total mansedumbre. Se dejó incorporar por el guardia civil, al que saludó con un llano *hola*. Metió los pies en unas pantuflas a cuadros que le colocaron en el suelo. Le dio las gracias a Primo cuando este le cubrió los hombros con una chaqueta. Y salió de la habitación sin necesidad de que tuvieran que agarrarlo, dócil, activo, como si lo llevaran a un lugar nuevo que deseara conocer.

Recorrieron el pasillo sumidos en una rara calma, el detenido entre ellos dos. La luz de las sucesivas estancias se derramaba sobre ellos como la de un convoy que pasara a su lado, lento e imparable. Llegaron al final y el teniente, que marchaba primero, abrió la puerta. Una vez fuera, achicaron los ojos, levemente heridos.

Antes de cerrar, Primo volvió la cabeza y al fondo, en la cocina, vio a la madre. Estaba sentada en el borde de una silla, ante la mesa con el vaso enfriándose. Miraba hacia la pared de delante, inexpresiva, y seguía teniendo en la mano la magdalena, que había perdido el trozo empapado en café. ¿Qué le habría dicho Serena?

Mientras atravesaban el jardín pisando hojas de acacia, Primo revisó la pantalla de su teléfono móvil. Tenía siete llamadas del comisario.

En la cancela, el guardia civil cogió del brazo a Ricardo, que lo superaba en casi treinta centímetros, y ladeó el cuello para consultar con Primo:

—Le sentamos también detrás, ¿no, subinspector?

—Sí, teniente. Y átele a la puerta como al otro —dijo Primo. Pero sintió reparos por estar dando órdenes a un teniente de la Guardia Civil, y añadió—: Pero déjeme a mí.

—No se preocupe —se apresuró a replicar Serena con una sonrisa, haciéndose cargo del apuro del policía pero actuando de la manera que creía más adecuada, cumplidos al margen.

—Gracias.

Habían llegado hasta el coche y Primo accionó el cierre centralizado. Cuando el guardia civil se agachó para abrir la puerta trasera derecha, Primo pudo ver que en su espalda, enganchada a la cintura del pantalón, tenía una funda de nailon verde con una navaja de cazador.

Mientras Serena se buscaba la llave de las esposas, las miradas de los dos chicos se toparon la una con la otra, no acertaron a esquivarse. Algo los llamaba en el rostro del amigo, la atracción que producen los propios ojos descubiertos por sorpresa en un espejo, un reconocimiento. La contemplación silenciosa duró hasta que Serena terminó su operación y empujó el cristal con la mano.

Detrás del coche, vigilando la calle, Primo le entregó a Serena su pistola.

—Llévela usted mientras conduzco. No creo que den problemas, pero quizá estando juntos... Además tienen las piernas libres. Será suficiente con que la mantenga fuera y ellos la vean.

—De acuerdo —dijo el guardia civil, tomándola.

—Y si le parece, deme a mí el otro par de esposas.

—Claro. —Las cejas grises de Serena bascularon en su frente, como si tantearan diversas posiciones hasta lograr un equilibrio.

Una vez que hubieron intercambiado los objetos, se montaron en el vehículo. Dentro, pudieron escuchar el final de una conversación entre los dos detenidos. El grandullón Ricardo decía:

—... y yo no sabía ya qué hacer, tío. Menos mal, menos mal.

—Ricardo, a ver —lo llamó Primo.

Pero él no contestó de inmediato, paralizado al hallar la fascinante forma de la pistola semiautomática sobre las rodillas del guardia civil.

—Ricardo.

—Sí, sí. Dígame.

—¿Dónde queda la casa en la que vive vuestro amigo Álex? —preguntó Primo, con la intención de cruzar las informaciones suministradas por los dos y dar con un posible engaño.

—Pues en la carretera de las Presillas —contestó el chico, como si fuera una obviedad. Su voz sonaba innegablemente alegre.

Primo torció los ojos hacia Serena para que confirmara si era la misma carretera que Sebastián había denominado de otro modo. Asintió.

—¿Conoce la casa, teniente?

—No, este Álex no sé quién es. Pero la carretera se coge aquí atrás.

—Bien.

Arrancó el motor y dio varios pisotones al pedal. La aguja del tacómetro subió hasta la zona roja. Quitó el freno de mano.

Los cuatro juntos, callados, partieron a por el último chico.

En cuanto se alejaron un poco de Rascafría, los laterales de la carretera se poblaron de una vegetación espesa, invasiva. Los guardarraíles evitaban que el firme sin arcén fuera engullido por los árboles y los arbustos. El aire que desplazaba el coche levantaba remolinos de hojas que, tras su paso, volvían a caer balanceándose como plumas de nieve dorada.

—La casa de Álex es bonita. Está en un sitio muy chulo, ¿eh, Sebas? —comentó jovialmente Ricky—. No falta mucho.

Sebas no movió la barbilla, clavada en el pecho. Primo observó un instante su fisonomía en el retrovisor y no supo interpretar su estado. Podría atribuírsele humillación, miedo, exasperación por la palabrería de su amigo... o nada. Si debía inquietarse por el comportamiento de alguno, sería por el suyo.

—Después de esa curva, al pasar esos arbolitos, empieza el camino que lleva a la casa —informó Ricky, y chaquéó la lengua contra el paladar.

El guardia civil, manteniendo una sosegada alerta, repartía miradas entre la carretera, el rostro de Primo y los dos chicos esposados.

Donde Ricky había dicho, el guardarraíl se interrumpía y el asfalto se rebajaba para enlazar suavemente con el camino. Lo tomaron. Aunque la tierra estaba

apisonada por el tránsito de vehículos, los charcos se sucedían; cuando las ruedas se metían en uno, las cuatro cabezas bamboleaban dentro del habitáculo; y si la hondonada era profunda los detenidos, muy próximos a la ventanilla a causa de las esposas, se golpeaban en la frente con el cristal.

«Ay», se quejaba Ricky, como si recibiera un capón por parte de un profesor del colegio.

Tras una curva cegada por un matorral, surgió ante el morro del coche la perspectiva de una casa de dos plantas. Era de piedra, con tejado de lascas de pizarra, y no tenía un cercado que la separara del bosque de pinos en el que estaba integrada. Ninguna de sus ventanas tenía bajada la persiana ni corrida la cortina, y los vidrios oscuros, que apenas devolvían la luminosidad mortecina del bosque, daban la impresión de mirar al visitante con una fijeza hostil, intimidatoria. Aunque no parecía abandonada, tampoco cumplía del todo con el aspecto de un hogar habitado.

Primo fue calcando con su coche las rodadas marcadas en la tierra, que eran de un mismo tipo de neumático que había recorrido ese tramo infinidad de veces. Se detuvo cuando estas se cortaban. El terreno en ese lugar tenía trazado un rectángulo en el que la hierba era de un color ligeramente distinto: a falta de garaje, el vehículo de la casa permanecería allí aparcado.

—¿Quién vive aquí, aparte de Álex? —preguntó Primo, quebrando el silencio que la estampa de la imponente construcción había provocado en los cuatro.

—Vive solamente con su madre —contestó Sebastián, decidido a que su amigo no continuara con sus palabras, que eran de un tono inapropiado, inconsecuente con la situación—. Pero no está el coche, así que su madre se habrá ido a trabajar.

—¿Y él?

Por respuesta, Sebastián se encogió de hombros, y Ricardo lo imitó.

Dubitativo, Primo miró a Serena, por si tenía alguna sugerencia que hacerle, pero sus cejas estaban alzadas.

—Voy a echar una ojeada —resolvió al fin Primo, y apagó el motor.

Al salir del coche, fue recibido por una vaharada del perfume de los pinos. Como consecuencia, notó un latido en su cerebro. Se presionó las sienes con una mano. Su fatiga había entrado en la fase en que el agotamiento físico se sostiene gracias a la actividad redoblada de los nervios: sentía un chispazo atravesándolo desde el cráneo hasta la punta de los pies. Se llenó los pulmones de aquel aire balsámico, denso como la resina.

A ras de suelo, un manto de vapor violeta se rompía muy lentamente en jirones sobre las hojas aciculares de los pinos. Dentro de la atmósfera seccionada por los troncos, diminutos insectos danzaban agónicamente para capturar el calor de las franjas de sol, el último de sus vidas. Contagiado por aquella quietud envolvente, caminó hacia la ventana más próxima.

El cristal oscuro dejaba fuera la claridad del bosque, como si estuviera tintado, y Primo se acercó a él con una mano sobre los ojos. Poco a poco, sus pupilas se

dilataron y permitieron la visión. El contorno de una bicicleta estática, futurista y decadente, dominaba el centro de una amplia sala, cuyo mobiliario estaba compuesto por dos sillones dispares entre sí, una vitrina acristalada con trofeos, una mesa larga de banquete y una única silla de tapicería desfondada. No había rastro de persona alguna. Se separó de la ventana, miró un segundo hacia el coche, del que Serena se había apeado, y se desplazó hacia la siguiente ventana.

Este segundo vano coincidía con la sombra de un tronco y por ello no obtenía apenas luz del exterior, solamente un gajo triangular que iba a morir sobre una estufa de hierro. Afinó los párpados para intentar apreciar si tras el hollín de la compuerta había fuego, un indicador inequívoco de que alguien se encontraba en la casa. A mitad de camino entre Primo y la estufa, el gajo de luz fue cortado de repente por una masa. Sobresaltado, enfocó los ojos en un rostro juvenil, de barba rala e irregular, que lo miró durante un instante con no menor pasmo y luego se sumió en la penumbra.

—¡Eh! —exclamó Primo, para arrancarse a sí mismo una reacción.

Sin embargo, sus piernas tardaron en responder a la súbita urgencia. Dio un salto sobre el sitio y se lanzó primero hacia la puerta de entrada, pero en el trayecto comprendió que estaría cerrada, sería inútil, y cambió de sentido. Recorrió la fachada entera y se asomó a la esquina de la casa. A treinta metros, alejándose, Álex huía corriendo sobre un promontorio del terreno. Había escapado por una puerta trasera.

Fulminante, le llegó un grito por la espalda:

—¡Enríquez!

Cuando se giró, vio a Serena arqueando un brazo hacia atrás y tirándole la pistola, que describió una parábola en el aire que finalizaba en la palma de su mano. La agarró con rabia. Espoleado por la intervención del guardia civil, equilibrado por el sólido peso de su arma, echó a correr detrás del chico.

Los músculos de sus piernas se endurecieron por la súbita exigencia de la carrera y apretó la mandíbula. En la pendiente, las suelas de su calzado perdían tracción sobre la pinaza, por lo que acortó la zancada aumentando su frecuencia. Los ásperos troncos de los pinos pasaban raudos por su lado y tenía la sensación de que le cerraban el camino, de que se interponían. Cuando el chico culminó la elevación, Primo lo perdió de vista.

Siguió esquivando árboles en la cuesta arriba, respirando por la boca abierta, y al alcanzar la parte más alta se detuvo para localizar al chico y saber hacia dónde tenía que seguir corriendo. Lo vio un poco a la derecha, atravesando un pequeño calvero. Se hallaba más lejos aún, había duplicado su ventaja durante el tiempo que había permanecido oculto. Abocado a una única opción, Primo abrió las piernas, asentó firmemente los talones en el suelo y levantó la pistola con las dos manos. Mediante el ojo que no guiñó, hizo que el punto del extremo del cañón se desplazara por el paisaje, buscando un objetivo. Como si él no escogiera, vicariamente, el punto de metal quedó prendido de la espalda del chico, que corría en línea recta. Quitó el seguro con el pulgar, rozó con el índice el gatillo, y en el último momento desvió el

cañón unos grados. El estallido del disparo saturó el ámbito del bosque y el chico cayó derribado al suelo. Sobre su cuerpo, arañándose contra la corteza de los pinos, persistió varios segundos la reverberación del tiro.

Cuando la picante nube de pólvora se disipó ante Primo, el chico seguía en el suelo, inmóvil. Estaba seguro de no haberle apuntado, pero la bala podía haber rebotado en un tronco y haber impactado en él. Después de comprobar que la boca del cañón no quemaba, se guardó la pistola en el bolsillo de la cazadora. Abrió y cerró las manos varias veces, para neutralizar la explosión que todavía vibraba en sus huesos, y descendió la loma con un trote ágil.

Según se iba aproximando al cuerpo caído, su reposo adquiría una presencia cada vez más elocuente en el centro de aquella inmensidad. Pero la cercanía también hizo nacer de él un aullido, que fue aumentando paulatinamente.

—Álex —lo llamó a unos diez metros.

El cuerpo estaba encogido, aplastado contra la alfombra de pinaza. Los brazos, alejados del tronco, no protegían la cara, que estaba pegada contra el terreno.

—Álex —repitió, ya encima de él.

El aullido continuaba, solo interrumpido por convulsivas aspiraciones. Se acuclilló junto a él.

—¿Me oyes, Álex? ¿Estás bien? ¿Te he dado?

La cabeza, que Primo veía desde atrás, palpitó, acaso rotó unos milímetros sobre el eje del cuello.

—¿Te he dado?

Ahora, más nítidamente, la cabeza negó. Sin contemplaciones, Primo cerró fuerte la mano alrededor de su hombro. Volteó el cuerpo y la cara quedó al descubierto, manchada de barro, de babas, de agujas de pino, de lágrimas. Álex lloraba con la boca abierta.

El policía volvió a girarlo hacia el suelo, le plantó una rodilla al final de la espalda, descargó ahí su peso y lo obligó a unir los brazos. Ajustó las esposas alrededor de las muñecas y apretó el mecanismo todo lo que pudo.

—¡Au, au! ¡Me hace daño! ¡Me hace mucho daño! —protestó Álex, su llanto cortado en seco.

—Vamos, levántate —ordenó Primo, y lo agarró de los codos.

—¡Eh! ¡Eh!

Una vez de pie, se colocó detrás de él y le dio un empujón en la espalda.

—Camina.

De frente, en lo alto del montículo, vio surgir la figura angulosa del guardia civil.

—¿Todo bien, subinspector? —le preguntó, haciendo bocina con las manos.

—Sí, teniente —contestó sin demasiada energía, complementando el mensaje con un gesto de la cabeza.

Serena cerró el puño, extendió el pulgar hacia arriba y dio media vuelta, regresando al coche.

Álex ahora tosía, escupía granos de tierra, briznas de ramas. Se aclaró la garganta para decir:

—Han sido esos putos chivatos, ¿verdad?

Primo no contestó.

—¿Verdad? —insistió el chico.

Le dio otro empujón:

—Camina.

Despacio, fueron remontando la elevación, que parecía abalanzarse como una ola coagulada sobre la casa de piedra y pizarra.

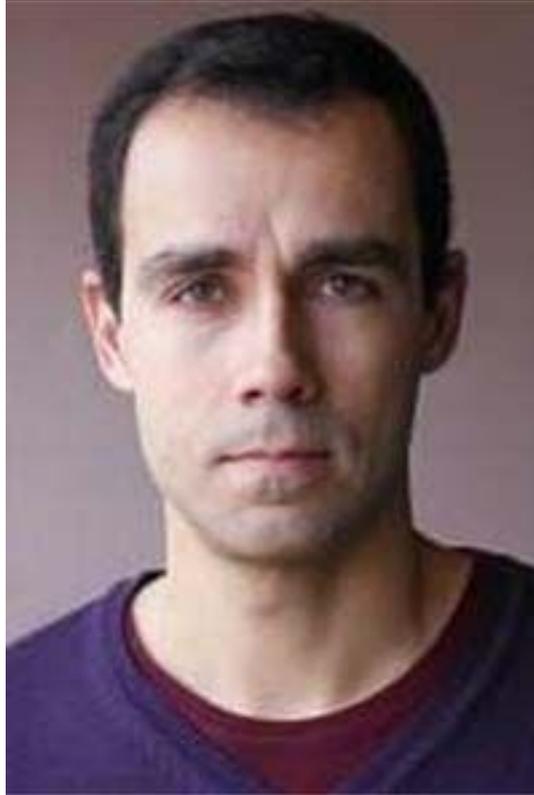
Cuando llegaron a lo alto, Primo divisó su coche. El guardia civil estaba de pie delante de la puerta trasera abierta, lo que obligaba a Ricky, el de ese lado, a sacar fuera medio cuerpo tras sus muñecas encadenadas. El busto de Serena oscilaba cada cierto tiempo y sus brazos gesticulaban. Estaban hablando. Los enormes dientes de Ricky, blancos y brillantes, lucían intermitentemente cuando abría la boca.

Unas cuantas zancadas más adelante, Primo empezó a escuchar palabras sueltas de la conversación: «embalse», «la chica», «mucho lluvia», «de noche», «una pierna». Se detuvo y agarró a Álex del hombro para que también se detuviera.

Pensó que aquel era un buen pago al guardia civil por la extraordinaria ayuda que le había prestado: le iba a permitir que satisficiera su curiosidad acerca de lo que había sucedido exactamente aquella noche de agosto. Pero pensó también que él no quería oírlo, no quería saber. No era asunto suyo.

Presionó la nuca de Álex para que se sentara en el suelo y lo dejó ahí con las piernas cruzadas. Retrocedió varios pasos sobre la pinaza, hasta que volvió a no entender las palabras que se generaban junto a su coche. En ese punto, se paró.

Miró las palmas de sus manos. No tenía ganas de fumar.



ALBERTO DE LA ROCHA MUÑOZ nace en Madrid, en 1979. En 2004 se traslada a Córdoba para cursar una beca en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores.

Ha obtenido destacados premios en la modalidad de novela corta. Entre ellos el XXV Premio Literario de Novela Corta Felipe Trigo en 2005 con la obra *El cuarto inclinado* (2006) o el VII Premio de Novela Corta Encina de Plata con *El celado* (2014).